

La Máscara de Dimitrios

Eric Ambler



Annotation

El depósito de cadáveres era un cobertizo de planchas metálicas que, bajo el despiadado sol turco, más que morgue parecía un horno. Allí se cocía el cuerpo de Dimitrios, el ratero a quien nadie recordaba, el asesino que nunca había tenido problemas con la justicia, el caballero sin antecedentes. La reconstrucción de esta misteriosa carrera se convierte en un trabajo demasiado peligroso para un escritor metido a detective, que pronto se encuentra con una Lüger clavada en la espalda.

Eric Ambler

A Alan y Félice Harvey

“Pero la iniquidad del olvido expande a ciegas su esencia soporífera, jugando con el recuerdo que cada hombre ha dejado de sí mismo, sin consideración alguna hacia los méritos que hiciere para alcanzar la inmortalidad... Si no fuera por esta huella imborrable, el primer hombre hubiese sido tan desconocido como el último, y la larga vida de Matusalén hubiese sido su única Crónica.”

SIR THOMAS BROWNE, Hydriotaphia



Capítulos

Annotation	2
1. Orígenes de una obsesión	5
2. El «dossier» de Dimitrios	17
3. Mil novecientos veintidós	29
4. Mister Peters.	44
5. Mil novecientos veintitrés	59
6. Tarjeta postal	73
7. Medio millón de francos	91
8. Grodek	103
9. Belgrado, 1926	116
10. Los ocho ángeles	133
11. París, 1928-1931	147
12. Monsieur C.K.	168
13. «Rendezvous»	186
14. La máscara de Dimitrios.	201
15. La extraña ciudad	216

1. Orígenes de una obsesión

Un francés llamado Chamfort dijo cierta vez, a sabiendas de que estaba equivocado, que la palabra azar era un atributo de la Providencia.

Se trata de uno de esos aforismos convenientes, que no son más que falacias, acuñados para desacreditar la desagradable pero verdadera idea de que el azar juega un papel de importancia —si no decisivo— en los asuntos humanos. Sin embargo, no se trata de una expresión del todo imperdonable. Porque es inevitable que, en ciertas ocasiones, el azar actúe con una suerte de desmañada coherencia, que bien puede confundirse con las acciones de una Providencia consciente de sí misma.

La historia de Dimitrios Makropoulos es un buen ejemplo de esto.

El solo hecho de que un hombre como Latimer llegara a tener alguna noticia, siquiera, de la existencia de un hombre como Dimitrios, es, en sí, grotesco. Y constituye un tipo de situación que le corta a uno el aliento el hecho de que, de verdad, llegara a ver el cadáver de Dimitrios, que durante semanas —careciendo como carecía del dinero necesario— viviera entregado a la tarea de hurgar en la oscura historia de aquel hombre y que, por último, se hallara él mismo en la posición de adeudarle su vida al estrambótico gusto, en materia de decoración de interiores, de un criminal.

No obstante, al considerar estos hechos en relación a los demás del caso, resulta difícil no dejarse dominar por su terror supersticioso. El carácter completamente absurdo de todo esto parece no aconsejar el uso de las palabras «azar» y «coincidencia».

En este caso, el escéptico tiene la posibilidad de un único consuelo: si existiera algo así como una ley sobrehumana, estaría administrada con una ineficacia infrahumana. La elección de Latimer como instrumento de esa Ley sólo pudo haber sido realizada por un idiota.

Durante los primeros quince años de su vida adulta, Charles Latimer se había convertido en profesor agregado de economía política en una universidad inglesa de segunda fila. Además, a la edad de treinta y cinco años, había escrito tres libros. El primero era un estudio sobre la influencia de Proudhon en el pensamiento político italiano del siglo XIX. El segundo se titulaba *El Programa de Gotha de 1875*. El tercero era una valoración de las proyecciones económicas de *Der Mythus Des Zwanzigsten Jahrhunderts*, de Rosenberg.

Tan pronto como hubo dado fin a la corrección de las pruebas de esta consistente obra, con la esperanza de ahuyentar el negro estado depresivo en que le había hundido ese período de contacto temporal con la filosofía del nacional-socialismo y con su profeta, el doctor Rosenberg, Latimer escribió su primera novela policiaca.

Una Pala Sangrienta tuvo un éxito inmediato. A este título le siguió *Yo, Dijo La Mosca* y, más tarde, *Los Brazos Del Asesino*. Del muy nutrido ejército de profesores universitarios que escriben novelas policiacas en sus ratos de ocio, Latimer descolló muy pronto como uno de los pocos que, con gran rubor, hacían dinero gracias a ese pasatiempo. Tal vez resultara inevitable que; más tarde o más temprano, se convirtiera en un escritor profesional, tanto de nombre como de hecho. Tres circunstancias aceleraron el proceso de transición. La primera fue el desacuerdo con las autoridades universitarias acerca de lo que Latimer considerara como una cuestión de principios. La segunda fue una enfermedad. La tercera, el hecho de que fuese soltero.

No mucho tiempo después de la publicación de *No Cegar Esta Puerta*, y tras su enfermedad, que desgastó muy seriamente sus reservas orgánicas, redactó una carta de renuncia a su cátedra, con apenas una ligera resistencia íntima. Luego emprendió un viaje para ir a terminar su quinta novela policiaca bajo los rayos del sol.

Una semana después de haber dado con el título que debía seguir a aquel libro, Latimer partió hacia Turquía. Había vivido un año en Atenas y en sus alrededores y estaba ansioso por cambiar de escena. Su salud había mejorado considerablemente, pero la idea de afrontar un otoño inglés le resultaba poco atractiva. Hizo caso, pues, a la sugerencia de un amigo y cogió el vapor que cubría el trayecto entre el Pireo y Estambul.

Fue en Estambul y de boca del coronel Haki, donde Latimer oyó por primera vez el nombre de Dimitrios.

Una carta de presentación es un documento incómodo. En la mayoría de los casos, su portador sólo está relacionado de manera casual con quien se la ha proporcionado, y éste, a su vez, a menudo conoce bien poco al destinatario. Las posibilidades de que estas presentaciones logren un resultado satisfactorio para los tres son muy escasas.

Entre las cartas de presentación que Latimer llevaba consigo a Estambul, había una dirigida a madame Chávez quien, tal como le habían dicho, vivía en una villa a orillas del Bósforo. A los tres días de su llegada, Latimer le escribió y como

respuesta, recibió una invitación para pasar cuatro días de reunión en la villa. Con un oscuro sentimiento de aprensión, Latimer aceptó.

Para madame Chávez tanto el camino de ida hacia Buenos Aires como el de regreso habían estado pavimentados de oro, con la mayor de las liberalidades. Turca de nacimiento, poseedora de una notable belleza, se había casado y divorciado con éxito de un rico argentino, negociante de carnes; con parte de las ganancias obtenidas en tales transacciones, madame Chávez había comprado un pequeño palacio que en otros tiempos había sido la residencia de una rama menor de la realeza turca. Remoto, aislado por un camino de acceso poco frecuentado y difícil, el palacete dominaba una bahía de fantástica hermosura, y fuera del hecho de que el abastecimiento de agua limpia resultaba insuficiente para servir incluso a uno solo de los nueve baños con que contaba, estaba exquisitamente equipado.

Tanto los demás huéspedes como su anfitriona turca tenían la desagradable costumbre de golpear con gran violencia en la cara a los criados, cada vez que alguno de éstos desagradaba a los señores —cosa que ocurría a menudo—, pero a no ser por la incomodidad que le provocaba tan insólita situación, Latimer habría disfrutado de su estadía en aquel lugar.

Los restantes invitados eran una pareja muy ruidosa de marseleses, tres italianos, dos jóvenes oficiales de la marina turca y sus ocasionales *fiancées*¹, más un grupo de hombres de negocios residentes en Estambul, acompañados por sus mujeres. Pasaban todos ellos la mayor parte de su tiempo bebiendo las, al parecer, inagotables existencias de ginebra holandesa que poseía madame Chávez y bailando con la música de fondo de un gramófono atendido por uno de los sirvientes, cuya tarea consistía en cambiar constantemente los discos, estuvieran bailando o no los invitados. Con la excusa de su precaria salud, Latimer se mantenía apartado de la bebida y del baile. En general todos le ignoraban.

La tarde de su último día de estancia en aquel lugar estaba ya avanzada; estaba sentado en un extremo de la terraza cubierta por emparrado frondoso, lejos del alcance del gramófono, cuando Latimer advirtió que, por el largo y polvoriento camino que llevaba hasta la villa, subía no sin cierta dificultad un grande y lujoso coche conducido por un chófer.

Cuando el coche dejó oír el ronquido de su motor en el patio de la casa, el ocupante del asiento trasero abrió la portezuela y saltó fuera antes de que el coche se hubiera parado.

1 En francés en el texto original; «prometidas». (N. Del T.).

Era un hombre alto, de mejillas finas y pómulos salientes, cuya piel de pálido color bronceado contrastaba con una cabeza cubierta por cabellos grises cortados a la prusiana. Una frente huesuda y estrecha, una nariz que parecía el pico de un ave y unos labios muy delgados le daban un cierto aire depredador. No puede tener menos de cincuenta años, pensó Latimer mientras observaba su cintura, por debajo del uniforme de oficial, de impecable corte, con la esperanza de detectar la presencia de algún corsé.

Vio que el oficial se sacaba un pañuelo de seda de la manga, con el que limpió alguna invisible mota de polvo de sus inmaculadas botas de montar de charol, antes de encasquetarse, como al desgaire, la gorra, y le vio desaparecer del campo de su visión. En algún lugar, dentro de la villa, resonó la campanilla de la entrada.

El coronel Haki, éste era el nombre del oficial, fue inmediatamente muy bien acogido en la reunión. Al cabo de un cuarto de hora de la llegada de aquel hombre, madame Chávez, con un aire de timidez y confusión, intentaba mostrarles a las claras a sus huéspedes que se sentía comprometida irremediablemente por la inesperada aparición del coronel. Después de conducirle hasta la terraza, inició las presentaciones. Todo sonrisas y galanterías, el coronel hizo sonar sus tacones, besó manos, se inclinó en estudiadas reverencias, intercambió saludos militares con los oficiales de la marina y devoró con los ojos a las mujeres de los hombres de negocios.

Toda aquella actuación le fascinó tanto a Latimer que, cuando le tocó el turno de ser presentado, el simple hecho de oír su propio nombre le sobresaltó. El coronel le sacudió el brazo con un cálido gesto.

—Tengo mucho gusto en conocerle, mi buen amigo —dijo.

—*Monsieur le Colonel parle bien anglais*² —explicó madame Chávez.

—*Quelques mots*³ —aseguró el coronel Haki.

Latimer dirigió una mirada amistosa a aquel par de ojos de un pálido color gris.

—¿Qué hay?

2 *En francés en el texto original; «el señor coronel habla inglés». (N. Del T.)*

3 *También en francés en el original; «algunas palabras». (N. Del T.)*

—Aquí todo estupendamente bien —replicó el coronel con grave cortesía, antes de continuar con su presentación y de besar la mano de una joven, sobre cuyo bañador deslizó una apreciativa mirada de avezado experto.

Muy avanzada la noche, Latimer volvió a hablar con el coronel. Haki había inyectado una buena dosis de bulliciosa animación a la reunión: chistes contados con gracia, carcajadas contagiosas, desvergonzados y humorísticos ataques a las mujeres casadas y otros, bastante más subrepticios, dirigidos contra las mujeres solteras. De cuando en cuando la mirada del coronel Haki buscaba los ojos de Latimer y esbozaba una sonrisa de disculpa. «Debo representar el papel de tonto... eso es lo que esperan de mí», venía a decir aquella sonrisa. «Pero no piense que me hace ninguna gracia.»

Más tarde, después de la cena, cuando los huéspedes comenzaban a mostrar menos interés en bailar que en entretenerse con la posibilidad de una partida combinada de póquer descubierto, el coronel cogió a Latimer del brazo y le condujo hacia la terraza.

—Debe perdonarme, míster Latimer —le dijo en francés—, pero tengo gran interés en hablar con usted. Estas mujeres... psé —Haki abrió una cigarrera casi debajo mismo de las narices de Latimer—: ¿Un cigarrillo? —Gracias.

El coronel Haki echó un vistazo por encima de su hombro.

—En el otro extremo de la terraza se está más tranquilo —dijo y añadió, cuando se dispusieron a dirigirse hacia allí—: Sabe usted, hoy he venido especialmente para verle. Madame me dijo que usted estaba aquí y, en verdad, no he podido resistir la tentación de hablar con el escritor cuya obra tanto admiro.

Latimer murmuró un obligado agradecimiento a aquel cumplido: se encontraba en un aprieto, porque le resultaba imposible saber si el coronel se estaba refiriendo a sus obras de economía política o a sus novelas policíacas. En cierta ocasión ya había asombrado e irritado a un amable rector universitario que se había mostrado interesado por su «último libro»; Latimer le había preguntado al anciano si prefería que el asesino matara a sus víctimas a tiros o a golpes de porra.

Por otra parte, le parecía una pedantería preguntar qué parte de su obra era la preferida.

No obstante, el coronel Haki no aguardó a que hiciera la pregunta.

—He ordenado que me envíen desde París todas las novedades de *romans policiers*⁴—explicó—. No leo otra cosa que no sean *romans policiers*. Me gustaría que usted viera mi colección. Sobre todo me gustan las novelas inglesas y las americanas. Todas las mejores están traducidas al francés. Los mismos escritores franceses no me parecen demasiado interesantes; la cultura francesa carece de los elementos necesarios para que surja un *roman policier* de primera calidad. Estos días he añadido su *Une Pelle Ensanglantée*⁵ a mi biblioteca. ¡Formidable! Pero no he llegado a comprender del todo lo que el título significa.

Le llevó no poco tiempo a Latimer tratar de explicarle en francés el significado de «denominar a una laya, pala ensangrentada», y tratar de traducir el juego de palabras en una expresión que pudiera proporcionar (a los lectores de mente ágil) la clave esencial de la identidad del asesino, a partir del título mismo de la obra.

El coronel Haki escuchaba con interés, asintiendo con movimientos de cabeza; en un par de ocasiones, antes de que Latimer llegara al nudo de la explicación, le interrumpió para exclamar:

—Sí, ya entiendo, ahora lo veo con claridad.

—*Monsieur* —dijo Haki, cuando Latimer ya era presa de una desesperada impotencia—, me pregunto si usted me concedería el honor de comer conmigo algún día de esta semana. Creo —agregó con un aire de misterio— que tal vez pueda proporcionarle una ayuda interesante.

Latimer no comprendía en qué sentido podía ser ayudado por el coronel Haki, pero dijo que se sentiría muy honrado. De modo que acordaron encontrarse en el *Pera Palace Hotel* tres días después.

Latimer no volvió a pensar en aquella cita hasta la misma noche de la víspera del día fijado. Estaba sentado en un salón de su hotel, junto con el gerente de la sucursal de su banco de Estambul.

«Collinson —pensaba Latimer— es una buena persona, pero un compañero tedioso.» Su conversación consistía, casi de forma exclusiva, en referir las habladurías acerca de lo que hacían los integrantes de las colonias inglesa y americana en Estambul.

4 En francés en el texto original: «*novela policiaca*». (N. Del T.)

5 En francés en el texto original: «*Una pala Ensangrentada*». (N. Del T.)

—¿Conoce usted a los Fitzwilliam?—Podía comenzar la charla—. Es una lástima: le resultarían agradables. Pues bien, hace unos días...

Pero como fuente de información sobre las reformas económicas proyectadas por Kemal Atatürk se había revelado como un verdadero inútil.

—A propósito —dijo Latimer, después de escuchar un minucioso informe acerca de la conducta de aquella mujer turca y de su marido, un vendedor de coches americano—, ¿conoce usted a un hombre que se llama coronel Haki? —¿Haki? ¿Por qué ha pensado en él?

—Porque mañana comeré con él.

Las cejas de Collinson se arquearon en su frente.

—¡Por Júpiter, comerá con él! —Exclamó mientras se rascaba el mentón—. Pues, sí, he oído muchas cosas acerca de él —Collinson se detuvo, como si dudara—. Haki es uno de esos tíos de los que se oye hablar a menudo pero a los que jamás se les puede echar una mirada. De esa clase de personas que siempre está entre bastidores, ¿me comprende usted? En Ankara tiene más influencias que muchos de los hombres que se supone que están en la cúspide. En Anatolia fue uno de los hombres de Gazi; en 1919 desempeñó el cargo de diputado en el gobierno provisional. En esa época eran muchas las historias que me contaban sobre él. Era un demonio sediento de sangre, en todos los sentidos. Se decía algo sobre el modo como torturaba a los prisioneros. Pero después, ambas partes han hecho lo mismo y casi me atrevería a asegurar que han sido los soldados del Sultán quienes dieron peor ejemplo en este aspecto. También he oído decir que es un hombre capaz de beberse un par de botellas de whisky en poco rato y mantenerse tan sobrio como una rosa. De todos modos, esto no me lo creo. ¿Cómo ha sido que se ha topado usted con él?

Latimer se lo explicó.

—¿Cuál es su profesión?—Preguntó—. No sé qué quieren decir estos uniformes.

Collinson se encogió de hombros.

—Bueno... he oído decir, a personas bien enteradas, que Haki es el jefe de la policía secreta, pero quizá eso no sea más que otro cuento. Esto es lo peor de este lugar: no puedes creer ni una palabra de todo lo que digan en el Club. Mire usted, precisamente el otro día...

Con algo más de entusiasmo que el que había abrigado días antes, Latimer se encaminó al día siguiente hacia la cita. Había juzgado al coronel Haki una especie de rufián y la vaga información de Collinson parecía confirmar ese juicio.

El coronel llegó con veinte minutos de retraso, y deshaciéndose en excusas, remolcó, de inmediato, a su invitado hasta el restaurante.

—Tomémonos un whisky con soda ahora mismo —anunció antes de pedir en voz alta una botella de «Johnnie».

Durante la mayor parte de la comida, Haki habló de las novelas policíacas que había leído, de la impresión que le habían producido, de sus opiniones acerca de los personajes y de su preferencia por los asesinos que mataban a sus víctimas a tiros.

Por último, con una botella de whisky casi vacía pegada a su codo y con un helado de fresas ante sí, Haki se inclinó hacia adelante, por encima de la mesa. —Mister Latimer —volvió a decir—, creo que puedo ayudarle.

Por un segundo asaltó a Latimer la descabellada idea de que tal vez el coronel estaba a punto de ofrecerle un cargo en el servicio secreto de Turquía. A pesar de todo, consiguió responder:

—Oh, es usted muy amable.

—Ambicioné —prosiguió el coronel Haki— escribir yo mismo una buena novela policíaca. A menudo pienso que podría hacerlo de disponer del tiempo necesario. Este es el problema... el tiempo. Yo lo veo así. Pero... —El coronel hizo una solemne pausa.

Latimer aguardaba. Siempre se había encontrado con personas que estaban convencidas de ser capaces de escribir una novela detectivesca, en el caso de disponer del tiempo necesario.

—Sin embargo —repitió el coronel—, ya tengo planeado el argumento. Y me agradaría regalárselo a usted.

Latimer le aseguró que ese gesto era verdaderamente generoso.

El coronel rechazó con un ademán las palabras de agradecimiento.

—Sus libros me han colmado de placer, mister Latimer. Me hace feliz ofrecerle una idea para otro libro. No tengo tiempo para elaborarla yo mismo, y en

cualquier caso —añadió con tono magnánimo—, estoy seguro de que usted la aprovechará mejor de lo que yo podría hacerlo.

Latimer farfulló alguna incoherencia.

—El escenario del relato —prosiguió el coronel, sus ojos grises clavados en el rostro de Latimer— es una casa de campo inglesa que pertenece a lord Robinson, un hombre de gran riqueza. En esa casa se desarrolla una típica reunión inglesa de fin de semana. Una noche, es descubierto el cadáver de lord Robinson, sentado en la biblioteca, ante su escritorio, con un disparo en la sien. La herida tiene los bordes chamuscados. Se ha formado un charco de sangre sobre el escritorio y ha empapado un papel. El papel es el nuevo testamento que lord Robinson estaba a punto de firmar. En el testamento anterior había dividido sus riquezas, en partes iguales, entre las seis personas, parientes y amigos, que están presentes en la casa. El nuevo testamento que no ha sido firmado porque lo ha impedido el disparo, lega todos sus bienes a uno solo de sus familiares. Por lo tanto —Haki apuntó con la cucharilla del helado, con gesto acusador, a su invitado antes de proseguir—, uno de los cinco invitados restantes ha de ser el culpable. Es lo lógico, ¿verdad?

Latimer abrió la boca, volvió a cerrarla y asintió con un movimiento de cabeza. El coronel Haki abrió sus facciones a una sonrisa de triunfo:

—Allí está la trampa.

—¿La trampa?

—Lord Robinson no ha sido asesinado por ninguno de los sospechosos, sino por el mayordomo, cuya esposa había sido seducida por el lord. ¿Qué le parece? Buena, ¿verdad?

—Una idea muy ingeniosa.

Haki se echó hacia atrás en la silla y estiró los pliegues de su guerrera.

—Oh, no es más que una pequeña trampa, pero me alegra que le guste. Por supuesto, he elaborado cada una de las partes de la trama con el mayor detalle posible. El poli es un importante inspector de Scotland Yard, que se enamora de una de las sospechosas, una mujer guapísima, y para ahuyentar de ella las sospechas se decide a esclarecer el caso. Tiene gran valor literario. En fin, de todos modos, como ya le he dicho, tengo todo el argumento y los detalles escritos.

—Me interesaría muchísimo —dijo Latimer sinceramente— leer sus apuntes.

—Esperaba que me dijera eso. ¿Tiene prisa?

—No, ninguna.

—Pues entonces iremos a mi despacho y le enseñaré lo que tengo hecho. Lo he escrito en francés.

Latimer dudó tan sólo durante una fracción de segundo. En realidad no tenía ninguna otra cosa más interesante que hacer y podía ser una excelente experiencia ver el despacho del coronel Haki.

—Me encantará acompañarle —dijo, por último.

El despacho del coronel estaba situado en la parte superior de lo que quizá alguna vez fuera un hotel de segunda o tercera categoría; pero el edificio, por dentro, era una inconfundible oficina pública de Gálata. La puerta del despacho —una habitación grande— se abría en el extremo de un pasillo. Cuando entraron, un hombre vestido de uniforme se hallaba sentado ante el escritorio. Al ver al coronel, se puso en pie, hizo resonar sus tacones y dijo algo en turco. Haki le respondió y con un gesto le ordenó salir.

El coronel le señaló una silla a Latimer, le ofreció un cigarrillo y comenzó a rebuscar dentro de un cajón. Por fin, extrajo un par de folios mecanografiados y se los alargó a su visitante.

—Aquí está, míster Latimer. La clave del testamento ensangrentado. Este es el título que le he puesto, aunque aún no estoy seguro de que sea el mejor. Todos los títulos más sugerentes ya han sido utilizados, según creo haber descubierto. Pero ya pensaré en otras posibilidades. Léalo y no vacile en decirme con toda franqueza qué opina del tema y de la trama. Si estima necesario modificar algunos detalles, lo haré.

Latimer cogió los folios y empezó a leer, mientras el coronel, sentado en una esquina del escritorio, balanceaba una de sus piernas, larga y reluciente.

Latimer leyó los folios dos veces antes de dejarlos a un lado. No podía evitar un sentimiento de vergüenza: varias veces, durante la lectura, había sentido unas enormes ganas de echarse a reír. Pensó que había cometido un error al ir al despacho de Haki; pero ya que estaba allí, lo mejor sería marcharse lo antes posible.

—De momento no puedo sugerirle ningún cambio —dijo pausadamente—. Por supuesto que habrá que pensarlo todo con calma; es muy fácil cometer errores en este tipo de problemas. Hay mucho material que requiere cierta investigación. Las cuestiones que plantea el procedimiento legal británico, por ejemplo...

—Sí, sí, comprendo —El coronel Haki se escabulló del escritorio y ocupó su silla—. Pero, ¿cree usted que podrá servirle esta historia?

—De veras le estoy profundamente agradecido por su generosidad —afirmó Latimer, con intención evasiva.

—Oh, de nada. Ya me enviará un ejemplar de la novela cuando la publiquen. —Hizo girar su silla y cogió el teléfono—. Haré que le preparen una copia para usted.

Latimer se arrellanó en una silla. ¡Muy bien! No llevaría mucho tiempo hacer una copia de ese texto. Oyó que el coronel hablaba con alguien por teléfono y le vio arrugar el ceño. Haki depositó el auricular en su sitio y se volvió hacia su huésped.

—¿Me permite que me ocupe un instante de un asunto, ahora mismo?

—Por supuesto.

El coronel cogió un grueso sobre de papel manila y comenzó a sacar de él algunos documentos en los que se detenía atentamente. Por fin, eligió uno de aquellos documentos y se entregó a una lectura atenta. El silencio en la habitación se había hecho profundo.

Latimer, fingiendo un interés, que no sentía, por su cigarrillo, Observó al hombre sentado detrás del escritorio.

El coronel Haki pasaba con lentitud los folios del documento y en su rostro se advertía una expresión que Latimer no había visto antes. Era el aire de un experto que examina un asunto que conoce a fondo. En sus facciones se dibujaba una especie de reposo expectante que le hizo pensar a Latimer en un viejo y experimentado gato que estuviera observando a un joven e inexperto ratón.

En ese instante el escritor volvió a reconsiderar sus opiniones sobre el coronel Haki. Momentos antes había sentido una vaga compasión hacia él, tal como uno se compadece de una persona que, de manera inconsciente, hace el papel

de tonto. Pero ahora comprendía que el coronel de ningún modo necesitaba esa compasión.

Mientras los largos y amarillos dedos de Haki volvían los folios de aquel documento, Latimer recordó las palabras de Collinson: «Se decía algo sobre el modo como torturaba a los prisioneros.»

Y entonces comprendió que sólo en ese momento comenzaba a ver, por primera vez, al verdadero y real coronel Haki. En ese instante, el coronel alzó sus pálidos ojos para posarlos, con una mirada pensativa, sobre el nudo de la corbata de Latimer.

Durante un segundo al ex catedrático le alarmó la sospecha de que aquel hombre sentado tras el escritorio, aun cuando al parecer observaba el nudo de su corbata, pudiera estar leyendo en su mente.

Al cabo de un minuto, los ojos del coronel se apartaron de su objetivo; una débil sonrisa le entreabría los labios y Latimer se sintió como quien ha sido sorprendido mientras comete un robo.

Haki dijo:

—Me pregunto, míster Latimer, si usted sentirá interés o no por verdaderos asesinos.

2. El «dossier» de Dimitrios

Latimer sintió que se ruborizaba. Su actitud de profesional condescendiente cambió, de pronto, a la de aficionado ridículo. Era algo desconcertante.

—Pues sí —respondió lentamente—. Creo que sí.

El coronel Haki frunció los labios.

—Sabe usted, míster Latimer —dijo—, pienso que el asesino de un *roman policier* es mucho más simpático que un asesino de verdad. En una novela hay un cadáver, numerosos sospechosos, un detective y la horca. Se trata de algo artístico. El asesino real no forma parte de una ficción artística. Yo, que soy una especie de policía, me atrevo a asegurárselo a usted rotundamente —Golpeó con el sobre en el escritorio—. Aquí hay un asesino de verdad. Estamos enterados de su existencia desde hace unos veinte años. Este es el dossier de ese individuo. Sabemos de un asesinato que tal vez haya cometido él. Sin duda tiene que haber otros muchos que desconocemos. Este hombre es un caso típico. Un tipo sucio, vulgar, cobarde, una escoria. Asesinato, espionaje, drogas: ésa es la historia. De la que también forman parte dos casos de asesinato.

—¡Asesinato! Eso implica una cierta dosis de valor, ¿no es verdad?

El coronel dejó oír una risa desagradable.

—Mi querido amigo, Dimitrios jamás hubiera cometido un vulgar asesinato. ¡No! No pertenece a esa clase de individuos que arriesgan su piel por eso. Este tipo permanece entre las sombras. Son los profesionales, los *entrepreneurs*⁶, los nexos entre los hombres de negocios, los políticos que desean obtener ciertos resultados pero les dan miedo los medios para lograrlos, y los fanáticos, los idealistas que están preparados para morir en aras de sus convicciones. En un asesinato o en un intento, lo importante no es saber quién ha disparado, sino quién ha pagado la bala. Las ratas como Dimitrios son las que mejor podrán decirle a usted esto. Siempre están dispuestos a hablar para ahorrarse los inconvenientes de una celda. Dimitrios ha sido igual a cualquier otro. ¡Valor! —Haki volvió a reír—. Sólo que Dimitrios debe de haber sido un poco más inteligente que algunos de los de su clase. Esto se lo puedo asegurar a usted. De acuerdo con los datos de que dispongo, ningún gobierno le ha podido echar el guante y en su dossier no hay fotografías. Pero aquí le conocemos muy bien y también le conocen en Sofía, en Belgrado, en París y en Atenas. Este Dimitrios ha sido un gran viajero.

6 En francés en el texto original. (N. Del T.)

—Habla usted como si se tratara de un muerto.

—Sí, ha muerto. —El coronel Haki esbozó con sus labios un gesto de evidente desprecio—. Un pescador sacó anoche su cadáver del Bósforo. Se cree que ha sido acuchillado y que su cadáver ha sido arrojado desde un barco. Como basura que ha sido, lo han encontrado flotando.

—Al menos —dijo Latimer— ha muerto de manera violenta. Eso parece ser un arreglo de cuentas.

—¡Ah! —exclamó el coronel mientras se inclinaba hacia adelante—. Aquí tenemos al escritor: todo debe ser pulcro, artístico, como en un *roman policier*. ¡Muy bien! —acercó el dossier hacia sí, lo abrió—. Escuche, míster Latimer, escuche esto. Después me dirá si encuentra algo artístico aquí.

Al instante comenzó a leer:

—«Dimitrios Makropoulos» —se detuvo para alzar los ojos—. No hemos logrado averiguar nunca si éste era el apellido de la familia que lo adoptó o si se trataba de un alias. Normalmente todos le llaman Dimitrios —Haki le dio la vuelta a otro folio—. «Dimitrios Makropoulos. Nacido en 1881, en Larissa, Grecia. Se le encontró después de haber sido abandonado por sus padres, a quienes se desconoce. Madre rumana, tal vez. Registrado como súbdito griego y adoptado por una familia griega. Antecedentes criminales en poder de la policía griega. Los detalles no se han podido obtener.» —Haki miró a Latimer—. Esto es cuanto se sabe de él, del periodo anterior a lo que conocemos nosotros de ese individuo. Hemos tenido noticias de Dimitrios por primera vez en *Izmir*⁷ en 1922, pocos días después de que nuestras tropas ocuparan la ciudad. Un *deunme*⁸ llamado Sholem fue hallado en su habitación, degollado. Este hombre era prestamista y guardaba su dinero bajo la madera del piso. Las tablas aparecieron arrancadas y ya no había dinero debajo. En esos días, en Izmir, la violencia era moneda corriente y muy poco caso hacían de ella las autoridades militares. El asesinato podía haber sido cometido por alguno de nuestros soldados. Pero otro judío, amigo de Sholem, llamó la atención de las autoridades militares respecto a la conducta de un negro llamado Dhris Mohammed, que había ido por los cafés de la ciudad gastando dinero y proclamando que había conseguido que un judío le hiciera un préstamo sin cobrarle intereses. Se llevaron a cabo algunas investigaciones y el individuo llamado Dhris fue arrestado. Sus respuestas ante el tribunal militar fueron consideradas como poco satisfactorias y se le condenó

7 *Esmirna, ciudad en Turquía.*

8 *Judío convertido al islamismo.*

a muerte. Entonces el reo hizo una amplia confesión. Dhريس era empacador de higos y declaró que uno de sus compañeros, un hombre al que llamó Dimitrios, le había hablado del dinero que Sholem escondía bajo las tablas del piso de su habitación. Ambos habían planeado el robo y una noche fueron al cuarto de Sholem. Fue Dimitrios quien, según declaró el acusado, asesinó al judío. Dhريس creía que Dimitrios, por poseer papeles de nacionalidad griega, había escapado después de comprar un pasaje en uno de los barcos para refugiados que partían desde lugares secretos de la costa.

Antes de proseguir con la lectura, el coronel Haki se encogió de hombros.

—Las autoridades no dieron fe a esta declaración. En aquel entonces Turquía estaba en guerra con Grecia y el relato parecía ser uno de esos que un individuo culpable inventa para no ser condenado. No obstante, se ha comprobado que existía un empacador de higos llamado Dimitrios, al que sus compañeros habían repudiado y que desapareció —Haki sonrió—. Muchos griegos llamados Dimitrios desaparecieron en ese tiempo. Cualquiera podía tropezarse con sus cuerpos en las calles o verlos flotando en las aguas del puerto. El relato del negro no pudo ser comprobado. Y se le ahorcó.

El coronel hizo una pausa. En realidad, durante toda esa exposición no había mirado casi los folios del dossier.

—Tiene usted muy buena memoria para los hechos —comentó Latimer.

Haki volvió a sonreír.

—Yo era el presidente de aquel tribunal militar. Gracias a eso, más tarde, pude seguir los pasos de Dimitrios. Un año después de aquellos hechos, me trasladaron al servicio de la policía secreta. En 1924 un complot para asesinar al Gazi fue descubierto por nuestros agentes. Eso ocurrió el año en que fue abolido el califato y la conspiración era, evidentemente, obra de un grupo de fanáticos religiosos. Por cierto que los hombres que se encontraban tras la conjura eran agentes de personas que mantenían excelentes relaciones con funcionarios del gobierno de un vecino país amigo. Todos ellos tenían buenos motivos para desear que el Gazi desapareciera de su camino. La conjura fue descubierta. Los detalles carecen de importancia. Pero uno de los agentes que logró escapar era un hombre conocido como Dimitrios —El coronel le ofreció la cigarrera a Latimer—: Fume usted, por favor.

Latimer hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Era el mismo Dimitrios?

—Sí, lo era. Ahora, míster Latimer, respóndame con sinceridad: ¿tiene algún valor literario todo esto? ¿Podría sacar de aquí un buen *roman policier*? Y en todo lo que le he contado, ¿hay algo que pueda tener siquiera un mínimo interés para un escritor?

—El trabajo de la policía me interesa muchísimo... naturalmente. Pero, ¿qué ha sucedido con Dimitrios? ¿Cómo ha terminado esta historia?

El coronel Haki hizo castañetear sus dedos.

—Esperaba que me hiciera esta pregunta. Sabía que me lo preguntaría. Y mi respuesta es: no hubo final.

—¿Qué ocurrió, pues?

—Ya se lo diré. El primer problema consistía en esclarecer la identidad del Dimitrios de Izmir con respecto a la del Dimitrios de *Edirne*⁹. De modo que volvimos a revisar el caso de Sholem, las autoridades dictaron una orden de arresto contra un mercader griego llamado Dimitrios, bajo la acusación de asesinato, y con ese pretexto, pedimos la colaboración de las autoridades de la policía extranjera. No hemos conseguido demasiadas pistas, pero sí las suficientes. Dimitrios había estado implicado en el intento de asesinato a Stambulisky en Bulgaria, que había precedido al *putsch*¹⁰ de los oficiales macedónicos en 1923. La policía de Sofía no poseía muchos datos pero, de todas maneras, a Dimitrios se le conocía allí como un griego que había llegado desde Izmir. Una mujer a quien se había unido fue interrogada en Sofía. Por sus declaraciones se supo que Dimitrios le había escrito poco tiempo antes, sin darle su dirección. La mujer tenía importantes y graves motivos para desear ponerse en contacto con él, de modo que reparó en el sello de correos: era de Edirne. La policía de Sofía obtuvo una somera descripción del individuo, acorde con la que había dado aquel negro de Izmir. La policía griega confirmó que tenía antecedentes criminales de ese hombre anteriores a 1922 y puso a nuestra disposición un detallado informe de esos antecedentes. Es posible que la orden de arresto exista todavía, pero con ella no hemos logrado cazar a Dimitrios.

»Hace apenas dos años volví a tener noticias de él. En aquella ocasión el Gobierno yugoslavo nos consultó acerca de un súbdito turco llamado Dimitrios

9 *Adrianópolis.*

10 *Voz alemana; significa alzamiento o rebelión con fines políticos. (N. Del T.).*

Talat. Se le acusaba, según nos dijeron, de robo. Pero uno de nuestros agentes en Belgrado informó que el móvil del robo había sido la obtención de ciertos documentos secretos de la marina y que el cargo que el Gobierno yugoslavo esperaba esgrimir contra Dimitrios era el de espionaje a favor de Francia. Por el nombre de pila y por la descripción que nos hizo la policía de Belgrado, supusimos que ese Talat era, quizá, Dimitrios de Izmir. Por aquel entonces nuestro cónsul en Suiza había renovado el pasaporte, al parecer expedido en Ankara, de un hombre llamado Talat. Se trata de un apellido turco bastante corriente, pero cuando se buscó en los archivos el comprobante de la renovación, se averiguó que jamás se había expedido un pasaporte con ese número. Era un pasaporte falso —El coronel Haki abrió sus manos a modo de conclusión—. Ya lo ve usted, míster Latimer. Esta es su historia: incompleta, sin valor artístico, sin investigaciones, sin sospechosos ni móviles ocultos; pura sordidez.

—Pero interesante, a pesar de todo —objetó Latimer—. ¿Qué ha sucedido con el descubrimiento de aquel pasaporte de Talat?

—¿Aún busca usted un final para su historia, míster Latimer? Pues bien: no se ha sabido nada acerca de aquel Talat; no ha sido más que un nombre. Jamás hemos vuelto a saber nada de él. Si ha utilizado ese pasaporte, lo ignoramos. Y no importa. Tenemos a Dimitrios. Es un cadáver, por cierto, pero lo tenemos. La policía regular hará sus investigaciones, sin duda, y nos informará que no hay modo de descubrir al asesino. Este dossier irá a parar a nuestros archivos. Entre tantos otros similares, éste no es más que un caso más.

—Usted ha dicho algo acerca de tráfico de drogas.

En el rostro del coronel Haki comenzaba a dibujarse una expresión de aburrimiento.

—Oh, sí. Dimitrios, según creo, hizo una sustanciosa suma de dinero con las drogas, tiempo atrás. Es otra historia sin final. Unos tres años después de aquel asunto de Belgrado hemos tenido de nuevo noticias de este individuo. No se trataba de nada relacionado con nuestro país, pero la información que obtuvimos fue agregada al dossier, una mera cuestión de rutina —Haki buscó algo entre los folios y comenzó a leer—: «En 1929 el Comité Asesor de la Liga de las Naciones sobre el tráfico ilícito de drogas recibió un informe del Gobierno francés referido a la captura de un cargamento importante de heroína en la frontera suiza. La droga había sido escondida en el colchón de un coche litera de un tren proveniente de Sofía. A uno de los camareros del coche se le consideró responsable del contrabando, pero cuanto ha podido o querido decir a la policía ha sido que la droga debía ser retirada por un hombre que trabajaba en la estación de térmi-

no del ferrocarril. El camarero declaró que ignoraba el nombre del individuo y aseguró que jamás había hablado con él, pero facilitó una descripción del sujeto. Más adelante dicho hombre fue detenido. Durante el interrogatorio subsiguiente, admitió su culpabilidad pero juró desconocer el destino de la droga. Este hombre recibía un cargamento cada mes, que era recogido por un tercer sujeto. La policía le tendió una trampa y arrestó a este individuo, descubriendo que existía un cuarto intermediario. Fueron arrestados en total seis hombres, relacionados con el caso, llegándose a obtener un único dato fidedigno: a la cabeza de la organización que distribuía la droga estaba un hombre llamado Dimitrios. A través del Comité, el Gobierno de Bulgaria reveló entonces que se había hallado un laboratorio clandestino de heroína en Radomir y que se habían incautado doscientos treinta kilos de heroína lista para ser enviada al exterior. El nombre del destinatario era Dimitrios. A lo largo del año siguiente, los policías franceses lograron descubrir uno o dos importantes cargamentos consignados a nombre de Dimitrios. Pero no pudieron llegar mucho más cerca del mismo Dimitrios. Surgieron dificultades. La mercancía jamás arribaba, al parecer, dos veces por la misma vía, y a finales de aquel año, 1930, todo cuanto habían obtenido se reducía al arresto de un buen número de contrabandistas y de algunos mercachifles insignificantes. A juzgar por las cantidades de heroína incautadas en esa ocasión, se dedujo que Dimitrios tuvo que haber amasado importantes sumas de dinero. Luego, de pronto, al cabo de un año de aquellos hechos, Dimitrios desapareció del mundo del tráfico de estupefacientes. Las primeras noticias que la policía tuvo al respecto llegaron por medio de una carta anónima que refería los nombres de los principales miembros de la banda, la historia de sus vidas y los detalles de cómo se podrían obtener las pruebas en contra de cada uno de ellos. En aquel tiempo, la policía francesa había elaborado una tesis: aseguraban que el propio Dimitrios se había convertido en adicto a la heroína. Ya fuera cierto o no, el hecho es que en diciembre se procedió a la detención de esa banda. Una de esas personas, una mujer, había sido denunciada ya por fraude. Algunos de los arrestados juraron que asesinarían a Dimitrios en cuanto salieran de la cárcel, pero lo más que dijeron a la policía fue que su apellido era Makropoulos y que era dueño de un piso en el decimo séptimo *arrondissement*¹¹. La policía jamás pudo hallar el piso y jamás pudo hallar a Dimitrios.»

El empleado vestido con ropas militares había entrado al despacho y aguardaba de pie junto al escritorio. —¡Ah! —dijo el coronel—; aquí está su copia.

Latimer cogió los folios y le dio las gracias con una expresión evasiva.

—¿Eso fue lo último que ha sabido acerca de Dimitrios?—preguntó.

11 En francés en el original; «distrito». (N. Del T.).

—Oh, no. La última noticia sobre este individuo nos llegó después, un año más tarde. Un croata había intentado asesinar a un político yugoslavo en Zagreb. En la confesión que hizo ante la policía, afirmó que la pistola utilizada en el atentado la había obtenido en Roma, de manos de un hombre llamado Dimitrios. De tratarse de Dimitrios de Izmir, eso significaría que ha vuelto a su antigua profesión. Un sucio bandido. Existen algunos más como él, que bien podrían estar flotando en las aguas del Bósforo.

—Usted me ha dicho que jamás ha visto una fotografía de ese hombre. ¿Cómo le han identificado, entonces?

—Han encontrado una *carte d'identité*¹² cosida en la parte interior del forro de su chaqueta. Este documento fue expedido hace un año, en Lyon, a nombre de Dimitrios Makropoulos. Es el tipo de documentación que se da a los turistas y en él se describe al sujeto como persona sin trabajo. Todo esto puede significar cualquier cosa. Por supuesto, en esa tarjeta hay una fotografía. La hemos enviado a las autoridades francesas, quienes nos han asegurado que se trata de una fotografía auténtica. —El coronel Haki apartó de sí el dossier y se puso en pie—. Mañana habrá una pesquisa. Debo asistir a ella y ahora mismo tengo que ir a ver el cadáver que está en el depósito policial. Esto es algo con lo que usted no ha de verse en sus libros, míster Latimer: una lista de reglamentaciones. Ha sido hallado el cadáver de un hombre flotando en el Bósforo. Un asunto que incumbe a la policía, sin duda. No obstante, y ya que a ese hombre se le cita en un dossier de nuestros archivos, mi organización también tiene que participar. En fin, mi coche está esperando. ¿Quiere usted que le lleve a alguna parte?

—Si mi hotel no cae demasiado lejos de su camino, podría dejarme allí, tal vez.

—Sí, claro. ¿Tiene ya usted la copia del argumento de su nuevo libro? Bueno. Nos marchamos, pues.

Una vez en el coche, el coronel expuso sus opiniones acerca de las virtudes de La clave del testamento ensangrentado. Latimer le prometió que se mantendría en contacto con él y que le informaría de los progresos de la novela.

El coche se detuvo frente al hotel. Ya habían intercambiado los saludos acostumbrados y Latimer se disponía a bajar del coche, cuando, tras un instante de vacilación, volvió a reclinarse contra el respaldo de su asiento.

12 En francés en el original; «documento de identidad». (N. Del T.).

—Mire usted, coronel —dijo—, quiero hacerle lo que tal vez le parezca una extraña petición.

El coronel gesticuló amistosamente.

—Sí, dígame usted.

—Tengo la curiosidad de ver el cadáver de ese hombre, Dimitrios. Me pregunto si podría llevarme al depósito con usted.

El coronel frunció el entrecejo y después se encogió de hombros.

—Si quiere venir, puede hacerlo. Pero no veo...

—Jamás he visto —mintió Latimer al instante— ni un cadáver ni una morgue. Y creo que todos los escritores de novelas policíacas tienen que verlos alguna vez. El rostro del coronel se despejó.

—Mi querido amigo, está usted en lo cierto. No es imposible escribir sobre lo que jamás se ha visto —Haki hizo una seña al chófer para que reemprendiera la marcha—. Tal vez podamos —agregó cuando el coche se hubo puesto en movimiento— incorporar a su nuevo libro una escena en una morgue. Lo pensaré.

El depósito de cadáveres era un pequeño edificio construido con chapas acanaladas de hierro, dentro del predio de una comisaría, cerca de la mezquita de Nouri Osmanieh.

Un oficial de la policía, recogido en *route*¹³ por el coronel, les guió a través del patio que separaba al depósito del edificio principal. El calor de la tarde se había detenido encima del piso de hormigón, con un vaho tembloroso. Latimer comenzó a arrepentirse de haber ido a ese sitio: no era el momento apropiado para visitar depósitos de cadáveres contruidos con chapas acanaladas.

El oficial hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta. Una tromba de aire caliente, cargado de olor a ácido fénico, se precipitó a recibirles, como si se tratara del efluio de un horno. Latimer se quitó el sombrero y siguió al coronel.

No había ventanas y la luz procedía de una única bombilla, muy potente, metida dentro de un reflector esmaltado. A cada uno de los lados de un pasillo que recorría el centro del depósito, había cuatro mesas de madera, muy altas. A ex-

13 *En francés en el original; «en camino». (Nota del Traductor).*

cepción de tres de ellas, las demás estaban desnudas. Sobre aquellas tres mesas, una tela encerada, rígida, destacaba un poco apenas por encima del nivel de las mesas desnudas. El calor era insoportable y Latimer sentía que el sudor comenzaba a empapar su camisa y a deslizarse hacia abajo, a lo largo de sus piernas.

—Hace mucho calor —dijo.

El coronel Haki se encogió de hombros y con un movimiento de cabeza señaló las mesas cubiertas.

—Ellos no se quejan.

El oficial se acercó a la más próxima de las tres mesas y se inclinó para retirar la tela que la cubría. El coronel se adelantó para observar el cadáver. Latimer se forzó a sí mismo a seguirle.

El cuerpo que yacía sobre la madera era el de un hombre bajo, de anchos hombros, de unos cincuenta años. Desde su sitio, Latimer podía ver muy poco de su cara: tan sólo una masa de carne de color ceniciento y un mechón de desgredado pelo gris. El cuerpo estaba envuelto con una tela impermeable. Junto a los pies había una pila de ropas arrugadas: prendas interiores, una camisa, calcetines, una corbata estampada con flores, un traje azul, de sarga, que el agua de mar había vuelto casi gris. Junto a la pila de ropas descansaba un par de zapatos estrechos y puntiagudos, cuyas suelas se habían combado al secarse.

Latimer se adelantó un paso, para poder ver la cara de aquel cuerpo.

Nadie se había preocupado de cerrarle los ojos y el blanco de las córneas se alzaba hacia la luz. La mandíbula inferior estaba apenas caída. No era el rostro que Latimer se había imaginado: redondo, de labios gruesos —y no finos—, una cara que puede temblar y traducir la intensidad de una emoción. Las mejillas eran suaves, de línea rotunda. Pero era demasiado tarde para hacerse ninguna clase de juicio acerca de la mente que en otro tiempo había alentado detrás de esas facciones. Esa mente ya había desaparecido.

El oficial hablaba con el coronel Haki. Al cabo de unos segundos, calló.

—Muerto de una cuchillada en el vientre, según el informe del médico —tradujo el coronel—. Ya había muerto cuando le arrojaron al agua.

—¿Dónde han sido compradas las ropas?

—En Lyon, excepto el traje y los zapatos, que son griegos. Todo de mala calidad.

Haki volvió a hablar con el oficial.

Latimer observaba el cadáver. De modo que ése era Dimitrios. Ese era el hombre que, tal vez, le cortó el cuello a Sholem, aquel judío que se había convertido al islamismo. Ése era el hombre que había participado en varios asesinatos, que había trabajado de espía para Francia. Ese hombre había traficado con drogas, había vendido un arma a un terrorista croata, y por último, había sido víctima de la violencia él mismo.

Ese bulto de color ceniciento significaba el final de una odisea. En el último capítulo, Dimitrios había regresado al país en el que, años atrás, se iniciara su trayectoria.

Muchos años. Europa, después de la agonía, imaginó por un instante que sus dolores constituirían una nueva gloria; después, había vuelto a caer en el lodo, en medio de los pavores de la guerra. Nuevos gobiernos habían surgido y habían caído; hombres y mujeres habían trabajado, habían padecido hambre, habían dicho discursos, habían luchado, habían sido torturados, habían muerto. La esperanza había surgido y se había apagado; una fugitiva en el aura perfumada de la ilusión. Los hombres habían aprendido a husmear la materia de los sueños impetuosos del alma y esperaban sin inmutarse que las plataformas giratorias pusieran a los cañones en el sitio exacto para la destrucción.

Y a lo largo de todos aquellos años, Dimitrios había vivido y respirado y mantenido tratos con sus extraños dioses. Había sido un hombre peligroso. Ahora, en medio de la soledad de su muerte, junto a aquella escuálida pila de ropas que constituían todo su patrimonio, resultaba digno de piedad.

Latimer observó a los dos funcionarios, mientras discutían acerca de los datos con que rellenarían un formulario, que el oficial se había sacado de un bolsillo. Ambos comenzaron a revolver las ropas, para hacer un inventario de ellas.

No obstante, en algún momento de su vida, Dimitrios había hecho dinero, mucho dinero. ¿Qué había ocurrido con esa fortuna? ¿Lo habría gastado? ¿Lo habría perdido? «Lo que se consigue fácilmente, fácilmente se pierde», dicen. ¿Pero era Dimitrios hombre que derrochara el dinero con facilidad, fuese cual fuera la manera como lo hubiera obtenido? ¡Esos funcionarios sabían tan poco de él! Unos pocos hechos concretos acerca de ciertos incidentes especiales de su vida: ¡eso era todo lo que contenía el dossier! Nada más. Y por cada uno de los crí-

menes descritos en el dossier, sin duda habría otros, tal vez mucho más graves, incluso. ¿Qué podía haber ocurrido durante aquellos intervalos de dos o tres años que el dossier sorteaba de modo tan despreocupado? ¿Y qué había ocurrido desde su estancia en Lyon, un año atrás? ¿Por qué camino había avanzado para llegar a la cita que concertara con Némesis?

Todas éstas eran preguntas que el coronel Haki no se molestaría en formularse, y mucho menos, en hallar la respuesta. Haki era un simple profesional, preocupado tan sólo por el hecho desagradable de tener que disponer de un cadáver en estado de descomposición.

Pero sin duda habría gente que lo supiera, que supiera de la vida de Dimitrios, que hubiera conocido a sus amigos (si es que realmente los había tenido) y a sus enemigos. Sin duda habría gente en Esmirna, en Sofía, en Belgrado, en Adrianópolis, en París, en Lyon, gente de toda Europa que podría responderle a sus preguntas. Si era capaz de hallar a toda aquella gente, si era capaz de obtener de ellos las respuestas a sus preguntas, Latimer tendría en sus manos el material para lo que, seguramente, sería la más extraña de las biografías.

El corazón de Latimer detuvo sus latidos. Era absurdo intentarlo, por supuesto. Una locura en la que no valía la pena pensar siquiera. En caso de hacerlo, habría que empezar en Esmirna, por así decir, y tratar de seguir uno a uno los pasos de aquel hombre, utilizando el dossier como guía inicial.

Podía ser una nueva experiencia como investigador, por cierto. Era posible que no descubriera nada; pero incluso el fracaso iba a aportar alguna pista aprovechable.

Lo lógico era que todas aquellas investigaciones rutinarias, que había organizado tan fácilmente en sus novelas, fueran llevadas a la práctica, al menos una vez, por él mismo.

Por supuesto que ningún hombre que tuviera un mínimo de sentido común podría soñar con salir a la caza del ganso salvaje... ¡no, por el amor de Dios! Pero era divertido jugar con la idea, y si de alguna manera Estambul comenzaba a convertirse en un lugar un poquitín aburrido...

Latimer alzó los ojos y se encontró con la mirada del coronel.

Haki hizo una alusión al calor que reinaba en el depósito. Ya había terminado su tarea de rellenar los papeles con el oficial.

—¿Ha visto ya todo lo que quería ver?

Latimer asintió con un movimiento de cabeza.

El coronel Haki se volvió y le echó al cadáver una mirada como si se tratara de una obra de artesanía de la que fuese su propio artífice, y de la que estuviera a punto de desprenderse. Durante uno o dos segundos permaneció inmóvil. Después su brazo derecho se adelantó hasta que su mano cogió el pelo del muerto, para levantar la cabeza de modo que los ojos sin vida se enfrentaran con los suyos.

—Un demonio espantoso, ¿verdad?-dijo—. La vida es algo muy extraño. Le he conocido a lo largo de veinte años y ésta es la primera vez que le veo cara a cara. Estos ojos han visto cosas que me hubiera gustado ver. Es una lástima que esa boca ya no pueda hablar sobre ellas.

Haki soltó el mechón de pelo y la cabeza cayó sobre la madera, produciendo un sonido sordo; después, el coronel sacó de su bolsillo un pañuelo de seda y se limpió los dedos cuidadosamente.

—Cuanto antes esté en un ataúd, mejor —comentó mientras salían del depósito.

3. Mil novecientos veintidós

En las primeras horas de una mañana de agosto de mil novecientos veintidós, el Ejército Nacionalista Turco, bajo el mando de Mustafá Kemal Pasha, atacó al grueso del ejército griego en Dumlu Punar, en una meseta que se extiende a doscientas millas al oeste de Esmirna. A la mañana siguiente el ejército griego se había dispersado y sus restos se batían en presurosa retirada hacia Esmirna y hacia el mar. En los días subsiguientes, la retirada se convertiría en huida.

Incapaces de destruir al ejército turco, los griegos se entregaron con frenético salvajismo a la tarea de destruir las poblaciones turcas que hallaban durante su escapada. Desde Alashehr hasta Esmirna, quemaron y asesinaron. Ni una sola aldea quedó en pie. Mientras perseguían a los vencidos, entre las ruinas humeantes, las tropas turcas hallaban los cadáveres de los aldeanos.

Con la asistencia de los pocos labriegos anatólios, medio enloquecidos, que habían logrado sobrevivir, los turcos se vengaban en los griegos que iban encontrando a su paso. A los cadáveres de niños y mujeres turcos, se sumaban los cuerpos mutilados de los integrantes del ejército griego que se habían rezagado. Pero el grueso del ejército griego había huido por mar.

Con su apetito de sangre infiel aún insatisfecho, los turcos continuaron su avance. El día 9 de septiembre ocuparon Esmirna.

Durante dos semanas, los que huían de los invasores turcos habían afluído a la ciudad, para engrosar el ya elevado número de habitantes griegos y armenios. Todos pensaron que las tropas griegas defenderían la ciudad, después de reorganizarse. Pero el ejército griego se había embarcado ya, había huido. Y ahora todos estaban atrapados en una trampa. Comenzó entonces el holocausto.

El registro de la Liga Armenia de Defensa del Asia Menor cayó en manos de las tropas de ocupación, y en la noche del día 10, una patrulla de soldados de línea recorrió los barrios armenios, con el objetivo de hallar y matar a aquellas personas cuyos nombres aparecían en aquel registro.

Los armenios se resistieron y los turcos se entregaron a una orgía de sangre. La masacre que se produjo a continuación tuvo el sentido de una advertencia. Alentadas por sus oficiales, las tropas turcas, al día siguiente, se arrojaron contra los barrios no turcos de la ciudad y comenzaron a matar de manera sistemática.

Arrastrados fuera de sus casas y de sus escondites, hombres, mujeres y niños fueron degollados en las calles que, muy pronto, se vieron pavimentadas con

cadáveres mutilados. Las paredes de madera de los templos, repletos de refugiados, fueron rociadas con gasolina e incendiadas. Los ocupantes que no morían quemados vivos eran recibidos por las puntas de las bayonetas cuando intentaban escapar. En muchos lugares, las casas saqueadas también eran entregadas a las llamas y los incendios comenzaron a extenderse por toda la ciudad.

En su primer momento, se hizo algún esfuerzo para controlar el fuego. Después cambió la dirección del viento, con lo que las llamas se inclinaron en dirección contraria al barrio turco y las tropas recomenzaron, entonces, sus actividades de matanza y saqueo.

Muy pronto toda la ciudad, a excepción del barrio turco y de unas pocas casas cercanas a la estación Kassamba del ferrocarril, fue presa de un incendio voraz.

La masacre, entretanto, continuaba con una ferocidad incontenible. Un cordón de tropas que rodeaba gran parte de la ciudad impedía que los refugiados abandonaran el área incendiada. Las avalanchas de fugitivos aterrorizados eran recibidas con el fuego despiadado de las armas o precipitadas otra vez hacia el infierno de las llamas.

Las estrechas y siniestras callejuelas estaban atascadas por los cadáveres hasta tal punto que, de haber sido las partidas de rescate capaces de soportar el hedor letal que iba en aumento a cada instante, no hubieran podido penetrar siquiera en ellas.

Esmirna, una ciudad llena antes de seres vivos, se había convertido en un matadero. Muchos de los refugiados intentaron llegar hasta los barcos anclados en el puerto. Liquidados a balazos, ahogados, mutilados por feroces enemigos, los cuerpos flotaban ominosamente en las aguas teñidas de sangre.

Pero los muelles seguían hirviendo: una multitud intentaba, en el paroxismo de su frenesí, escapar de los edificios cercanos, que se alzaban envueltos en llamas a escasa distancia, amenazando con el estrago. Se ha dicho que los alaridos de aquellas gentes se podían oír desde el mar, a una milla de distancia de la costa.

Giaur Izmir, la Esmirna infiel, estaba expiando sus pecados.

Al alba del día 15 de septiembre, más de ciento veinte mil personas habían perecido. Sin embargo, en algún lugar, en medio de todo aquel horror, Dimitrios seguía con vida.

Dieciséis años más tarde, cuando su tren entraba en Esmirna, Latimer llegó a la conclusión de que se estaba comportando como un tonto.

No se trataba de una conclusión a la que hubiera llegado de pronto, sin haber llevado a cabo un minucioso examen de todos los elementos de juicio de que disponía. Era una conclusión desagradable que le colmaba de disgusto. Porque había dos hechos que le parecían evidentes. En primer lugar, se reprochaba el no haberle pedido al coronel Haki que le facilitara el acceso a los archivos del tribunal militar, para poder conocer la confesión de Dhri Mohammed; pero no había sido capaz de hallar ningún pretexto razonable para apoyar tal petición.

En segundo término, sus conocimientos del idioma turco eran tan pobres que, aun en el caso hipotético de que tuviera acceso a los archivos, sin la ayuda del coronel Haki, sería incapaz de leer aquel documento.

Haber emprendido aquella fantástica y poco digna caza del ganso salvaje era una equivocación bastante imperdonable. Haberla emprendido sin armas ni municiones adecuadas, por así decirlo, era cosa de un tonto o de un loco.

De no haber logrado instalarse, al cabo de una hora después de su llegada, en un excelente hotel, de no haber tenido en su habitación una buena cama y una vista que abarcaba el golfo y las colinas rojizas, bañadas por el sol, que se alzaban al otro lado de las aguas, y —sobre todo— de no haber sido convidado con un martini seco por el dueño del hotel, un francés de gran cordialidad, Latimer habría abandonado sus sueños de hacer una incursión en el mundo detectivesco y habría regresado a Estambul inmediatamente.

Así las cosas... con o sin la historia de Dimitrios de por medio, bien podía conocer algo de la ciudad de Esmirna ahora que estaba allí. Deshizo, pues, en parte, sus maletas.

La segunda mañana de su estancia en Esmirna, Latimer acudió al dueño del hotel para pedirle que le pusiera en contacto con un buen intérprete.

Fedor Muishkin era un diminuto ruso engreído, que debía frisar en los sesenta, con un labio inferior gordo y pendulante, que hacía ondear y temblar cuando hablaba. Tenía una oficina en la zona portuaria y se ganaba la vida traduciendo documentos de negocios y sirviendo de intérprete a capitanes de barcos y a despachantes de casas extranjeras que llegaban al puerto. Formó parte de los mencheviques que en 1919 se vieron obligados a huir de Odessa; a pesar de ello (como lo señalara con tono sardónico el dueño del hotel), ahora se declaraba simpatizante de los bolcheviques: así y todo, al parecer, no pensaba en la posibi-

lidad de su regreso a Rusia. Un farsante, por cierto. Pero, al mismo tiempo, un buen intérprete. Si quería los servicios de un intérprete, Muishkin era el hombre apropiado.

El propio Fedor Muishkin aseguraba que él era el hombre indicado. Su voz era aguda y áspera; además, se rascaba casi sin cesar. Su inglés era correcto, aunque empañado a veces con frases de argot que no siempre resultaban pertinentes. Decía, en sus presentaciones:

—Si hay algo en que pueda servirle, écheme un cabo, soy un tío baratísimo.

—Quiero seguir la pista —explicó Latimer— de un griego que partió de aquí en septiembre de mil novecientos veintidós.

Las cejas de su interlocutor se alzaron en un gesto de asombro.

—En mil novecientos veintidós, ¿eh? ¿Un griego que partió de aquí?—Muishkin emitió un par de cloqueos—. Muchos griegos se marcharon de aquí en esos días. —Escupió sobre su dedo índice y pasó la yema por su garganta—. ¡Así! Fue terrible lo que aquellos turcos hicieron a aquellos griegos. ¡Una carnicería!

—Este hombre huyó en un barco de refugiados. Su nombre era Dimitrios. Se cree que había planeado, junto con un negro llamado Dhريس Mohammed, el asesinato de un prestamista llamado Sholem. El negro fue juzgado por un tribunal militar y ahorcado. Dimitrios pudo escapar. Me interesaría ver, si es posible, la relación de las declaraciones obtenidas durante el juicio, la confesión del negro y los datos que se reunieron sobre Dimitrios.

Muishkin le clavó una firme mirada.

—¿Dimitrios?

—Sí.

—¿Mil novecientos veintidós?

—Sí —el corazón de Latimer dio un brinco—. ¿Por qué? ¿Le conoció usted?

Al parecer, el ruso estaba a punto de decir algo; pero cambió de idea. Al cabo de un instante sacudió la cabeza.

—No. Estaba pensando que ése es un nombre muy común. ¿Tiene usted el permiso para examinar los archivos de la policía?

—No. He pensado que tal vez usted podría aconsejarme acerca del mejor modo de obtener ese permiso. Por supuesto que sé muy bien que sólo se dedica a las traducciones, pero si pudiera echarme una mano en este asunto, le estaría muy agradecido.

Muishkin se pellizcó el labio inferior con aire pensativo.

—¿Tal vez podría usted entrevistarse con el vicecónsul británico? Tendría que pedirle que le ayudara a obtener ese permiso... —Se interrumpió—. Perdóneme usted, pero, ¿por qué quiere ver esas declaraciones? No se lo pregunto porque sí, ni porque no sea capaz de meter mis narices sólo en mis propios asuntos, sino porque la policía seguramente le hará esa pregunta. Ahora bien —prosiguió—, si se tratara de un trámite legal, de algo que no deje entrever, ni por asomo, ni una sospecha, yo tengo un amigo influyente que tal vez podría arreglarlo todo a cambio de una pequeña suma.

Latimer sintió que se ruborizaba.

—Ocurre que sí se trata de un trámite legal —dijo con el tono más natural que pudo hallar en su repertorio—. Por supuesto que podría recurrir al cónsul, pero si usted se encargara de todo, me evitaría el ajetreo que es de suponer.

—Oh, será un placer. Hablaré con ese amigo hoy mismo. La policía, como usted comprenderá, es un incordio y si acudiera a ella yo personalmente, el trámite resultaría muy caro. Y, además, me gusta proteger a mis clientes.

—Es usted muy amable.

—No tiene ninguna importancia. —Una mirada ausente revoloteó en los ojos del ruso—. Me caen bien los ingleses, sabe usted. Ustedes saben muy bien cuál es la mejor manera de negociar. No acostumbran a regatear, como estos malditos griegos. Cuando un hombre les dice metálico a la entrega de la mercancía, ustedes pagan metálico contra entrega de la mercancía. ¿Un cheque? Muy bien. Los ingleses juegan limpio. Con ellos hay una mutua confianza entre ambas partes. Y cualquiera puede hacer un trabajo excelente en tales circunstancias. Sientes...

—¿Cuánto?-le interrumpió Latimer.

—¿Quinientas piastras?

Muishkin lo dijo en tono de duda. En sus ojos reinaba el desconsuelo: era un artista que carecía de confianza en sí mismo, una criatura obligada a negociar, un hombre que sólo se sentía feliz con su trabajo.

Latimer reflexionó durante unos segundos. Quinientas piastras equivalían a algo menos de una libra. Bastante barato. Pero entonces detectó un brillo particular en los ojos desconsolados.

—Doscientas cincuenta —replicó, con tono firme.

Muishkin alzó sus manos en un gesto de desamparo. El tenía que vivir. Y también estaba de por medio su amigo, una persona de gran influencia.

Momentos después, tras haber pagado ciento cincuenta piastras como adelanto de un precio total establecido en trescientas piastras (incluidas las cincuenta, para el amigo influyente), Latimer se marchó. Anduvo por el paseo del puerto; se sentía satisfecho de su trabajo de aquella mañana. Sin duda hubiera preferido ver los archivos él mismo, observar mientras le hiciesen la traducción. Se hubiera sentido más acorde con su papel de investigador y no reducido a la posición de mero turista inquisitivo. Pero así se habían presentado las cosas. Siempre existía la posibilidad, claro estaba, de que a Muishkin se le ocurriera embolsarse esas fáciles ciento cincuenta piastras. Pero había algo que no le permitía dar crédito a esa posibilidad. Susceptible como era a las impresiones, descansaba en la idea que le había sugerido el ruso: Era un hombre honesto, si no a simple vista, al menos en el fondo.

Además no podían engañarle con documentos falsos. El coronel Haki le había contado lo suficiente sobre el juicio contra Dhris Mohammed; estaba en condiciones de detectar ese tipo de fraude. Lo único que podía suceder era que el amigo no fuera merecedor de aquellas cincuenta piastras.

Al día siguiente llegó Muishkin, sudando copiosamente, poco antes de cenar, mientras Latimer se tomaba un aperitivo. El ruso se acercó agitando los brazos, revolviendo los ojos como un desesperado, y después de arrojarle sobre un sillón, dejó oír un fuerte suspiro de agotamiento.

—¡Qué día! ¡Qué calor! —exclamó.

—¿Ha traído la traducción?

Muishkin asintió con un gesto de fatiga, metió una mano en un bolsillo interior y sacó un rollo de papeles.

—¿Quiere beber algo?—preguntó Latimer.

Los ojos del ruso se abrieron con brusquedad mientras dirigían a su alrededor una mirada de hombre que acaba de recobrar el sentido.

—Si no le importa —dijo—. Tomaré ajeno, por favor; *avec de la glace*¹⁴.

El camarero recibió el pedido y Latimer se dispuso a inspeccionar la presa co-brada.

La traducción estaba manuscrita y llenaba doce folios. Latimer hojeó los dos o tres folios iniciales. Sin duda alguna, era la traducción del documento genuino.

Entonces inició una lectura cuidadosa.

GOBIERNO NACIONAL DE TURQUÍA TRIBUNAL DE LA INDEPENDENCIA

Por orden del oficial comandante de la guarnición de Izmir, de acuerdo con las facultades otorgadas por el Decreto Ley promulgado en Ankara en el decimotavo día del sexto mes de 1922 del nuevo calendario.

Sumario de las declaraciones hechas ante el Comisionado Presidente del Tribunal, mayor de brigada Zia Haki, en el sexto día del décimo mes del año 1922, del nuevo calendario.

Zakari, el judío, denuncia que el asesinato de su primo Sholem ha sido obra de Dhri Moham-med, un empacador de higos oriundo de Buja.

Durante la semana pasada, una patrulla perteneciente al Sexagésimo Regimiento descubrió el cadáver de Sholem, un prestamista deunme, en su cuarto situado en un edificio que da a una callejuela sin nombre, en los alrededores de la Antigua Mezquita. Había sido degollado. Aún cuando este hombre no era hijo de verdaderos creyentes ni gozaba de buena reputación, nuestra vigilante policía ha llevado a cabo las investigaciones pertinentes y ha comprobado la desaparición de una considerable suma de dinero.

Varios días más tarde, Zakari, el denunciante, informó al comandante de policía que, mientras estaba en un café, había visto a Dhri exhibiendo puñados de billetes de moneda griega. Zakari sabía que Dhri era un individuo pobre y se extrañó. Más tarde, cuando Dhri se hubo emborrachado, le oyó jactarse de que Sholem, el judío, le hubiera prestado dinero sin pedirle intereses. En ese momento, Zakari no se había enterado aún de la muerte de Sholem, pero cuando se lo comunicó un familiar, recordó lo que había visto y oído en aquel café.

Se ha requerido la declaración de Abdul Hakk, dueño del bar Cristal, quien ha dicho que Dhri había mostrado dinero griego, varios cientos de dracmas, al parecer, y había dicho a gritos que

14 En francés en el original: con hielo. (N. Del T.).

el judío Sholem le había prestado ese dinero sin pedirle intereses. Hakk pensó que eso era raro, porque Sholem era un hombre de duro corazón.

Un jornalero del puerto, llamado Ismail, también ha declarado que había oído esto mismo de boca del prisionero.

Interrogado acerca de la manera como había obtenido el dinero, el asesino en un principio ha negado que estuviera en posesión de dicha suma y ha afirmado que no conocía a Sholem y que, por ser un verdadero creyente, el judío Zakari le odiaba. También ha dicho que Hakk e Ismail habían mentado.

Ante las severas preguntas del Comisionado Presidente del Tribunal, ha admitido posteriormente que estaba en posesión de una suma de dinero, pagada por Sholem a cambio de un servicio que él le había prestado. Pero Dhri Mohammed se ha negado a explicar en qué había consistido ese servicio. Al proseguir el interrogatorio, la actitud del acusado se volvió extraña y desequilibrada. Ha negado su responsabilidad en el asesinato de Sholem y, con blasfemias, ha invocado al Dios Verdadero como testigo de su inocencia.

El Comisionado Presidente, en vista de todo esto, ordena que el reo sea ahorcado, mediando el acuerdo de los otros miembros del Tribunal, por ser ésta la sentencia justa.

Latimer acabó el folio. Echó una mirada a Muishkin. El ruso se había tragado su ajeno y examinaba la copa. Las miradas de ambos se cruzaron. —El ajeno —observó Muishkin— es una bebida excelente. Muy refrescante.

—Tómese otra copa.

—Si no le importa —sonrió Muishkin; señalando los papeles que tenía Latimer preguntó—: ¿Están en orden?

—Oh, sí, creo que sí. Pero las fechas son un tanto vagas, ¿verdad? Y tampoco veo que haya un informe del médico forense ni un intento de fijar la hora del crimen. En cuanto a las pruebas, me parecen terriblemente endebles. En rigor, nada ha sido probado.

Muishkin se mostró sorprendido.

—¿Para qué preocuparse de las pruebas? Ese negro era culpable, sin ninguna duda. Lo mejor era ahorcarlo.

—Ya entiendo. Bueno, si no le molesta, seguiré leyendo las notas del juicio.

Muishkin se encogió de hombros, se estiró después en el sillón y llamó al camarero. Latimer volvió el folio para proseguir con la lectura.

DECLARACIÓN HECHA POR EL ASESINO DHRIS MOHAMMED, EN PRESENCIA DEL GUARDIA COMANDANTE DE LA CÁRCEL DE IZMIR Y CON LA COMPARECENCIA DE OTROS TESTIGOS FIDEDIGNOS

Dice el Libro que no debe salvarse aquel que mienta y yo declararé estas cosas con el fin de probar mi inocencia y de salvarme de la horca. He mentido antes, pero ahora diré la verdad. Soy un verdadero creyente. No existe otro dios que el Dios Verdadero.

No he asesinado a Sholem. Le digo a usted que yo no le he asesinado. ¿Para qué habría de mentir, ahora? Sí, lo explicaré todo. No he sido yo, Dimitrios ha sido quien ha asesinado a Sholem.

Le diré quién es Dimitrios y usted me creará. Dimitrios es un griego. Para los griegos, él es griego; pero para los verdaderos creyentes, él también es creyente y sólo ante las autoridades se muestra como griego, porque tiene algunos papeles que ha firmado su padre adoptivo.

Dimitrios trabajaba con nosotros, empacando higos, y muchos le odiaban por su violencia y el veneno de su lengua. Pero yo soy un hombre que ama a los demás hombres como si fueran sus hermanos y a menudo hablaba con Dimitrios en el trabajo, y le explicaba la religión del Dios Verdadero. Y él siempre me escuchó.

Después, cuando los griegos huían ante los ejércitos victoriosos del Dios Verdadero, Dimitrios fue a mi casa y me pidió que le ocultara para no sufrir el terror de los griegos. Me dijo que era un verdadero creyente. De modo que le escondí. Después, nuestro glorioso ejército llegó para ayudarnos. Pero Dimitrios no podía partir, porque a causa de aquel papel firmado por su padre adoptivo, era un griego y temía por su vida.

De modo que siguió en mi casa y cuando salía a la calle iba vestido con ropas turcas. Así, un día me dijo ciertas cosas. El judío Sholem, me dijo, tenía mucho dinero, billetes griegos y monedas de oro, escondidos debajo del suelo del piso, en su habitación. Ya es hora, me decía, de que nos vengamos aquellos que no han insultado al Dios Verdadero y a su profeta.

Es intolerable, aseguraba, que un cerdo judío tenga todo ese dinero que, por derecho, les pertenece a los verdaderos creyentes. Y me hacía proposiciones para que fuéramos en secreto a casa de Sholem, y para que le amarráramos y cogiésemos el dinero.

Al principio sentí miedo, pero él me dio valor, me hizo reflexionar sobre las palabras del Libro, que dice que quienquiera que luche por la religión de Dios, ya sea vencido o bien obtenga la victoria, siempre encontrará una gran recompensa. Ahora mi recompensa es ésta: seré colgado como un perro.

Sí, ya seguiré adelante. Aquella noche, después del toque de queda, marchamos hacia la casa de Sholem y subimos a tuestas por las escaleras, hasta la habitación del judío. La puerta estaba cerrada. Dimitrios llamó, mientras decía a gritos que era una patrulla que quería registrar la casa. Sholem, entonces, abrió la puerta.

Ya se había acostado y gruñó de mala manera porque le habíamos obligado a levantarse. Al vernos, invocó la protección de Dios e intentó cerrarnos el paso. Pero Dimitrios le cogió y le

impidió moverse mientras yo, como habíamos planeado, entraba en el cuarto y lo registraba para encontrar aquella tabla del piso bajo la que el viejo guardaba su dinero.

Dimitrios, entretanto, había arrastrado a Sholem hasta la cama, lo había arrojado sobre el colchón e inmovilizado con una rodilla.

Muy pronto encontré la madera suelta y, lleno de alegría, me di la vuelta para decírselo a Dimitrios. Le vi de espaldas a mí; con una sábana mantenía cubierta la cara de Sholem, para ahogar sus gritos. Antes me había dicho que amarraría a Sholem con una cuerda que llevaba consigo. Pero en ese momento le vi desenfundar su cuchillo. Pensé que iba a cortar la cuerda, o algo así, y no le dije nada. Pero después, antes de que pudiera yo decir una palabra, Dimitrios hundió el cuchillo en la garganta del viejo judío y le degolló.

Vi que la sangre salía a borbotones de la herida, como si de una fuente se tratara, y vi también a Sholem. Dimitrios se había apartado y observaba al viejo; al cabo de unos segundos, se volvió para mirarme. Le pregunté entonces por qué lo había hecho y me contestó que había que matar a Sholem para que no nos denunciara a la policía. Sholem se revolcaba todavía sobre la cama, brotándole la sangre de la garganta, pero Dimitrios me dijo que estaba bien muerto. Luego, nos apoderamos del dinero.

Dimitrios, acto seguido, me dijo que era mejor que no saliéramos juntos, que cada uno cogiera su parte y que nos marcháramos por separado. Y así lo hicimos. Sentí miedo, porque Dimitrios tenía un cuchillo y yo no y pensé que tal vez estaba decidido a matarme.

Me había dicho que necesitaba un compañero que buscara el dinero mientras él aguantaba a Sholem. Pero ya me di cuenta en seguida de que Dimitrios había pensado matar al judío, desde el primer momento. ¿Por qué me pidió que lo acompañara, entonces? Hubiera podido encontrar fácilmente el dinero después de degollar al judío. Pero dividimos el dinero en partes iguales y Dimitrios me sonrió, sin intentar matarme.

Abandonamos el lugar por separado. Dimitrios me había dicho el día anterior que, cerca de la costa de Esmirna, había algunos barcos anclados griegos y que sabía que los capitanes de aquellos barcos aceptaban llevar refugiados que pudieran pagar la travesía. Creo que ha huido en alguno de aquellos barcos.

Ahora comprendo lo tonto que he sido y también que Dimitrios llevaba razón al sonreírme: Él sabía muy bien que cuando mi bolsillo se llena, mi cabeza queda vacía. Él sabía, y que las maldiciones de Dios caigan sobre él, que cuando poco emborrachándome soy incapaz de evitar que mi lengua se desmande. Yo no he asesinado a Sholem. Ha sido el griego Dimitrios quien le ha asesinado. Dimitrios... (aquí el reo ha proferido numerosas obscenidades irrepetibles). En todo lo que he dicho no hay ni un ápice de mentira.

Como que Dios es Dios y Mahoma su Profeta, juro que he dicho la verdad. Por el amor de Dios, tened misericordia.

En una nota agregada al texto, se ponía de manifiesto que la confesión estaba firmada con la impresión de un pulgar y refrendada por las firmas de los testigos. El documento proseguía:

Se ha pedido al asesino una descripción del individuo llamado Dimitrios, a lo que ha respondido:

«Tiene el aspecto de un griego, pero no creo que lo sea, porque odia a sus propios compatriotas. Es más bajo que yo y su pelo es largo y liso. Su rostro muy inexpresivo y habla muy poco. Sus ojos son castaños y dan la impresión de cansancio. Muchos son los que le temen, pero no me lo explico, porque no es un hombre fuerte y yo podría partirle en dos sólo con mis propias manos.»

N.B.: Su estatura es de 185 centímetros.

Se ha realizado una investigación acerca del sujeto llamado Dimitrios en la tienda donde se empaacan los higos. Es conocido y mal visto. Nadie ha sabido nada de él durante las últimas semanas y se presume que ha muerto durante el incendio. Al parecer, esto es posible.

El asesino fue ejecutado en el noveno día del décimo mes del año 1922 del nuevo calendario.

Latimer volvió al texto de la confesión y la examinó con expresión pensativa... Parecía verdadera: Respecto a esto, no cabía ninguna duda. Era cuestión de un sentimiento que surgía fuera de control. El negro Dhريس había sido, obviamente, un hombre muy estúpido. ¿Cómo pudo haber inventado todos aquellos detalles de la escena en el cuarto de Sholem? Un individuo culpable que hubiera inventado su historia armaría seguramente su relato de una manera muy distinta. Y allí hacía alusión al miedo de que Dimitrios le asesinara también a él. De haber sido responsable de la muerte del judío, no se le habría pasado por la cabeza semejante idea. El coronel Haki había dicho que aquélla era una de esas historias que un hombre sólo es capaz de inventar con el sólo fin de salvar su pellejo. El miedo excita increíblemente la imaginación, pero, ¿puede excitarla en ese sentido? Era evidente que las autoridades no se habían preocupado mucho por comprobar si la confesión era verdadera o no. Las pesquisas habían sido de una lamentable mezquindad y, a pesar de todo, cuanto se averiguó tendía a confirmar la confesión del negro.

Se suponía que Dimitrios había muerto durante el incendio. Pero no había ninguna prueba que apoyara tal suposición. No cabía ninguna duda de que colgar a Dhريس Mohammed había resultado mucho más fácil que intentar, en medio de la terrible confusión de aquellos días de octubre, encontrar a un griego desconocido llamado Dimitrios. Por supuesto que Dimitrios había contado con esa posibilidad. Pero debido al fortuito traslado del coronel Haki al servicio de la policía secreta, se había visto finalmente implicado en aquel caso.

En cierta ocasión, Latimer había visto cómo un zoólogo amigo suyo iba reconstruyendo el esqueleto entero de un animal prehistórico, a partir de un trozo de hueso fosilizado. El trabajo le llevó unos dos años, y Latimer, el economista, se quedó maravillado ante el inagotable entusiasmo con que su amigo había llevado a cabo la tarea. Ahora, por primera vez, comprendía aquel entusiasmo. Después de haber desenterrado un pequeñísimo e informe fragmento de la personalidad de Dimitrios, anhelaba completar la estructura. El fragmento era muy pequeño, sin duda, pero era esencial.

El cuitado de Dhris jamás había tenido la más mínima oportunidad. Dimitrios se había servido de la obtusa mentalidad del negro, había jugado con su fanatismo religioso, con su simpleza, con su ansia de dinero, echando mano de una astucia que tenía algo de aterrador. «Pero dividimos el dinero en partes iguales y Dimitrios me sonrió, sin intentar matarme.» Dimitrios había sonreído. Y el negro había sentido tanto miedo ante aquel hombre al que podía haber partido en dos sólo con sus manos, que se había preguntado qué significaba aquella sonrisa cuando ya era demasiado tarde.

Aquellos ojos castaños, que reflejaban un gran cansancio, habían observado a Dhris Mohammed y le habían penetrado de manera perfecta.

Latimer dobló los folios, los guardó en su bolsillo y se volvió hacia Muishkin.

—Ciento cincuenta piastras es lo que le debo.

—Exacto —dijo Muishkin con su boca metida casi dentro de la copa. Había pedido otra al camarero: estaba a punto de terminarse su tercer ajeno. Después de depositar la copa sobre la mesa, cogió el dinero que le ofrecía Latimer—. Usted me cae bien —aseguró con tono serio—; usted no tiene nada de esnob. Ahora se tomará un trago conmigo, ¿verdad?

Latimer echó una ojeada a su reloj.

—¿Por qué no cena usted conmigo, antes?

—¡Estupendo! —exclamó Muishkin al tiempo que se ponía en pie, con gran esfuerzo—. Estupendo —repitió; Latimer había advertido que en los ojos del traductor había un brillo distinto del habitual.

El ruso sugirió que fueran a un restaurante: Era un lugar de luces tenues, lleno de espejos con marcos de terciopelo encarnado y volutas doradas, con manchas

indelebles en los cristales; allí servían comida francesa. El local estaba abarrotado de clientes y el aire se había cargado con el humo de los cigarrillos.

Se sentaron en unas sillas tapizadas que desprendían un olor casi fétido.

—*Ton*¹⁵—dijo Muishkin mientras echaba un vistazo a su alrededor; cogió el menú y después de algunas deliberaciones, eligió el plato más caro que había.

Acompañaron la comida con un vino resinoso, un jarabe casi, típico de Esmirna. Muishkin empezó a contar su vida. Odessa, 1918. Estambul, 1919. Esmirna, 1921. Los bolcheviques. El ejército de Wrangel. Kiev. Una mujer a la que llamaban El Carnicero. Utilizaban el matadero como prisión, porque la cárcel se había convertido en un matadero. Terribles, espantosas atrocidades. Un ejército aliado de ocupación. El sentido deportivo de los ingleses. La ayuda de los americanos. Chinchas en las camas. Tifus. Los cañones Vickers. Los griegos... ¡oh, Dios, aquellos griegos! Verdaderas fortunas a la espera de que alguien las cogiera. Los kemalistas. La voz de Muishkin continuó oyéndose mientras fuera, más allá del humo de los cigarrillos, más allá del terciopelo encarnado, de las volutas doradas, de los manteles blancos, la penumbra de color amatista se había convertido en una noche profunda.

Otra botella de aquel vino parecido a un jarabe había sido depositada en la mesa. Latimer comenzaba a sentir que lo invadía el sueño.

—Y después de tanta locura, ¿dónde estamos ahora?—preguntaba el ruso; su inglés se había ido deteriorando de manera gradual; en esos momentos su labio inferior estaba húmedo y tembloroso por la emoción y Muishkin clavó en su anfitrión aquella fija mirada propia del borracho que está a punto de convertirse en filósofo —. ¿Dónde estamos ahora?—repitió la pregunta acompañándola con un golpe sobre la mesa.

—En Esmirna —respondió Latimer y, al punto, comprendió que había bebido demasiado vino. Muishkin negó, sacudiendo la cabeza con un movimiento que revelaba su enfado.

—Estamos descendiendo velozmente hacia el maldito infierno —declaró—. ¿Es usted marxista? —No.

Muishkin se inclinó hacia delante, como quien está a punto de hacer una confidencia.

15 *En francés en el original: «atún». (N. Del T.).*

—Yo tampoco —y comenzó a tironear de la manga de Latimer; el labio inferior le temblaba con violencia—. Soy un timador.

—¿De veras?

—Sí. —Rebuscó dentro de sus bolsillos—. Usted no es un esnob. Debo devolverle sus cincuenta piastras.

—¿Por qué?

—Cójalas —ordenó; las lágrimas se deslizaban por sus mejillas para ir a mezclarse con el sudor y todo convergía en la punta del mentón—. Le he estafado, señor. No tengo ningún amigo a quien pagarle ese dinero, ningún permiso, nada.

—¿Quiere decir que usted ha inventado estos documentos?

Muishkin se enderezó en su silla con un brusco movimiento.

—*Je ne suis pas un faussaire*¹⁶—dijo en tono categórico y comenzó a agitar un dedo ante los ojos de Latimer—. Hace tres meses apareció aquel tío.

Mediante el pago de altísimos sobornos —sacudía el dedo con énfasis—, altísimos sobornos, había obtenido el permiso para examinar los archivos, en busca del dossier del asesinato de Sholem. El dossier estaba escrito con la antigua grafía árabe y aquel tío me trajo fotografías de los folios cuya traducción decía necesitar. Después recogió las fotografías, pero yo me guardé una copia de la traducción en mi propio archivo. ¿Lo comprende usted? Le he timado. Me ha pagado cincuenta piastras de más. ¡Puaf! —hizo castañetear los dedos—. Podría haberle estafado en cincuenta piastras; usted las hubiera pagado. Pero soy demasiado blando.

—¿Por qué le interesaba obtener esta información?

Muishkin adoptó una expresión de pésimo humor.

—No crea que soy incapaz de meter mis malditas narices sólo en mis propios asuntos.

—¿Qué aspecto tenía?

—El de un francés.

16 En francés en el original: «yo no soy un falsificador». (N. Del T.).

—¿Qué clase de francés?

Pero la cabeza de Muishkin se había deslizado hacia delante y reposaba en su pecho; el ruso no respondió. Luego, al cabo de unos pocos segundos, alzó la cabeza y le dirigió a Latimer una mirada vacía. Tenía el rostro lívido y, al parecer, le faltaban apenas tan sólo unos minutos para ponerse muy malo. Los labios del ruso se movieron.

—Je ne suis pas un faussaire —murmuró—; trescientas piastras, ¡asquerosamente barato! —De pronto se puso en pie y musitó—: *Excusez-moi*¹⁷—y echó a andar de prisa hacia los servicios.

Latimer aguardó durante unos minutos; después pidió la cuenta, pagó y se encaminó a investigar.

En los servicios había otra puerta y Muishkin se había marchado. Latimer volvió al hotel a pie.

Desde el balcón de su cuarto podía ver la bahía y las colinas que se alzaban al otro lado. La luna había aparecido ya y sus reflejos destellaban entre la maraña de grúas erguidas sobre la dársena en que estaban anclados varios buques de carga.

Los reflectores de un crucero turco, anclado en la rada que se abría fuera del fondeadero de carga, giraban como largos y blanquísimos dedos, rozaban las cimas de las colinas y, luego, se extinguían.

Fuera del abrigo del puerto y en las ondulaciones que coronaban la ciudad, se advertía el titilar de algunas lucecillas. Una suave brisa bonancible soplabla desde el mar y había comenzado a agitar las hojas de un árbol del jardín, cuya copa casi alcanzaba el balcón de Latimer.

En el cuarto del hotel, una mujer reía. A lo lejos, en algún lugar, resonaban las notas de un tango. El plato del gramófono giraba demasiado rápidamente y el sonido era áspero, precipitado.

Latimer encendió el último cigarrillo del día y por centésima vez se preguntó qué habría estado buscando aquel hombre que tenía aspecto de francés en el dossier del asesinato de Sholem. Por fin, arrojó la colilla de su cigarrillo y se encogió de hombros. Una sola cosa era segura: aquel hombre no podía estar interesado en Dimitrios.

17 *En francés en el original: «permetame». (Nota del Traductor.).*

4. Míster Peters

Dos días más tarde, Latimer partió de Esmirna. No había vuelto a ver a Muishkin.

Siempre ha sido algo fascinante ver que una persona, aunque con ingenua arrogancia crea dominar los hilos que mueven su destino, resulte ser juguete de circunstancias que van más allá de sus propias posibilidades de control. Esto es lo esencial de las mejores obras de teatro, desde el Edipo de Sófocles hasta East Lynne.

Sin embargo, cuando uno mismo ha pasado por esta situación y reflexiona sobre ella, esa fascinación se convierte en algo baladí un tanto ambiguo. De modo que cuando Latimer, tiempo atrás, reconsideró aquellos días pasados en Esmirna, se sintió abrumado no tanto por desconocer el papel que estaba desempeñando, como por el carácter bienaventurado que acompaña a la ignorancia.

Se había metido en aquel asunto convencido de que tenía los ojos bien abiertos, cuando, en realidad, los tenía absolutamente cerrados. Pero eso, al menos, era un hecho irreversible. Lo irritante del caso consistía en que no se había percatado de nada durante un largo período. Por cierto que no era justo consigo mismo, pero su orgullo, la estima de sí mismo, había sufrido una mengua. Sin darse cuenta de ello, de su papel de sofisticado e impersonal registrador de hechos, había llegado a convertirse en el activo participante de un melodrama.

A la mañana siguiente de la cena con Muishkin, se sentó ante su libreta de notas para poner en orden el material de sus pesquisas.

Un día de principios del mes de octubre de 1922, Dimitrios partió de Esmirna. Entonces tenía dinero suficiente para comprar un billete en uno de aquellos barcos griegos. Luego, el coronel Haki volvió a tener noticias de él estando en Adrianópolis, dos años más tarde. Pero en ese intervalo, la policía búlgara supo de la participación de Dimitrios en el intento de asesinar a Stambutisky.

Latimer no podía precisar con seguridad la fecha de aquel atentado, pero aun así comenzó a establecer una tabla cronológica no muy exacta.

FECHA:	LUGAR:	OBSERVACIONES:	FUENTE:
1922 (octubre)	Esmirna	Sholem	Archivos policiales.

FECHA:	LUGAR:	OBSERVACIONES:	FUENTE:
1923 (comienzos)	Sofía	Stambulisky	Cor. Haki.
1924	Adrianópolis	Atentado contra Kemal	Cor. Haki.
1926	Belgrado	Espionaje para Francia	Cor. Haki
1926	Suiza	Pasaporte a nombre de Talat	Cor. Haki
1929-31 (?)	París	Drogas	Cor. Haki
1932	Zagreb	Asesino croata	Cor. Haki
1937	Ivon	Carte d'identité	Cor. Haki
1938	Estambul	Asesinado	Cor. Haki

El problema más inmediato era, pues, comenzar a desenmarañar todo aquello. En los seis meses siguientes al asesinato de Sholem, Dimitrios salió de Esmirna, se encaminó a Sofía y se sumó al complot para asesinar al primer ministro búlgaro. Latimer encontraba difícil llegar a calcular el tiempo que se requiere para entrar a tomar parte de una conspiración destinada a asesinar a un primer ministro; no obstante, no resultaba descabellado pensar que Dimitrios hubiese llegado a Sofía poco tiempo después de su partida de Esmirna.

De haber escapado en un barco griego, su primer destino habría sido, sin duda, el puerto del Pireo y, luego, Atenas. Desde Atenas podía haber llegado por tierra hasta Sofía, vía Salónica, o bien por mar, a través del estrecho de los Dardanelos, el Bósforo, podía haber desembarcado en Burgas o en Varna, puertos búlgaros del mar Negro.

En aquellos días, Estambul estaba en poder de los aliados. Y Dimitrios no tenía nada que temer de los aliados. El problema era saber qué le llevaba a Sofía.

Pues bien, lo más lógico era ir a Atenas y desde allí emprender la tarea de rastrear su paradero. Iba a resultar difícil, sin duda. Aun cuando en esa época se hubiera intentado llevar un registro de los refugiados que llegaban, de diez mil en diez mil, era más que probable que esos registros, si aún existían, fueran incompletos. Pero no tenía sentido augurarse a sí mismo el fracaso.

Latimer tenía varios amigos influyentes en Atenas, de modo que si existía alguna clase de registro, daba por sentado que podría tener acceso al documento. Y así, se decidió a cerrar su libreta de notas.

Cuando el barco que cada semana soltaba amarras en Esmirna y ponía proa hacia el Pireo partió al día siguiente, Latimer era uno de sus viajeros.

Durante los meses subsiguientes a la ocupación de Esmirna por los turcos, más de ochocientos mil griegos regresaron a su país. Cargamento tras cargamento, llegaban apiñados en las cubiertas y en las bodegas de los barcos. Muchos de ellos iban desnudos y estaban famélicos. Algunos llevaban aún entre sus brazos los cuerpos de criaturas muertas que no habían podido sepultar. Con ellos llegaron los gérmenes del tifus y de la viruela.

Destrozados por la guerra, en la ruina total, debilitados por la falta de comida y diezmados por la carencia de medicinas, eran recibidos por su país de origen. En los presurosamente improvisados campos de refugiados morían como moscas. En las afueras de Atenas, del Pireo y de Salónica, una multitud informe yacía congelándose en medio del frío del invierno griego.

En Ginebra, la IV Asamblea de la Liga de las Naciones votó la entrega de cien mil francos oro a la organización Nansen, para que acudiera inmediatamente en ayuda de los refugiados griegos. Y así comenzó el trabajo de asistencia. Se montaron enormes edificios para albergar a aquellos infelices. Se les proporcionó comida, ropa y medicamentos. Las epidemias fueron controladas. Los supervivientes empezaron a dividirse por su propia voluntad, en nuevas comunidades. Por primera vez en la historia, un desastre de proporciones desmesuradas se había solucionado gracias al esfuerzo humanitario y a la razón. Parecía que, por fin, el animal humano descubría su conciencia, se hacía cargo del valor de su condición humana y racional.

Esto y mucho más aún oyó Latimer de boca de su amigo Siantos, en Atenas. Sin embargo, cuando llegó el momento de sus preguntas, el escritor vio que los labios de su amigo se fruncían en un gesto de desaliento:

—¿Un registro completo de los refugiados provenientes de Esmirna? Eso es demasiado pedir. Si usted hubiera visto cómo llegaban... Eran tantos y en un estado tan desesperado... —y después formuló la pregunta inevitable—: ¿qué interés puede tener en eso?

Latimer ya había pensado que esa pregunta surgiría una y otra vez, y, por lo tanto, había preparado su explicación. Decir la verdad, explicar que, por razo-

nes meramente académicas, intentaba seguir el rastro de un criminal muerto llamado Dimitrios, sería una larga y compleja tarea. Además, no pretendía que nadie creyera en el éxito de su trabajo. Lo que en un depósito de cadáveres de Turquía pudo haberle parecido una idea brillante, a la luz nítida y cálida del otoño griego bien podía convertirse en algo perfectamente absurdo. Mucho más sencillo le tendría que resultar el uso de un subterfugio elegante.

Y respondió así:

—Todo esto está relacionado con el nuevo libro que estoy escribiendo. Se trata de un detalle que debo comprobar. Quiero saber si después de tanto tiempo es posible seguir la pista de un refugiado.

Siantos dijo que comprendía y Latimer sonrió, abrumado por la vergüenza en el fondo de su corazón. El hecho de ser escritor podía ser aducido en las más diversas circunstancias con el fin de explicar incluso actitudes extravagantes.

Había acudido a Siantos porque sabía que, en Atenas, ese hombre ocupaba un importante puesto en el gobierno; y por medio de él le salió al encuentro la primera dificultad.

Sólo al cabo de una semana Siantos pudo comunicarle que existía un único registro, custodiado por las autoridades municipales y que no se permitía que personas no autorizadas tuvieran acceso a los archivos. Y el permiso exigía un trámite detallado. Le llevó otra semana: una semana de espera, de estar sentado en kafenios, de ser presentado a sedientos caballeros que tenían contactos dentro de las oficinas del municipio.

Con todo, el permiso fue expedido finalmente y al día siguiente Latimer, hacía acto de presencia en las oficinas en las que estaba archivado aquel registro.

La oficina de información era una habitación desnuda, con el piso cubierto de mosaicos y un mostrador en un extremo. Sentado detrás del mostrador se hallaba el empleado encargado del archivo. Aquel hombre se encogió de hombros una vez Latimer hubo formulado su pedido. ¿Un empacador de higos llamado Dimitrios? ¿Octubre de 1922? Era imposible. El registro había sido ordenado por orden alfabético de apellidos.

El corazón de Latimer se ensombreció. Tantas molestias para nada. Ya había dado las gracias al empleado y algunos pasos para marcharse, cuando se le ocurrió una idea. La posibilidad era muy remota...

Volvió junto al empleado.

—El apellido —le dijo— podría ser Makropoulos.

Como diría más tarde, Latimer tuvo en ese momento la vaga seguridad de ver entrar a un hombre en la oficina, por la puerta que daba a la calle. El sol dejaba caer sus rayos oblicuamente dentro de la habitación y durante una fracción de segundo, una larga sombra deformada se balanceó sobre los mosaicos del piso, mientras aquel visitante pasaba junto a la ventana.

—¿Dimitrios Makropoulos?—repitió el empleado—. Eso ya es otra cosa. Si existe alguna persona con ese nombre en el registro, la encontraremos. Es cuestión de paciencia y de organización. Pase por aquí, por favor.

Alzó una tapa del mostrador para que Latimer pasara. Mientras la mantenía levantada, miró hacia el fondo de la habitación, por encima del hombro de Latimer.

—¡Se ha ido! —exclamó—. Nadie me echa una mano en mi trabajo de organización. Todo el peso recae sobre mis espaldas. Pero la gente no tiene paciencia. Si de momento estoy ocupado. Y no pueden esperar —liquidó el asunto con un gesto—. En fin, eso es cosa de cada uno. Yo cumplo con mi deber. ¿Quiere usted seguirme, por favor?

Latimer le siguió a través de un tramo de escaleras de piedra, hasta desembocar en un extenso sótano ocupado por numerosas filas paralelas de armarios metálicos.

—Organización —comentó el empleado—, ése es el secreto del arte de gobernar en los días que corren. La organización engrandecerá a Grecia. Un nuevo imperio. Pero hay que tener paciencia —dijo mientras se dirigía hacia un grupo de pequeños armarios ordenados en un ángulo del sótano; abrió un cajón y comenzó a separar las tarjetas allí ordenadas; al cabo de un momento se detuvo, separó una tarjeta y la leyó con atención antes de devolverla a su sitio—. Makropoulos. Si este hombre ha sido registrado, encontraremos su ficha en el cajón número dieciséis. Esto es la organización.

En el cajón número dieciséis, sin embargo, no encontraron nada. El empleado hizo un gesto de impotencia y volvió a buscar, pero sin éxito. En ese instante, Latimer recordó algo:

—Busque por el apellido Talat —pidió, con acento casi desesperado.

—Pero es un apellido turco.

—Lo sé, pero búsquelo.

El empleado se encogió de hombros. Volvió, pues, a consultar el fichero principal.

—Cajón veintisiete —anunció el hombre, con cierta impaciencia—. ¿Está usted seguro de que ese individuo vino a Atenas? En aquellos días muchos desembarcaban en Salónica. ¿Por qué no pudo haberlo hecho este empacador de higos?

Esa era la pregunta que el mismo Latimer se había formulado ya antes. Pero nada dijo y observó los dedos de su acompañante recorriendo otro grupo de tarjetas.

De pronto el hombre se detuvo.

—¿Lo ha encontrado?—preguntó Latimer, ansioso.

El empleado extrajo una tarjeta del cajón.

—Aquí hay uno —dijo—. Este hombre era empacador de higos, pero se llamaba Dimitrios Taladis.

—Permítame verlo.

Latimer cogió la tarjeta. ¡Dimitrios Taladis! Allí estaba, y por escrito. Había descubierto ya algo que el coronel Haki ignoraba: Dimitrios había utilizado el apellido Talat antes de 1926. No cabía duda de que ése era Dimitrios. Simplemente había agregado un sufijo griego al apellido. Echó una rápida mirada al texto. Allí había otras cosas que el coronel Haki tampoco sabía.

Observó la expresión radiante del empleado.

—¿Puedo copiar esto?

—Claro que sí. Paciencia y organización, ya lo ha visto usted. Mi organización tiene por fin ser útil. Pero no puedo permitir que el registro permanezca fuera de mi vista. Así lo exige el reglamento.

Bajo los ojos un tanto ofuscados del apóstol de la organización y de la paciencia, Latimer comenzó a copiar las frases anotadas en la tarjeta, traduciendo el texto al pasarlo a su libreta de notas. La tarjeta decía así:

NUMERO T. 53462

ORGANIZACIÓN NACIONAL DE SOCORRO

- *Sector de refugio: Atenas*
- *Sexo: Masculino.*
- *Nombre: Dimitrios.*
- *Lugar y fecha de nacimiento: Salónica, 1889.*
- *Ocupación: Empacador de higos.*
- *Padres: Se cree que han muerto.*
- *Documento de identidad o pasaporte: Carnet de identidad extraviado. Dice haberlo tramitado en Esmirna.*
- *Nacionalidad: Griega.*
- *Llegada: 1 de octubre de 1922.*
- *Procedencia: Esmirna.*
- *Resultados del examen médico: Físicamente apto, sin enfermedades.*
- *Observaciones: Sin dinero; asignado al campo de Tabouria; se le ha entregado una tarjeta de identidad provisional.*
- *Nota: Ha abandonado el campo de Tabouria por propia decisión, el día 29 de noviembre de 1922. Orden de arresto, bajo la acusación de robo e intento de asesinato, librada en Atenas el 30 de noviembre de 1922. Se cree que ha escapado por mar.*

Sí, era Dimitrios, sin duda alguna. La fecha de nacimiento concordaba con la que proporcionara la policía griega (que, a su vez, la había obtenido de una información anterior a 1922) al coronel Haki. No obstante, el lugar de nacimiento era distinto. De acuerdo con el dossier de los turcos, había nacido en Larissa. ¿Por qué se había preocupado Dimitrios por cambiar de pueblo de origen? Toda vez que se había arriesgado a dar un nombre falso, tenía que haber previsto que las probabilidades de que descubrieran su engaño eran tan grandes en el caso de una investigación de los registros de Salónica como en los de Larissa.

¡Salónica, 1889! ¿Por qué había elegido Salónica? Y entonces Latimer comprendió todo. ¡Por supuesto! Era muy sencillo. En 1889, Salónica pertenecía al territorio turco, integraba el Imperio Otomano. El archivo de los registros de aquellos años, casi con absoluta certeza, no estaría al alcance de las autoridades

griegas. Dimitrios no era tonto. ¿Pero por qué no había elegido un nombre griego corriente? ¿Por qué Taladis? Era posible que el apellido turco «Talat» tuviera algún significado especial para él. En cuanto a su carnet de identidad, obtenido en Esmirna, se veía obligado a decir que lo había «extraviado», porque posiblemente hubiera sido expedido a nombre de Makropoulos, bajo cuyo nombre era ya conocido por la policía griega.

La fecha de su llegada concordaba con las vagas alusiones temporales de las declaraciones y la sentencia del tribunal militar. A diferencia de la mayoría de los refugiados, estaba físicamente sano, sin enfermedades, al llegar a Grecia. Con el dinero de Sholem en su bolsillo, había podido comprar un billete en el Pireo, que le permitió viajar con cierta comodidad, sin ser cargado, junto con varios miles más, en un barco de refugiados comunes. Dimitrios había sabido cuidar de sí mismo. El empacador de higos había empacado ya muchos higos. Dimitrios, el Hombre, comenzaba a emerger de su crisálida.

Por otra parte, era indudable que al llegar debía poseer aún una buena cantidad de dinero, el resto de lo que había robado a Sholem; a pesar de ello, para las autoridades encargadas de socorrer a los refugiados, Dimitrios carecía de dinero. Era lo único que se podía esperar de él. En caso contrario, se habría visto forzado a comprar comida y ropas con su dinero, para aquellos idiotas que, a diferencia de él, no habían sabido hacer reservas para el futuro.

También era presumible que sus gastos hubieran sido muy elevados y que por eso se viera en la necesidad de buscar un nuevo Sholem. Con toda certeza podía afirmarse que Dimitrios había echado en falta la mitad que se llevara consigo Dhris Mohammed.

«Se cree que ha escapado por mar.» Lo obtenido en el segundo robo, sumado al dinero que le quedaba del primero, le había bastado para pagar su billete a Burgas. Era evidente que el viaje por tierra significaba un peligro para Dimitrios. Sólo poseía papeles de identidad provisionales y podía ser detenido en la frontera. En cambio, en Burgas, los mismos papeles, expedidos por una entidad internacional de mucho prestigio, debían de haberle servido para pasar el registro aduanero.

La muy encomiada paciencia del empleado municipal comenzaba a dar señales de momentáneo debilitamiento. Latimer le devolvió la tarjeta, le expresó su agradecimiento con la mayor cortesía y regresó a su hotel, abrumado por diversas reflexiones.

Empezaba a sentirse satisfecho de sí mismo. Había descubierto algunos datos acerca de Dimitrios y los había descubierto por su propio esfuerzo. Sin duda se trataba de una cuestión rutinaria de toda investigación; pero, de acuerdo con la mejor tradición de Scotland Yard, se había exigido paciencia y persistencia.

Además, si no se le hubiera ocurrido buscar el apellido Talat... ¡Cuánto le agradecería enviarle un informe de sus pesquisas al coronel Haki! Pero ni pensarlo, siquiera. Probablemente el coronel no comprendería el espíritu con el que había emprendido aquella pesquisa experimental.

En fin, de todas maneras, el mismo Dimitrios se podría ahora bajo tierra, su dossier había sido lacrado y olvidado en los archivos de la policía secreta de Turquía.

Lo fundamental, a continuación, era abordar los sucesos de Sofía.

Latimer trató de recordar lo que había llegado a saber sobre los políticos búlgaros del periodo de posguerra y bien pronto llegó a la conclusión de que había sido bien pobre su conocimiento del tema.

Sabía que en 1923 Stambulisky había encabezado un gobierno de tendencias liberales, pero ignoraba cuán liberales habían sido esas tendencias. Se había producido un conato de asesinato y, más tarde, un *coup d'état*¹⁸ militar instigado (y tal vez directamente dirigido) por la *OMRI*, la *Organización Macedónica Revolucionaria Internacional*. Stambulisky había huido de Sofía, había tratado de armar un grupo contrarrevolucionario y había sido asesinado.

Eso era lo esencial de aquel caso, según recordaba Latimer. Pero las razones y sinrazones (si es que se podía establecer tal distinción) de las fuerzas políticas en juego en aquella coyuntura las desconocía.

Tendría que buscar elementos de juicio; y el lugar para hallarlos era Sofía.

Esa noche invitó a Siantos a cenar. Latimer conocía su espíritu ligero y generoso, que gustaba de discutir los problemas de sus amigos y que se sentía halagado cuando, haciendo un uso razonable de su posición política oficial, podía echarles una mano.

Después de darle las gracias por la ayuda que le había brindado en la consulta del registro municipal, Latimer abordó el tema de Sofía.

18 En francés en el texto original; «golpe de estado». (N. Del T.).

—Mi querido amigo Siantos, me temo que voy a abusar de su amabilidad.

—Hágalo usted.

—¿Conoce a alguna persona en Sofía? Quisiera una carta de presentación para algún periodista inteligente, que me pueda proporcionar lo esencial y una interpretación de la política de Bulgaria en 1923; me refiero sobre todo a los políticos.

Siantos pasó una mano por sus blancos cabellos y sonrió con una expresión divertida:

—Ustedes los escritores siempre se interesan por casos raros. Algo podré hacer. ¿Prefiere que sea griego o búlgaro?

—Mejor si es griego. No hablo búlgaro.

Durante unos minutos, Siantos permaneció ensimismado.

—Hay un hombre en Sofía... se llama Marukakis —comenzó a decir por último—. Es el corresponsal en Sofía de una agencia de noticias francesa. No le conozco personalmente, pero podría conseguir una carta de presentación, por un amigo mío. —Estaban sentados en un restaurante y Siantos echó una mirada furtiva a su alrededor y bajó el tono de su voz antes de proseguir—: Desde su punto de vista británico, existe un pequeño problema con este hombre. Me he enterado de que... —Siantos bajó un poco la voz; Latimer se preparaba para oír que Marukakis tendría, por lo menos, la lepra— es de... tendencia comunista —concluyó Siantos, en un susurro.

Las cejas de Latimer se arquearon.

—No creo que sea un inconveniente. Todos los comunistas que he conocido hasta el momento han resultado poseer una notable inteligencia.

Siantos parecía sorprendido y atemorizado a la vez.

—¿Que dice usted? Es peligroso declarar eso en público, amigo. El pensamiento marxista está prohibido en Grecia.

—¿Cuándo podrá conseguirse esa carta?

Siantos suspiró.

—¡Extraños intereses! —comentó—. La tendrá usted mañana mismo. ¡Ustedes los escritores...!

Antes de una semana, Latimer había obtenido ya la carta de presentación y, después de hacer los preparativos para salir de Grecia y de pedir el visado de entrada en Bulgaria, abordaba un tren nocturno que le conduciría a la capital búlgara.

El tren no llevaba demasiados viajeros y Latimer había abrigado la esperanza de disponer para él solo todo un compartimiento de un coche de literas. Pero cinco minutos antes de la hora fijada para la partida del tren, un mozo de cordel depositó un par de maletas en el compartimiento. El dueño del equipaje llegó al cabo de unos instantes.

—Discúlpeme por entrar de esta manera como un intruso —dijo a Latimer en inglés.

Era un hombre gordo, de aspecto poco saludable, que parecía haber cumplido ya los cincuenta y cinco años. Se había dado la vuelta para darle una propina al mozo, antes de hablar con Latimer, y lo primero que el escritor pudo advertir en él fue la anchura absurda de sus pantalones: cuando se movía, hacía pensar en el trasero flácido de un elefante. Luego, al ver su cara, Latimer olvidó la comparación con el paquidermo. En sus facciones se advertía la pálida deformidad que ocasiona el exceso de comida, y también la falta de sueño. Por encima de dos pesadas bolsas de carne, se asomaban unos ojos inyectados de sangre, de un pálido azul, que parecían continuamente llorosos. Su nariz parecía de caucho y amorfa. La boca era el rasgo más expresivo de aquel rostro. Los labios, pálidos e informes, sin ser gruesos, lo parecían; apretados por encima de una dentadura blanca y regular, postiza, mostraban una continua sonrisa azucarada. En conjunto, con los ojos llorosos, aquella boca daba la impresión de una dulce resignación ante la adversidad; la hondura de ese gesto llamaba la atención del observador.

Aquí, parecía decir el mensaje de aquel rostro, hay un hombre que ha sufrido, que ha sido abofeteado por perversos hados vengativos, tanto como ningún otro hombre haya podido serlo, y no obstante, ha mantenido viva su humilde fe en la esencial bondad del Hombre; aquí hay un mártir que ha sonreído en medio de las llamas y ha sonreído aunque no hubiera podido hacer otra cosa que llorar, mientras mostraba aquella sonrisa.

Latimer recordó al sacerdote de una iglesia, que conoció en Inglaterra, al que se había despojado de sus hábitos por haberse apropiado del dinero de su parroquia.

—Oh, el maletero estaba libre —señaló Latimer—; no se puede hablar de intrusión.

Mientras suspiraba sólo mentalmente, el escritor anotó que aquel hombre respiraba con pesadez y de manera ruidosa por su congestionada nariz: roncaría, sin duda.

El nuevo viajero se sentó en su puesto y sacudió la cabeza con lentitud:

—¡Cuánta amabilidad la suya! ¡Qué poca gente buena se encuentra hoy en día por el mundo! ¡Qué poca consideración se tiene hacia el prójimo! —Los ojos inyectados de sangre se encontraron con la mirada de Latimer—, ¿no le importaría decirme adónde va?

—A Sofía.

—A Sofía, ¿eh? Una hermosa ciudad, muy hermosa. Yo seguiré hasta Bucarest. Espero que juntos disfrutemos de un viaje agradable.

Latimer le aseguró que él mismo abrigaba idéntica esperanza. El inglés de aquel obeso viajero era muy elaborado, pero su acento atroz, de procedencia imposible de establecer. Era un acento pesado, poco gutural, como si hablara con la boca llena de pastel. En algunos momentos, en mitad de una oración de complejísima sintaxis, aquel elaborado inglés cedía el paso a un fluido francés o a un alemán muy correcto, con lo que Latimer se afirmó en su primera impresión: ese hombre había aprendido inglés en los libros.

El viajero gordo se dio la vuelta y comenzó a desempacar; de un pequeño maletín sacó un pijama de lana, algunos calcetines de dormir, y un libro de bolsillo, cuyas páginas mostraban, en los ángulos externos, unos dobleces lamentables.

Latimer se esforzó por ver el título del libro: Joyas de la sabiduría cotidiana; estaba escrito en francés.

El hombre acomodó todas sus cosas con gran cuidado sobre la red del maletero. Acto seguido se sacó del bolsillo un paquete de finos y largos cigarrillos griegos. —¿Le importa que fume?—preguntó mientras le alargaba el paquete a Latimer.

—Oh, fume usted; ahora no me apetece, gracias.

El tren comenzó a tomar velocidad y el camarero se presentó en la cabina, para preparar las literas. Cuando acabó y se hubo marchado, Latimer se desvistió a medias y se echó sobre su cama.,

El viajero gordo había cogido el libro, pero lo abandonó al cabo de unos minutos.

—Sabe usted —dijo—, cuando el revisor me ha dicho que había un caballero inglés viajando en el tren, he comprendido que me aguardaba una agradable jornada. —Espiritual, dulce y compasivo, su sonrisa parecía, en este instante, equivaler a una palmada sobre la cabeza. —Le agradezco su gentileza.

—Oh, no se trata de una formalidad: se lo digo sinceramente.

—Habla usted un inglés estupendo.

—Creo que el inglés es la más hermosa de las lenguas. Shakespeare, H.G. Wells...; ah, los grandes escritores ingleses. Sin embargo, me resulta imposible expresar todas mis ideas en inglés. Supongo que ya habrá observado usted que me resulta más fácil hablar en francés.

—¿Pero su verdadera lengua...?

El gordo separó sus grandes y suaves manos, en uno de cuyos dedos despuntaba el brillo de un diamante de imitación, en un gesto de abarcadora amplitud. —Soy un ciudadano del mundo —aseguró—. Para mí, todos los países y todas las lenguas son hermosas. Ah, si sólo los hombres fueran capaces de vivir como hermanos, sin odiarse, viendo exclusivamente las cosas bellas. ¡Pero no es así! Siempre esos comunistas, etcétera, etcétera...

—Creo que ahora intentaré dormir —interrumpió momentáneamente Latimer.

—¡Dormir! —apostrofó como en un arrebató su compañero—. ¡El enorme bien que se nos ha hecho a nosotros, pobres seres humanos! Mi nombre —agregó de modo sin duda alguna incongruente— es míster Peters.

—Ha sido un gran placer conocerle a usted, míster Peters —respondió Latimer con tono seco—. Llegaremos a Sofía muy temprano; creo que no merece la pena que me desvista.

De inmediato, Latimer apagó la luz principal de la cabina. Sólo quedaron encendidas la luz azul de emergencia, que brillaba a un lado, y las bombillas que

alumbraban cada litera. A continuación quitó una sábana de su cama, se envolvió en ella y entornó los ojos.

Míster Peters había observado todos aquellos preparativos en medio de un silencio cargado de avidez. Pero también él se dispuso a dormir, al parecer: comenzó a quitarse la ropa, balanceándose con pericia para compensar el movimiento del tren, mientras se ponía el pijama. Por último trepó trabajosamente hasta su litera y permaneció tendido e inmóvil durante unos minutos, respirando ruidosamente por la nariz. Luego se volvió de costado, cogió su libro y comenzó a leer.

Latimer apagó su bombilla de lectura. Al cabo de unos pocos minutos estaba ya dormido.

El tren llegó a la frontera en las primeras horas de la mañana y el escritor fue despertado por el revisor que le pedía sus documentos. Míster Peters continuaba leyendo en esos momentos; sus papeles ya habían sido revisados por los oficiales griegos y búlgaros en el pasillo, de modo que Latimer no pudo enterarse de la verdadera nacionalidad del ciudadano del mundo.

Un oficial aduanero búlgaro metió la cabeza dentro de la cabina, frunció el entrecejo ante las maletas de cada uno y se escurrió hacia fuera. El tren abandonó muy pronto la zona fronteriza. Adormilado por momentos, Latimer vio que la delgada franja de cielo dibujada entre las tablillas de la persiana se volvía primero de color azul oscuro y luego gris.

El tren llegó a Sofía a las siete. Cuando se puso en pie para vestirse y recoger sus ropas, Latimer vio que míster Peters había apagado su lamparilla de lectura y tenía los ojos cerrados.

Cuando el tren comenzó a estremecerse encima del tupido tapiz de raíles que señalaban la cercanía de la estación, Latimer abrió con cuidado la puerta del compartimiento.

Míster Peters se rebulló en su litera y abrió los ojos.

—Lo siento —dijo Latimer—, no quería despertarle.

En la penumbra de la cabina, la sonrisa del obeso viajero hacía pensar en la mueca de un payaso.

—Oh, por favor, no se preocupe por mí —dijo—. No estaba dormido. Quería decirle que el mejor hotel en que puede alojarse es el Salvianska Bessedra.

—Es usted muy amable, muchas gracias. Pero ya he enviado un telegrama desde Atenas, para que me reserven una habitación en el Grand Palace. Me lo han recomendado. ¿Lo conoce usted?

—Sí. Creo que es bastante bueno. —El tren había disminuido la velocidad—. Adiós, míster Latimer.

—Adiós.

Entre las prisas por ir al lavabo y tomar el desayuno, no se le había ocurrido preguntarse cómo había logrado míster Peters saber su nombre.

5. Mil novecientos veintitrés

Con especial atención, Latimer había analizado el problema que le aguardaba en Sofía.

En Esmirna y en Atenas, todo se había reducido a lograr el acceso a los registros escritos. Cualquier investigador privado competente podía haber descubierto tanto como él.

Sin embargo, ahora las cosas serían muy diferentes. Era seguro que Dimitrios tuviera antecedentes policiales en Sofía. Pero, según las palabras del coronel Haki, la policía búlgara sabía muy poco de ese hombre. La poca importancia que le habían dado a su persona era obvia: hasta que no fueron consultados por el coronel Haki, no se habían molestado en pedir una descripción de Dimitrios a la mujer con quien se sabía que había estado relacionado. Era obvio, pues, que lo interesante sería aquello que no se hallaba en los archivos policiales y lo superfluo lo que sí se encontraba en ellos.

Tal como había dicho el coronel, en el caso de un asesinato político no es importante saber quién ha disparado la bala, sino quién ha pagado por ella. Cualquier información que tuviera la policía ordinaria sería valiosa, sin duda, aun cuando se habían preocupado más por el tirador que por el que había comprado los proyectiles.

Su primer cometido sería averiguar quién había ganado o quién hubiera podido ganar con la muerte de Stambulisky. Hasta tanto no tuviera esa información básica, era ociosa toda especulación acerca del papel que había jugado Dimitrios.

En el caso de que obtuviera la información, bien podía ser que resultara poco útil, a menos que se la aplicara a la redacción de un panfleto comunista; pero esa contingencia no formaba parte de las elucubraciones de Latimer, por el momento. Comenzaba a disfrutar con su experimento y no quería abandonarlo por motivos triviales. Si estaba destinado a morir, que tuviera, al menos, una muerte digna.

Durante la tarde del día de su llegada fue a las oficinas de la agencia francesa de noticias, en busca de Marukakis y le entregó la carta de presentación.

El griego era un hombre moreno, delgado, de mediana edad, con protuberantes e inteligentes ojos; al hablar, al final de cada una de sus frases, estiraba los labios hacia adelante, como si su propia falta de discreción le asombrara. Saludó

a Latimer con la mesurada cortesía de un negociador en una tregua armada. Marukakis hablaba francés.

—¿Qué información necesita usted, monsieur?

—Toda la que pueda proporcionarme sobre la gestión de Stambulisky en 1923.

Marukakis alzó las cejas.

—¿Información sobre un hecho de tanto tiempo atrás? Tendré que refrescar mi memoria. Pero eso no es ningún inconveniente. Deme una hora.

—Me encantaría que cenara conmigo esta noche, en mi hotel.

—¿Dónde se aloja?

—En el Grand Palace.

—Podríamos cenar mejor y por mucho menos dinero en otro sitio. Si lo desea, puedo llamarle a las ocho y pasar a recogerle para ir al restaurante. ¿De acuerdo? —De acuerdo.

—Bueno. A las ocho en punto, pues. *Au'voir*¹⁹.

Marukakis llegó puntualmente a las ocho y, en silencio, subieron andando por el boulevard Maria-Louise y por la calle Alabinska hasta una callejuela lateral. A mitad de la calleja había una tienda de comestibles. Marukakis se detuvo: tenía el aire de quien recupera la conciencia de sí mismo.

—Oh, no tiene un aspecto muy atractivo —dijo con un tono de duda—. Pero algunas veces la comida es muy buena aquí. ¿Prefiere ir usted a otro sitio?

—No, no, me fío de su elección.

—He pensado que era mi deber preguntárselo a usted —dijo el periodista griego tranquilizado antes de abrir la puerta de la tienda.

Dos de las mesas estaban ocupadas por un grupo de hombres y mujeres que sorbían una sopa ruidosamente. Latimer y su acompañante se sentaron en una

19 En francés en el texto original. Contracción de *au revoir*, «adiós». (N. Del T.).

tercera mesa. Un hombre de enormes bigotes, en mangas de camisa y con un delantal de rústica tela verde, se les acercó para dirigirles algunas palabras en búlgaro, con tono campechano.

—Será mejor que pida la comida usted —dijo Latimer.

Marukakis habló con el camarero, quien se atusó las puntas del mostacho antes de alejarse para gritar algo en dirección a una sombría abertura de la pared: al parecer, la entrada al sótano. Se oyó una voz que, débilmente, acusaba recibo del pedido. El camarero volvió, con una botella en una mano y tres vasos en la otra.

—He pedido vodka —dijo Marukakis—. Espero que le guste a usted.

—Sí, mucho.

—Estupendo.

El camarero llenó los tres vasos, cogió uno de ellos, hizo un gesto de saludo a Latimer y, echando atrás la cabeza se lo engulló. A continuación se marchó.

—*A votre santé*²⁰ —brindó Marukakis cortésmente—. Pues bien —prosiguió, cuando ambos dejaron los vasos sobre la mesa—, ahora que hemos bebido juntos, lo cual significa que somos camaradas, le propondré un trato. Yo le comunicaré lo que sé sobre el tema y después usted me dirá para qué quiere saber todo eso. ¿Le parece un trato justo?

—Muy justo.

—De acuerdo, pues.

Les pusieron delante sendos platos de sopa. Era espesa, muy aromatizada con especias y mezclada con nata ácida. Mientras comían, Marukakis comenzó a hablar.

En una civilización decadente, el prestigio político no es la mejor recompensa para el que posee el más perspicaz de los olfatos para el diagnóstico, sino que eso corresponde al hombre que tiene los mejores modales de salón. Es la condecoración que la ignorancia otorga a la mediocridad. Sin embargo, aún subsiste una suerte de prestigio político que puede ser llevado con una cierta patética dignidad: es el que se otorga, dentro de un partido en el que luchan doctrinarios

20 *En francés en el texto original; «a su salud». (N. Del T.).*

extremistas, a un líder de mentalidad liberal. La dignidad de ese hombre es la de todos los hombres condenados. Porque él también está condenado, ya sea a sufrir el desprecio y el odio del pueblo o bien a morir como un mártir, cuando los dos extremos se destruyan mutuamente o cuando uno de ellos prevalezca sobre el otro.

Ese era el caso de monsieur Stambulisky, el líder del partido agrario campesino búlgaro, primer ministro y ministro de Relaciones Exteriores.

El partido agrario, enfrentado a la reacción organizada, se paralizó, porque sus conflictos internos le habían dividido hasta la impotencia. Y así murió, sin siquiera disparar una sola bala en su propia defensa.

Todo recomenzó de nuevo tan pronto como Stambulisky regresó a Sofía, en enero de 1923. Había asistido a la conferencia de Lausana.

El 23 de enero, el Gobierno yugoslavo (en manos de los serbios por aquel entonces) había presentado en Sofía una protesta oficial contra una serie de incursiones armadas que grupos de *comitadji*²¹ búlgaros habían llevado a cabo en la zona fronteriza con Yugoslavia. Pocos días más tarde, el 5 de febrero; durante la función inaugural del Teatro Nacional de Sofía, función a la que asistían el rey y las princesas, se colocó una bomba en un palco en el que se encontraban varios ministros del Gobierno. La bomba estalló. Hubo muchos heridos.

Tanto los autores como los objetivos de estos atentados quedaron en evidencia de inmediato.

Desde un principio, la política de Stambulisky ante el Gobierno yugoslavo había sido pacifista y conciliatoria. Las relaciones entre ambos países habían experimentado una rápida mejoría. Pero a aquella mejora se encontró un escollo en los autonomistas de Macedonia, representados por el muy conocido Comité Revolucionario Macedonio, que actuaba a la vez en Yugoslavia y en Bulgaria. Temerosos de que las relaciones amistosas entre ambos países desembocaran en una acción conjunta en contra de ellos, los macedonios comenzaron a maquinar sistemáticamente para envenenar aquellas relaciones y para destruir a su enemigo, Stambulisky. Los ataques de los *comitadji* y el atentado en el teatro inauguraron un período de terrorismo organizado.

El 8 de marzo, Stambulisky jugaría su baza decisiva, al anunciar que la Narodno Sobranie sería abolida el día 13 y que habría una convocatoria a elecciones generales para el mes de abril.

Estas medidas significaban un duro golpe para los partidos reaccionarios. Bulgaria caminaba hacia la prosperidad bajo las riendas del gobierno agrario. El campesinado constituía el más firme respaldo al poder de Stambulisky. Una reelección le podía dar una estabilidad aún mayor. Pero de pronto los caudales del Comité Revolucionario Macedonio aumentaron.

Casi de inmediato se produjo un conato de asesinato a Stambulisky y a su ministro de Ferrocarriles, Atanassoff, en la ciudad de Haskovo, en la frontera tracia. Fue desbaratado en el último momento. Muchos oficiales de la policía, responsables de la prohibición de las actividades de los *comitadji*, incluido el prefecto de la ciudad fronteriza de Petrich, recibieron amenazas de muerte. Consideradas tales amenazas, se aplazó la convocatoria a elecciones.

Más tarde, el 4 de junio, la policía de la capital descubrió una conspiración para asesinar no sólo a Stambulisky, sino también al ministro de la Guerra, Muravieff, y al ministro del Interior, Stoyanoff.

Un joven oficial del ejército, sospechoso de haber recibido la orden de matar a Stoyanoff fue acribillado a tiros durante una refriega con la policía. Otros jóvenes oficiales, también bajo las órdenes del comité terrorista, habían llegado a Sofía, al parecer. Se ordenó la búsqueda de estos conspiradores. Pero la policía había empezado a perder el control de la situación.

Ese hubiera sido el momento adecuado para que el Partido Agrario actuara, para que armara al campesinado que lo apoyaba. Pero no se tomaron las medidas necesarias. Y, a cambio, las cabezas del partido se jugaron sus cartas políticas entre sí. Para ellos, el enemigo era el Comité Revolucionario Macedonio, una banda terrorista, una pequeña organización totalmente incapaz de derrocar a un Gobierno que se atrincheraba tras cientos de miles de votos campesinos. Todos demostraron su ceguera al no ver que las actividades del Comité no habían sido otra cosa que una cortina de humo, tras la cual los partidos reaccionarios, sin detenerse ni un instante, habían llevado a cabo sus preparativos para una ofensiva. Bien pronto pagarían los jefes del partido agrario aquella falta de perspicacia.

En la medianoche del 8 de junio todo estaba en calma. A las cuatro de la madrugada del día 9 todos los miembros del Gobierno de Stambulisky, con la sola excepción del mismo Stambulisky, se hallaban en la cárcel y se decretaba la ley

marcial. Los caudillos de ese *coup d'état* eran los reaccionarios Zankoff y Rouseff: ninguno de ellos había mantenido jamás relaciones con el Comité macedonio.

Demasiado tarde ya, Stambulisky trató de reunir al campesinado para defenderse. Algunas semanas después fue cercado, junto con algunos de sus seguidores, en una casa de campo, a unos centenares de millas de Sofía. Allí fue capturado. Poco después, en circunstancias que todavía hoy resultan oscuras, fue asesinado de un balazo.

Así fue como Latimer recordaría los hechos que le narrara Marukakis durante la cena. El griego era conciso al hablar, pero se mostraba propenso a pasar el relato de los hechos a la exposición de la teoría revolucionaria, si veía la ocasión de hacerlo. Su narración terminó, cuando Latimer estaba bebiéndose su tercera taza de té.

Permaneció en silencio durante unos segundos. Tras la pausa, dijo:

—¿Sabe usted quiénes proporcionaban dinero al Comité?

Marukakis sonrió.

—Algún tiempo más tarde comenzaron a circular diversos rumores. Y las explicaciones que se barajaron no fueron pocas; pero en mi opinión, la más razonable y, dicho sea de paso, la única que he podido comprobar en parte, ha sido la de que el dinero había sido adelantado por el banco en el que se depositaban los fondos del Comité. Se llama Banco de Crédito Eurasiático.

—¿O sea que ese banco adelantaba el dinero en favor de un tercer partido?

—No. El banco adelantaba el dinero en beneficio propio. He podido descubrir que esa institución había estado a punto de quebrar debido al alza del valor del *lev* durante la administración de Stambulisky. En los primeros meses del año 1923, antes de que los disturbios se acentuaran, el *lev* había llegado a duplicar su valor al término de dos meses. De ochocientos por libra esterlina pasó a cuatrocientos por cada libra. Podría averiguar el valor actual si le interesa. Cualquiera que hubiera vendido la moneda búlgara en esos meses, contra pagos a noventa días o más, contando con una baja en el mercado internacional, hubiera tenido que hacer frente a enormes pérdidas. Y el Banco de Crédito Eurasiático no era, y tampoco lo es ahora, de esa clase de entidades bancarias que aceptarían una pérdida como ésta.

—¿Qué tipo de banco es?

—Está registrado en Mónaco. Eso quiere decir que no sólo no paga impuestos en los países en los que opera, sino que no publica sus balances, además, y que no se puede investigar al respecto. Hay otras muchas instituciones bancarias similares en toda Europa. El Eurasiático tiene sus oficinas centrales en París, pero su campo de operaciones está en los países balcánicos. Entre otras cosas, se dedica a financiar la manufactura clandestina de heroína en Bulgaria, para exportar después la droga mediante el contrabando.

—¿Cree usted que ese banco ha financiado el *coup d'état* de Zankoff?

—Puede ser. De cualquier modo, ha financiado las condiciones que ha hecho posible aquel golpe de estado. Era un secreto a voces que el atentado contra Stambulisky y Atanassoff en Haskovo había sido una faena de pistoleros venidos del exterior y pagados por alguien, para que cumplieran con ese específico objetivo. Mucha gente ha dicho también que aunque se hablaba demasiado y las amenazas eran moneda corriente, todo el jaleo se habría aplacado si no hubieran intervenido los *agents provocateurs*²² extranjeros.

Eso era más de lo que Latimer había esperado.

—¿Puedo encontrar detalles sobre el atentado de Haskovo, de algún modo? Marukakis hizo un gesto dubitativo.

—Eso ocurrió hace más de quince años. Tal vez la policía podría decirle algo, pero no me parece fácil. Si supiera lo que a usted le interesa saber...

Latimer tomó una decisión.

—Pues bien, le he dicho que le explicaría por qué necesito esta información y lo haré —comenzó a decir y prosiguió de prisa—: Hace algunas semanas, encontrándome en Estambul, comí con un hombre que resultaría ser el jefe de la policía secreta turca. Una persona interesada en novelas policíacas y empeñado en que yo elabore un argumento planeado por él. Estábamos hablando de lo que diferencia a los asesinos reales de los de ficción cuando me leyó, para ilustrar el tema, el dossier de un hombre llamado Dimitrios Makropoulos o Dimitrios Talat. El hombre había sido un bandido y un degollador de la peor ralea. Había asesinado a un hombre en Esmirna disponiéndolo todo para que las autoridades ahorcaran a otro por ese crimen. Ha estado implicado en tres conatos de asesinato, incluido el de Stambulisky. Ha trabajado de espía para los franceses y ha dirigido una banda organizada que se dedicaba a la distribución de droga en

22 En francés en el texto original; «agentes provocadores». (N. Del T.).

París. El día antes de que me hablaran de él, le habían hallado flotando en las aguas del Bósforo. Tenía una profunda cuchillada en el vientre. Por alguna oscura razón, sentí la curiosidad de verle y así convencí al jefe de la policía secreta para que me llevara consigo al depósito de cadáveres. Dimitrios yacía allí, sobre una mesa, con sus ropas apiladas a su lado.

«Quizá ha sido porque he comido bien y me sentía un poco atontado, pero lo cierto es que, de pronto, he sentido el extraño deseo de saber más acerca de Dimitrios. Como usted sabe, soy escritor, escribo novelas policíacas. Me he dicho a mí mismo que si, por una vez siquiera en mi vida, intentara hacer alguna investigación por mí mismo, en lugar de escribir acerca de las pesquisas de otras personas, podría obtener algún resultado interesante. Mi idea ha sido rellenar algunas lagunas del dossier.

«Pero ésa ha sido una simple excusa. Y no tengo ningún reparo en confesarle que mi interés no guarda ninguna relación con la tarea de investigador. Es muy difícil explicarlo, pero ahora comprendo que mi curiosidad acerca de Dimitrios es más la del biógrafo que la del detective.

«Y también hay en todo esto un elemento emotivo. Me interesa explicarme a Dimitrios, dar cuenta de sus motivaciones, comprender su mentalidad. Ponerle un simple rótulo de desaprobación no me parece suficiente. No le he visto como a un cadáver en un depósito, sino como una unidad dentro de un sistema social que está en vías de desintegración. Hubo una pausa.

—¡Así es, Marukakis! Por esto he venido a Sofía y le estoy robando su tiempo con preguntas sobre lo que ocurrió quince años atrás. Me he propuesto reunir el material para una biografía que jamás se escribirá, en un momento en que se supone que debería estar escribiendo una novela policíaca. A mí me parece algo no demasiado sensato. A usted cosa digna de un loco, me imagino. Pero, en fin, ésta es mi explicación.

Se echó hacia atrás en la silla; le parecía estar representando el papel de un tonto. Hubiera sido mejor inventar una mentira con detalles bien pensados. Marukakis permanecía con los ojos fijos en su té. Al cabo de un instante los alzó.

—¿Cómo se explica usted, personalmente, su interés por este Dimitrios?

—Ya se lo he dicho.

—No. Creo que no. Usted se engaña a sí mismo. En el fondo, usted espera que, al racionalizar los móviles de Dimitrios, al explicar su personalidad también

explicará este sistema social en vías de desintegración del que me ha hablado hace unos momentos.

—Oh, eso es muy ingenioso. Pero, si me perdona usted por decirlo, creo que es un planteamiento un tanto esquemático. No me resulta tan fácil aceptarlo. Marukakis se encogió de hombros.

—Es lo que opino.

—Muy amable de su parte por creer en mis palabras.

—¿Y por qué no habría de creer en ellas? Son demasiado absurdas para despertar dudas. ¿Qué sabe usted de lo que ha hecho Dimitrios en Bulgaria?

—Muy poca cosa. Me han dicho que era uno de los intermediarios en una conspiración para asesinar a Stambulsky. Lo que equivale a decir que no existen pruebas de que él mismo fuera el encargado de disparar.

»Hacia finales de noviembre de 1922 se había marchado de Atenas; le buscaba la policía bajo la acusación de robo e intento de asesinato. Eso lo he descubierto yo. También creo que llegó a Bulgaria por mar. La policía búlgara le conocía. Lo sé porque en 1924 la policía secreta de Turquía pidió informes sobre él, debido a otro caso. Aquí, la policía interrogó, entonces, a una mujer de la que se sabía que había estado relacionada con Dimitrios.

—Si esta mujer vive todavía, creo que puede ser interesante hablar con ella.

—Sí, claro que lo sería. He seguido la pista de Dimitrios en Esmirna y en Atenas, donde adoptó el nombre de Taladis, pero hasta el presente no he hablado con nadie que le haya visto vivo, siquiera una vez. Por desgracia, no sé el nombre de aquella mujer.

—Estará en los archivos de la policía. Si usted quiere, podré hacer alguna indagación.

—No puedo pedirle que se encargue de ello. Si yo quiero malgastar mi tiempo leyendo archivos policiales, nadie podrá impedírmelo, pero no hay ninguna razón para que se lo haga perder también a usted.

—Hay muchas cosas que le impedirán malgastar su tiempo en la lectura de los archivos policiales. En primer término, usted no lee búlgaro y, en segundo lugar, la policía le pondrá ciertas objeciones. Yo soy un periodista acreditado, Dios tenga piedad de mí, que trabajo para una agencia francesa de noticias. Y por lo

tanto tengo ciertos privilegios. Además, por absurdo que parezca —una sonrisa entreabrió los labios de Marukakis—, su investigación me ha intrigado mucho. En los asuntos humanos lo intrincado despierta siempre el interés, ¿no cree usted?—Marukakis echó un vistazo a su alrededor. El restaurante estaba vacío; el camarero dormido, sentado en una silla y con los pies encima de una mesa; el periodista suspiró—: Tendremos que despertar al pobre diablo para pagarle.

Durante el tercer día de su estancia en Sofía, Latimer recibió una carta de Marukakis.

Estimado Mr. Latimer: (Escribía en francés)

Tal como le he prometido, aquí le adjunto un resumen de toda la información acerca de Dimitrios Makropoulos que he podido obtener de la policía. Como podrá comprobar, no está completa. Aun así, es interesante, ¿verdad? Si es posible o no encontrar a esa mujer, sólo podré decirlo cuando haya hecho algunos amigos más entre los oficiales de la policía. Tal vez nos veamos mañana.

Con la mayor cordialidad, saludo a usted, N. MARUKAKIS

Adjunto a esa carta, iba el resumen:

ARCHIVOS POLICIALES, SOFÍA 1922-1924

Dimitrios Makropoulos.

Nacionalidad: griega.

Lugar de nacimiento: Salónica.

Fecha: 1889.

Profesión: se dice que empacador de higos.

Entrada: Varna, 22 de diciembre de 1922, en el barco de bandera italiana Isola Bella.

Pasaporte o carnet de identidad: tarjeta de identificación de la Comisión de Socorro, número T. 53462.

Durante una inspección de papeles en el café Spetzi, de la calle Perotska, el día 6 de junio de 1923, en Sofía, iba acompañado por una mujer llamada Irana Preveza, búlgara de origen griego. Se sabe que D.M. está relacionado con criminales extranjeros. Se ha dictado orden de extradición contra él el 7 de junio del año 1923. Se le ha exonerado de ella a petición de A. Vazoff, quien ha depositado la fianza correspondiente, el 7 de junio de 1923.

En septiembre de 1924 se recibió del Gobierno turco un pedido de información acerca de un empacador de higos llamado «Dimitrios», buscado bajo la acusación de asesinato. Se ha enviado la información precedente, al cabo de un mes. En el interrogatorio, Irana Preveza ha declarado

haber recibido una carta de Makropoulos, enviada desde Adrianópolis. La mujer ha dado la siguiente descripción del individuo:

Estatura: 182 centímetros. Ojos: castaños. Piel: morena (afeitado). Cabello: oscuro y liso. Marcas de identificación: ninguna.

Al pie de este resumen, Marukakis había agregado una nota manuscrita:

N.B.: Esto es sólo el resumen de un dossier policial corriente. Se hacen algunas referencias a un segundo dossier del archivo secreto, pero no es posible obtener un permiso para consultarlo.

Latimer emitió un suspiro: sin duda el segundo dossier contenía los detalles de la actuación de Dimitrios en los sucesos del año 1923. Las autoridades búlgaras, era evidente, habían reunido más datos que los que enviaran a la policía turca. Y le resultaba verdaderamente irritante saber que existía aquella información, pero que era imposible tener acceso a ella.

Sin embargo, en la información de que disponía había sustento abundante para sus pensamientos.

La incongruencia más evidente era que, a bordo del barco de bandera italiana Isola Bella, en diciembre de 1922, durante el trayecto entre el Pireo y Varna a través del mar Negro, la tarjeta de identificación expedida por la Comisión de Socorro, n.º T. 53462, hubiera sufrido una alteración. «Dimitrios Taladis» se había convertido en «Dimitrios Makropoulos». O bien Dimitrios había descubierto su talento de falsificador, o bien había conocido a alguien que lo poseyera y que lo había puesto a su servicio.

¡Irana Preveza! Una verdadera clave, que debía seguir y estudiar con especial cuidado. Si esa mujer vivía aún, sin duda le resultaría posible hallarla. Sin embargo, de momento, esa tarea quedaba encomendada a Marukakis. También era curioso el hecho de que se tratara de una persona de origen griego: quizá Dimitrios no hablara búlgaro.

«Se sabe que D.M. está relacionado con criminales extranjeros», le parecía, con todo, una frase vaga. ¿Qué clase de criminales? ¿De qué nacionalidad? ¿Hasta dónde había llegado aquella asociación? ¿Y por qué se había intentado deportarlo precisamente dos días antes del *coup d'état* de Zankoff? ¿Habría sido Dimitrios uno de los asesinos de cuya presencia sospechaba la policía de la capital y a los que había buscado durante aquella crítica semana? El coronel Haki había desdenado la idea de que Dimitrios fuera un asesino. «No es de esa clase de individuos dispuestos a arriesgar su pellejo por eso.» Pero el coronel Haki no lo sabía todo acerca de Dimitrios. ¿Y qué motivos habrían movido a A. Vazoff? ¿Por qué había intervenido con tanta presteza y eficacia en favor de Dimitrios? Las res-

puestas a estas preguntas estarían, sin duda, en aquel segundo dossier, el de los archivos de la policía secreta. ¡Qué fastidio!

Latimer había enviado una nota al periodista, quien a la mañana siguiente le telefoneó. Acordaron que esa noche volverían a cenar juntos.

—¿Ha logrado sonsacarle algo más a la policía?

—Sí, se lo diré todo esta noche, cuando vayamos a cenar. Hasta entonces.

A eso del anochecer, Latimer se encontraba tal como en sus tiempos de estudiante, mientras esperaba los resultados de los exámenes: un poco excitado, un tanto aprensivo y considerablemente irritado ante la formal demora en la presentación de unas notas que ya se conocían desde varios días antes. De modo que la sonrisa con que recibió a Marukakis escondía un rictus agrio.

—Es muy amable de su parte que se haya encargado de todo ese ajeteo.

Marukakis hizo florecer su mano:

—Tonterías, mi querido amigo. Ya le he dicho que me interesa el asunto. ¿Quiere que vayamos a la tienda de comestibles otra vez? Allí podremos hablar con tranquilidad.

A partir de ese momento y hasta el instante en que llegaron al restaurante, el griego habló sin parar sobre la posición de los países escandinavos ante la eventualidad de una guerra entre todos los países europeos. Latimer comenzaba a sentirse tan inclinado a la perversidad como cualquiera de los asesinos de sus novelas.

—Ahora bien —dijo, por fin, el griego—, en cuanto a aquello de Dimitrios, esta noche hemos de realizar un pequeño viaje.

—¿Cómo?

—Ya le he dicho que me haría amigo de algún policía y así lo he hecho. En consecuencia, he podido averiguar dónde está ahora Irana Preveza. No me ha sido demasiado difícil: sucede que es muy conocida... por la policía.

Latimer sintió que su corazón aceleraba sus latidos.

—¿Dónde está?-preguntó.

—A unos cinco minutos de camino de aquí. Es la propietaria de un Nachtlokal llamado *La Vierge St. Marie*. —Nachtlokal?

Marukakis dejó que sus labios esbozaran una sonrisa.

—Oh, es lo que ustedes llamarían un club nocturno.

—Ya comprendo.

—No siempre ha tenido un negocio propio. Durante muchos años ha trabajado en casa de otros o en la suya propia. Pero ha envejecido. Tenía algún dinero ahorrado y se ha decidido a abrir su propio club. Frisa los cincuenta, pero aparenta menos años. La policía no aparta el ojo de ella. Al parecer, no se levanta hasta las diez de la noche, de modo que tendremos que esperar un poco antes de acercarnos al club para probar suerte.

»¿Ha leído la descripción de Dimitrios? “Marcas de identificación: ninguna.” Eso me ha hecho gracia.

—¿Ha pensado usted en que cómo es posible que la Preveza supiera con exactitud la estatura de Dimitrios? Ha dicho ciento ochenta y dos centímetros. Marukakis le miró sin comprender.

—¿Y qué?

—Poca es la gente que conoce con exactitud su propia estatura.

—¿Y usted qué piensa al respecto?

—Creo que esa descripción proviene del segundo dossier que ha mencionado usted y no de esa mujer.

—¿Y qué, entonces?

—Espere un momento. ¿Sabe usted quién es A. Vazoff?

—Oh, sí, quería hablarle de eso. También yo me he hecho la misma pregunta. Era un abogado.

—¿Era?

—Murió hace tres años. Ha dejado mucho dinero, que fue reclamado por un sobrino que vive en Bucarest. Aquí no tenía familiares —Marukakis hizo una

pausa antes de agregar con el más elaborado tono ingenuo—: era uno de los directores gerentes del Banco de Crédito Eurasiático. Le había reservado esta pequeña sorpresa para más tarde, pero creo que ya puede usted recibirla. Esto lo he averiguado en ciertos archivos. El Banco de Crédito Eurasiático no estuvo registrado en Mónaco hasta el año 1926. La lista de los directores en ejercicio antes de esa fecha todavía existe y puede ser revisada si el interesado sabe dónde hallarla.

—¡Pero eso tiene una importancia increíble! —exclamó Latimer—. Comprenda usted que...

Marukakis le interrumpió para pedir la cuenta al camarero. Después echó una mirada socarrona a Latimer.

—Sabe usted —dijo—, ustedes los ingleses son sublimes. Son la única nación del mundo que cree tener el monopolio del sentido común.

6. Tarjeta postal

La Vierge St. Marie estaba situado, con algo de misteriosa lógica, en una calle de casas particulares detrás de la iglesia de Sveta Nedelja. Era una callejuela estrecha, que descendía en un empinado declive, pobremente iluminada.

En un primer momento el lugar parecía extrañamente silencioso. Pero por debajo de aquel silencio se oían susurros de música y de risas: susurros que se elevaban de improviso, cuando se abría alguna puerta, para volver a apagarse de inmediato. Los pasos de algún peatón se aproximaron para detenerse cuando el hombre se metió dentro de una casa.

—No se ve demasiada gente por aquí a estas horas —comentó Marukakis—; es temprano todavía.

Por detrás de sus paneles de cristal translúcido, la mayoría de las puertas dejaban ver algunas lánguidas luces. En algunos paneles había sido pintado el número de la casa, con unos adornos mucho más elaborados de lo que cabía esperar en una casa normal. En otras puertas había nombres escritos en ellos: Wonderbar, O.K. Jymmies Bar, Stambul, Torquemada, Vitocha, Le Viol de Lucrèce y, en parte superior de la pendiente, La Vierge St. Marie.

Durante unos momentos permanecieron fuera. La puerta parecía menos descuidada que las otras. Latimer sintió el impulso de comprobar si su cartera estaba a buen recaudo en el fondo de su bolsillo cuando Marukakis empujó la puerta y se metió en el club nocturno.

Se encontraron en un salón de techo bajo, de unos treinta pies cuadrados. A intervalos regulares, en las paredes pintadas de pálido color azul, colgaban espejos ovalados, sostenidos por querubines de cartón piedra. Los espacios que mediaban entre uno y otro espejo estaban decorados, sin relación aparente, por pinturas muy estilizadas que representaban hombres con monóculo, pelo pajizo y torsos desnudos, y mujeres que llevaban trajes de corte severo y medias a rayas. En uno de los rincones del salón había un diminuto bar; en el extremo opuesto se alzaba la plataforma sobre la que se había sentado la orquesta: cuatro negros de aire indiferente, vestidos con blusas blancas «argentinas». Cerca de ellos, una cortina de terciopelo azul ocultaba una puerta. El resto de la pared estaba cubierto por pequeños cubículos cuyos tabiques divisorios llegaban hasta los hombros de quienes se sentaban en las mesas situadas dentro de cada espacio. Unas pocas mesas más delimitaban la pista de baile central.

Cuando Latimer y su acompañante entraron al club, había una docena de personas sentadas en los cubículos. La orquesta tocaba mientras dos muchachas, que tenían todo el aspecto de formar parte del personal del cabaret, bailaban en la pista, solemnemente enlazadas.

—No es una hora adecuada todavía —murmuró Marukakis, con un tono desilusionado—. Pero pronto tendremos mayor animación, sin duda. Un camarero se escurrió de uno de los cubículos, alejándose de prisa; al cabo de un par de minutos, regresó con una botella de champagne. —¿Tiene suficiente dinero?— murmuró Marukakis—. Tendremos que pagar por lo menos doscientos *lev* por ese veneno.

Latimer asintió. Doscientos *lev* equivalían, poco más o menos, a diez chelines.

La orquesta dejó de tocar. Las dos muchachas habían dejado de bailar y una de ellas miró a Latimer. Ambas se acercaron al cubículo y los observaron sonriendo. Marukakis les dijo algo. Las dos mujeres, sonriendo siempre, se encogieron de hombros y se alejaron. Marukakis echó una mirada inquisitiva a Latimer.

—Les he dicho que debemos hablar de negocios, pero que más tarde las invitaremos. Pero, por supuesto, si usted no quiere enredarse con ellas... —No quiero —respondió Latimer con firmeza.

Al beber el primer trago de aquel champagne, el escritor se estremeció.

Marukakis dejó escapar un suspiro.

—Es una lástima. Tendremos que pagar el champaña. Y alguien más podría beber de esta botella...

—¿Dónde está La Preveza?

—Supongo que bajará en cualquier momento. Claro está —agregó con cautela— que podríamos subir a verla —y alzó los ojos en una significativa mirada hacia el cielorraso—. Este lugar es muy refinado, de verdad. Todo se realiza aquí con la mayor discreción.

—Si va a bajar de un momento a otro, no creo que tenga sentido subir ahora.

Latimer se sentía como una persona austera y llena de melindres y sólo hubiera querido que el champagne no hubiese resultado tan malo.

—Esperaremos, entonces —asintió Marukakis, melancólico.

Pero habría de transcurrir una hora y media antes de que la propietaria de La Vierge St. Marie hiciera su aparición. Durante ese lapso, el ambiente del club nocturno se había animado, por cierto. Había llegado más gente, hombres casi todos, aun cuando junto con ellos llegaron algunas mujeres de aspecto muy particular. Un individuo que no podía ser sino un rufián de aspecto muy sobrio irrumpió remolcando a una pareja de alemanes aparentemente borrachos perdidos, que podrían haber sido hombres de negocios en una noche de juerga. Un par de hombres jóvenes, siniestros a primera vista, se sentaron en una mesa y pidieron una botella de agua de Vichy. No pocas idas y venidas se registraban en la puerta cubierta por la cortina de terciopelo azul. Todos los cubículos estaban ocupados, así como también las mesas cercanas a la pista de baile, que había desaparecido bajo un enjambre de parejas ondulantes y sudorosas.

De pronto, sin embargo, se produjo un claro en la pista y varias jóvenes que algunos minutos antes habían desaparecido, para cambiar sus ropas por uno o dos ramilletes de rosas artificiales y una buena capa de polvos color de bronce, ejecutaron una breve danza. A continuación, un muchacho vestido con ropas de mujer las reemplazó para cantar unas canciones en alemán. Y regresaron las muchachas, con sus ramilletes de rosas, y bailaron otra danza.

Con eso concluyó el espectáculo de la noche y la mayoría de los presentes volvió a apiñarse en la pista de baile. La atmósfera, muy cargada ya, se volvía más cálida a cada instante.

Con una astuta mirada, y sin demasiado interés, Latimer observó cómo uno de los dos jóvenes de siniestro aspecto le ofrecía al otro algo que bien podía pensarse que fuera rapé, pero que claro está, no lo era. Se preguntaba si sería o no conveniente volver a intentar quitarse la sed con aquel champagne, cuando Marukakis le tocó el brazo.

—Creo que es ella —dijo.

Latimer dirigió una mirada a través del salón. De momento, una pareja que bailaba en un extremo de la pista de baile le tapaba la vista; al cabo de un segundo la pareja se movió unos centímetros y la vio, de pie, inmóvil, junto a la cortina azul de terciopelo; acababa de entrar.

Aquella mujer tenía ese aire despreocupado que va más allá de la calidad de las ropas, del peinado de los cabellos y de un maquillaje bien aplicado. Su figura era plena, pero proporcionada; su porte causaba una buena impresión; el vestido que llevaba era, sin duda, caro y su abundante cabellera oscura hacía pensar en un laborioso trabajo de manos expertas. Así y todo, el aspecto de La Preveza era,

inequívoca e irremediablemente, el de una mujer poco pulcra. Todo en su figura hacía pensar en algo efímero, a punto de transformarse. Parecía que su peinado fuese a deshacerse de un momento a otro, los pliegues del vestido se deslizaban con negligencia sobre un hombro suave y marfileño; la mano en la que brillaba una sortija con un racimo de diamantes, que hasta ese momento había permanecido quieta a un costado del cuerpo, se alzó hasta los pliegues rosados de la tela y ganó luego la cabeza, donde acomodó sin prisa un mechón de cabellos. Todo eso estaba reflejado en los ojos oscuros.

La boca de Irana Preveza era firme y casi sonriente entre los pliegues carnosos que la rodeaban. Pero sus ojos estaban húmedos de sueño, invadidos aún por la indolencia de quien apenas hace unos minutos ha despertado.

De pronto, aquellos ojos se abrieron en una mirada de alerta, moviéndose hacia uno y otro lado, mientras los labios sonreían y saludaban aquí y allá.

Latimer la vio girar, casi con un movimiento brusco, y encaminarse hacia el bar.

Marukakis llamó al camarero con un gesto, y le dijo algo. El hombre, después de vacilar durante un segundo, asintió. Latimer le vio dirigirse hacia el lugar donde madame Preveza hablaba con un hombre gordo que, con su brazo, enlazaba la cintura de una de las bailarinas. El camarero susurró algo. Madame Preveza dejó de hablar y miró al escritor, mientras su empleado apuntaba hacia la mesa en que estaban sentados él y Marukakis. La mujer desvió la mirada, dijo algunas palabras al camarero y reanudó su conversación.

—Vendrá dentro de un minuto aseguró Marukakis.

Transcurridos unos breves instantes, Irana Preveza abandonó a su gordo cliente y comenzó a recorrer el salón, entre leves inclinaciones e indulgentes sonrisas con las que obsequiaba a los presentes. Por fin llegó hasta la mesa. Inopinadamente Latimer se puso en pie. Aquellos ojos oscuros estudiaban sus facciones.

—¿Ustedes querían hablar conmigo, messieurs?-su voz era ronca, apenas estridente; hablaba en francés, con marcado acento extranjero.

—Nos sentiríamos honrados si usted se sentara a nuestra mesa unos minutos —respondió Marukakis.

—Será un placer. —Madame Preveza se sentó junto al griego. Acto seguido se presentó el camarero. La mujer le hizo un gesto para que se alejara y clavó sus

ojos en Latimer—. No le he visto antes, monsieur. He visto a su amigo, pero no en mi casa. —Miró a Marukakis para preguntarles—: ¿Escribirá sobre mí en los periódicos de París, monsieur? Si lo hace, tendrá que ver el resto de las diversiones que ofrece mi casa... usted y también su amigo.

Marukakis sonrió.

—No, madame. Hemos abusado de su hospitalidad para pedirle cierta información.

—¿Cierta información?-una mirada vacía invadió los ojos oscuros—. No sé nada que pueda resultar de interés para nadie.

—Su discreción es bien conocida, madame. En este caso, sin embargo, se trata de un hombre ya muerto y enterrado, al que usted conoció quince años atrás. Madame Preveza emitió una seca carcajada y Latimer observó que su dentadura estaba en mal estado. Después de una breve pausa la mujer se echó a reír con tanta fuerza que su cuerpo se estremeció. El sonido de sus carcajadas era desagradable, contrastaba con aquella suerte de dignidad soñolienta, que la había circundado hasta ese instante, y la convertía en una mujer vieja. Mientras su risa se desvanecía, Irana Preveza tosió un par de veces.

—Sus cumplidos son de exquisita delicadeza, monsieur —dijo con voz entrecortada—. ¡Quince años...! ¿Cómo quiere usted que recuerde a un hombre durante tanto tiempo? Santa Madre de Dios, creo que, después de todo, tendrían que pagarme una copa.

Latimer hizo una seña al camarero.

—¿Qué quiere tomar, madame?

—Champagne. Pero no esta porquería. El camarero ya lo sabe. ¡Quince años...!

—Aún parecía divertida por esa idea.

—Pensábamos que, tal vez, apenas le recordaría —dijo Marukakis, en un tono frío—. Pero si un nombre significa algo para usted... Dimitrios... se trata de Dimitrios Makropoulos.

Madame Preveza estaba encendiéndose un cigarrillo. Con la cerilla encendida entre los dedos se detuvo. Sus ojos estaban clavados en el extremo del cigarrillo.

Durante varios segundos, el único movimiento que Latimer advirtió en aquella cara fue el de las comisuras de los labios, descendiendo con lentitud.

De pronto, parecía que el ruido se hubiera aplacado en torno a ellos; el escritor pensó que tal vez tuviera algodón en los oídos.

Madame Preveza movió con gesto cansado la cerilla y la arrojó al cenicero que tenía ante sí. Sus ojos siguieron inmóviles. Después, con un tono muy suave, dijo: —No me gusta su presencia aquí. Largo... Largo de aquí, ¡los dos!

—Pero...

—¡Largo de aquí! —repitió sin alzar la voz ni mover la cabeza.

Marukakis echó una mirada a Latimer, se encogió de hombros y se puso de pie. Latimer le imitó. La mujer esbozó un gesto de fastidio.

—Síntense —ordenó con brusquedad—. No quiero escenas en este lugar.

Los dos hombres se sentaron.

—Madame, si usted nos explica cómo podemos largarnos sin ponernos en pie antes —dijo Marukakis ácidamente—, se lo agradeceríamos.

Los dedos de la mano derecha de Irana Preveza se movieron, veloces, para coger el pie de una copa. Por un momento, Latimer creyó que la mujer estrellaría la copa contra la cara del griego. Pero después sus dedos se abrieron, mientras ella decía algo en griego, con excesiva rapidez para que Latimer lograra comprenderlo. Marukakis negó con un gesto.

—No, mi amigo no es policía. Es escritor de novelas y busca información.

—¿Por qué?

—Es un hombre curioso. Vio el cadáver de Dimitrios Makropoulos en Estambul, hace un mes o dos, y tiene curiosidad por saber algo más acerca de ese individuo.

Madame Preveza se volvió hacia Latimer y le aferró el brazo con fuerza.

—¿Ha muerto? ¿Está seguro de que ha muerto? ¿Ha visto usted mismo su cadáver?

Latimer asintió con un gesto. La actitud de aquella mujer le hacía sentirse como si fuera un médico que desciende por una escalera para anunciar que todo ha terminado.

—Le han acuchillado y le han arrojado al mar —dijo, pero en seguida se maldijo a sí mismo: había sido demasiado torpe.

En los ojos de la mujer brilló una emoción que Latimer no pudo identificar. Quizá, a su manera, ella le había amado. ¡Una parte de vida! Sin duda seguirían las lágrimas.

Pero no las hubo, sino una pregunta:

—¿Llevaba dinero encima?

Sin comprender, Latimer sacudió la cabeza.

—Merde! —exclamó madame, sin demasiada preocupación por el purismo—. Ese hijo de camella enferma me debía mil francos franceses. Y ahora jamás los volveré a ver. *Salop*²³! ¡Largo de aquí, ustedes dos, antes de que les haga echar a la calle!

Poco faltaba para las tres y media de la madrugada cuando Latimer y Marukakis se marcharon de La Vierge St. Marie.

Las dos horas precedentes las habían pasado en el despacho privado de madame Preveza, una habitación con doble nivel en el piso, llena de muebles: un piano de cola, de madera de nogal cubierto con un chal de seda blanca, con flecos y pájaros pintados en los extremos, algunas mesillas con miniaturas y fruslerías, varias sillas, una palmera que languidecía en un tiesto revestido con cañas de bambú, un sofá y un escritorio muy grande, con una tapa plegable, de roble español. Conducidos por la dueña del club nocturno, Marukakis y Latimer habían llegado al despacho después de haber atravesado la cortina de terciopelo azul y de haber recorrido un tramo de escalera y un pasillo apenas iluminado, que tenía a ambos lados puertas numeradas; allí, el olor hizo pensar a Latimer en una clínica particular, muy cara, durante las horas de visita a los enfermos.

Por cierto que aquella invitación a subir al despacho había sido lo último que Latimer se esperaba. Había seguido muy de cerca la última exhortación para que se largaran. Pero madame se había mostrado apenada: les había pedido disculpas. Mil francos eran mil francos. Ahora podía estar bien segura de que no los volvería a ver jamás. Sus ojos se habían llenado de lágrimas. Latimer pensaba que aquella mujer era fantástica. La deuda databa del año 1923. No resultaba creíble que hubiera estado esperando la devolución del dinero, después

23 *En francés en el original; «basura». (N. Del T.).*

de quince años. Tal vez en algún rincón de su cerebro había mantenido intacta la romántica ilusión de que algún día Dimitrios habría de llegar para cubrirla con una lluvia de francos. ¡El gesto clásico de los cuentos de hadas! Las noticias traídas por Latimer habían hecho añicos aquella ilusión y cuando se hubo disipado su ira, madame Preveza sintió que necesitaba un poco de simpatía a su lado. Quedaba olvidada aquella petición de información sobre Dimitrios. Los portadores de las malas noticias debían saber hasta qué punto habían sido malas aquellas nuevas. Irana Preveza estaba diciéndole adiós a una leyenda. Necesitaba, pues, una audiencia: una audiencia que fuera capaz de comprender hasta qué punto era ella una mujer tonta y generosa.

Y así, echando sal a la herida, había anunciado con cierta unción que la casa pagaba los tragos.

Marukakis y Latimer se sentaron en el sofá, en tanto que La Preveza prefería apoyarse en el escritorio. De uno de los innumerables casilleros del mueble, había sacado una libreta pequeña, con los ángulos superior e inferior derechos doblados por el uso. Después de pasar varias páginas, leyó:

—15 de febrero de 1923 —cerró la libreta con un golpe seco y levantó los ojos, poniendo a los cielos por testigos de la absoluta veracidad de aquella fecha—. Fue ese día; ese día le presté el dinero. Mil francos que Dimitrios me prometió con insistencia devolverme. Era un dinero que me debían a mí y que recibió el. Antes que hacer una escena (porque yo detesto las escenas), preferí decirle que le prestaba ese dinero. Y Dimitrios me aseguró que me lo pagaría, que al cabo de unas semanas recibiría mucho dinero. El recibió el dinero, pero jamás me ha pagado mis mil francos. ¡Y después de todo lo que he hecho por él!

»Yo había recogido a ese hombre en el arroyo, *messieurs*. Eso fue en diciembre. ¡Jesús, qué frío hacía! En las provincias del oriente la gente moría más de prisa que si les hubieran ametrallado... y yo he visto morir gente ametrallada. En aquella época yo no tenía un lugar como esta casa, ya me comprenderán ustedes. Desde luego que era una niña, entonces. A menudo recibía propuestas para posar para alguna fotografía. Una de esas fotografías era mi favorita. Llevaba una sencilla túnica de terciopelo blanco, ceñida a la cintura por un lazo, y una corona de pequeñas flores blancas. En mi mano derecha, que descansaba... así... sobre una bonita columna blanca sostenía una rosa roja... La han utilizado para una tarjeta postal, *pour les amoureux*²⁴, y el fotógrafo había pintado la rosa y también había hecho imprimir unos versos muy bonitos al pie de la fotografía.

24 En francés en el texto original; «para los novios». (N. Del T.).

Los párpados oscuros y húmedos de madame Preveza habían caído sobre sus ojos mientras ella recitaba con voz suave: *Je veux que mon coeur vous serve d'oreiller, Et à votre bonheur je saurai veiller* ²⁵.

—Muy bonito, ¿verdad?-la sombra de una sonrisa le iluminaba los labios—. Oh, quemé todas mis fotografías hace años. A veces me he lamentado por ello, pero creo que he hecho bien. No es bueno estar recordando siempre el pasado. Por eso, *messieurs*, me he enfadado esta noche, cuando ustedes me hablaron de Dimitrios: porque él es el pasado. Y tienes que pensar en el presente y en el futuro.

»Pero Dimitrios no era un hombre al que se pueda olvidar con facilidad. He conocido a muchos hombres pero sólo he temido a dos en toda mi vida. Uno fue el hombre con quien me casé. El otro, Dimitrios. A veces te engañas a ti misma, ya me entienden ustedes. A veces piensas que quieres ser comprendida, cuando lo que quieres es que te comprendan a medias. Y si una persona te comprende de verdad, le temes. Mi marido me comprendía, porque me amaba y yo le temía por eso. Pero en cuanto él se cansó de amarme, me pude reír de él y dejé de temerle. Pero Dimitrios era distinto. Dimitrios me comprendió mejor que yo misma. Pero no me amaba. No creo que haya amado a nadie en ninguna ocasión.

»También pensé que un día yo sería capaz de reírme de él... pero ese día no llegó... jamás. Nadie podía reírse de Dimitrios. Lo he comprendido. Le odiaba y me he dicho a mí misma que era porque me debía aquellos mil francos. Y por eso lo he anotado en mi libreta. Pero me estaba mintiendo a mí misma. Me debía más de mil francos, mucho más. Siempre me había estafado con el dinero. Le odiaba porque le temía y no era capaz de comprenderle como él me comprendía a mí.

»En ese tiempo yo vivía en un hotel. Un lugar repugnante, lleno de escombros. El patrón era un gigantón asqueroso, pero mantenía buenas relaciones con la policía. Y mientras pagaras tu habitación estabas a salvo: aunque tus papeles no estuvieran en regla.

»Una tarde, mientras descansaba, oí que el patrón insultaba a alguien en el cuarto contiguo. Las paredes eran muy delgadas, de modo que pude oírlo todo. En un primer momento no presté atención, porque ese tío siempre le estaba gritando a alguien, pero al cabo de unos minutos escuché lo que decían, porque

25 *En francés en el texto original: «quiero que mi corazón te sirva de almohada / mientras yo velo por tu felicidad». (N. Del T.).*

hablaban en griego y yo sé hablarlo. El patrón amenazaba con llamar a la policía si no recibía el pago de la habitación. No podía oír las respuestas, porque el otro hombre hablaba con una voz muy baja. Por último, el patrón se fue y se hizo el silencio. Ya me había adormilado cuando de pronto oí que el pomo de la puerta se movía. La puerta estaba cerrada con llave. Observé que el pomo giraba con lentitud hasta volver a su posición. Entonces alguien golpeó a la puerta.

»Pregunté quién era, pero no hubo respuesta. En ese instante pensé que tal vez se tratara de alguno de mis amigos y que quizá no había oído mi pregunta, de modo que fui hasta la puerta y la abrí. Fuera estaba Dimitrios.

»Me preguntó en griego si le permitía pasar. Le pregunté qué quería y me respondió que quería hablar conmigo. Le pregunté cómo sabía que yo hablaba griego, pero permaneció sin contestar. Y comprendí que ese hombre era mi vecino de habitación. Le había visto una o dos veces en la escalera y siempre me había parecido muy correcto y un tanto nervioso cuando me cedía el paso. Pero en ese instante no se le veía nervioso. Le dije que estaba descansando, que pasara más tarde si quería hablar conmigo. Pero Dimitrios sonrió, empujó la puerta para entrar, una vez dentro del cuarto, se apoyó contra la pared.

»Le dije que si no se iba llamaría al patrón; él sonrió apenas y siguió sin moverse. Me preguntó después si había oído lo que el patrón había hablado con él; le respondí que no. En uno de los cajones de mi mesa guardaba una pistola y me acerqué para cogerla. Tal vez Dimitrios adivinó mi intención: con disimulo se acercó hasta la mesa y se apoyó en ella, como si fuera el dueño del cuarto. Entonces me pidió que le prestara dinero.

»Nunca he sido tonta. Tenía un billete de mil lev cosido a la cortina, muy cerca del techo y sólo unas pocas monedas en mi bolso. Y le dije que no tenía dinero. No hizo ningún caso de mis palabras y comenzó a decirme que no había comido nada desde el día anterior, que no tenía ni un céntimo y que se encontraba mal. Pero mientras hablaba, durante todo ese tiempo, sus ojos no dejaron de moverse, mirando cada una de las cosas que había en el cuarto. Como si ahora mismo estuviera viéndole... Su cara era suave y ovalada, de piel pálida y ojos muy castaños, ansiosos, que te recordaban los ojos de un doctor cuando te está haciendo algo que ha de dolerte. Ese hombre me daba miedo. Le dije otra vez que no tenía dinero, pero que podía darle un trozo de pan, si él quería. Y me respondió: “Dame el pan.”

»Saqué un trozo de pan de un cajón y se lo di. Se lo comió lentamente, apoyado siempre contra la mesa. Cuando hubo terminado con el pan, me pidió un cigarrillo. Se lo di. Entonces me aseguró que yo necesitaba un protector. Me pidió

que escribiera una nota que él mismo me dictaría. Estaba dirigida a un hombre cuyo apellido yo jamás había oído y sencillamente le pedía cinco mil leva.

»Pensé que Dimitrios estaba loco y escribí la nota; firmé “Irana”, nada más. Antes de irse me dijo que nos veríamos esa noche, en un café.

»Por supuesto, no acudí a la cita. A la mañana siguiente, Dimitrios volvió a golpear a mi puerta. Esta vez no quise abrirle. Se enfadó muchísimo y me gritó que tenía dos mil quinientos leva para mí. Desde luego que no le creí. Pero vi que por debajo de la puerta se deslizaba un billete de mil y oí la voz de Dimitrios advirtiéndome que tendría el resto cuando le abriese la puerta. O sea que le dejé pasar. En seguida me entregó los mil quinientos leva restantes. Le pregunté de dónde había sacado ese dinero y me respondió que había entregado, él en persona, la nota que yo había escrito a aquel hombre, quien le había dado el dinero sin rechistar.

»Siempre he sido una mujer discreta. Nunca me he interesado por conocer los verdaderos nombres de mis amigos. Dimitrios había seguido a uno de ellos hasta su casa, había averiguado cómo se llamaba y qué hacía (resultó ser un hombre importante) y días después, con mi nota en la mano le había amenazado con revelar nuestras relaciones a la mujer y a las hijas de aquel hombre, a menos que él le entregara esa suma de dinero.

»Me sentí llena de ira; le dije que por dos mil quinientos leva acababa de perder a uno de mis buenos amigos.

»Dimitrios me aseguró que él me conseguiría amigos más ricos que ése. Y también me hizo advertir que me había dado el dinero para demostrarme su seriedad, porque bien hubiera podido escribir él mismo la nota y ver después a mi amigo sin decírmelo.

»Comprendí que eso era verdad. Y también me di cuenta de que podía acudir a otros amigos míos y molestarles a menos que yo aceptara el trato. De modo que Dimitrios se convirtió en mi protector y verdaderamente me presentó hombres muy ricos. Al mismo tiempo, él se compraba ropas muy elegantes y a veces iba a los mejores cafés.

»Pero no pasó mucho tiempo antes de que un conocido mío me dijera que Dimitrios estaba metido en cuestiones de política y que a menudo se le veía en ciertos cafés que la policía vigilaba. Advertí a Dimitrios que su comportamiento era el de un tonto. Pero me aseguró que muy pronto tendría una enorme cantidad de dinero.

»A menudo Dimitrios marchaba a algún lugar, desaparecía durante períodos más o menos largos. Nunca me dijo adónde iba y yo jamás se lo pregunté.

»Sin embargo, yo supe que Dimitrios se había relacionado con personas importantes, porque cierta vez, cuando la policía le puso problemas por sus papeles de identidad y permanencia, él se echó a reír y me dijo que no me preocupara por la policía. No se atreverían a tocarle, me dijo.

»Pero una mañana llegó a verme presa de una gran agitación. Por su aspecto pensé que había viajado durante toda la noche y también advertí que llevaba una barba de varios días. Jamás le había visto nervioso hasta ese punto. Me cogió de las muñecas y me dijo que si alguien me lo preguntaba, tendría que asegurar que él había estado conmigo durante los tres últimos días. Por cierto que no le había visto durante toda la semana, pero tuve que asentir y dejar que durmiera en mi cuarto.

»Nadie me preguntó nada acerca de Dimitrios. Pero ese día, hacia la noche, leí en los periódicos que se había cometido un atentado contra Stambulsky, en Haskovo, y de esa manera comprendí dónde había estado ese individuo durante aquellos días.

»Me sentí aterrorizada. Un viejo amigo mío, al que había conocido antes que a Dimitrios, quería darme un apartamento para que viviera sola allí. Cuando Dimitrios se fue, después de haber dormido, acudí a mi amigo y le dije que aceptaría su ofrecimiento.

»Tuve miedo al adoptar esa determinación pero, a pesar de todo, esa noche busqué a Dimitrios y le comuniqué lo que había decidido. Me había figurado que él se pondría furioso; sin embargo, se mostró muy tranquilo y dijo que eso era lo mejor para mí. Pero me resultaba imposible saber qué pensaba Dimitrios en realidad: siempre se le veía con la misma expresión, la de un doctor que te está haciendo algo que te resulta doloroso. Me di ánimos y le dije que teníamos que arreglar nuestros negocios. Dimitrios asintió y me propuso que nos viéramos al cabo de tres días; entonces podría darme el dinero que me debía.

»Al tercer día le esperé inútilmente en el café donde siempre nos encontrábamos. Algunas semanas más tarde, le encontré; me dijo que había estado fuera de la ciudad pero que si podíamos vernos al día siguiente, me devolvería mi dinero. El lugar donde convinimos encontrarnos era un café de la calle Perotska, en un barrio bajo que me resultaba muy desagradable.

»Esta vez acudió a la cita, tal como me lo había prometido. Me explicó que pasaba apuros de dinero, que esperaba que pronto le pagaran una suma importante y que en pocas semanas podría devolverme aquel dinero.

»Me pregunté para qué había ido a la cita, porque me parecía raro que hubiera acudido para decirme eso, tan sólo. Más tarde comprendí sus motivos. Seguimos hablando y me dijo que debía pedirme un favor: necesitaba que alguien de su confianza recibiera algunas cartas que llegarían dirigidas no a él mismo, sino a un amigo suyo, un turco llamado Talat. Si su amigo podía usar las señas de mi apartamento, Dimitrios en persona iría a buscar las cartas, cuando tuviera el dinero para pagarme su deuda.

»Accedí. No podía hacer otra cosa. Porque si Dimitrios iba a recoger aquellas cartas, yo podría exigirle que me devolviera mi dinero. Pero en el fondo de mi corazón bien sabía yo (y también él lo sabía) que podría recoger las cartas sin pagarme ni un céntimo y sin que yo pudiese hacer nada al respecto.

»Allí estábamos, sentados, tomando café (porque Dimitrios era muy tacaño en sus gastos), cuando la policía entró para revisar los papeles de identidad de la gente que había dentro. Era una cosa muy común en aquellos tiempos, pero no era nada bueno que te encontraran en ese café, que tenía una reputación pésima. Dimitrios tenía sus papeles en orden, pero por ser él extranjero, los policías tomaron nota de su hombre y también del mío, pues le estaba acompañando en ese momento. Cuando los policías marcharon de allí, Dimitrios estaba muy enfadado, pero no porque hubieran anotado su nombre, sino porque habían tomado nota del mío como el de una persona relacionada con él.

»Le vi desconcertado, pero me aseguró que no me preocupara por aquello de las cartas; él lo arreglaría de otra manera, con otra persona. Salimos del café y nunca más he vuelto a verle.

Madame Preveza se había servido una copa de Curaçao y se la bebió con avidez. Latimer se aclaró la garganta antes de preguntarle: —¿Y cuándo tuvo noticias tuyas por última vez?

Una sombra de sospecha cubrió los ojos de la mujer y Latimer la tranquilizó:

—Dimitrios ha muerto, madame. Ya han transcurrido quince años. Han cambiado las cosas en Sofía.

Una sonrisa extraña, tensa, entreabrió los labios de Irana Preveza.

—«Dimitrios ha muerto, madame». Me suenan extrañas esas palabras. Es difícil pensar que Dimitrios ha muerto. Describame su cadáver.

—Tenía cabellos grises. Llevaba ropas compradas en Grecia y en Francia, de mala calidad —inconscientemente había recordado la frase del coronel Haki.

—¿O sea que no se había vuelto rico?

—Lo era años atrás, en París, pero perdió su dinero.

Madame se echó a reír.

—Eso le habrá hecho daño —y de inmediato reapareció su mirada suspicaz—. Usted sabe muchas cosas sobre Dimitrios, monsieur. Si él ha muerto... no lo comprendo.

—Mi amigo es escritor —intervino Marukakis—, está interesado en desentrañar la naturaleza humana.

—¿Qué escribe usted?

—Novelas policíacas.

La mujer se encogió de hombros.

—Para eso no necesita usted conocer la naturaleza humana. Para las historias de amor, para los romances es preciso conocer la naturaleza humana. Los *romans policiers* son feos. *Folle Farine* es una obra muy bonita. ¿Le parece buena a usted?

—Muy buena.

—La he leído diecisiete veces. Es el mejor libro de Ouida y yo los he leído todos. Algún día escribiré mis memorias. He visto mucho de la naturaleza humana, ya me comprende usted.

La sonrisa de madame había adquirido un leve mohín de picardía, mientras ella suspiraba acariciando su broche de diamantes.

—Pero usted quiere saber algo más sobre Dimitrios. De acuerdo. Un año más tarde, volví a tener noticias de él. Un día recibí una carta suya, desde Adrianópolis.

Me daba una dirección de la lista de correos. En la carta me preguntaba si había recibido algo para aquel Talat. Si era así, debía escribirle haciéndoselo saber, pero tenía que guardar las cartas. Me ordenaba que no dijera a nadie que él había escrito. Y me prometía, una vez más, pagar el dinero que me debía. Ninguna carta a nombre de Talat me había sido enviada y así se lo hice saber; también le comuniqué que necesitaba mucho aquel dinero, porque después de haberse marchado él, había perdido a todos mis amigos. Esto no era cierto, pero me había imaginado que halagando su vanidad haría que Dimitrios me pagara. Pero tendría que haberle conocido mejor... Ni siquiera respondió a mi carta.

»Unas semanas después, un hombre fue a verme. Tenía el tipo de un *fonctionnaire*²⁶, un aspecto severo, de persona importante. Llevaba ropas muy caras. Me dijo que era posible que la policía me interrogara acerca de Dimitrios.

»No pude disimular mi miedo. Pero aquel hombre me dijo que no había motivos para que me intranquilizara; sólo tendría que cuidarme de lo que dijera a los policías. También me aleccionó sobre cómo debía ser mi declaración, sobre cómo tendría que describir a Dimitrios para que ellos quedaran satisfechos.

»Le mostré entonces la carta que había llegado de Adrianópolis y leerla, al parecer, le divirtió. Me pidió que revelara a la policía el contenido de la carta, pero sin mencionar el nombre de ese Talat. Dijo que esa carta era un documento peligroso y la quemó, con lo que me puse hecha una fiera, pero el hombre me entregó mil leva y me preguntó si yo estimaba a Dimitrios, si le consideraba un amigo. Le respondí que le odiaba. Entonces él exclamó que la amistad era algo sublime y que me daría cinco mil leva si mis declaraciones a la policía eran tal como me había explicado que debían ser —Irana Preveza hizo una pausa y se encogió de hombros antes de continuar—. Eso era hablar en serio, messieurs. ¡Cinco mil leva!

»Cuando la policía fue a interrogarme, declaré todo lo que aquel hombre me había pedido que declarara. Al día siguiente por correo, me llegó un sobre que contenía cinco mil leva. No había nada más en el sobre, ninguna nota. Hasta allí todo fue bien. Pero ya verán ustedes. Unos dos años más tarde vi a aquel hombre en la calle. Me acerqué a él, pero el salop fingió que no me conocía y quiso hacerme arrestar. La amistad es algo sublime.

Madame Preveza cogió su libreta y la volvió a su sitio. Después, se excusó:

26 En francés en el texto original; «funcionario». (N. Del T.).

—Me disculparán, messieurs, pero es hora de que atienda a mis huéspedes. Creo que he hablado mucho ya. ¿Lo ve usted? No sé nada interesante acerca de Dimitrios.

—Su relato nos ha parecido muy interesante, madame.

La Preveza sonrió.

—Si no tuvieran prisa, messieurs, bien podría yo enseñarles cosas más interesantes que Dimitrios. Tengo aquí dos jóvenes encantadoras que...

—Ahora nos corre prisa, madame. En otro momento nos encantará conocerlas. Espero que nos permita pagar lo que hemos bebido.

Madame volvió a sonreír.

—Como deseen, messieurs, pero ha sido un placer para mí esta charla. ¡No, no, por favor! Soy supersticiosa, no quiero ver dinero en mi despacho privado. Ya le pedirán ustedes la cuenta al camarero, abajo, en la mesa. Me disculparán que no les acompañe, ¿verdad? Tengo que atender cierto negocio ahora. *Au'voir, Monsieur. Au'voir, Monsieur. A bientôt.*

Los ojos oscuros y húmedos se habían posado sobre ellos con afecto; en ese instante, Latimer se sintió apenado por tener que marcharse. Abajo, en el club, un encargado les dijo cuánto debían pagar.

—Mil cien leva, messieurs.

—¡¿Qué?!!

—Es el precio que ustedes han convenido con madame, messieurs.

—Verá usted, creo que hacemos mal al desaprobar por entero a Dimitrios —observó Marukakis, mientras esperaban el cambio—. Tenía sus motivos, sin duda. —Dimitrios había sido contratado por Vazoff para que actuara por cuenta del Banco de Crédito Surasiático; tenía que trabajar en el caso Stambulsky, colaborar en su desaparición. Sería muy interesante llegar a saber cómo se había conectado con esa gente, pero nunca lo sabremos. Sin embargo, les pareció apto, porque más tarde le emplearían para llevar a cabo una tarea del mismo estilo en Adrianópolis. Es posible que allí haya utilizado el apellido Talat.

—La policía turca ignoraba ese apellido. Siempre le han llamado «Dimitrios» —recordó Latimer—. Lo que no logro entender es por qué Vazoff (es evidente

que era Vazoff aquel hombre que visitara a La Preveza en 1924) ha permitido que ella dijera que había recibido una carta enviada desde Adrianópolis.

—No cabe duda de que lo ha hecho por una única razón. Porque Dimitrios ya no se encontraba en Adrianópolis —Marukakis reprimió un bostezo—. Ha sido una velada curiosa, ésta.

Estaban de pie, en la acera ante la puerta del hotel de Latimer. El aire de la noche era frío. —Creo que seguiré mi camino ahora —anunció el escritor.

—¿Se irá de Sofia?

—Sí, a Belgrado.

—¿O sea que todavía sigue interesado en Dimitrios?

—Oh, sí —Latimer dudó un instante antes de proseguir—. No puedo expresar-le toda mi gratitud por la ayuda que me ha prestado. Para usted todo esto no ha sido más que una tremenda pérdida de tiempo.

Marukakis se echó a reír y después se corrigió con la sonrisa de quien pide disculpas:

—Me he reído de mí mismo: porque le envidio a usted su Dimitrios. Me agradecería que, si descubre algo más en Belgrado, me escriba unas líneas. ¿Lo hará?

—Claro que sí.

Pero Latimer no habría de llegar a Belgrado.

Volvió a darle las gracias a Marukakis y le estrechó la mano. Acto seguido entró en el hotel. Su habitación estaba en el segundo piso. Llave en mano, el escritor subió la escalera. A lo largo del pasillo cubierto por una gruesa alfombra, sus pasos no hacían ningún ruido. Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Había esperado encontrarlo todo a oscuras, pero todas las luces estaban encendidas.

Eso le desconcertó. En su mente surgió la idea fugaz de que, quizá, se había equivocado de habitación; pero casi al mismo tiempo advirtió algo que disipaba por entero tal idea. Ese algo era el caos.

Esparcido por el suelo, en un desorden total, estaba el contenido de sus maletas. Tiradas sin cuidado sobre una silla, las sábanas y mantas de la cama. Sobre el

colchón, despojado de la funda, estaban diseminados los pocos libros ingleses que había llevado consigo a Atenas. La habitación tenía el aspecto de un cuarto en el que hubieran abierto una jaula llena de chimpancés.

Estupefacto, Latimer avanzó un par de pasos. En ese instante un leve sonido le hizo girar la cabeza hacia la derecha. Y entonces su corazón comenzó a latir desbocado.

La puerta del lavabo estaba abierta. De pie en el vano, con un tubo de crema dental, completamente estrujado, en una mano y una poderosa Lüger en la otra, abiertos los labios en una dulce y tristona sonrisa, se hallaba mister Peters.

7. Medio millón de francos

Peters empuñó con mayor firmeza su pistola.

—¿Podría usted —dijo con gentil tono de voz— cerrar la puerta? Creo que si estira su brazo derecho lo hará sin necesidad de mover sus pies. — La Lüger estaba nivelada en una posición inconfundible.

Latimer obedeció. Por cierto que en ese instante tuvo un miedo considerable. Temía recibir un balazo; casi podía sentir al médico buscando el proyectil en su cuerpo. Iba a rogarle que utilizara algún anestésico. Temía que Peters no supiera manejar bien la pistola, que disparara accidentalmente. Temía mover su mano con demasiada rapidez y que ese brusco movimiento fuera mal interpretado.

La puerta se cerró. Latimer comenzó a temblar de la cabeza a los pies y no pudo discernir si lo estaba haciendo a causa de la ira, del miedo o de la sorpresa. De pronto logró articular algunas palabras.

—¿Qué diablos significa esto?-preguntó con voz ronca y echando, después, un par de maldiciones; en verdad es que no se había propuesto soltar tacos: no era un hombre que acostumbraba a hacerlo; y en ese momento comprendió que la ira le estaba haciendo temblar. Echó una mirada furibunda a los húmedos ojos de Peters.

El obeso intruso bajó la pistola y se sentó en un borde del colchón.

—Esta situación es muy embarazosa —dijo con una expresión de desdicha en la cara—. No esperaba que regresara tan pronto. Su *maison close*²⁷ debe haberle resultado poco agradable. Las inevitables muchachas armenias, por supuesto. Están bien para un rato, pero después no son más que unas rústicas. Muy a menudo he dado en pensar que este enorme mundo en el que vivimos quizá sería un lugar mucho más bonito si... —se detuvo—. En fin, de esto podríamos hablar en alguna otra ocasión. —Con un gesto cuidadoso puso los restos del tubo de crema dental sobre la mesa de noche—. Había pensado dejar todo esto un poco mejor arreglado antes de marchar —agregó.

Latimer decidió que debía ganar tiempo.

—¿Libros incluidos, míster Peters?

27 En francés en el texto original. La expresión es un eufemismo para designar un burdel. (N. Del T.).

—¡Oh, sí! ¡Los libros! —sacudió la cabeza con un marcado aire de abatimiento—. Un acto de vandalismo. Un libro es una cosa bonita, un jardín lleno de bellas flores, una alfombra mágica sobre la que puedes volar hacia lugares desconocidos. Lo siento. Pero ha sido necesario.

—¿Qué ha sido necesario? ¿De qué me está hablando usted?

Peters sonrió: era una sonrisa triste, que arrastraba un viejo sufrimiento.

—Un poco de franqueza, míster Latimer, por favor. Sólo puede haber una única razón por la que se haya de registrar su habitación y usted la conoce tan bien como yo mismo. Puedo comprender cuál es su problema. Ahora mismo usted se pregunta en qué situación exactamente me encuentro yo. Si le sirve de consuelo, podría asegurarle que mi problema consiste en que me estoy preguntando en qué situación se encuentra precisamente usted.

Aquello era fantástico. En medio de su exasperación, Latimer había olvidado su miedo. Llenó de aire sus pulmones.

—Mire usted, míster Peters o cualquiera que sea su nombre. Estoy muy cansado y quiero acostarme. Si no recuerdo mal, hice el viaje con usted en un tren, desde Atenas, hace ya varios días. Según creo recordar, usted se dirigía a Bucarest. Por mi parte, he estado aquí, en Sofía. He salido con un amigo. Y regreso a mi hotel para encontrar mi habitación convertida en un lamentable campo de batalla, mis libros destrozados y usted blandiendo una pistola en su mano, en mis propias narices. He llegado a la conclusión de que es usted un ratero, un ladrón o un borracho. De su pistola que, se lo digo sinceramente, me da miedo, he pensado que me autorizaba a pedir auxilio. Pero también he pensado que los ladrones no tienen por costumbre buscar a sus víctimas en coches-litera de primera clase ni destrozarnos los libros. Además, no me parece que esté usted borracho. Como es natural, he comenzado a preguntarme si no estará usted loco. Si lo está, no puedo hacer otra cosa que entretenerle, por supuesto, y esperar que la cosa no pase a mayores. Pero si está usted relativamente cuerdo, debo pedirle una vez más una explicación. Lo repito, míster Peters: ¿qué diablos significa esto?

Los ojos colmados de lágrimas de Peters permanecían entornados.

—¡Perfecto! —dijo el intruso, casi en éxtasis—. ¡Perfecto! No, míster Latimer, manténgase alejado de ese timbre, por favor. Así es mejor. Sabe usted: por un momento casi me ha convencido de su sinceridad. Casi. Pero, desde luego, no del todo. No está bien que trate de engañarme. No, no está bien, y además es una falta de consideración y supone una lamentable pérdida de tiempo.

Latimer dio un paso hacia delante.

—Escúcheme usted...

La Lüger se elevó bruscamente. La sonrisa abandonó la boca de Peters, cuyos flácidos labios se entreabrieron. Tenía el aspecto de un individuo visceral, peligroso. Latimer volvió a su posición anterior de inmediato. La sonrisa volvió a distender lentamente aquellos labios.

—Vaya, míster Latimer. Sea un poco franco, por favor. No he pensado hacerle ningún daño. No he buscado esta entrevista. Pero, ya que ha regresado a hora tan intempestiva, y en vista de que ya no le podré ver dentro de los esquemas de, digámoslo así, una desinteresada amistad, seamos francos el uno con el otro —Peters se inclinó hacia delante—. ¿Por qué está tan interesado en Dimitrios?

—¡Dimitrios!

—Sí, mi querido míster Latimer, Dimitrios. Usted ha venido desde el Levante. Dimitrios también había llegado desde allí. En Atenas usted ha buscado con empeño los datos de ese hombre en los archivos de la comisión de socorro. Aquí, en Sofía, usted se ha valido de un agente para tener acceso a los antecedentes policiales de ese individuo. ¿Por qué? Espere un poco antes de responder. No siento ningún odio hacia usted; ni le deseo ningún mal. Créame, se lo aseguro. Pero ocurre que yo también estoy interesado en Dimitrios y por ese motivo estoy interesado en usted. Ahora, míster Latimer, dígame con franqueza cuál es su situación. Explíqueme (y le pido excusas por la expresión) cuál es su juego.

Latimer guardó silencio durante unos instantes. Trataba de pensar de prisa, pero era incapaz de hacerlo. Se encontraba confuso. Había llegado a creer que Dimitrios era algo tan exclusivamente suyo, un problema tan académico como el de la autoría de un poema lírico anónimo del siglo dieciséis. Y he aquí que ahora se había presentado aquel odioso Peters, con su dios zaparrastroso y sus sonrisas y su pistola Lüger, reivindicando sus derechos, como si él, Latimer, fuera el intruso, en realidad. Desde luego que no existía motivo alguno para sorprenderse. No cabía duda de que Dimitrios tenía que haber conocido a mucha gente. Sin embargo, de modo instintivo o inconsciente, Latimer había pensado que todos debieron haber muerto junto con Dimitrios. Era una tontería, por cierto, pero...

—Bueno, míster Latimer —la sonrisa del gordo no había perdido ni un ápice de su dulzura, pero en esas palabras su voz ronca había adquirido un timbre

que hizo pensar a Latimer en un niño que estuviera arrancando las patas a una mosca.

—Creo que de responder a sus preguntas —dijo— tendría usted que permitirme hacerle unas preguntas, por mi parte. En otras palabras, míster Peters: si usted me dice cuál es su juego, le hablaré del mío. No tengo nada que esconder, por cierto, pero tengo una curiosidad que satisfacer. ¿Le importaría decirme qué esperaba encontrar aquí... en las páginas de mis libros o en el tubo de crema dental?

—He buscado una respuesta a mis preguntas, míster Latimer. Pero lo único que he encontrado ha sido esto —y le alargó un trozo de papel hacia Latimer; era la tabla cronológica que el escritor había hecho en Esmirna, y que, según él creía recordar, había quedado plegado, entre las páginas de un libro que estaba leyendo—. Ya ve usted, míster Latimer, pensé que si escondía ciertos papeles entre las páginas de un libro, bien podría esconder otras cosas más interesantes en las encuadernaciones de las tapas.

—Pero si yo no había escondido ese trozo de papel.

Peters, al parecer, ni siquiera se percató del sentido de aquella frase, sino que alzó el papel, delicadamente cogido entre el pulgar y el índice, tal como lo hubiera hecho un profesor que estuviera a punto de juzgar el trabajo de uno de sus alumnos. Peters sacudió la cabeza.

—¿Es esto todo lo que usted sabe de Dimitrios, míster Latimer?

—No.

—¡Ah! —el gordo echó una mirada patética a la corbata de Latimer—. Ahora bien, ¿quién es, me pregunto yo, este coronel Haki, que parece estar tan bien informado y ser tan indiscreto? El apellido es turco. Y el pobrecito Dimitrios nos ha sido arrebatado en Estambul, ¿verdad? Y usted ha iniciado este viaje en Estambul, ¿no es cierto?

Con un gesto involuntario, Latimer asintió y en ese mismo instante se hubiera propinado a sí mismo una buena patada: la sonrisa de Peters se había iluminado.

—Gracias, míster Latimer. Ya veo que está preparado para cooperar. Veamos, pues. Usted estaba en Estambul; también estaba allí Dimitrios y otro tanto ocurría con el coronel Haki. Aquí hay una anotación sobre un pasaporte a nombre de Talat. Ese también es un apellido turco. Y aquí dice Adrianópolis y, a su lado,

ha sido escrita la frase «atentado contra Kemal». «Atentado...» ¡Ah, sí! Me figuro que usted ha traducido literalmente la palabra francesa attentat. ¿No quiere decirme nada? Bueno, bueno. Supongo que es mejor que demos por sentado que es así. ¿Sabe usted?, tengo la impresión de que ha estado leyendo un dossier de la policía turca. ¿No es así?

Latimer comenzaba a sentirse como un perfecto idiota. Y sólo atinó a decir:

—No creo que pueda avanzar demasiado por ese camino. Se ha olvidado que por cada pregunta que me haga tendrá que responderme a otra mía. Por ejemplo: me interesaría muchísimo saber si usted alguna vez ha conocido a Dimitrios de verdad.

Peters le echó una mirada y se mantuvo en silencio. Al cabo de algunos segundos, dijo tranquilamente:

—No me parece que esté usted muy seguro de sí mismo, míster Latimer. Tengo la impresión de que yo podría decirle muchas más cosas de las que usted podrá decirme a mí. — La Lüger desapareció dentro de uno de los bolsillos de la chaqueta de Peters mientras él se ponía en pie—. Debo irme —agregó.

Eso no era, de ninguna de las maneras, lo que Latimer había esperado ni tampoco lo que quería que ocurriese, pero logró mantener la calma al decir:

—Buenas noches.

El obeso visitante se encaminó hacia la puerta. Pero se detuvo junto a la jamba.

—Estambul —le oyó murmurar Latimer, con voz que denotaba un activo análisis—. Estambul. Esmirna, 1922. Atenas, en el mismo año. Sofía en 1923.

Adrianópolis... no, porque ha venido de Turquía. —Con un movimiento brusco, Peters giró sobre sí mismo—. Me estoy preguntando, ahora mismo... —hizo una pausa y luego, al parecer, decidió proseguir— me estoy preguntando si no será una estupidez de mi parte suponer que usted debe haber pensado ir a Belgrado los próximos días. ¿Lo hará usted, míster Latimer?

Latimer sintió que lo cogía por sorpresa y, aun cuando comenzó a decir con tono firme que no era más que una tontería que Peters supusiera tal cosa, supo por la sonrisa triunfante de su interlocutor que su sorpresa había sido detectada e interpretada con corrección.

—Belgrado le encantará —continuó Peters en un tono exultante—; es una ciudad muy hermosa. Las vistas desde el Terazija y el Kalemegdan son magníficas. Latimer quitó las sábanas que cubrían la silla y se sentó cara a su interlocutor.

—Míster Peters —dijo—, en Esmirna he podido examinar ciertos dossiers policiales de hace quince años. Después de mis pesquisas descubrí que esos mismos papeles habían sido examinados tres meses antes por otra persona. Ahora me pregunto si no le importará decirme si esa persona era usted mismo.

Los ojos lacrimosos del gordo Peters permanecieron fijos en el vacío. Una arruga apenas visible le atravesaba la frente. Como si quisiera controlar algún posible error de entonación en la voz de Latimer, le rogó:

—¿Sería usted tan amable de repetir esa pregunta?

Latimer la repitió.

Hubo otro silencio. Después Peters sacudió la cabeza con un firme movimiento: —No, míster Latimer, no era yo.

—Pero usted ha estado haciendo averiguaciones sobre Dimitrios en Atenas, ¿no es cierto? Usted es la persona que llegó a aquella oficina mientras yo preguntaba por Dimitrios, ¿verdad? Creo recordar que salió muy de prisa de allí. Por desgracia, yo no me fijé, pero el empleado sí lo hizo y comentó algo al respecto. Y fue por su propia voluntad, no por una casualidad, por lo que hizo el viaje a Sofía en el mismo tren que el mío, ¿no es verdad? También se encargó de sonsacarme (y debo admitir que lo ha hecho con gran astucia) en qué hotel me hospedaría, antes de que yo fuera a parar aquí. ¿Me he equivocado en algo?

Peters había vuelto a desplegar su sonrisa resplandeciente. Hizo un gesto negando.

—No, míster Latimer, no se ha equivocado. Sé todo lo que usted ha hecho a partir del momento en que se marchó de la oficina de Atenas. Ya le he dicho que me interesa cualquier persona interesada por Dimitrios. Supongo que ya habrá averiguado todo lo que había de averiguar acerca de ese hombre que estuvo en Esmirna antes que usted, ¿no es así?

La última frase había sido articulada en un tono tal vez demasiado casual. Latimer respondió: —No, míster Peters, no lo he averiguado.

—Pero sin duda se habrá interesado por conseguirlo.

—No mucho.

El gordo suspiró.

—Creo que usted no está hablando con franqueza. Todo saldría mejor si...

—¡Oiga! —le interrumpió Latimer con rudeza—, estoy dispuesto a serle franco: usted está haciendo grandes esfuerzos para sonsacarme lo que pueda. No le permitiré que lo logre. Y que esto quede bien claro. Le he hecho un ofrecimiento: si usted responde a mis preguntas, yo responderé a las suyas. Las únicas preguntas que me ha contestado, de momento, son aquellas cuyas respuestas ya había supuesto o intuido yo mismo. Todavía me pregunto por qué le interesa a usted Dimitrios, un hombre que está muerto.

»Usted me ha dicho que podría decirme más de lo que yo podría decirle a usted. Tal vez sea así. Pero yo, míster Peters, creo que le importa más a usted obtener mis respuestas que a mí oír las suyas. Irrumpir en las habitaciones de un hotel y hacer estos destrozos no es una actividad propia de quien lleva a cabo una investigación con espíritu desinteresado. Y, para serle sincero, he de decirle que no logro imaginarme por qué motivo puede estar usted interesado por Dimitrios. Ni se me ha ocurrido pensar que tal vez Dimitrios guardara parte del dinero obtenido en París... Usted estará enterado de todo eso, supongo... —En respuesta a una débil inclinación de cabeza afirmativa, Latimer prosiguió—: Sí, por supuesto, ya se me había ocurrido que lo sabría. Pero, como le he dicho ya, no puedo creer que Dimitrios haya ocultado su tesoro y que usted se esfuerce por encontrarlo. Por desgracia mi información niega esa posibilidad. Las pertenencias de Dimitrios estaban en el depósito de cadáveres, en la mesa en que descansaba el suyo: allí no había ni siquiera un penique; sólo un montón de ropas baratas. En cuanto a...

Peters se había acercado al escritor y le observaba con una peculiar expresión en su rostro. Latimer dejó que la frase que había iniciado se desvaneciera en el aire, en el silencio de la habitación. Al cabo de unos segundos preguntó:

—¿Qué sucede?

—No sé si he comprendido bien —dijo el obeso intruso lentamente—. ¿Dice usted que ha visto el cadáver de Dimitrios en aquel depósito?

—Así es, ¿y qué? ¿He dejado escapar otra valiosa información?

Pero Peters no contestó a la pregunta. Había sacado de algún bolsillo un cigarro largo y fino y lo estaba encendiendo con especial atención. De pronto expulsó

una bocanada de humo y echó a andar de un lado a otro de la habitación, con lentitud, con sus ojos clavados en lo alto, como si estuviera sintiendo una aguda pena. Entonces comenzó a hablar.

—Mister Latimer, debemos llegar a un acuerdo. Debemos poner punto final a esta disputa. —Tras esa afirmación se detuvo y fijó otra vez sus ojos en los de Latimer—. Es absolutamente necesario, mister Latimer, que yo sepa qué se propone usted. ¡No, no, por favor! No me interrumpa. Admito que, tal vez, sus respuestas me interesan más a mí que las mías a usted. Pero, de momento, no puedo responderle. Sí, sí, ya he oído lo que me ha dicho. Pero le estoy hablando muy en serio. Le ruego que me preste atención.

»Usted está interesado en la historia de Dimitrios. Y ha decidido ir a Belgrado para averiguar algo más sobre él. No lo niegue, no puede hacerlo. Ahora bien: ambos sabemos que Dimitrios estuvo en Belgrado en mil novecientos veintiséis. Y yo puedo asegurarle que nunca volvió a esa ciudad. ¿Por qué quiere saber todo lo concerniente a ese hombre? Se niega a decírmelo. De acuerdo. Le diré algo más. En el caso de que fuera a Belgrado, no descubriría ni una sola pista de Dimitrios. Y lo que es más, tal vez tuviera algunos problemas con las autoridades si persiste en su investigación. Existe sólo una persona que podría decirle y, bajo ciertas condiciones lo diría, aquello que usted quiere saber. Es un súbdito polaco que vive cerca de Ginebra.

»¡Pues bien! Le daré el nombre de esta persona y una carta de presentación para que usted se la entregue. Lo haré por usted. Pero antes quiero que me diga para qué quiere esa información. En un principio pensé que, tal vez, estuviera en contacto con la policía turca... hay tantos ingleses en los departamentos de policía de los países del cercano Oriente, en estos tiempos que corren... pero ya he desechado esa posibilidad. Su pasaporte dice que es escritor, pero esa palabra tiene un significado muy elástico. ¿Quién es usted, mister Latimer? ¿Cuál es su juego?

Hubo una pausa de expectación. Latimer le devolvió a su interlocutor una mirada que pretendía ser inescrutable.

Sin mostrar ninguna confusión, Peters prosiguió con su exposición:

—Por supuesto que cuando le pregunto cuál es su juego, empleo estas palabras en un sentido específico. Desde luego que su juego es el de conseguir dinero.

Pero no es ésa la respuesta que necesito. ¿Es usted rico, míster Latimer? ¿No? Bueno, eso simplificará lo que tengo que decirle. Le propongo establecer una alianza, míster Latimer, una fuente de recursos inagotable. Estoy al corriente de ciertos hechos que, de momento, no puedo transmitirlos a usted. Por otra parte, usted posee una importante información. Quizá usted no lo sepa, pero de todas formas, se trata de algo importante. Pues bien, los hechos que conozco, en sí, poco valen. Lo que usted sabe carece de valor si no lo relacionamos con mis hechos. Sin embargo, ambas cosas juntas valen por lo menos —Peters se acarició el mentón—, por lo menos cinco mil libras esterlinas, un millón de francos franceses. —Una sonrisa triunfal había invadido su rostro—. ¿Qué me dice usted de esto?

—Perdóneme usted —replicó Latimer con frialdad—, pero le aseguro que no sé de qué me está hablando, ¿no es verdad? En fin, poco importa que usted me disculpe o no. Estoy cansado, míster Peters, muy cansado. Lo único que deseo, de momento, es meterme en la cama. —Se puso en pie y cogió las sábanas para rehacer la cama—. Supongo que no hay ninguna razón por la que usted no pueda saber por qué estoy interesado en la historia de Dimitrios —prosiguió diciendo, mientras acomodaba las sábanas—. No es por motivos de dinero, por cierto. Me gano la vida escribiendo novelas policíacas. En Estambul, el coronel Haki, un hombre que tiene alguna relación con la policía turca, me habló de un criminal llamado Dimitrios, al que habían hallado muerto en las aguas del Bósforo. Medio para divertirme (como quien se pone a resolver un crucigrama), medio para poner a prueba mi habilidad como verdadero investigador, decidí seguir la pista de ese hombre, reconstruir su historia. Eso es todo. No espero que usted me comprenda. Tal vez ahora mismo se esté preguntando por qué no he pensado en algún otro subterfugio más convincente. Lo siento. Si no le gusta la verdad, olvídela.

Peters había permanecido en silencio, escuchando con interés. Antes de hablar se acercó a la ventana, arrojó la colilla de su cigarro y se encaró con Latimer desde el otro lado de la cama.

—¡Novelas policíacas! Pues eso me parece muy interesante, míster Latimer. Son mis preferidas. ¿Le importaría decirme el título de algunos de sus libros? Latimer dijo varios títulos.

—¿Cuál es su editorial?

—¿Inglesa, americana, francesa, sueca, noruega, holandesa o húngara?

—Húngara, por favor.

Latimer se lo dijo.

Peters asintió con lentos cabeceos.

—Es una buena editorial, según tengo entendido. —Al parecer había adoptado una decisión—. ¿Tiene una estilográfica y un papel, míster Latimer?

Con un gesto de hastío, Latimer señaló el escritorio. Peters se sentó y comenzó a escribir.

Mientras terminaba de arreglar su cama y recogía algunas de sus pertenencias diseminadas por el piso, Latimer oyó el rasguído de la pluma del hotel sobre un trozo de papel. Peters se atenía a la palabra dada.

Por fin cesó el rasguído y la silla crujió cuando el gordo se puso en pie. Latimer, que estaba guardando sus zapatos, se enderezó. Peters había recuperado su dulzona sonrisa. Toda su figura reflejaba una actitud benevolente.

—Aquí tengo, míster Latimer —anunció—, tres papeles. En el primero he escrito el nombre de la persona de la que le he hablado. Se llama Grodek... Wladyslaw Grodek. Vive en las cercanías de Ginebra. El segundo es una carta para este hombre. Si le entrega esta carta él sabrá que usted es amigo mío y que puede hablar con entera franqueza. Ahora vive retirado de sus actividades, de modo que no es nada arriesgado decirle a usted que ha sido, en otros tiempos, el más hábil de los agentes profesionales europeos. Ha tenido en sus manos más información naval y militar secreta que la que pueda haber visto ningún otro hombre. Y lo que es más importante aún, ha sido siempre certero. Ha tenido tratos con muchos gobiernos. Operaba desde su cuartel general de Bruselas. Creo que, para un escritor, la personalidad de Grodek ha de resultar fascinante. Me figuro que le parecerá encantador. Es amante de los animales. Un personaje estupendo en el fondo. Dicho sea de paso, él fue quien empleó a Dimitrios en mil novecientos veintiséis.

—Ya entiendo. Le doy las gracias. ¿Y qué ocurre con ese tercer papel? Peters vacilaba. Su sonrisa había adquirido un matiz de complacencia. —Creo que me ha dicho que no es usted un hombre demasiado rico. —No, no lo soy.

—¿Le vendría mal medio millón de francos, dos mil quinientas libras esterlinas?

—No, desde luego.

—Pues bien, míster Latimer, cuando se haya cansado de Ginebra, quisiera que... por decirlo así, matara usted dos pájaros de un solo tiro. —Tras decir esto, Peters se sacó de un bolsillo la lista cronológica de Latimer—. En esta lista elaborada por usted, hay fechas posteriores a la del año mil novecientos veintiséis, y tendrá que investigar sobre esos hechos si quiere enterarse de cuanto se pueda saber acerca de Dimitrios. El lugar donde puede obtener esa información es París. Esto lo primero. Lo segundo que, si usted va a París, si se pone en contacto conmigo allá, si quiere tomar en cuenta lo que le he dicho sobre esa fuente de recursos, sobre la alianza que podríamos establecer, puedo garantizarle con absoluta certeza que en pocos días recibirá dos mil quinientas libras inglesas, que le serán pagadas a su nombre... ¡medio millón de francos franceses!

—Me agradaría mucho que fuera un poco más explícito —replicó Latimer, enfadado—. ¿Medio millón de francos a cambio de qué? ¿Quién me pagará ese dinero? Desde luego que es usted demasiado misterioso, señor Peters... demasiado misterioso, a decir la verdad.

La sonrisa de Peters se fortaleció: había en él un cristiano, denigrado, pero no abrumado por la amargura, un cristiano que aguardaba sin claudicar que los leones fueran introducidos en la arena.

—Sé que usted no confía en mí, míster Latimer —dijo con tono cortés—. Por ese motivo le he entregado esa carta para Grodek y sus señas. Quiero ofrecerle una muestra concreta de mi buena voluntad para con usted, quiero demostrarle que puede confiar en mis palabras. Y también quiero demostrarle que tengo confianza en usted, que he creído todo lo que me ha dicho.

»De momento no puedo decirle nada más. Pero si me cree, si llega a confiar en mí, irá entonces a París. Aquí, en este papel hay una dirección. Cuando llegue a la ciudad envíeme una nota por correo. No vaya allí, esta dirección es la de un amigo. Con sólo que me envíe una nota con sus señas, iré a verle para explicárselo todo. Se trata de algo muy simple.

Latimer decidió que ya era hora de desembarazarse del intruso.

—Bueno —dijo—, todo esto me parece muy confuso. Según veo, usted ha llegado a muchas conclusiones. Todavía no he decidido definitivamente ir a Belgrado. No es seguro que pueda disponer de tiempo para viajar a Ginebra. Y en cuanto a mi ida a París... es algo que ahora mismo no puedo ni pensar en ello. Tengo muchísimo trabajo, por supuesto, y...

—Por supuesto —asintió y después, con una extraña nota de urgencia en la voz, dijo—: pero si usted puede ir a París, no dejará de enviarme esa nota, ¿verdad? Ya le he causado tantas molestias, que me gustaría compensárselo de algún modo, práctico, palpable. Medio millón de francos es una suma que merece tenerse en consideración, ¿no cree? Y le garantizo que la recibirá. Pero hemos de confiar el uno en el otro. Eso es lo más importante. —Peter tendió su mano—. Buenas noches, míster Latimer. No quiero decirle «adiós».

Latimer estrechó la mano tendida hacia él: seca y muy suave.

—Buenas noches.

Peters se detuvo junto a la puerta.

—Medio millón de francos, míster Latimer. Con ese dinero podrá conseguir muchas cosas buenas. Espero que nos veamos pronto en París. Buenas noches. —También yo lo espero así. Buenas noches.

La puerta se cerró. Peters se había marchado. Pero para la imaginación sobreexcitada de Latimer, la sonrisa del visitante, como la sonrisa del gato de Cheshire, había quedado tras él, flotando en el aire.

Se apoyó contra la puerta y observó sus maletas deshechas. Fuera comenzaba a alborear. Miró su reloj. Las cinco en punto. Ya ordenaría el cuarto más tarde. Se desvistió y se metió en la cama.

8. Grodek

A las once en punto, Latimer, después de haber permanecido adormilado durante un cuarto de hora, se decidió a abrir los ojos finalmente. Allí, sobre la mesita de noche, estaban los tres papeles que le entregara Peters. Ellos le traían el desagradable recuerdo de que debía reflexionar y adoptar después algunas decisiones. De no haber sido por esos papeles y por el hecho de que su habitación, a la luz de la mañana, había tomado el aspecto del almacén de una trapería, bien habría echado al olvido sus recuerdos de aquella visita, considerándolos tan sólo como parte de los malos sueños que habían alterado su reposo. También hubiera deseado olvidar esos sueños.

En cuanto a Peters, con su misterio, sus absurdas alusiones a medio millón de francos, sus amenazas y sugerencias, no veía cómo dejarlo fácilmente de lado. Ese hombre...

Latimer se sentó en la cama y cogió los tres papeles.

El primero, tal como Peters se lo había dicho, llevaba escrita una dirección de Ginebra.

WLADYSLAW GRODEK

Villa Acacias Chambésy

(a 7 km de Ginebra)

Aquella caligrafía era airosa, muy florida y difícil de leer.

El número siete tenía una barra que lo atravesaba en el centro del trazo descendente, a la francesa.

Cogió la carta, con la esperanza de saber algo más. Eran sólo seis líneas, escritas en un idioma y con un alfabeto que le resultaron demasiado desconocidos. Al cabo de un instante, dedujo que tal vez era polaco. Por lo que pudo apreciar, la nota comenzaba sin el «Estimado Grodek» preliminar y terminaba con una inicial indescifrable. En la mitad de la segunda línea, descubrió su propio apellido, escrito con lo que parecía ser una «y» en lugar de una «i».

Latimer suspiró. Sin duda podía llevar ese texto a algún lugar para que se lo tradujeran; sin embargo, Peters tenía que haber pensado en esa posibilidad y no era demasiado probable que obtuviera por ese camino la respuesta de tantas preguntas que él, Latimer, quería que le formularan casi a cualquier precio: ¿quién y qué era Peters?

Examinó la segunda dirección:

MISTER PETERS

c / Caillé

3, Impasse des Huits Anges

París 7

Y con esto sus pensamientos volvieron de nuevo al punto de partida. ¿Por qué motivo, pensándolo razonablemente, podía estar interesado Peters en que él fuera a París? ¿Qué información era la que valía tanto dinero? ¿Qué persona pagaría por esa información?

Intentó recordar en qué momento de la entrevista, con exactitud, Peters había cambiado su táctica de manera tan repentina. Tenía la vaga impresión de que el cambio se había producido después de que él afirmara que había visto el cadáver de Dimitrios en el depósito. Pero eso, sin duda, no podía tener ningún significado especial. Quizá había sido su alusión al «tesoro» de Dimitrios lo que... Latimer hizo crujir sus dedos. ¡Pues claro que sí! ¡Qué tonto había sido por no haberlo pensado antes! Había desestimado un hecho importante. Dimitrios no había muerto de muerte natural. Dimitrios había sido asesinado.

Las dudas del coronel Haki referentes a la posibilidad de descubrir al asesino y su preocupación personal por el pasado de aquel hombre le habían hecho olvidarse del hecho en sí, le habían impulsado a ver aquel asesinato como el final lógico de una historia desagradable.

Latimer había hecho caso omiso de dos hechos evidentes; en primer término, el asesino estaba todavía en libertad (y probablemente vivo); en segundo lugar, tenía que haber existido un móvil para el crimen.

Un asesino y un motivo. El motivo tendría que ser el dinero. ¿Qué dinero? El dinero obtenido con la venta de drogas en París, por supuesto; aquel dinero que había desaparecido de modo tan inexplicable.

El medio millón de francos prometido por Peters con tanta insistencia no parecía algo tan fantástico, cuando no miraba el asunto desde ese ángulo. Y el asesino... ¿por qué no podía ser Peters?

Latimer frunció en seguida el entrecejo ante la idea. Dimitrios había sido acuchillado. Comenzó a reconstruir mentalmente la imagen de Peters dándole cuchilladas a alguien. La escena no surgía con nitidez. No era fácil imaginar a

Peters blandiendo un cuchillo. Y esa dificultad hizo que volviera a reflexionar sobre el tema.

No existía ninguna razón para sospechar de mister Peters y endilgarle el asesinato. Y aun cuando tal causa existiera, que Peters hubiera asesinado a Dimitrios no era un hecho que bastase para explicar la posible conexión (si es que existía una conexión) entre ese dinero y el medio millón de francos (si es que existía ese medio millón). Y fuera como fuese, ¿cuál era esa misteriosa información que, al parecer, poseía?

Latimer se veía enfrentado con un problema de álgebra con muchas incógnitas que despejar, para lo cual sólo disponía de una ecuación de cuarto grado. Claro que ignoraba si sería capaz de despejar las incógnitas...

¿Por qué, pues, se mostraba Peters tan interesado porque fuera a París? Porque era obviamente más sencillo pensar obtener aquellos recursos casi inagotables desde la misma ciudad de Sofía, significara lo que significase aquello de la «fuente de recursos».

¡Maldito Peters! Latimer saltó de la cama para dirigirse hacia el lavabo.

Sentado en el agua caliente y algo amarilla que llenaba casi la bañera, redujo sus conjeturas a lo que le parecía más esencial.

Podía elegir dos caminos a seguir.

Podía regresar a Atenas, dedicarse a trabajar en su nuevo libro y olvidarse de Dimitrios, de Marukakis, de Peters y de aquel Grodek. O bien podía ir a Ginebra, entrevistarse con Grodek (si es que existía una persona con ese apellido) y posponer la decisión sobre lo que le había propuesto Peters.

Sin duda, lo primero era lo más sensato que podía hacer. Después de todo, la búsqueda de datos sobre la vida anterior de Dimitrios estaba justificada por su deseo de llevar a cabo un experimento impersonal como investigador. Ese experimento no debía dejar que se convirtiera en una obsesión. Había descubierto ya algunas cosas interesantes acerca del hombre. Su orgullo quedaba satisfecho y a salvo. Y ya se había retrasado con respecto a la fecha de iniciar su libro. Tenía que trabajar para ganarse la vida y ninguna cantidad, por grande que fuera, de información acerca de Dimitrios y Peters, o cualquier otra persona, podría paliar una cuenta bancaria sin fondos al cabo de seis meses.

Aquello del medio millón de francos era algo que no podía tomarse en serio. Sí, por supuesto, regresaría a Atenas inmediatamente.

Salió de la bañera y comenzó a secarse.

Por otra parte, aquel asunto de Peters tenía que ser aclarado. Nadie iría a imaginar que él fuese a dejar las cosas tal como se encontraban y marcharse a Atenas, a escribir una novela policiaca. Era demasiado pedir a un hombre.

Además, se había producido un verdadero asesinato: no el asesinato limpio y primoroso de los libros, con un cadáver y unos sospechosos y un verdugo. No, éste era un asesinato ante el que un jefe de policía se había encogido de hombros, se había lavado las manos y había metido el maloliente cadáver en un ataúd. Sí, así era. Un hecho auténtico. Dimitrios era o había sido un hombre de carne y hueso. En esa historia no había garbosas figuras reflejadas en un papel, sino hombres y mujeres palpables, cargados de recuerdos, tan reales como Proudhon, Montesquieu y Rosa Luxemburg.

En voz alta, Latimer murmuró:

—¡Cómodo, muy cómodo! Quieres ir a Ginebra. No quieres trabajar. Te estás convirtiendo en un holgazán y se ha despertado tu curiosidad.

Se afeitó, se vistió, recogió sus cosas, las empacó y bajó a la conserjería del hotel para preguntar por el horario de trenes para ir a Atenas. El conserje le entregó un horario, abierto en la página de servicios para Atenas.

Latimer observó aquellos números en silencio durante unos segundos. Después, lentamente, comenzó a decir: —En el caso de que tuviese que ir a Ginebra desde aquí...

En la segunda tarde de su estancia en Ginebra, Latimer recibió una carta con sello de correos de Chambésy. La había remitido Wladyslaw Grodek, en respuesta a una carta que Latimer le enviara, adjuntando la nota de Peters.

Herr²⁸ Grodek había escrito, en francés, una breve nota:

Villa Acacias, Chambésy Viernes

Mi estimado Mr. Latimer:

28 En alemán en el texto original; «señor». (N. Del T.)

Sería un placer para mí recibirle mañana, a la hora de la comida, en Villa Acacias. A menos que usted me avise de que no podrá venir, mi chófer pasará a recogerle por su hotel a las once y media.

Reciba usted mis más cordiales saludos, GRODEK.

El chófer llegó puntualmente, saludó, escoltó a Latimer con actitud ceremoniosa hasta un imponente *coupé de ville*²⁹ de color chocolate y se puso en marcha bajo la lluvia, como si hubiera del lugar del crimen.

Con una mirada casi distraída, Latimer examinó el interior del coche. Desde el revestimiento interno de rica madera y las incrustaciones de marfil, hasta el excesivamente confortable tapizado, todo en ese coche denotaba que el dueño era hombre rico.

Riqueza, pensó Latimer, que había sido amasada, si se podía fiar de las palabras de Peters, con el espionaje. Sin ningún fundamento, encontró extraño que en el coche no hubiera nada que delatara la siniestra fuente de esa riqueza.

Se preguntó qué aspecto tendría herr Grodek. Tal vez tenía una barba puntiguda y blanca. Peters había dicho que era oriundo de Polonia, que amaba a los animales y que era un personaje estupendo, en el fondo. ¿Significaba eso que, en apariencia, demostraba tener un pésimo carácter? Lo del amor por los animales podía no querer decir nada. A menudo los que aman con entusiasmo a los animales resultaban despreciables por su odio hacia la humanidad.

¿Un espía profesional, que no trabajase por motivos patrióticos, podría odiar el mundo en que trabajaba? Esa pregunta era estúpida.

Durante un rato el coche avanzó por la carretera que bordeaba la costa norte del lago; en Pregny giraron hacia la izquierda e iniciaron el ascenso por la ladera de una colina bastante elevada. Después de haber recorrido un kilómetro, poco más o menos, el coche penetró en un estrecho sendero que atravesaba un bosque de pinos.

Se detuvieron ante una puerta de hierro; el chófer bajó para abrirla. Prosiguió después el camino por una senda que giraba en ángulo recto hacia la mitad de su recorrido. Por fin se detuvieron frente a un enorme y feo chalet.

El chófer abrió la puerta; Latimer descendió del coche y caminó hacia la casa. Entretanto, una mujer robusta, de aspecto jovial, que podía ser el ama de llaves, abrió la puerta de entrada. El visitante entró.

29 En francés en el texto original; «coche de paseo». (N. Del T.)

Latimer se encontró en un recibidor pequeño, de no más de dos metros de ancho. En una pared había una fila de perchas de las que colgaban sombreros y abrigos, colocados como al desgaire, de hombre y de mujer; una cuerda especial para escalar montañas y un extraño palo de esquí. Contra la pared opuesta estaban apoyados tres pares de esquís en muy buen estado.

El ama de llaves cogió el abrigo y el sombrero del escritor, que a través del recibidor pasó a un amplio salón.

Parecía el salón de una posada, con escaleras que daban acceso a una especie de corredor que se extendía a ambos lados de la habitación. En un extremo de la sala destacaba una chimenea. Un fuego de leños crepitaba tras la rejilla y el piso de madera de pino lo cubrían gruesas alfombras. La atmósfera era cálida y todo daba la sensación de una gran limpieza.

Con una sonrisa, el ama de llaves anunció que herr Grodek bajaría en seguida y se marchó. Frente al fuego había varios sillones y Latimer se encaminó hacia ellos. Cuando se acercaba a uno de ellos oyó un pequeño ruido: un gato siamés había saltado al asiento de una silla y le observaba con sus ojos azules y hostiles. Otro gato siamés se unió al primero. Latimer se acercó a los animales, que se echaron hacia atrás, arqueando sus lomos. Antes de proseguir su camino hacia un sillón, el escritor se apartó de los gatos, que le escrutaron fijamente. Los leños silbaban y crepitaban sin cesar. Hubo un momento de silencio. Herr Grodek bajaba ya por la escalera.

El primer signo que Latimer advirtió de la llegada de su anfitrión fue la reacción de los gatos: ambos alzaron sus cabezas de pronto, miraron por encima de sus lomos y luego, de un brinco, bajaron al suelo. Entonces él mismo echó un vistazo a su alrededor. Grodek estaba ya al pie de la escalera; se dirigió hacia Latimer, con la mano tendida y algunas palabras de disculpa preparadas.

Era un hombre alto, de anchos hombros, que frisaría los sesenta años, con escaso y fino cabello grisáceo que en parte dejaba entrever su color rubio de otro tiempo; las mejillas afeitadas y los ojos de un gris azulado completaban armónicamente aquel rostro, con forma de pera: una frente amplia, una boca pequeña y firme, un mentón que casi se confundía con el cuello. Cualquiera le habría tomado por un inglés o danés, un hombre de un elevado coeficiente intelectual, quizá un ingeniero consultor retirado. Sus pantuflas, sus gruesos pantalones de tweed y sus firmes ademanes hacían pensar en un hombre que estuviera disfrutando de los bien ganados años de descanso después de haber ejercido una profesión irrefutable y digna.

Grodek se excusó:

—Perdón, monsieur, no había oído el ruido del coche.

Aunque de deficiente dicción, el francés de Grodek era correcto y a Latimer le pareció algo incongruente. Aquella boca pequeña parecía más adecuada para la fonética inglesa.

—Ha sido muy amable al recibirme de forma tan hospitalaria, monsieur Grodek. No sé qué le diría a usted Peters en su carta, porque...

—Porque usted, con gran sensatez, jamás se ha molestado por aprender el polaco —le interrumpió Grodek con un tono cordial—. Le comprendo muy bien: es una lengua horrible. Ya ha tenido ocasión de conocer a «Anton» y a «Simone» —dijo, mientras señalaba a los gatos—. Estoy convencido de que ambos lamentan que yo no hable siamés. ¿Le gustan los gatos? «Anton» y «Simone» tienen inteligencia crítica, estoy seguro de ello. No son gatos como los demás, ¿verdad, *mes enfants*?³⁰ —cogió a uno de los gatos y lo tendió hacia delante, para que Latimer lo examinara—. Ah, «Simone», *cherie, comme tu es mignonne! Comme tu es bête!*³¹ —mantuvo a la gata sobre las palmas de sus manos—. *Allez vite! Va a promener avec ton vrai amour, ton cher «Anton»!*³² —La gata saltó al suelo y se alejó con aire de indignación. Grodek se restregó las manos—. Son bonitos, ¿verdad? Y tan humanos. Se vuelven irritables con el mal tiempo. Me hubiera gustado que su visita hubiera coincidido con un buen día, monsieur. Cuando brilla el sol, la vista desde aquí es estupenda.

Latimer le aseguró que, por lo que había podido ver, estaba convencido de la belleza del lugar. En realidad, se debatía en medio de una absoluta perplejidad. Tanto su anfitrión como el recibimiento que le brindaba no eran lo que él había esperado.

Aunque Grodek tuviera el aspecto de un ingeniero consultor retirado, había algo en su persona que hacía absurda tal comparación. Era una cualidad que, de alguna manera, nacía del contraste entre su apariencia y sus ademanes rápidos y netos, la urgencia del movimiento de sus finos labios. Era muy fácil imaginarlo en el papel de un amante; cosa que puedes decir (reflexionó Latimer) de muy pocos hombres de sesenta años y pocos por debajo de los sesenta. Se preguntó cómo sería aquella mujer cuyas ropas había visto en el recibidor.

30 En francés en el texto original; «hijos míos». (N. Del T.)

31 En francés en el texto original. «¡Ah, 'Simone', qué bonita eres!, ¡qué inocente!» (N. Del T.)

32 En francés en el texto original. «Vete, de prisa, ve a pasearte con tu verdadero amante, con tu querido Anton». (N. Del T.)

Con un tono convencional, Latimer comentó:

—Debe ser agradable este lugar en verano.

Grodek asintió con un movimiento de cabeza, mientras abría una vitrina que había junto a la chimenea.

—Sí, muy agradable. ¿Qué quiere tomar? ¿Whisky inglés?

—Sí, gracias.

—Ah, muy bien, también yo lo prefiero como aperitivo. Sirvió whisky en dos esbeltos vasos.

—Durante el verano trabajo fuera de casa. Eso no me va muy bien a mí, pero sí a mi trabajo, me imagino. ¿Usted puede trabajar al aire libre?

—No, no puedo. Las moscas...

—¡En efecto! Las moscas. Estoy escribiendo un libro, sabe usted.

—Oh, ¿sus memorias?

Grodek apartó sus ojos de la botella de agua mineral con gas que estaba abriendo y Latimer advirtió una chispa divertida en los ojos de su anfitrión, que sacudía la cabeza en señal de negación.

—No, monsieur. Una vida de San Francisco. Ahora, sinceramente le digo que espero vivir tanto como para acabarlo.

—Sin duda, será un estudio muy extenso.

—Oh, sí —respondió Grodek mientras le alargaba la copa—. Verá usted, desde mi punto de vista, la ventaja que ofrece la vida de San Francisco es la de que se ha escrito tanto acerca de él y tan extensamente que no necesito acudir a las fuentes para buscar el material. No tengo por qué realizar ninguna investigación original. Y por esto, es un trabajo que se adapta de manera extraordinaria a mis propósitos: me permite vivir aquí sumergido en una holgazanería casi absoluta, pero con la conciencia tranquila —Grodek alzó su copa—. *À votre santé*

—*À la vôtre*.³³

³³ En francés en el texto original. «A su salud.» «A la suya». (N. Del T.)

Latimer comenzaba a preguntarse si aquel hombre, después de todo, no sería más que un borrico sofisticado. Tomó un sorbo de su whisky e inquirió:

—Me pregunto si Peters le mencionaría el motivo de mi visita en la carta que traje desde Sofia.

—No, monsieur, no lo ha hecho. Pero ayer recibí una carta suya en la que me habla de ello. —Grodek había depositado su copa sobre una mesa y miró a Latimer con el rabillo del ojo mientras añadía—: Todo esto me parece muy interesante. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Peters?

Antes de pronunciar aquel apellido había hecho una breve pero visible pausa. Latimer comprendió que los labios de Grodek se disponían a decir algo más.

—Le he visto una o dos veces... Una vez en un tren y otra en la habitación de mi hotel. ¿Y usted, monsieur? Sin duda usted le debe conocer muy bien.

Grodek arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que le hace estar tan seguro, monsieur?

Latimer sonrió con facilidad porque se encontraba ante una situación difícil. Comprendía que había cometido alguna indiscreción.

—De no haberle conocido a usted muy bien, sin duda no se habría atrevido a darme una carta de presentación para usted ni le habría pedido que me proporcionara información de carácter tan confidencial. —Después de haberla expresado, aquella perorata le parecía bastante satisfactoria.

—Monsieur —dijo herr Grodek—, me pregunto cuál sería su actitud si yo le hiciera una pregunta indiscreta o impertinente; si, por ejemplo, le pidiera que se sincerara y me dijese si el nuevo interés literario en la debilidad humana es el único motivo por el que me ha hecho esta visita.

Latimer sintió que se ruborizaba.

—Puedo asegurarle que... —comenzó a decir.

—No dudo de que pueda asegurármelo —le interrumpió Grodek con voz muy suave—. Pero... le ruego que me perdone... ¿cuánto vale la seguridad que está dispuesto a ofrecerme?

—Sólo puedo darle mi palabra de que consideraré toda información que quiera proporcionarme como confidencial, monsieur —replicó Latimer con cierta rigidez. El ex espía suspiró.

—Creo que esto no me aclara nada —dijo con cautela—. La información, en sí misma, no significa nada. Lo que ocurrió en Belgrado en el año 1926 carece de importancia ahora mismo. Pero pienso en mi propia posición. Para ser francos, nuestro amigo Peters ha incurrido en una verdadera indiscreción al hacerlo venir hasta mí. El mismo lo ha admitido en su carta, pero apela a mi indulgencia y me pide como un favor (me ha recordado que estoy en deuda con él, en cierta medida) que le proporcione información acerca de Dimitrios Talat. Me dice que usted es escritor y que su interés es, tan sólo, el propio de un escritor. Pues bien, a pesar de todo, hay una cosa que me resulta inexplicable —Grodek hizo una pausa, cogió su vaso y bebió—. Como buen observador de la naturaleza humana —prosiguió— debe haber advertido usted que la mayor parte de las personas, por debajo de sus acciones, obedecen a un estímulo más fuerte que los demás. En algunos se trata de vanidad, en otros el goce de los sentidos, y en los demás codiciar dinero u otras cosas. Pues... Peters es, precisamente, una de aquellas personas en las que la codicia del dinero está mucho más desarrollada que otros estímulos. Sin ser injusto con él, creo poder asegurarle que el amor de Peters por el dinero es el de un verdadero miserable. Por favor, quiero que me entienda bien. No he dicho que Peters actúe tan sólo por el dinero. Lo que he querido darle a entender es que, de acuerdo con lo que sé de ese hombre, no me imagino que no se haya molestado en enviarle a usted hasta aquí ni en escribirme tal como lo ha hecho sólo por el mero interés de mejorar la novela policíaca inglesa. ¿Me comprende usted? Soy un tanto suspicaz, monsieur. Aún tengo enemigos en este mundo. Por lo tanto, le ruego que me aclare cuáles son sus relaciones con nuestro común amigo Peters. ¿Sería tan amable, por favor?

—Lo haría con mucho gusto. Pero, por desgracia, no puedo. Y por una razón muy simple: ni yo mismo sé con exactitud cuáles son esas relaciones.

Los ojos de Grodek se endurecieron.

—No estoy de broma, monsieur.

—Tampoco yo. He estado investigando la historia de ese hombre, Dimitrios. Mientras lo hacía, conocí a Peters. Por alguna causa que ignoro, también él está interesado en Dimitrios. Por una casualidad, Peters me oyó preguntar sobre ese individuo en la oficina de los archivos de la comisión de socorro, en Atenas. Después, me siguió hasta Sofía y se acercó (detrás del cañón de una pistola, es necesario que se lo diga), para pedirme explicaciones sobre mi interés por ese

hombre que, dicho sea de paso, ha sido asesinado hace algunas semanas, antes de que yo conociera siquiera que existía. A continuación, Peters me hizo una oferta. Me aseguró que si iba a verle a París y colaboraba con él en cierto plan que tiene en mente, ambos podríamos conseguir medio millón de francos. Me dijo que tenía un dato que, aunque en sí mismo carece de importancia, en relación con los informes con que él cuenta, podría adquirir un gran valor.

En verdad, en un primer momento no le creí y rechacé participar en ese plan. De modo que, para convencerme y como prueba de su buena voluntad, me dio esa nota de presentación para usted. Yo le había dicho que mi intención era ir a Belgrado para obtener más datos allí, a ser posible. Pero Peters me aseguró que usted es la única persona que puede proporcionarme esos informes.

Las cejas de Grodek se arquearon una vez más.

—No quisiera ponerme en plan inquisidor, monsieur, pero me gustaría saber cómo se ha enterado usted de que Dimitrios Talat estuvo en Belgrado en el año 1926.

—Me lo dijo un oficial turco al que conocí en Estambul. Incluso me refirió la historia de ese hombre... es decir, la historia que de él corre por Estambul. —Ya comprendo. Permítame preguntarle, entonces, cuál es ese dato tan valioso que usted conoce.

—No lo sé.

Grodek frunció el entrecejo.

—Vaya, monsieur, me pide usted que le haga una confidencia. Lo menos que puede hacer a cambio es que haga usted alguna.

—Le he dicho la verdad. No lo sé. Estaba yo hablándole sinceramente a Peters cuando él, en cierto instante, se mostró muy excitado.

—¿En qué instante?

—Creo que fue en el momento en que le explicaba por qué sabía yo que Dimitrios no llevaba dinero encima al morir. Después de eso fue cuando comenzó a hablarme de ese medio millón de francos.

—¿Y por qué sabía usted que Dimitrios no llevaba dinero encima?

—Porque cuando vi su cuerpo, todo lo que llevaba estaba allí, sobre la mesa del depósito de cadáveres. Todo, a excepción de su carnet de identidad, que había sido hallado bajo el forro de la chaqueta y que había sido enviado a las autoridades francesas. No había dinero. Ni un penique siquiera. Durante algunos segundos Grodek clavó sus ojos en el visitante. Después se acercó a la vitrina y cogió una botella.

—¿Otra copa, monsieur?

Sirvió las copas en silencio, alargó la suya a Latimer y alzó su vaso con un gesto solemne.

—Un brindis, monsieur. ¡Por la novela policíaca inglesa!

Divertido, Latimer alzó su copa hasta los labios. Su huésped había hecho otro tanto. De pronto, sin embargo, Grodek empezó a toser y depositó su vaso sobre la mesa mientras se sacaba un pañuelo de un bolsillo. Con no poca sorpresa, Latimer comprobó que el ex espía estaba riéndose.

—Perdóneme, monsieur —jadeó apenas—, me ha pasado por la cabeza una idea que me ha hecho mucha gracia. Era... —se detuvo, dudando durante una fracción de segundo—, era la imagen de nuestro común amigo Peters enfren-tándose a usted pistola en mano. Le aseguro que ese hombre siente verdadero pánico ante las armas de fuego.

—Pues, al parecer, se ha sabido dominar muy bien esos terrores y con gran eficacia —replicó Latimer con un dejo de irritación en la voz. Al mismo tiempo, tuvo la sospecha de que se reía por otro motivo, por otra cosa, que no lograba descubrir.

—Oh, este Peters es un hombre inteligente —dijo Grodek e hizo chasquear su lengua, mientras le palmeaba en un hombro a Latimer; de pronto se había puesto de excelente humor—. Mi querido amigo, no me irá a decir que se ha ofendido, se lo ruego. Verá usted: ahora comeremos. Espero que le guste la idea. ¿Tiene apetito? Greta es una cocinera estupenda y le aseguro, para su tranquilidad, que mis vinos no son suizos. Después de la comida le hablaré de Dimitrios, de los problemas que me ha causado, de Belgrado y del año 1926. ¿Le parece bien?

—Muy amable por su parte.

Latimer pensó que su anfitrión estaba a punto de echarse a reír de nuevo. Pero el polaco había cambiado de idea. Su aspecto había adquirido cierta solemnidad. —Es un placer para mí, monsieur. Peters es un buen amigo mío. Además, usted me ha caído muy bien y en este lugar no abundan los visitantes —Grodek hizo una pausa—. Tal vez me permita que, como amigo, le haga una advertencia, monsieur.

—Hágala, se lo ruego.

—Pues bien, yo que usted, monsieur, no pensaría dos veces lo que le dijo nuestro amigo Peters e iría a París...

—No sé... —comenzó a decir lentamente.

Pero en ese instante entraba a la sala el ama de llaves, Greta.

—¡La comida! —exclamó Grodek, satisfecho.

Más tarde, cuando se le presentó la ocasión de pedirle a Grodek que le explicara el sentido de su «advertencia», Latimer olvidó hacerlo. En esos momentos tenía otras muchas cosas en las que pensar.

9. Belgrado, 1926

Los hombres han aprendido a desconfiar de su imaginación. Por esto les extraña descubrir que un mundo concebido por la imaginación, fuera del campo de la experiencia, pueda existir en realidad. En este sentido, Latimer recordaría como una de las más extrañas de su vida la tarde que pasara en Villa Acacias, escuchando el relato de Grodek.

En una carta en francés a su amigo, el griego Marukakis, que comenzó a escribir esa misma noche, cuando todo estaba aún fresco en su memoria, y que dio por terminada a la mañana del día siguiente, domingo, Latimer registraría esa rara experiencia.

Ginebra Sábado

“Mi estimado Marukakis:

Recuerdo que prometí escribirle para informarle de lo que fuera descubierto acerca de Dimitrios. Me pregunto si usted no se sorprenderá tanto como yo al comprobar que así ha sucedido. Me refiero al hecho de haber descubierto algo. Porque, de todas maneras, me había propuesto escribirle para volver a darle las gracias por la ayuda que usted me ofreció durante mi estancia en Sofía.

Al despedirnos, recordará usted que me proponía viajar a Belgrado. ¿Cómo es posible, pues, que le esté escribiendo desde Ginebra?

Mucho me temo que ya se habrá hecho esa pregunta.

Mi querido amigo, yo mismo querría conocer la respuesta. Sólo conozco parte de ella. El hombre, el espía profesional, que empleara a Dimitrios en Belgrado en 1926, vive en las cercanías de Ginebra. Hoy mismo le he visto y he hablado con él de Dimitrios. También puedo explicarle cómo me he puesto en contacto con ese hombre. He sido presentado a él. Pero el motivo y lo que el hombre que ha actuado de intermediario espera obtener de todo esto es algo que se me escapa aún.

Espero descubrir algo eventualmente. Entre tanto, permítame asegurarle que, si a usted le parece éste un misterio irritante, yo no lo encuentro menos desagradable. Ahora, permítame que le hable de Dimitrios.

¿Ha creído usted alguna vez en la existencia de un «jefe» de espías? Hasta hoy yo no lo creía, pero ahora sí. El motivo: he pasado la mayor parte del día hablando con uno de ellos. No puedo decirle su nombre, de modo que, según la mejor tradición de las novelas de espionaje, le llamaré «G».

G. era un «jefe» de espías (está retirado en la actualidad), tal como es jefe de tipógrafos el hombre que trabaja como tipógrafo para mi editor.

G. contrataba a otros para que trabajaran en el espionaje. Su tarea era, sobre todo, de índole administrativa.

Ahora comprendo cuántas son las tonterías que se dicen y escriben sobre los espías y el espionaje. Pero trataré de explicárselo a usted tal como me lo ha explicado G.

Ha comenzado la conversación recordando una frase de Napoleón, quien aseguraba que en la guerra el elemento básico de cualquier estrategia para lograr la victoria debe ser la sorpresa.

Me atrevería a decir que G. es un maníaco de las citas de Napoleón. Sin duda, Napoleón dijo esas palabras u otras muy similares. Pero estoy segurísimo de que no fue el primer jefe militar que las empleó. Alejandro, César, Genghis Khan y Federico de Prusia, todos ellos, expusieron alguna que otra vez esa misma idea. También en 1928 Foch pensó algo parecido. Pero volvamos a G.

Nuestro hombre asegura que las «experiencias del conflicto de 1914-1918» han demostrado que en una guerra futura (eso suena a algo hermosamente lejano, ¿no es verdad?) la capacidad de movimientos y el poder de choque de los ejércitos y de la marina modernos, así como la existencia de fuerzas aéreas, harán que el elemento sorpresa sea más importante que nunca. Tan importante, en rigor, que posiblemente la nación que realice el primer ataque por sorpresa sea la que salga victoriosa de la guerra. Más que nunca, pues, se pensaba durante la posguerra en la necesidad de estar prevenido contra las sorpresas, guardarse de ellas y hacerlo, evidentemente, antes de que la guerra hubiera comenzado.

Ahora bien, en total en Europa existen cerca de unos veintisiete estados independientes. Cada uno posee un ejército y una fuerza aérea y la mayoría tiene un cuerpo de marina, más o menos importante, según los casos.

Para su propia seguridad, cada uno de esos ejércitos, cada fuerza aérea y cada marina debe conocer los recursos de cada fuerza correspondiente en cada uno de los otros veintiséis países y debe saber qué hacen esos grupos militares: de qué poderío disponen, cuál es su eficacia, qué entrenamiento secreto realizan. Todo esto requiere espías... un verdadero ejército de espías.

En 1926, G. había sido contratado por el gobierno de Italia; durante la primavera de ese año, plantó su cuartel general en Belgrado.

Las relaciones entre Yugoslavia e Italia, por ese tiempo, eran muy tensas. Italia se había apoderado de Fiume, hecho que estaba aún tan fresco en las mentes yugoslavas como los bombardeos de Corfú. También circulaban rumores (que más tarde, durante ese mismo año, resultarían ser fundados) de que Mussolini contemplaba la posibilidad de ocupar Albania.

Italia, por su parte, abrigaba sospechas contra Yugoslavia. La ciudad de Fiume permanecía constantemente encañonada por las armas yugoslavas. Una Albania yugoslava a lo largo del Canal de Otranto resultaba ser una propuesta inadmisibles. Y la posibilidad de una Albania independiente sólo era aceptable en la medida en que se admitiese una influencia italiana predominante. Lo ideal era consolidar cualquier estado de cosas favorable a Italia. Pero los yugoslavos podrían presentar batalla. Los informes de los agentes italianos en Belgrado indicaban que, en

caso de que estallara una guerra, Yugoslavia se proponía proteger su costa obstruyendo de modo deliberado el Adriático con campos de minas que se tenderían al norte del Canal de Otranto.

Mi conocimiento de estas cuestiones es muy pobre, pero al parecer un país no necesita minar doscientas millas marinas para hacer que un corredor marítimo de doscientas millas sea impenetrable. Basta con que plante dos campos de minas, reducidos, o tal vez uno solo, sin dejar que el enemigo se entere de la posición exacta. O sea que el enemigo necesita llegar a conocer la posición de esos lugares minados.

Pues bien, ésa era la labor que debía desarrollar G. en Belgrado. Los agentes italianos se habían enterado de la existencia de esos campos de minas. Y G., espía experto, había sido enviado para descubrir la exacta localización de esas minas, sin que el gobierno yugoslavo (esta condición era la más importante de su trabajo) llegara a saber que el presunto enemigo poseía esa información. Porque, en caso de saberlo, sin duda, Yugoslavia cambiaría de lugar aquellas minas.

En este sentido, la operación planeada por G. fracasó. Y la razón del fracaso fue Dimitrios.

Siempre se me ha ocurrido la idea de que el trabajo de espía debe ser extraordinariamente difícil. Me refiero a que, si yo fuera enviado a la capital yugoslava por el gobierno británico, con la misión de obtener los detalles de un proyecto de minar el Canal de Otranto, ni siquiera sabría por dónde empezar mis averiguaciones.

Supongamos que yo supiera, como lo sabía G., que los detalles del plan estaban registrados con marcas especiales en cartas de navegación del canal. Pues bien. ¿Cuántas copias existen de esas cartas? Yo no llegaría a saberlo. ¿Dónde pueden estar esas cartas de navegación? Tampoco eso.

Una mínima reflexión lógica me llevaría a pensar que, al menos una copia, debía hallarse en alguna de las divisiones del Ministerio de Marina; pero el Ministerio de Marina es un lugar muy grande. Y además, claro está, esos mapas tendrían que estar custodiados bajo llave y sello.

De modo que, aunque fuera capaz de descubrir en qué oficinas está guardado el mapa y cómo puedo llegar hasta allí, ¿cómo lograr una copia sin permitir que los yugoslavos se percataran del hecho?

Pues bien, un mes después de llegar a Belgrado, G. no sólo había averiguado dónde se guardaba una de las copias de aquella carta de navegación, sino que también había elaborado un plan para hacerse de una copia, sin permitir que los yugoslavos se enteraran. Como verá es una persona competente.

¿Cómo lo había logrado? ¿A qué maniobra ingeniosa, a qué trampa sutil había recurrido? Trataré de explicarle paso a paso cada uno de sus movimientos.

En primer lugar, fingió ser un súbdito alemán, representante de una fábrica de instrumentos ópticos de Dresde. De ese modo, estableció cierta relación con un empleado del Departamento de Defensa Submarina (que se ocupa de todo lo relacionado con redes y cables submarinos, lanzaminas y barreminas) del Ministerio de Marina.

¿Qué lamentable!, ¿verdad? Lo más asombroso es que él mismo cree que ésa fue una astuta ocurrencia. Su sentido del humor ya no le funciona, por cierto. Al preguntarle si había leído alguna

vez novelas de espionaje, me ha respondido que no, porque siempre las consideró demasiado ingenuas. Pero aún falta lo peor.

G. estableció relación con aquel empleado del siguiente modo: fue al Ministerio y preguntó al bedel por el Departamento de Suministros, pregunta que bien podía haber hecho cualquier extraño. Una vez dentro del edificio, lejos de la vista del bedel, detuvo a otro empleado, le explicó que le habían indicado cómo llegar hasta el Departamento de Defensa Submarina, pero que se había extraviado por los pasillos y le pidió que le orientara de nuevo. Una vez ante las oficinas del Departamento de Defensa Submarina, sin vacilar lo más mínimo, entró en él y preguntó si aquél era el Departamento de Suministros. Le dijeron que no y se marchó. No estuvo dentro más de un minuto, pero eso le bastó para echar un rápido vistazo al personal del departamento o, al menos, al que trabajaba en ese despacho. Y escogió a tres hombres. Esa tarde, G. esperó fuera del Ministerio hasta ver salir a uno de esos tres hombres. Siguió al empleado hasta su casa. Después de averiguar el nombre del individuo y cuantos pormenores pudo acerca de su vida, hizo lo mismo con los otros dos, en tardes sucesivas.

Así fue como eligió a un hombre llamado Bulic.

Pues bien: aun cuando el método que G. empleó carecía, a todas luces, de sutileza, él mismo fue sutil por el modo cómo lo llevó a la práctica. En realidad, G. no es capaz de darse cuenta de esto, con lo cual no deja de ser precisamente el primer hombre que ha triunfado sin lograr ver claramente las verdaderas razones de sus propios logros.

La primer prueba de la sutileza de G. radica en haber elegido a Bulic como conducto.

Bulic era un desagradable engreído, de unos cuarenta o cincuenta años de edad, mayor que sus compañeros de trabajo y poco apreciado por ellos. La mujer de Bulic, diez años menor que su marido, era bonita y tenía el aire de una persona insatisfecha.

Además, Bulic padecía de catarro crónico y acostumbraba tomarse una copa en un determinado bar cada día, al abandonar el Ministerio. En ese bar, G. se acercaría a él, le pediría una cerilla, le ofrecería un cigarrillo y, por último le invitaría a una copa.

Ya puede usted suponer que un empleado de un departamento gubernamental que se ocupa de asuntos estrictamente confidenciales se inclinará, como es natural, a sospechar de las amistades que pueda hacer en un bar, sobre todo si esas personas intentan sonsacarle alguna información referente a su trabajo. G. estaba dispuesto a evitar esas sospechas mucho antes de que se le pasaran, siquiera, por la mente a Bulic.

La relación maduraba. G. estaba ya en el bar, cada tarde, cuando Bulic aparecía en aquel lugar. Charlaban sobre cosas más o menos interesantes. Como forastero que era en Belgrado, G. le pedía a su ocasional amigo consejo acerca de una u otra cosa, le pagaba las copas y permitía que Bulic fuera condescendiente con él. Algunas veces jugaban largas partidas de ajedrez: siempre ganaba Bulic; otras veces, en compañía de un par de parroquianos, jugaban al bezique.

Así las cosas, una noche G. inició su ofensiva.

Le contó a Bulic que un amigo común le había dicho que él, Bulic, tenía un cargo de suma importancia dentro del Ministerio de Marina.

Para Bulic, aquel «amigo común» bien podía ser cualquiera de los asiduos clientes del bar, con los que jugaban a las cartas y conversaban y que, vagamente, sabían que él trabajaba en alguna oficina del Ministerio.

El yugoslavo frunció el ceño y abrió la boca; quizá se disponía a oponer algún reparo al calificativo «de suma importancia», quizá se disponía a mofarse de ello con falsa modestia. Pero G. no le dejó hablar. Le explicó que, como jefe de ventas de una respetable firma fabricante de instrumentos ópticos de medición, estaba facultado para negociar con el Ministerio de Marina la compra de cierta cantidad de binoculares. Ya había presentado los papeles para la cotización y confiaba en obtener el pedido, pero como Bulic ya sabía sin duda, en esos casos nada era tan importante como tener un amigo metido en el asunto. Por lo tanto, si el amable e influyente señor Bulic pudiera interceder para que la compañía de Dresde se adjudicara el pedido se embolsaría una suma del orden de los veinte mil dinares³⁴.

Juzgue esa proposición desde el punto de vista de Bulic: él, un insignificante empleado, era agasajado y halagado por el representante de una gran compañía alemana, que le prometía veinte mil dinares, o sea, una suma de dinero equivalente a seis meses de su sueldo, por hacer exactamente nada. Si las cotizaciones ya habían sido estudiadas, nada podía hacer. Pero podría haber de por medio otras cotizaciones. Si la compañía de Dresde obtenía el pedido, él obtendría mil dinares sin compromiso alguno. Si lo perdía, él no perdería mucho más que el respeto de aquel estúpido y mal informado alemán.

G. dice que Bulic se esforzó sólo a medias por ser sincero; murmuró algo acerca de que no estaba seguro de que su influencia sirviera de mucho; G. fingió interpretar esto como un intento de elevar la cifra del soborno; Bulic protestó: no se le había pasado por la cabeza semejante idea. De modo que ya estaba perdido. Al cabo de cinco minutos había aceptado.

Durante los días siguientes, Bulic y G. se convirtieron en íntimos amigos. G. nada arriesgaba. Bulic no podía enterarse de que ninguna compañía de Dresde había enviado una cotización, ya que todas las cotizaciones recibidas por el Departamento de Suministros se consideraban confidenciales hasta tanto se adjudicara el pedido. En el caso de que quisiera averiguar algo más, podría enterarse (tal como se había enterado G. leyendo la Gaceta Oficial) de que realmente el Departamento de Suministros había pedido la cotización de una cierta cantidad de binoculares. G. se entregó, pues, a su tarea.

Bulic (recuérdelo usted) se veía obligado a representar el papel que le había asignado su pretendido amigo, el papel de un funcionario influyente. G., por su parte, comenzó a mostrarse muy deferente con el yugoslavo y su hermosa pero estúpida mujer: les invitaba a restaurantes y a night clubs casi continuamente.

³⁴ El dinar yugoslavo tiene un valor algo más bajo que el franco francés. (N. Del T.)

La pareja respondía como puede hacerlo una planta sedienta ante la lluvia. ¿Cómo podía Bulic andarse con cautela, después de haberse bebido casi una botella de excelente champaña dulce, de enzarzarse en una conversación sobre el asombroso poderío naval de Italia y el peligro que suponía para las costas yugoslavas? No, no podía hacerlo. Estaba un poco ebrio, su mujer estaba presente, por primera vez en su sombría y monótona vida alguien se interesaba por sus opiniones con todo el respeto que merecían. Además, tenía que representar su papel con dignidad, no podía mostrar ignorancia ante los sucesos que se desarrollaban tras el telón.

O sea, que Bulic se volvió presuntuoso: había tenido ante sus mismos ojos los detallados planes operativos que detendrían, en tal caso, a la flota italiana en el Adriático. Por supuesto que estaba obligado a ser discreto, pero...

Al final de aquella velada, G. supo que Bulic tenía acceso a una copia de dicho mapa. Y también había planeado su estrategia: Bulic sería quien le proporcionara una copia de aquel documento.

Con gran cuidado, G. elaboró su plan. Luego buscó a la persona capaz de llevarlo a buen fin. El mediador era indispensable. Así fue como dio con Dimitrios.

Le he preguntado a este ex espía en qué se ocupaba la persona que le había hablado de Dimitrios. Admito que lo he hecho con la esperanza de hallar algún nexo con el Banco de Crédito Eurasiático. Pero la respuesta de G. ha sido muy vaga: a pesar del tiempo transcurrido, recuerda las palabras que acompañaron a aquella recomendación.

Dimitrios Talat era un turco, hablaba griego, con pasaporte «efectivo», con una reputación de «útil» y discreto a la vez; también decían de él que tenía experiencia en «trabajos financieros de índole confidenciable».

Quien no supiera para qué era útil y desconociera la índole de los trabajos financieros que había llevado a cabo, podía llegar a pensar que el hombre en cuestión era una especie de contable. Pero, al parecer, existe una jerga propia para estos asuntos. G. comprendió el significado de aquellas palabras y decidió que Dimitrios era el hombre adecuado para la misión que se le había encomendado. Y así, pues, le escribió (me dijo a qué dirección como si se tratara de una especie de lista de correos del American Express) ya cargo del Banco de Crédito Eurasiático, de su sucursal en Bucarest!

Dimitrios llegó a Belgrado cinco días después y se presentó en casa de G. en Knez Miletića.

G. recuerda ese encuentro con toda precisión. Dimitrios, me ha dicho, era un hombre de mediana estatura y de edad difícil de determinar, entre los treinta y cinco y los cincuenta años (en realidad tenía treinta y siete). Iba vestido con elegancia y... pero será mejor que le cite las propias palabras de G.:

—Vestía con una elegancia costosa y su pelo se iba agrisando poco a poco en las sienes. Tenía un aire pulido, satisfecho, confiado, y algo en sus ojos que adiviné al instante. Ese hombre era un rufián. Y nunca me he equivocado en estas apreciaciones. No me pregunte por qué. En esto tengo un instinto de mujer.

Aquí lo tenemos, pues. Dimitrios había prosperado. ¿Hubo más mujeres como madame Preveza en su vida? Jamás llegaremos a saberlo.

El hecho es que G. había detectado a un rufián en Dimitrios y eso no le parecía mal. Según el, un rufián nunca se busca líos con ninguna mujer en detrimento de la misión que se le ha encomendado. Además, Dimitrios tenía el aspecto adecuado para el caso. Creo que será mejor que le cite de nuevo las palabras de G.:

—Vestía con elegancia. Y también tenía aspecto de persona inteligente. Esto me pareció estupendo, porque nunca me ha gustado emplear gentuza del montón. A veces era imprescindible hacerlo, pero nunca me ha gustado: esa gente no siempre ha comprendido mi temperamento.

Ya lo ve usted: G. era muy exigente.

Dimitrios no había malgastado su tiempo. Para aquel entonces ya hablaba alemán y francés con bastante soltura.

—Nada más recibir su carta, me he venido hasta aquí. Tenía muchas cosas que hacer en Bucarest, pero me seducía la idea de conocerle; me he enterado de sus actividades.

Con cuidado y circunspección (no es bueno revelar detalles a un futuro empleado), G. le explicó qué quería hacer. Dimitrios le escuchó sin inmutarse. Después de oír la explicación, preguntó cuánto dinero recibiría en pago.

—Treinta mil dinares —respondió G.

—Cincuenta mil —repuso Dimitrios— y prefiero que sean francos suizos.

Acordaron cuarenta mil, pagados en francos suizos. Dimitrios demostró su beneplácito con una sonrisa.

Entretanto, a Bulic le parecía que la vida era más digna de vivirse que nunca. Recibía invitaciones para ir a los lugares más ricos de la ciudad; su mujer, feliz con aquellos lujos desacostumbrados, ya no le miraba con desprecio y disgusto a los ojos: con el dinero que ahorraban gracias a las cenas pagadas por aquel estúpido alemán, podía comprarse su coñac favorito. Cuando bebía, la señora Bulic se convertía en una mujercita jovial, encantadora. Además, al cabo de una semana, el yugoslavo se embolsaría sus veinte mil dinares. Al menos, existía esa posibilidad. Una noche, llegó a confesar que se encontraba mucho mejor, ya que la comida barata le iba mal para su catarro. Pero, por lo demás, ése fue el único desliz en el que incurrió.

Una firma checa se había adjudicado el pedido de los binoculares. La Gaceta Oficial, que traía esta noticia, había salido a la calle al mediodía. Un minuto más tarde, G. tenía ya su ejemplar y se dirigía al taller de un grabador, en cuyo banco de trabajo aguardaba una plancha de cobre a medio terminar.

A las seis en punto, G. estaba apostado en la acera opuesta a la del Ministerio. Pocos minutos después, salía Bulic del edificio: había visto la Gaceta Oficial, llevaba su ejemplar bajo el brazo. Desde el puesto de observación de G. podía verse el aire desilusionado del empleadillo. G. comenzó a seguirle.

Según la costumbre, Bulic debía haber cruzado la calle para encaminarse hacia el bar. Pero esa tarde dudó unos minutos y, por último, siguió andando en línea recta: no tenía ninguna gana de enfrentarse con el hombre de Dresde.

G. se metió por una calle lateral y llamó a un taxi. Dos minutos más tarde, tras haber dado un rodeo, el taxi se fue acercando a Bulic. En ese instante, G. ordenó al taxista que se detuviera, saltó a la acera y estrechó a Bulic entre sus brazos, exultante. Antes de que el perplejo yugoslavo tuviera tiempo de protestar, se vio empujado al interior del coche, donde G. continuó prodigándole palabras de agradecimiento mientras depositaba en sus manos un cheque por la suma de veinte mil dinares.

—Pero si yo había creído que su firma no había obtenido ese pedido—farfulló Bulic, al cabo de unos instantes. G. se echó a reír, como si hubiera escuchado un chiste estupendo.

—¡Que no lo había conseguido!

Pero, en ese preciso momento, G. «entendió».

—¡Oh, sí! Me había olvidado de decírselo.

La cotización había sido enviada a través de una firma checa, subsidiaria de nuestra compañía. Mire, ¿lo ve usted?—y extrajo una de las tarjetas recién impresas para ponerla en manos de Bulic—, no uso a menudo esta tarjeta: la mayoría de nuestros clientes y la gente en general sabe que los dueños de la compañía checa son los alemanes de Dresde.

—Y con un gesto se desentendió del tema—. ¡Oh, vamos a tomarnos una copa ahora mismo! ¡Conductor!

Y esa noche lo celebraron. Tras su inicial confusión, Bulic quiso sacar un ventajoso partido de aquella casualidad. Se emborrachó primero y a continuación comenzó a jactarse del poder de sus influencias en el Ministerio con tanto énfasis que hasta al mismo G. —que tenía sus buenas razones para estar satisfecho— le resultó difícil aquella arrogante verborrea.

Al término de aquella cena, G. y Bulic se apartaron. Ahora, le dijo, podría haber un negocio de telémetros. ¿Podría él prestar alguna ayuda? Claro que podía, por supuesto, pero se había convertido en un personaje astuto. Pero ya que el valor de su cooperación había quedado bien claro, tenía derecho a esperar algún adelanto.

En realidad, a G. no se le había ocurrido esto, pero asintió de inmediato y muy divertido, en el fondo. Bulic recibió un segundo cheque, de diez mil dinares esta vez. Según el trato, recibiría otros diez mil cuando el nuevo pedido llegara a manos de los «jefes» de G.

En esos momentos el yugoslavo era más rico que nunca. Tenía treinta mil dinares. Dos días después, en el comedor de un elegante hotel, G. le presentó a un tal Freiherr³⁵ von Kiessling. No es preciso puntualizar que el verdadero nombre de freiherr von Kiessling era Dimitrios.

³⁵ En alemán en el texto original; «barón». (N. Del T.)

—Cualquiera hubiera pensado —me ha dicho G.— que ese hombre se había pasado la vida en ambientes de lujo. Yo mismo hubiera podido engañarme: sus modales eran perfectos. Cuando le presenté a Bulic como un importante funcionario del Ministerio de Marina, adoptó unas maneras encantadoras. Ante madame Bulic esgrimió una cortesía exquisita, como si la considerara una princesa. Sin embargo, advertí con claridad cómo se movían sus dedos en la palma de ella mientras besaba el dorso de su mano.

Dimitrios se había instalado en el comedor del hotel con el fin de que G. pudiera preparar el terreno antes de la presentación. Después de haber señalado a Dimitrios, G. les dijo a los Bulic que el freiherr era un hombre muy importante. Que posiblemente mezclado en actividades un tanto misteriosas, pero que, sin duda, constituía una pieza importante en el manejo de negocios internacionales de gran envergadura. Que era una persona muy rica y que se decía que controlaba no menos de veintisiete compañías comerciales y financieras. Conocer a ese hombre podía ser muy útil para cualquiera.

De modo que a los Bulic les encantó ser presentados a ese personaje: cuando el freiherr aceptó la invitación de tomar una copa de champaña con ellos, se sintieron honrados, por cierto. La pareja, con su inseguro alemán, se esforzó por congraciarse con aquel invitado.

Bulic debió pensar que aquella ocasión era la que había estado esperando durante toda su vida: por fin podía relacionarse con gente brillante, con personas de verdad, con las personas que creaban y destruían a los hombres, personas que podían convertirle en «algo». Tal vez se viera ya como director de una de las compañías del freiherr, dueño de una bonita casa, rodeado de domésticos, leales servidores que le respetarían como a hombre y como a amo.

Y por cierto que a la mañana siguiente, al ir a su despacho del Ministerio, debió sentir su corazón rebosante de alegría, una dulcísima alegría que no podían empañar aún los recelos ni los escozores de su conciencia: todo eso podía sobrellevarlo fácilmente. Después de todo, G. había recibido lo que quería; él, Bulic, no tenía nada que perder. Además, uno nunca sabe adónde pueden ir a parar ciertos hechos. Son muchos hombres que recorren extraños caminos para llegar al seno mismo de la fortuna.

El freiherr se había mostrado muy amable al decir que esperaba que herr G. y sus amigos cenaran con él dos días después de aquella noche de la presentación.

Le he preguntado a G. los motivos de esa demora. ¿No habría sido más lógico golpear mientras el hierro estaba candente? En dos días los Bulic tenían tiempo para pensar.

—En efecto —ha sido la respuesta de G.—; tiempo para pensar en las cosas buenas que tendrían, tiempo para prepararse para la fiesta, para que soñaran. Después de esta explicación el ex espía adoptó un aire de gran solemnidad y, de pronto, con una sonrisa en los labios, me soltó una cita de Goethe: «Ach! warum, ihr Götter, ist unendlich, alles, alles, endlich unser Glück nur?»³⁶ Ya lo ve usted: G. no carece de sentido del humor.

36 «¡Ah! ¿Por qué, oh dioses, no se vuelve infinita, por fin, toda, toda nuestra felicidad?» (N. Del T.)

Aquella cena sería el momento decisivo de la operación. Dimitrios no dejó en ningún momento de lisonjear a madame. Era un auténtico placer encontrar a personas como madame... y, por supuesto, como su marido. Ella... y su marido, naturalmente... ¿por qué no iban a hacerle una visita a su casa de Baviera, al mes siguiente? Esa casa era mejor que la de París, sin duda, y Cannes gozaba un clima muy fresco en primavera. Madame disfrutaría en Baviera; también su marido, sin duda. Es decir, si él podía abandonar por un tiempo su trabajo dentro del Ministerio.

Todo muy vulgar, demasiado simple, sí, pero los Bulic eran gente vulgar, simple.

Madame se tragaba aquellas patrañas junto con los sorbos de champaña dulce, mientras Bulic comenzaba a enfurruñarse. Y así llegó el gran momento.

Una vendedora de flores se detuvo junto a la mesa con su cesto lleno de orquídeas. Dimitrios observó las flores con ojos de experto y eligió el ramo más grande y caro y con gran caballerosidad se lo ofreció a madame Bulic, al tiempo que le pedía que lo aceptara como prueba de su estima. Madame aceptó. Dimitrios hizo además de echar mano a su cartera para pagar. Junto con la cartera, como sin querer, sacó un grueso fajo de billetes de mil dinares, que cayó sobre la mesa.

Tras disculparse por su torpeza, Dimitrios se guardó el dinero en el bolsillo. G. comenzó a representar su papel: señaló que era mucho dinero para llevarlo en el bolsillo y le preguntó al freiherr si llevaba a menudo sumas tan importantes encima. No, no muy a menudo; ese dinero lo había ganado en Alessandro's esa misma noche y se había olvidado llevarlo a su habitación. ¿Conocía madame ese casino de juego? No, madame no lo conocía. Los Bulic permanecieron en silencio mientras el freiherr seguía hablando: jamás habían visto tanto dinero en manos de una sola persona.

El freiherr opinaba que Alessandro's era el casino de juego más digno de confianza de Belgrado. Allí, lo que contaba era la habilidad de cada jugador y no la del croupier. El, personalmente, había tenido un día de suerte —lo decía dirigiendo una aterciopelada mirada a los ojos de madame— y había ganado un poco más que de costumbre. En ese instante hizo una breve pausa y luego añadió:

—Puesto que no conoce ese lugar, me encantaría que me acompañaran, como mis invitados, esta noche.

Fueron y, por supuesto, ya se habían hecho los preparativos necesarios para recibirles. Dimitrios lo había arreglado todo. Nada de ruleta (es difícil estafar a alguien en la ruleta) sino el trente et quarante. La apuesta mínima era de doscientos cincuenta dinares.

Pidieron una copa y miraron cómo jugaban durante un rato. Y entonces G. decidió probar su suerte. Vieron cómo ganaba dos veces. El freiherr preguntó a madame si quería jugar. La mujer buscó la mirada de su marido. Como excusa, Bulic dijo que llevaba poco dinero encima. Pero Dimitrios estaba preparado para replicar: ¡oh, eso no era ningún inconveniente! El, personalmente, era conocido de Alessandro y cualquier amigo suyo gozaba de la confianza de la casa. En el caso de que perdiera unos pocos dinares, Alessandro aceptaría un cheque o una letra.

La farsa seguía adelante. Se llamó a Alessandro a la mesa y se hicieron las presentaciones. Luego le explicaron la situación. Alessandro alzó las manos como para protestar. Cualquier amigo del freiherr no tenía motivos para hacer de eso un problema. Además, el señor no había jugado aún. Ya habría tiempo de hablar sobre esos detalles si la suerte le era un poquitín adversa.

G. cree que si Dimitrios les hubiera dejado hablar a ambos siquiera un instante, los Bulic no habrían jugado. Doscientos cincuenta dinares era la apuesta mínima y ni el poseer treinta mil podía hacerles olvidar cuánto significaban aquellos doscientos cincuenta en términos de pagos de alquiler y compra de comida.

Pero Dimitrios no les dio oportunidad de que intercambiaran sus recelos: mientras esperaban junto a la mesa de juego, detrás de la silla donde estaba sentado G., en un murmullo, le pidió a Bulic que accediera a comer con él un día de esa semana. El freiherr tenía que hablarle de ciertos negocios.

Dijo eso en el momento preciso. Para Bulic sólo podía significar una cosa: «Mi querido Bulic, no es necesario que se preocupe por unos míseros cientos de dinares. Estoy interesado en usted y eso quiere decir que su fortuna ya es un hecho. No me desilusione, por favor, mostrándose menos importante de lo que creo que es.»

Madame Bulic comenzó a jugar.

Perdió los primeros doscientos cincuenta en una apuesta a color. Ganó los segundos a la inverse. Después, Dimitrios le sugirió, demostrando su extraordinaria cautela, que los apostara à cheval. Hubo suerte: repitió la jugada ganadora. Por último, madame volvió a perder.

Al cabo de una hora, los cinco mil dinares en fichas que la mujer había recibido se esfumaron. Dimitrios, con palabras de aliento por su «mala suerte», cogió de la pila de fichas que descansaba ante él unas pocas, por valor de quinientos dinares, y le rogó a madame que apostara con esas fichas, para ver si encontraba esa «suerte» esquivada.

El atormentado Bulic pensó que, tal vez, se trataba de un regalo, porque apenas si emitió un débil sonido de protesta. No tardó mucho en comprender que no había ningún regalo en aquel gesto.

Madame Bulic, que ya se sentía una pobre estúpida, y cuyo aspecto había perdido gracia y frescura, siguió jugando. Ganó algo; perdió más. A las dos y media, Bulic le extendía un pagaré a Alessandro por valor de doce mil dinares.

G. les invitó a una copa.

No es difícil imaginar la escena entre los Bulic al quedar los dos a solas: las recriminaciones, las lágrimas, las discusiones interminables. Demasiado fácil. Sin embargo, a pesar de lo mal que pintaban las cosas, el desastre no era absoluto. Al día siguiente, Bulic comería con el freiherr. Y hablarían de negocios.

Sí, hablaron de negocios. Dimitrios había recibido instrucciones precisas: tenía que mostrarse alentador. Lo fue, sin duda alguna. Alusiones a importantes negocios que tenía por delante, a oportunidades para que quienes estuviesen al tanto se hicieran con grandes sumas, a misteriosos castillos en Baviera (al parecer, todo estaba en esos castillos). Bulic no había hecho más que

escuchar y dejar que su corazón latiera más veloz que antes. ¿Qué importan doce mil dinares? Tienes que pensar en muchos millones.

Y después de la sugerente conversación, fue Dimitrios quien sacó a relucir el tema de la deuda de su invitado con Alessandro. El freiherr suponía que Bulic iría esa misma noche a pagarla. El, por su parte, pensaba ir a jugar. Después de todo, eso de ganar tanto dinero sin darle a Alessandro la oportunidad de recuperar algo, al menos... Quizá podrían ir los dos juntos... solos los dos. Las mujeres siempre resultan malas jugadoras.

Esa noche, al encontrarse, Bulic llevaba consigo unos treinta y cinco mil dinares. A los treinta mil de G. había sumado sus ahorros, al parecer.

A la mañana siguiente, cuando Dimitrios fue a informarle a G., le contó que Bulic, a pesar de las protestas de Alessandro, se había empeñado en pagar la letra firmada la noche anterior, antes de empezar a jugar.

—Yô pago mis deudas —había dicho con orgullo.

El dinero que le quedaba lo cambió, con un gesto de gran señor, en fichas de quinientos dinares. Esa noche jugaría a muerte. Se negó a beber. Quería que su cabeza se mantuviera despejada en todo momento.

G. se ha reído al contarme eso. Tal vez la risa sea lo más adecuado. La compasión a veces es demasiado incómoda y Bulic me parece una persona digna de compasión.

Cualquiera podría ver en ese hombre a un pobre de espíritu. Y lo era. Pero la Providencia no siempre es tan calculadora como lo eran G. y Dimitrios, y puede destrozar a un hombre, sin hacerle sentir el filo del cuchillo en las costillas.

Bulic no tenía ninguna otra opción. Esos hombres le habían comprendido a fondo y utilizaban esa comprensión con una astucia diabólica. Con las cartas tan en contra mía, como lo estaban para el yugoslavo, es probable que no fuera yo ni menos débil ni menos tonto. Me tranquiliza no poco pensar que seguramente no me voy a ver en una situación así en mi vida.

Era inevitable que perdiera. Comenzó a jugar con cuarenta fichas. Durante dos horas ganó y perdió hasta quedar sin nada. Después, con gran calma, pidió otras veinte, a crédito. Dijo que su suerte debía cambiar. Al pobre desdichado ni siquiera se le había ocurrido que podían estar estafándole.

¿Por qué iba a sospechar? El freiherr estaba perdiendo también, y mucho más dinero que él. Dobló sus apuestas y sobrevivió durante cuarenta minutos. Pidió otro préstamo y volvió a perder. Había perdido treinta y ocho mil dinares más de los que nunca había tenido cuando, pálido y cubierto de sudor, decidió abandonar el juego.

Ahora, el camino de Dimitrios estaba ya abierto. A la noche siguiente, Bulic volvió. Le dejaron marchar con treinta mil. Durante la tercera noche volvió a perder: catorce mil dinares. La cuarta noche, cuando debía veinticinco mil, Alessandro se le acercó para exigirle el dinero. Bulic prometió pagar sus deudas en el plazo de una semana. La primera persona a la que acudió en busca de ayuda fue G.

G. se mostró comprensivo. Veinticinco mil era mucho dinero, ¿no? Desde luego que todo el dinero que él utilizaba, en relación con los pedidos, era dinero de sus jefes. No estaba autorizado para hacer otro uso de ese dinero. Sin embargo, podía permitirse distraer doscientos cincuenta dinares durante algunos días, si eso solucionaba algo. Sentía no poder prestarle una ayuda más efectiva, pero... Bulic cogió los doscientos cincuenta.

Junto con el dinero, G. le dio un consejo. El freiherr era el hombre que podría sacarle de aquel aprieto. Jamás prestaba dinero (según le habían dicho, se trataba de una cuestión de principios), pero tenía fama de ayudar a sus amigos dándoles la oportunidad de ganar sumas importantes. ¿Por qué no se decidía a hablar con él?

La «conversación» entre Bulic y Dimitrios se celebró al término de una cena, pagada por Bulic, en la sala de la suite que ocupaba el freiherr en un hotel. G. estaba en el cuarto contiguo, escuchando a escondidas.

Cuando, por fin, Bulic abordó el tema, comenzó con unas preguntas sobre Alessandro. ¿Insistiría en que le pagara el dinero? ¿Qué podría ocurrir en el caso de que no lo hiciera?

Dimitrios fingió sorprenderse. Esperaba que Alessandro recibiera su dinero. Después de todo, había sido por recomendación personal por lo que Alessandro le había ofrecido un primer crédito. No podía imaginar, siquiera, que aquello fuese a desembocar en una situación enojosa.

¿Qué clase de situación enojosa? Bueno, Alessandro tenía en su poder aquellas letras y tal vez acudiera a la policía. El freiherr esperaba, sinceramente, que nada de eso ocurriera.

Bulic esperaba lo mismo. Ahora se encontraba a punto de perderlo todo, incluso su cargo en el Ministerio. Tal vez se llegara a saber que había recibido un soborno de G. Eso podía significar la cárcel. ¿Quién pensaría que el yugoslavo no había hecho nada a cambio de esos treinta mil dinares? Era una tontería pensar que fuesen a creer eso. Su única opción era obtener el dinero del freiherr, de alguna manera.

Al pedirle un préstamo, Dimitrios sacudió negativamente la cabeza. No. Eso sólo iba a empeorar las cosas, porque entonces debería el dinero a un amigo y no a un enemigo; además, para él era una cuestión de principios: no concedía préstamos. No obstante, al mismo tiempo, quería ayudarlo. Había una salida, una única salida. ¿Herr Bulic estaba dispuesto a aceptarla? Ese era el meollo de la cuestión.

El freiherr no quería ni mencionar el tema, pero en vista de que herr Bulic le rogaba tanto... conocía a ciertas personas interesadas en cierta información relacionada con el Ministerio de Marina: una información imposible de obtener por los medios ordinarios. Tal vez se podría conseguir que le pagaran cincuenta mil dinares por esa información sí, a cambio, se podía comprobar la exactitud de los datos.

G. me ha dicho que atribuye, en gran parte, el éxito de su plan (me ha hablado de éxito tal como lo haría un cirujano después de que el paciente abandone la sala de operaciones con vida) a la estricta elección de las cantidades. Cada suma, a partir de los primeros veinte mil dinares y hasta los montos de las sucesivas deudas con Alessandro (que era un agente italiano) y de la

recompensa ofrecida por Dimitrios había sido calculada cuidadosamente, con el ojo puesto en el valor psicológico de ese dinero.

Por ejemplo: en aquellos cincuenta mil había un doble motivo para que Bulic se sintiera tentado. Con ese dinero pagaría su deuda y le quedaría casi la misma suma que se había embolsado antes de conocer al freiherr. Al incentivo del temor del principio, se añadía el de la codicia.

Pero Bulic no asintió en el acto. Cuando supo claramente de qué clase de información se trataba, mostró su miedo y hasta un poco de ira. Eficiente, Dimitrios se encargó de disipar la segunda. Si Bulic había comenzado a abrigar dudas acerca de la bona fides del freiherr, esas dudas no tardaron en convertirse en algo real. Cuando el yugoslavo le gritó «sucio espía» a su interlocutor, la impecable cortesía del freiherr desapareció. Bulic recibió un puntapié en el estómago y, cuando se dobló hacia adelante, con una intensa sensación de náusea, recibió otro puntapié en el rostro. Mientras jadeaba, sin resuello, dolorido y sangrando por la boca, Dimitrios le arrojó sobre una silla al tiempo que le advertía, fríamente, que el único riesgo que le amenazaba era el de no hacer lo que se le había pedido.

Las instrucciones eran muy sencillas. Bulic debía obtener una copia del mapa y llevarla al hotel, a la salida del Ministerio, al día siguiente. Una hora más tarde, se le entregaría el documento, para que pudiera devolverlo a su sitio al día siguiente. Eso era todo. Se le pagaría cuando trajera el mapa. Escuchó la enumeración de las posibles consecuencias de una denuncia a las autoridades, Dimitrios le recordó los cincuenta mil dinares y le ordenó que se marchara.

Puntualmente, a la noche siguiente, llegó al hotel con el mapa doblado en cuatro dentro de uno de los bolsillos de su abrigo. Dimitrios le entregó el mapa a G. y volvió a vigilar a Bulic mientras se sacaba la fotografía y se revelaba el negativo en un cuarto contiguo.

Al parecer, Bulic no tenía nada que decir. Cuando G. hubo terminado su trabajo, el yugoslavo recibió el dinero y el mapa de manos de Dimitrios y se fue.

G. me ha asegurado que en aquel momento, cuando desde el dormitorio oyó que la puerta se cerraba a espaldas de Bulic, cuando examinó el negativo a contraluz, se sintió muy satisfecho de sí mismo. Los gastos habían sido bajos; no se habían producido inútiles demoras; todos, Bulic inclusive, habían cooperado en la misión. Sólo había que esperar que Bulic devolviera el mapa sin mayores problemas. Y, en realidad, no había ninguna razón para suponer que no lo haría. Una misión muy satisfactoria, se mirara desde donde se mirase.

En ese momento, Dimitrios entró en el dormitorio. G. comprendió que había cometido un error.
—Mi dinero —dijo Dimitrios y alargó su mano.

G. le miró a los ojos y asintió. Necesitaba un arma y se había olvidado de llevarla consigo.
—Vamos a mi casa ahora mismo —dijo y comenzó a caminar hacia la puerta.

Dimitrios sacudió la cabeza con un gesto firme.

—Mi dinero está en su bolsillo.

—No, el suyo no; sólo el mío.

Dimitrios desenfundó un revólver. Una sonrisa jugueteaba en sus labios.

—Lo que yo quiero está en su bolsillo, mein herr. Ponga sus manos en la nuca.

G. obedeció. Dimitrios avanzó unos pasos hacia él. Al mirar con fijeza aquellos ojos castaños, llenos de ansiedad, G. comprendió que corría peligro. A pocos centímetros de distancia, Dimitrios se detuvo.

—Por favor, mein herr, no haga ninguna tontería.

Su sonrisa había desaparecido. Dimitrios dio un paso, hundiendo de pronto el revólver en el estómago de G., con su mano libre sacó el negativo del bolsillo del que, a partir de ahora, sería su enemigo. Al instante, con un ágil movimiento, se apartó. —Puede irse —dijo.

G. se fue. A su vez, Dimitrios había cometido su propio error.

Durante toda aquella noche, un buen número de hombres, reclutados a toda prisa en los cafés de los barrios bajos, recorrieron de cabo a rabo la ciudad de Belgrado para hallar a Dimitrios. Fue inútil: Dimitrios había desaparecido y G. nunca volvió a verle.

¿Qué ocurrió con el negativo? Le cito las propias palabras de G.:

—A la mañana siguiente, al enterarme de que mis hombres no le habían encontrado, supe qué tenía que hacer. Sentía una profunda amargura. Después de todo aquel trabajo, planeado tan meticulosamente, la desilusión era enorme. Pero de nada servía lamentarse. Una semana antes de aquel final, me había enterado de que Dimitrios estaba en contacto con un agente francés. El negativo, en esos momentos, tenía que estar en manos del francés. Y no me quedaba otra opción. Un amigo mío, de la Embajada de Alemania, podía echarme una mano. En aquellos días, los alemanes estaban deseosos de congraciarse con el Gobierno yugoslavo. Era lógico, pues, que le pasaran cierta interesante información al Gobierno de Belgrado.

—¿Quiere decir —pregunté— que usted mismo lo dispuso todo para que el Gobierno yugoslavo se enterara de la sustracción del mapa y de que había sido fotografiado?

—Por desgracia era lo único que podía hacer. Ya lo ve usted, aquel mapa tenía que perder su valor. Dimitrios había cometido un gran error al dejarme marchar: carecía de experiencia. Tal vez pensó que yo volvería a chantajear a Bulic para obtener otra fotografía del mapa. Pero yo no ignoraba que una información que conocieran los franceses tenía poco valor. Además, estaba en juego mi reputación. Estaba muy furioso por el desenlace de aquella misión. Lo único divertido fue que los franceses ya le habían pagado a Dimitrios la mitad del precio convenido cuando descubrieron que esa información no valía de nada debido a mi pequeña démarche³⁷.

—¿Y qué ocurrió con Bulic?

G. hizo una mueca.

—Sí, ha sido lamentable. Siempre me he considerado un tanto responsable por la gente que ha trabajado para mí. Fue arrestado casi de inmediato. No hubo dudas en cuanto a cuál de las

³⁷ En francés en el original; «maniobra». (N. Del T.)

copias guardadas en el Ministerio había sido sustraída. Era la única que tenía dobles. Las impresiones dactilares hicieron lo demás. Bulic demostró su sensatez al decir a las autoridades todo cuanto sabía acerca de Dimitrios. Como resultado le condenaron a cadena perpetua, en lugar de fusilarle. Por cierto que yo esperaba verme complicado en todo aquello, pero no sucedió así. Eso me extrañó un poco, en su momento. Fuera como fuese, yo le había presentado a Dimitrios. En esos días me preguntaba a menudo si lo había hecho porque no quería enfrentarse con el cargo adicional de haber aceptado sobornos o porque sentía agradecimiento hacia mí por haberle prestado los doscientos cincuenta dinares. Tal vez no me había relacionado con el asunto del mapa náutico. En fin, de todas maneras, me sentí complacido. Aún me quedaba algún trabajo que hacer en Belgrado y que la policía me estuviera buscando, aunque con otro nombre, habría representado una complicación en mi vida. Nunca he podido soportar los disfraces.

Le hice una última pregunta. Me respondió lo siguiente:

—Sí, desde luego; conseguí el nuevo mapa tan pronto como lo hicieron. Por un conducto muy distinto, por supuesto. Después de invertir tanto dinero mío en esa misión, no podía regresar con las manos vacías. Siempre ocurre así: por uno u otro motivo, siempre se presentan ese tipo de demoras, esos derroches de esfuerzos y de dinero. Quizá usted piense que fui poco hábil en el modo como manejé a Dimitrios. Sería una apreciación injusta. No fue más que un pequeño error el juicio por mi parte, eso es todo. Supuse que sería como todos los demás tontos que hay en el mundo, demasiado proclive a la codicia. Pensé que esperaría a que yo le pagara los cuarenta mil dinares antes de intentar arrebatarme el negativo. Pero me cogió por sorpresa. Ese error de juicio me costó mucho dinero.

—A Bulic le costó su libertad.

Temo haber dicho esas palabras con un tono de reproche, porque G. frunció el ceño.

—Mi querido monsieur Latimer —me replicó con acritud—, Bulic no era más que un traidor y ha recibido la recompensa que le corresponde. No es posible ponerse sentimental ante un caso como el suyo. En toda guerra se producen, siempre, algunas bajas.

Y Bulic ha tenido suerte, a pesar de todo. Hubiera podido utilizarle una vez más y con eso le habrían fusilado, al final. Tal como se desarrolló todo, ha ido a parar sólo a la cárcel. Y de acuerdo con la información que poseo, todavía está allí.

No quiero mostrarme demasiado duro, pero es preciso admitir que está mejor dentro. ¿Su libertad? ¡Tonterías! No tenía nada que perder. Y en cuanto a su mujer, no me cabe ninguna duda de que ya se las habrá arreglado lo mejor que habrá podido por sí misma. Siempre me dio la impresión de que esa mujer no soportaba a su marido. Y no se lo reprocharía. Era un hombre desagradable, ese pobrecito Bulic. Creo que le caía la baba al comer. Y más aún, representaba un engorro. ¿Se le ocurrió pensar a usted que aquella noche, después de marcharse del hotel de Dimitrios, fuese a ir al casino de juego, para pagarle la deuda a Alessandro? Pues no lo hizo; al día siguiente, cuando la policía le arrestó, todavía llevaba los cincuenta mil dinares en el bolsillo. Otro gasto inútil.

Amigo mío, en momentos como ése resulta imprescindible un poco de sentido del humor. Pues bien, mi apreciado Marukakis, esto es todo.

10. Los ocho ángeles

Latimer llegó a París en un día gris de noviembre.

Mientras el taxi atravesaba el puente en dirección a la *Île de la Cité*, observó durante unos momentos el cúmulo de nubes bajas y negras, deslizándose impulsadas por un viento frío y cargado de polvo.

Las grandes fachadas de las casas del *quai de Corse* se escudaban tras su secreto silencio. Uno hubiera dicho que en cada ventana se ocultaba un observador. Poca era la gente que transitaba por las calles. En esa tarde de finales de otoño, París tenía el macabro aspecto de un grabado antiguo.

Se sintió deprimido al subir las escaleras de su hotel en el *quai de Voltaire* y se arrepintió profundamente por no haber regresado a Atenas.

Su habitación estaba fría. Era demasiado temprano para tomar un aperitivo. En el tren había comido lo suficiente para que no le apeteciera cenar demasiado pronto. Estaba decidido a inspeccionar, desde fuera, el número 3 de la *impasse des Huit Anges*.

No sin cierta dificultad logró dar con el pasaje, oculto en una calle que cruzaba la *rue de Rennes*.

El pasaje, amplio, empedrado, describía una L; a cada lado de la entrada había una alta verja de hierro. Ambas estaban sujetas a las paredes, en las que se apoyaban sus goznes, con unos pesados ganchos de hierro que, evidentemente, no habían sido quitados durante años. Una fila continua de hierros rematados en puntas formaba una reja que separaba un lado del pasaje de la alta pared ciega del edificio contiguo. Otra pared ciega, sin estar protegida por las rejas, pero sí amparada por las palabras: «DÉFENSE D’AFFICHER, LOI DU 10 AVRIL 1929»³⁸, escritas con pintura resistente a la intemperie, encaraba a la primera.

Sólo tres casas daban a la *impasse* agrupadas fuera del alcance de la vista de la calle, al pie de la L y, a través de la estrecha hendidura existente entre el edificio en el que se prohibía fijar carteles y la parte trasera de un hotel en cuyo techo destacaban unos desagües retorcidos como serpientes, aquellas casas miraban hacia un espacio cerrado por muros de cemento.

³⁸ En francés en el texto original. «Prohibido fijar carteles, ley del 10 de abril de 1929». (N. Del T.)

La vida en la impasse des Huit Anges, pensó Latimer, debía ser como una especie de ensayo para la Eternidad. Otros, antes que él, habían pensado lo mismo: la prueba estaba en que de las tres casas, dos estaban cerradas y vacías, sin duda alguna, y la tercera, el número 3, precisamente, ocupada en el cuarto y en el último piso tan sólo.

Con la impresión de que estaba entrando en una propiedad privada, Latimer caminó por los irregulares adoquines del pasaje hasta llegar a la puerta del número 3.

La puerta estaba abierta; un pasillo embaldosado desembocaba en un pequeño patio trasero, húmedo y oscuro. El cuarto del conserje, a la derecha de la puerta, estaba vacío y no mostraba señales de haber sido utilizado desde hacía cierto tiempo. A su lado, sobre la pared, cuatro cajas de madera cubiertas de polvo, ostentaban cuatro placas de bronce, atornilladas en la parte superior de cada una. Tres de ellas estaban vacías. En la cuarta, un trozo mugriento de papel contenía el nombre «CAILLE», escrito con tinta violeta.

Al margen de esto, lo único que cabía pensar era que míster Peters le había dado unas señas reales, cosa de la que Latimer no había dudado en ningún momento. Giró y se encaminó hacia la calle. En la rue de Rennes compró una tarjeta, escribió su nombre, la dirección de su hotel, puso el nombre de Peters y echó el sobre en el buzón.

También envió una tarjeta postal a Marukakis.

Lo que ocurriera a partir de ese momento dependía, en gran medida, de Peters. Pero había algo que podía hacer, entretanto: averiguar qué dijeron los periódicos de París (si es que habían publicado algo al respecto) cuando en diciembre de 1931 había sido capturada la banda de traficantes de drogas.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, sin haber recibido aún noticias de Peters, se decidió a pasar la mañana en los archivos de la hemeroteca. El periódico que por fin eligió había hecho algunas referencias al caso. La primera con fecha del 29 de noviembre de 1931. El titular decía:

TRAFICANTES DE DROGAS ARRESTADOS

y proseguía:

«Un hombre y una mujer, relacionados con la distribución de droga y adictos, fueron arrestados ayer en el barrio de Alésia. Según se ha podido saber, for-

man parte de una conocida banda extranjera. La policía espera efectuar nuevos arrestos en los próximos días.»

Eso era todo. Es un texto extraño, pensó Latimer. Esas escuetas oraciones parecían haber sido entresacadas de un informe más extenso. También resultaba curioso que no se mencionara ningún nombre. Censura policial, tal vez.

La siguiente referencia apareció el 4 de diciembre con el siguiente titular:

TRAFICANTES DE DROGAS, TRES NUEVOS ARRESTOS

«Tres miembros de una organización criminal, dedicada a la distribución de droga, fueron arrestados a última hora de la noche de ayer, en un café, cerca de la Porte d'Orléans. Los agentes, al entrar en el café para practicar los arrestos, se vieron obligados a disparar contra uno de los hombres, que iba armado y que resultó herido de poca consideración; el individuo había intentado escapar desesperadamente. Los dos hombres restantes, uno de ellos extranjero, no han ofrecido resistencia.

Se eleva ya a cinco el número de integrantes de la banda que se encuentran detenidos.

Se cree que los tres individuos detenidos anoche también formaban parte de la banda que integraban el hombre y la mujer arrestados en el barrio de Alésia, la semana pasada.

La policía estima que aún se producirán más detenciones, ya que la Brigada Superior de Estupefacientes tiene en su poder pruebas que comprometen a los actuales organizadores de esta pandilla.

El señor Auguste Lafon, director de la Brigada, ha declarado: “Tuvimos conocimiento de la existencia de esta banda hace algún tiempo y hemos llevado a cabo laboriosas investigaciones para determinar sus actividades. Pudimos haber realizado con anterioridad otras detenciones, pero no lo creímos prudente. Perseguíamos a los jefes, a los criminales más destacados. Sin sus jefes y sin la fuente de suministro, el ejército de pequeños traficantes que infestan las calles de París se verá incapaz de sacar adelante su nefasto negocio. Nos proponemos desarticular a esta banda e, incluso, a otras similares.”»

Además, el 11 de diciembre, el periódico publicaba otra noticia:

UNA BANDA DE TRAFICANTES DE DROGAS HA SIDO DESARTICULADA

«Los hemos cogido a todos», dice Lafon

EL CONSEJO DE LOS SIETE

«Seis hombres y una mujer se encuentran detenidos como resultado de la operación organizada por monsieur Lafon, director de la Brigada Superior de Estupefacientes, contra una conocida banda extranjera de traficantes de droga, que actuaba en París y en Marsella.

La operación había comenzado dos semanas atrás, con el arresto de una mujer y un hombre, cómplices ambos, en el barrio de Alésia. Alcanzó su punto álgido ayer, con el arresto, en Marsella, de dos hombres que, al parecer, son los dos miembros restantes del Consejo de los Siete, responsable de la organización de esta banda criminal y de su tráfico.

A petición de la policía, no mencionamos los nombres de las personas arrestadas, con el fin de no poner en guardia a los demás implicados. Ahora, esa prohibición ya ha sido retirada.

La mujer, Lydia Prokofievna, de origen ruso, llegó a Francia, según se cree, desde Turquía, con pasaporte Nansen, expedido en 1924. En el mundo del hampa se la conoce con el sobrenombre de La Gran Duquesa. El hombre detenido con ella se llama Manus Visser, y como socio de la Prokofievna, es conocido con el apodo de El Señor Duque.

Los nombres de los otros cinco individuos detenidos son: Luis Galindo, súbdito mexicano nacionalizado francés, internado en la actualidad en un hospital con una herida de bala en el muslo; Jean-Baptiste Lenôtre, francés, vecino de Burdeos; Jacob Werner, belga, que fue detenido juntamente con Galindo; Pierre Lamare o Jo-jo, nizardo, y Frederik Petersen, súbdito danés, que fueron arrestados en Marsella. En unas declaraciones hechas anoche a la prensa, monsieur Lafon dijo: “Los hemos cogido ya a todos; la banda ha sido desarticulada; hemos decapitado a la organización que ha quedado, pues, sin su cerebro. El cuerpo morirá de una muerte rápida: todo ha terminado.”

Lamare y Petersen serán interrogados hoy por el juez instructor. Se espera que se celebre un juicio común de todos estos detenidos.»

En Inglaterra, pensaba Latimer, monsieur Lafon se hubiera encontrado en un serio apuro. De acuerdo con lo publicado por el periódico, parecía ocioso celebrar un juicio, ya que la policía y la prensa ya habían pronunciado su propio veredicto.

Pero, por esos años, el acusado era siempre culpable a los ojos de los jueces. De hecho, el que se les concediera un juicio no servía de otra cosa que para preguntarle si tenían algo que alegar antes de oír la sentencia.

Al parecer, con el arresto del Consejo de los Siete el interés por ese caso había desaparecido. La Gran Duquesa había sido enviada a Niza para ser juzgada allí por un fraude cometido tres años antes; tal vez eso explicara el silencio que siguió. El resto de los procesados fueron juzgados rápidamente. Todos ellos fueron declarados culpables. A Galindo, Lenôtre y Werner se les condenó a pagar una multa de cinco mil francos y a tres meses de cárcel; Lamare, Petersen y Visser, a sendas multas de dos mil francos y a un mes de prisión.

Latimer se quedó perplejo ante lo atenuado de aquellas sentencias. Lafon se había sentido ultrajado, pero sin asombrarse en lo más mínimo había hecho tronar en público su indignación: «De no haber sido por un código de leyes ana-

crónicas y ridículas, aquellos seis hombres tendrían que haber sido condenados a cadena perpetua».

El periódico no mencionaba que la policía no había dado con el paradero de Dimitrios. No era nada extraño. La policía, sin duda, no se había sentido inclinada a comunicar a la prensa que las detenciones se habían podido llevar a cabo sólo gracias a una concisa información, generosamente proporcionada por algún anónimo bien intencionado, del que se sospechaba que debía ser el jefe de la banda.

No obstante, Latimer se enojó al comprobar que él sabía más sobre el caso que el propio periódico al que había acudido en busca de esclarecimiento.

Estaba a punto de cerrar, disgustado, la carpeta del archivo, cuando advirtió una ilustración. Era una borrosa reproducción de una fotografía de tres de los detenidos, dirigiéndose a la sala de audiencias acompañados por tres detectives a cuyas muñecas habían sido esposados. Los tres acusados habían vuelto sus cabezas, para que la cámara no captara sus rostros, pero debido a que iban esposados no lo lograron del todo.

Latimer abandonó las oficinas de la hemeroteca en un estado de ánimo mejor que aquel con que había entrado.

En su hotel le esperaba un mensaje. A menos que enviara otro recado anulándolo, Peters le vería esa tarde a las seis en punto. Pocos minutos después de las cinco y media llegó Peters. Su saludo fue efusivo:

—¡Miquerido míster Latimer! Cómo decirle lo mucho que me alegra volver a verle. Nuestro último encuentro tuvo lugar en circunstancias tan poco esperanzadoras que, casi no me atrevía a esperar... En fin, será mejor que hablemos de cosas más agradables... ¡Bien venido a París! ¿Ha tenido usted un buen viaje? Tiene buen aspecto. Dígame, ¿qué le ha parecido Grodek? Me ha escrito para contarme lo encantador y simpático que ha sido el encuentro entre ambos. Es una persona estupenda, Grodek, ¿verdad? ¡Y esos gatos que tiene! El los adora.

—Me ha servido de mucho la conversación con Grodek. Siéntese, por favor.

—Sabía que sería así.

Para Latimer la sonrisa dulzona de Peters valía tanto como el saludo de un antiguo y detestado conocido.

—También se ha mostrado algo misterioso: me ha rogado de modo muy especial para que viniera a París a verle a usted.

—¿De veras?—Peters parecía contrariado: su sonrisa se había marchitado en parte—. ¿Y qué otra cosa le ha dicho Grodek, míster Latimer?

—Me ha dicho que usted se ha comportado como una persona muy inteligente. Al parecer ha encontrado divertida alguna de las cosas que le he dicho sobre usted.

Peters se sentó en la cama, con cautela. Su sonrisa había desaparecido.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Me ha preguntado con insistencia qué clase de relación tenía yo con usted. Le he dicho lo que he podido. Porque dado que nada sé —continuó Latimer, con tono desdeñoso—, he pensado que podía confiar en él sin temer ningún inconveniente. Si esto le desagrada, lo siento. Recuerde que aún desconozco absolutamente ese bonito plan suyo.

—¿Grodek no le ha dicho nada?

—No. ¿Podía haberlo hecho?

La sonrisa volvió a entreabrir sus suaves labios. Parecía que una obscena planta hubiera vuelto sus hojas hacia el sol.

—Sí, míster Latimer, podía haberlo hecho. Lo que usted me dice explica el tono petulante de la carta que me ha enviado. Me complace que haya satisfecho usted

la curiosidad de nuestro amigo. En este mundo en que vivimos, con demasiada frecuencia los ricos codician los bienes de los demás. Grodek es un buen amigo mío, pero no estará de más que sepa que no necesitamos su ayuda. De otro modo, podría seducirle la idea de ganar algún dinero.

Latimer observó a su interlocutor, pensativamente, durante unos segundos y después preguntó:

—¿Lleva la pistola encima, míster Peters? El gordo cambió su sonrisa por un gesto de horror.

—Cielos, no, míster Latimer. ¿Por qué habría de traer semejante objeto cuando he venido a hacerle una visita amistosa?

—Estupendo —dijo Latimer con sequedad; se volvió hacia la puerta e hizo girar la llave en la cerradura; luego la guardó en su bolsillo—. Pues bien —comenzó a decir torvamente—, no quiero parecer un mal anfitrión, pero mi paciencia tiene sus límites. He recorrido una larga distancia para verle y todavía ignoro los motivos. Y quiero saber por qué he venido.

—Lo sabrá.

—Ya he oído eso mismo antes —replicó Latimer con un tono rudo—. Pero ahora, antes de que comience otra vez con sus divagaciones, hay una o dos cosas que debe saber. No soy una persona violenta, míster Peters. Y le digo sinceramente que me espanta la violencia. Pero hay circunstancias en las que aun el más acérrimo amante de la paz se ve obligado a utilizarla. Tal vez sea ésta una de esas circunstancias. Soy más joven que usted y me atrevo a asegurarle que estoy en mejores condiciones físicas. Si insiste en su reticencia, le daré una tunda. Esto lo primero.

»Lo segundo que debe saber es que sé quién es usted. Su nombre no es Peters sino Petersen, Frederik Petersen. Usted es uno de los miembros de la banda de traficantes de droga que organizó aquí Dimitrios y fue arrestado en diciembre de 1931, multado en dos mil francos y condenado a un mes de prisión.

La sonrisa de Peters era una mueca torturada.

—¿Se lo ha dicho Grodek?

La pregunta fue formulada con cierta deferencia y pena a la vez. Por el tono como pronunció el nombre de Grodek bien hubiera podido ser sinónimo de Judas. —No. Esta mañana he visto una fotografía suya en el archivo de la hemeroteca.

—Un periódico. ¡Ah, sí! Me resultaba imposible creer que mi amigo Grodek...

—¿Lo niega?

—Oh, no. Es cierto.

—Bueno, míster Petersen...

—Peters, míster Latimer. Hace tiempo que decidí cambiar de nombre.

—Muy bien, pues, Peters. Hemos llegado ya al tercer punto de mi exposición. En Estambul me enteré de ciertas cosas de interés acerca de cómo acabó aquella

banda de traficantes. Se decía que Dimitrios había traicionado a todos sus compinches: había enviado, sin mencionar su procedencia, a la policía un largo informe con minuciosos detalles que acusaban a siete de ustedes. ¿Es cierto eso?

—Dimitrios se ha portado muy mal con todos nosotros —dijo Peters con voz ronca.

—También se decía que Dimitrios se había convertido en un adicto a las drogas. ¿Es cierto eso?

—Por desgracia, lo es. Creo que, de lo contrario, nunca nos hubiese traicionado. Estábamos ganando muchísimo dinero en su provecho en esos días.

—También se decía que habían jurado vengarse. Que todos ustedes le habían dicho a Dimitrios que le matarían tan pronto salieran de la cárcel.

—Yo no le amenacé —corrigió Peters—. Alguno de los otros lo hizo. Galindo, por ejemplo, que no era un hombre de gran frialdad, precisamente.

—Ya entiendo. Usted no le amenazó. Usted ha preferido actuar.

—No entiendo qué quiere decir, mister Latimer —Peters hizo un gesto como si realmente no comprendiera.

—¿No? Permítame que se lo explique a mi manera. Dimitrios fue asesinado hace menos de dos meses en Estambul. Al poco tiempo del asesinato, usted estaba en Atenas. No muy lejos de Estambul, ¿no es así? Dimitrios, según consta en los informes oficiales, ha muerto casi en la miseria. ¿Cómo es posible eso? Tal como usted mismo ha dicho, la banda de traficantes le había reportado mucho dinero en 1931. De acuerdo con lo que he podido saber de él, Dimitrios no era hombre que perdiera fácilmente el dinero que conseguía. ¿Sabe usted en qué estoy pensando, mister Peters? Me pregunto si no sería razonable suponer que usted ha asesinado a Dimitrios para apoderarse de aquel dinero. ¿Qué puede responderme a esto?

Peters guardó silencio durante unos segundos, mientras contemplaba a Latimer con aquel gesto de amarga admonición que podría dibujarse en la cara del buen pastor que se dirige a una oveja descarriada.

Tras la pausa, el gordo dijo:

—Mister Latimer, creo que es usted demasiado indiscreto.

—¿De veras?

—Y también muy afortunado. Admitamos por un instante que, tal como usted ha sugerido, yo haya asesinado a Dimitrios. Piense en lo que me vería obligado a

hacer: me vería obligado a asesinarle a usted también, ¿no es así?-Peters metió una mano en el bolsillo superior de su abrigo y la mano emergió empuñando la Luger

—. Ya lo ve usted: le he mentado hace unos momentos. Lo reconozco. Me interesaba muchísimo saber qué haría si creía que yo iba desarmado. Y, por otra parte, es una actitud nada elegante venir aquí con una pistola en el bolsillo. Probar que no había traído la pistola para emplearla contra usted hubiera sido casi imposible. De modo que le he mentado. ¿Comprende mis sentimientos, aunque sea un poco? Me gustaría mucho lograr que usted se fiase de mí.

—¡Oh! Como respuesta a una acusación de asesinato, todo lo que acaba de decirme es muy astuto.

Peters guardó su pistola con un mohín de cansancio.

—Esto no es una novela policíaca, míster Latimer. No hay por qué comportarse tan estúpidamente. Si lo que ocurre es que usted no es capaz de ser discreto,

utilice su imaginación, por lo menos. ¿Le parece verosímil que Dimitrios haya dejado un testamento a mi favor? No, no lo es. ¿Cómo supone usted, entonces, que he podido matarle para apoderarme de su dinero? En los tiempos que corren, la gente no lleva su fortuna en el bolsillo de la chaqueta. Vaya, míster Latimer, seamos razonables. Le invito a cenar, después hablaremos de negocios. Y propongo que tomemos el café en mi apartamento... es un poco más cómodo que esta habitación... Aunque si usted prefiriera ir a algún café, le comprendería. Es posible que no tenga una opinión demasiado buena sobre mí. No se lo reprocho, por cierto. Pero, por lo menos, déjeme creer en nuestra amistad.

Por un momento, Latimer sintió buena disposición hacia Peters. Aunque la parte final de su exhortación había ido acompañada por una excesiva autocompasión, el antiguo traficante de droga no había sonreído.

Además, ese hombre ya le había hecho sentirse estúpido y Latimer no quería que ahora le hiciera sentirse un perfecto melindroso. Al mismo tiempo...

—Tengo tanta hambre como usted —dijo— y no tengo ninguna razón para preferir un café a su apartamento. Al mismo tiempo, míster Peters, por muchas causas que tenga yo de mostrarme amigable, creo que es mi deber advertirle algo: a menos que esta misma noche reciba una explicación satisfactoria de por qué me ha hecho venir a verle a París, me iré en el primer tren que salga mañana, haya o no de por medio ese medio millón de francos. ¿Está claro?

La sonrisa de Peters volvía a florecer.

—Imposible estarlo más claro, míster Latimer. ¿Es necesario que le explique hasta qué punto aprecio su franqueza?

—¿Dónde iremos a cenar? Hay un restaurante danés muy cerca de aquí, ¿verdad?

Peters luchaba para ponerse el abrigo.

—No, míster Latimer, como usted ya sabrá muy bien, sin duda alguna, no existe ese restaurante. —Peters suspiró con amargura—. Es poco amable de su parte

al burlarse de mí de esta manera. En fin, sea como fuere, prefiero la cocina francesa, amigo mío.

Mientras bajaban por la escalera, Latimer pensó que la capacidad de Peters para hacerle sentir un perfecto idiota era enorme.

Por sugerencia de Peters, y a sus expensas, cenaron en un restaurante barato de la rue Jacob. Luego se dirigieron hacia la impasse des Huit Anges.

—¿Qué pasa con Caillé?-preguntó Latimer mientras subían por la polvorienta escalera.

—No está en la ciudad. De momento soy el único que vive en la casa.

—Ya lo veo.

Peters, que respiraba con dificultad, se detuvo en cuanto llegó al segundo rellano. —Habría pensado que soy Caillé.

—Sí.

Peters reanudó el ascenso. Los peldaños crujían bajo sus pies.

Latimer, que le seguía a dos o tres escalones de distancia, imaginó la escena de un elefante de circo que va subiendo, de mal grado, por una pirámide de módulos

de distintos colores, para realizar alguna prueba de equilibrio en la cima.

Llegaron al cuarto piso. Peters se detuvo, jadeante, y buscó en sus bolsillos un manajo de llaves. Introdujo una en la cerradura de la vieja y desquiciada puerta

que tenía ante sí y abrió. Después de accionar el interruptor de la luz, con un gesto le cedió el paso a Latimer.

El cuarto se extendía de un extremo a otro de la casa y estaba dividido en dos por una cortina que colgaba a la izquierda de la puerta de entrada. La mitad oculta por la cortina era de forma distinta a la otra mitad que incluía la puerta, ya que en determinado lugar se estrechaban para dar paso a una escalera interior, y entre la pared trasera y la casa contigua delimitaba una pequeña alcoba. A cada extremo del cuarto había una alta ventana francesa.

Pero si desde el punto de vista arquitectónico era ése un cuarto que cualquiera podría considerar típico de una casa francesa de esa índole y antigüedad, desde cualquier otro punto de vista resultaba fantástico.

El primer objeto que llamó la atención de Latimer fue la cortina divisoria. La tela era de imitación oro. Las paredes y el cielorraso estaban pintados de un rabioso azul y sembrados de estrellas doradas, de cinco puntas.

Diseminadas sobre el piso, de modo que no se veía un solo centímetro de él, había toda clase de alfombras marroquíes baratas. Estaban superpuestas, de tres en tres en ciertas partes y hasta de cuatro en cuatro en otras.

Había tres enormes divanes, cubiertos por gruesos cojines, algunas otomanas de piel repujada y una mesilla marroquí con una bandeja de bronce apoyada en la tapa.

En un rincón destacaba un enorme gong de bronce. La luz provenía de varias bombillas ocultas por unas pantallas de madera labrada de roble. En el centro mismo de la estancia descansaba una estufa eléctrica de metal plateado. El olor del polvo depositado en la tapicería era sofocante.

—¡Este es mi hogar! —exclamó Peters—. Deje su abrigo allí, místico Latimer. ¿Le gustaría ver el resto de la casa?

—Oh, sí, muchísimo.

—En apariencia, no es más que una de tantas casas francesas incómodas —comentó Peters mientras subía la escalera interior—, pero por dentro es un oasis en medio de este árido desierto. Este es mi dormitorio.

Latimer tenía ante sus ojos otra mezcla de estilo francés y mobiliario marroquí. Aquí, los adornos más visibles eran dos pijamas arrugados de franela.

—Y el lavabo.

Latimer echó una ojeada al lavabo y descubrió que su anfitrión tenía una dentadura postiza de recambio.

—Ahora le mostraré algo interesante —anunció Peters a su compañero.

Volvieron al rellano. Delante de ellos había un gran ropero. Peters abrió una de sus puertas y encendió una cerilla. Al fondo del ropero había una fila de perchas

metálicas. Peters cogió una de ellas y, utilizándola a modo de tirador, la movió de su sitio. La parte trasera del ropero se deslizó hacia delante y Latimer sintió el aire de la noche en su rostro y oyó los ruidos de la ciudad.

—Hay una estrecha plataforma de hierro que va a lo largo de la pared exterior, hasta la casa contigua —explicó Peters—. Allá hay otro armario igual a éste. Usted no puede ver nada porque sólo tenemos muros ciegos al frente. Del mismo modo, nadie podría vernos si decidiéramos marcharnos por aquí. Dimitrios mandó hacer esto.

—¡Dimitrios!

—Dimitrios era el dueño de estas tres casas. Las mantenía vacías para proteger su vida privada. En ciertas ocasiones han sido utilizadas como almacenes. En estas dos plantas era donde nos reuníamos. Desde el punto de vista moral, sin duda, estas casas todavía pertenecen a Dimitrios. Por suerte para mí, él había tenido la precaución de comprarlas a mi nombre. Yo mismo me ocupé del aspecto legal de la compra. La policía jamás tuvo noticia de la existencia de estas casas. De modo que al salir de la cárcel pude venir a vivir aquí. En el caso de que Dimitrios se preguntara alguna vez qué había ocurrido con sus propiedades, yo había tenido la precaución de comprármelas a mí mismo, a nombre de Caillé. ¿Le gusta a usted el café argelino?

—Sí.

—Hacerlo lleva más tiempo que si se hace café a la francesa. Pero yo prefiero prepararlo así. ¿Le parece bien si bajamos?

Bajaron. Después de cerciorarse de que Latimer estaba confortablemente en un mar de cojines, Peters desapareció en la alcoba.

Latimer apartó algunos cojines y echó un vistazo a su alrededor. Le producía una extraña sensación la idea de que aquella casa alguna vez hubiera pertenecido a Dimitrios. Pero lo que más le extrañaba era el hecho de que todo aquello estuviera en manos del ridículo Peters.

Sobre su cabeza, contra la pared, advirtió un pequeño estante, de madera calada, que sostenía algunos libros de ediciones de bolsillo. Allí estaba el ejemplar de *Joyas de la sabiduría cotidiana*, el mismo que Peters había estado leyendo en el trayecto Atenas-Sofía. Además, había un ejemplar del *Simposio*, de Platón, en francés e intonso, una antología titulada *Poèmes Erotiques*, sin nombre de autor ni de recopilador y tenía las páginas abiertas, las *Fábulas*, de Esopo, en versión inglesa, Robert Elsmere, por mistress Humphry Ward, en versión francesa, un *Diccionario geográfico alemán* y varios libros escritos por el doctor Frank Crane, en una lengua que Latimer estimó que sería el danés.

Peters volvió con una bandeja marroquí sobre la que descansaba una extraña cafetera, un infiernillo de alcohol, dos tazas y una caja de cigarrillos marroquíes.

Peters encendió el infiernillo y lo acomodó bajo la cafetera. Puso los cigarrillos sobre el diván, junto a Latimer. Después extendió una mano por encima de la cabeza de su huésped, para coger uno de los libros de Crane. Recorrió las páginas, se detuvo para abrir el libro en una determinada. Una pequeña fotografía cayó al suelo. La alzó y la puso ante los ojos de Latimer.

—¿Le reconoce usted, míster Latimer?

Era una borrosa toma de la cabeza y los hombros de un individuo de mediana edad con...

Latimer apartó los ojos de la fotografía.

—¡Es Dimitrios! —exclamó—. ¿De dónde la ha sacado?

Peters cogió con delicadeza la fotografía que estaba entre los dedos de su invitado.

—¿Le ha reconocido usted? Estupendo.

Peters se sentó sobre una otomana, reguló la llama del infiernillo y miró a su interlocutor.

Si hubiera sido posible que los ojos húmedos y mates de Peters se mostraran resplandecientes, Latimer habría jurado que resplandecían de placer. —Coja usted un cigarrillo, míster Latimer. Le contaré una historia.

11. París, 1928-1931

—Así es, míster Latimer; la mayoría de los hombres van por la vida sin saber lo que buscan. Pero Dimitrios, ya lo sabe usted, no pertenecía a esa clase de personas. Dimitrios sabía muy bien qué quería para sí. Quería dinero y quería poder. Sólo esas dos cosas. Y cuanto más mejor. Lo curioso del caso es que yo he sido quien le ha ayudado a obtenerlo.

»En 1928 puse por primera vez mis ojos en Dimitrios. Fue aquí mismo, en París. Por esos años, yo estaba asociado con un hombre que se llamaba Giraud. Teníamos una boîte en la rue Blanche; el nombre del local era Le Kasbah Parisien; era un lugar muy bonito, muy íntimo, con luces ambarinas y alfombras.

»Giraud y yo nos habíamos conocido en Marrakesh y habíamos decidido imitar un lugar muy sofisticado que frecuentáramos en esa ciudad. Todo era de procedencia marroquí en nuestra boîte. A excepción de la orquesta, que tocaba piezas bailables y que era de origen sudamericano.

»Abrimos nuestro negocio en el año 1926: un año excelente en París. Los americanos y los ingleses (los americanos en especial) tenían dinero para gastárselo en champagne y también los franceses acudían a nuestra boîte. Casi todos los franceses sienten cierta nostalgia de Marruecos, salvo los que han tenido que hacer su servicio militar allá, por supuesto. Y Kasbah, nuestra boîte, era Marruecos. Teníamos camareros árabes y senegaleses y el champagne, realmente, procedía de Meknes. A los americanos les resultaba un poco dulce, pero aun así lo consideraban bueno y barato.

»Durante los dos primeros años hicimos mucho dinero y después, como suele ocurrir en ese tipo de negocios, la clientela comenzó a cambiar.

»Nuestros clientes franceses aumentaron, disminuyeron los americanos, los *maquereaux*³⁹ superaban en número a los caballeros, y las *poules*⁴⁰ a las damas elegantes.

»Nuestro negocio nos resultaba rentable todavía, pero no tanto como en los primeros tiempos. Comencé a pensar por entonces que había llegado el momento de irnos de ese lugar.

39 En francés en el texto original; «golfo», «chulo». (N. Del T.)

40 En francés en el texto original; «pollita», «muchacha de alterne». (N. Del T.)

»Giraud trajo a Dimitrios a Le Kasbah.

»Yo había conocido a Giraud durante mi permanencia en Marrakesh. Este hombre era mestizo, hijo de madre árabe y de padre francés, un soldado francés. Había nacido en Argel y tenía pasaporte francés.

»No sé con exactitud cómo se habían conocido Giraud y Dimitrios. Es posible que fuese en una boîte que estaba rue Blanche arriba; nosotros no abríamos hasta las once de la noche y Giraud iba a bailar, a menudo, antes de esa hora.

»Una noche, pues, mi socio llevó a Dimitrios a Le Kasbah y después se apartó para hablar conmigo. Me recordó que nuestras ganancias habían disminuido y me aseguró que podíamos hacer más dinero si aceptábamos algunas propuestas de un amigo suyo, Dimitrios Makropoulos.

»La primera vez que le vi, Dimitrios no me impresionó. Recuerdo que pensé que era el perfecto maquereau que yo conocía muy bien; llevaba ropas muy ajustadas, su pelo era gris, se hacía la manicura y se pulía las uñas y miraba a las mujeres de un modo que no podía caerles bien a las damas que frecuentaban Le Kasbah.

»Con todo, me acerqué a la mesa junto con Giraud y nos dimos un apretón de manos. Dimitrios me pidió que me sentara en la silla que tenía a su lado. Cualquiera hubiese dicho que yo era un camarero y no el patrón.

En ese momento de su relato, Peters fijó sus ojos acuosos en los de su interlocutor.

—Tal vez piense usted, míster Latimer, que, a pesar de que Dimitrios no me había impresionado, recuerdo las circunstancias con demasiada precisión. Es cierto. Lo recuerdo todo con gran exactitud. Ya me comprenderá usted, entonces no conocía a Dimitrios tal como llegaría a conocerle más tarde. Ese hombre causaba una fuerte impresión, aunque pareciera que no. Lo cierto es que su actitud me irritó aquella noche; sin sentarme, le pregunté qué quería.

»Durante un breve instante clavó sus ojos en mí. Tenía unos ojos afables, castaños, sabe usted. Y luego me dijo:

“—Quiero champaña, amigo. ¿Alguna objeción que hacer? Puedo pagarlo, se lo aseguro. ¿Será usted cortés o debo pensar que será mejor que le proponga mi negocio a personas más inteligentes?

»Soy un hombre de temperamento tranquilo. No me gusta el jaleo. A menudo he pensado que este mundo nuestro sería un lugar mucho más agradable si la gente se comportara con cortesía, si las personas hablaran entre sí serenamente. Sin embargo, hay ocasiones en que es difícil hacerlo.

»Le dije a Dimitrios que nada me movería a ser cortés con él y que podía marcharse a donde le diera la gana.

»De no haber sido por Giraud, se habría ido y yo no estaría sentado aquí, hablando con usted. Mi socio se sentó a la mesa de Dimitrios y le pidió disculpas por mi proceder. Mientras Giraud hablaba, advertí que Dimitrios me observaba: no me cabe duda de que se preguntaría qué clase de persona era yo.

»Tenía la gran seguridad de que no me interesaba ningún negocio, de la índole que fuera, que Dimitrios me propusiera. Pero intervino Giraud y me vi obligado a escuchar. Nos sentamos con aquel hombre para que nos explicara sus planes.

»Hablaba de una manera convincente y, al fin y a la postre, consentí en hacer lo que él quería. Nuestra sociedad con Dimitrios databa ya de varios meses, cuando un día...

—Un momento —le interrumpió Latimer—, ¿qué clase de sociedad era ésa? ¿Era el comienzo del tráfico de droga?

Peters dudaba. Frunció el ceño antes de proseguir con su explicación:

—No, míster Latimer, no lo fue. En aquel tiempo, Dimitrios estaba conectado con lo que usted, supongo, llamaría la trata de esclavas blancas. ¡Oh!, esta frase me parece muy interesante... trata es una palabra llena de significados horribles. Y eso de “esclavas blancas”... considere usted las connotaciones del adjetivo. ¿Quién habla en el presente del tráfico de esclavas de color? Creo que nadie. Y, sin embargo, la mayoría de mujeres afectadas son de color. Nunca he llegado a comprender por qué motivos las consecuencias de ese tráfico podrían resultar más desagradables para una joven blanca de algún barrio bajo de Bucarest que para una joven negra de Dakar o para una chica de Harbin.

»El Comité de la Liga de las Naciones lucha contra estos prejuicios: ya ha examinado este aspecto del problema. Y sus miembros han demostrado de nuevo su inteligencia al dejar de utilizar la palabra “esclavas”. Ahora se refieren al tema llamándolo “tráfico de mujeres”.

»Nunca me ha gustado este negocio. No se puede tratar a los seres humanos como si se tratara de mercancías inanimadas. Este negocio siempre acarrea problemas.

»Siempre existe la posibilidad de que el adjetivo “blanca” adquiriera un sentido religioso, además del racial. Según mi experiencia, puedo asegurarle que esa posibilidad es remota, pero existe. Quizá sea yo ilógico y sentimental, pero me importa que no se mezclen esos dos conceptos, se lo aseguro.

»Además, los gastos más elementales de un tratante, en este negocio considerado fácil generalmente, son cuantiosos. Siempre hay que conseguir certificados falsos de nacimiento, de matrimonio y de defunción; luego están los costes de los viajes y los sobornos que se deben pagar, por no hablar de lo caro que es mantener varias identidades distintas.

»Es probable que usted no tenga una idea exacta de lo que cuestan los documentos falsos, míster Latimer. En aquellos años, las fuentes de suministro de documentos falsos eran tres: Zürich, Amsterdam y Bruselas. ¡Todas en países neutrales! Es curioso, ¿verdad?

»Un pasaporte danés falso-auténtico (es decir, un pasaporte danés auténtico que haya sido tratado con productos químicos para borrar los datos originales y la fotografía y que haya sido rellenado después con los datos nuevos) se podía conseguir por... déjeme ver... unos dos mil francos al cambio de nuestros días. Un pasaporte falso (es decir, un pasaporte hecho desde el principio por el mismo agente) costaba algo menos, unos mil quinientos francos, tal vez. En la actualidad, tendría que pagar el doble. Ahora la mayor parte de ese negocio se hace aquí, en París. Para los refugiados, por supuesto.

»En fin, el hecho es que un tratante necesita disponer de un capital elevado. Si se trata de una persona conocida, siempre habrá a su alrededor personas que quieran proporcionárselo, pero a condición de obtener ganancias fantásticas. Es mejor poseer un capital propio.

»Dimitrios lo tenía. Pero también podía contar con dinero que pertenecía a sus representados, personajes muy ricos. Nunca le faltó el dinero. O sea, que cuando acudió a Giraud y a mí, el problema que se le presentaba era otro, y bien distinto.

»Debido a la gestión de la Liga de las Naciones, en muchos países las leyes habían cambiado y se habían vuelto tan rígidas que, a menudo, era muy difícil llevar mujeres de un lugar a otro. Un esfuerzo digno de alabanza, por cierto, pero

en perjuicio de hombres como Dimitrios. En realidad, no les resultaba imposible sacar adelante sus negocios. No. Pero las cosas se volvían más complejas y más caras para esa gente.

»Antes de contar con nosotros, la técnica que empleaba Dimitrios era muy simple. En Alejandría tenía clientes que le hacían llegar sus pedidos. A continuación viajaban a Polonia, digamos, para reclutar a las mujeres, las llevaba a Francia, con sus pasaportes de origen y después las hacía embarcar en Marsella hacia su destino. Eso era todo. Se cumplía con lo legalmente dispuesto, diciendo que las muchachas habían de cumplir con un contrato en alguna compañía teatral.

»Con las nuevas leyes, más rígidas, todo dejó de ser tan sencillo.

»La noche en que fue a Le Kasbah por primera vez se había enfrentado con su primer problema. En casa de una tal madame de Vilna había comprado doce mujeres, pero las autoridades polacas no le permitían sacarlas del país sin una garantía del lugar de destino de las jóvenes y de la respetabilidad del futuro empleo de todas ellas. ¡Respetabilidad! En fin, así lo establecía la ley.

»Como es lógico, Dimitrios había asegurado a las autoridades polacas que presentaría esas garantías. No hacerlo podía resultarle fatal: entraría a formar parte de los sospechosos. De modo que estaba obligado a conseguir esas garantías.

»Allí entrábamos Giraud y yo en la cuestión. Teníamos que declarar que emplearíamos a las muchachas como bailarinas y tendríamos que responder a las preguntas que quisieran hacernos las autoridades consulares de Polonia. Mientras las mujeres permanecían en París, durante una semana o poco más, estábamos completamente a salvo. Si había preguntas o investigaciones después de ese plazo, debíamos callar. Las muchachas habían cumplido con sus contratos y se habían ido. El lugar al que hubieran ido no era asunto de nuestra incumbencia.

»Así nos lo explicó Dimitrios. Nos dijo que por nuestra colaboración en el negocio recibiríamos cinco mil francos. Era un dinero que podíamos ganar fácilmente. Sin embargo, tuve mis reparos. Por último, Giraud me persuadió y acepté. Pero le dije a Dimitrios que sólo aceptaba en ese caso en particular y que no debía contar con que yo le ayudaría siempre que él lo necesitara. Giraud refunfuñó durante unos minutos, pero se avino a aceptar esa condición.

»Un mes más tarde, Dimitrios volvió a vernos, nos pagó el resto de los cinco mil francos y dijo que tenía otra cosa que ofrecernos. Me negué, pero, tal como Giraud no tardó en apuntar, no habíamos tenido ningún problema la primera vez y mis objeciones no tenían mucho fundamento. El dinero nos era útil. Con

aquella suma habíamos pagado una semana de trabajo de la orquesta de sudamericanos.

»Ahora tengo la seguridad de que Dimitrios nos había mentido respecto a aquellos cinco mil francos de la primera vez. Creo que no nos lo habíamos ganado. Nos los dio tan sólo para ganarse nuestra confianza. Hacer una cosa así era algo muy propio de él. Otro hombre te hubiera engañado para que te pusieras al servicio de sus fines; pero Dimitrios, no; Dimitrios te compraba. Claro que a muy bajo precio. Hacía que en tu interior pugnaran tu sentido común y tu instintiva sospecha contra él.

»Ya le he explicado cómo ganamos esos primeros cinco mil francos sin ningún problema. Los segundos, en cambio, nos acarrearón numerosos problemas.

»Las autoridades polacas hicieron algunas pesquisas y, al poco, la policía francesa nos visitaba para hacernos algunas preguntas. Lo peor del caso fue que nos vimos obligados a mantener a esas mujeres en Le Kasbah, para demostrar que les habíamos dado un empleo. Esas mujeres no eran capaces de dar un solo paso de baile y nos colocaban en una situación embarazosa: estábamos obligados a ser amables con ellas para que ninguna acudiera a la policía y contara toda la verdad.

»Por otra parte, bebían champaña continuamente. Si Dimitrios no hubiera aceptado pagar sus copas, hubiéramos tenido que hacer frente a una gran pérdida de dinero.

»Dimitrios se mostró muy compungido, por cierto, y nos aseguró que había habido un error. Después de pagarnos diez mil francos por nuestras molestias, prometió que si seguíamos ayudándole, no habría más muchachas polacas ni más investigaciones policiales. Después de una no muy larga discusión, por cierto, accedimos y durante varios meses recibimos nuestros diez mil francos. Durante ese tiempo sólo recibimos visitas ocasionales de la policía y no se produjeron situaciones desagradables.

»Pero, por último, surgieron nuevamente problemas. En esta segunda ocasión, con las autoridades italianas. Giraud y yo fuimos interrogados por el juez de instrucción del distrito y estuvimos detenidos durante veinticuatro horas, en la jefatura de policía. Al día siguiente se produciría una violenta riña entre Giraud y yo.

»Le acabo de decir que se produjo una violenta riña entre nosotros. A decir verdad, lo que ocurrió realmente fue que nuestra animosidad latente se desbordó.

Mi socio era grosero y estúpido y a menudo intentaba timarme. También era suspicaz; lo era de un modo estúpido, por supuesto, se comportaba con baja, como un animal, y siempre trataba de atraer la clientela de peor calaña. Sus amigos eran detestables: maquereaux todos ellos. Tenía por costumbre llamar *mon gar*⁴¹ a cualquiera. Mejor si hubiese tenido un bistro⁴² y, según me he enterado, ahora tiene uno. Aunque creo que es más probable que esté en la cárcel. A menudo, cuando se enfadaba, se convertía en una persona violenta y muchas veces llegó a herir de gravedad a algún ocasional adversario.

»Al día siguiente de nuestra detención, le dije a Giraud que no colaboraríamos más en aquel negocio de tráfico de mujeres. Eso provocó su enfado. Me replicó que sólo un par de tontos podían despreciar una suma de diez mil francos al mes, sólo porque algunos policías metieran las narices y porque yo estaba demasiado nervioso, según su opinión.

»A decir verdad, el punto de vista de mi socio era comprensible: había tenido muchos jaleos con la policía tanto en Marrakesh como en Argel y la despreciaba profundamente. Se conformaba con estar fuera de la cárcel y hacer dinero.

»Por mi parte, ese tipo de ideas me parecía inaceptable. No soporto que la policía se interese por mi persona, aun cuando no puedan arrestarme. Giraud estaba en lo cierto: mis nervios me traicionaban. Pero aunque comprendía su posición, yo no participaba de ella y así se lo dije. También le dije que, si lo quería, podía comprar mi parte de Le Kasbah Parisien, por la misma cantidad de dinero que yo había invertido de entrada.

»Era un sacrificio para mí, sabe usted, pero me molestaba tener que soportar a Giraud y quería desembarazarme de él. Y lo logré: aceptó mi propuesta.

»Esa noche vimos a Dimitrios y le explicamos la situación. Giraud estaba exultante, complacido con el trato que habíamos hecho y se divertía gastándome bromas de mal gusto. Dimitrios festejaba esas bromas, pero en cuanto Giraud nos dejó a solas me pidió que saliera después de él de Le Kasbah y que fuera a verle a un café próximo: quería decirme algo importante.

»Estuve a punto de no acudir a aquel café. Ahora, al cabo ya de varios años, pienso que hice bien en ir a verle. De mi colaboración con Dimitrios he sacado cierto provecho. Y, según creo, pocos son los que colaborando con Dimitrios

41 *En francés en el texto original. expresión del argot, literalmente, apócope de mon garçon (mi muchacho). (N. Del T.)*

42 *Bistro significa tasca, restaurante barato. (N. Del T.)*

pueden decir lo mismo: yo he tenido suerte. Además, creo que él ha respetado mi inteligencia.

Normalmente, era capaz de engañarme, pero no siempre.

»Me esperaba, pues, en aquel café. Me senté a un lado y le pregunté qué quería. Debo reconocer que nunca me he comportado cortésmente con él.

«—Creo que ha sido muy razonable al abandonar a Giraud —me dijo—. El negocio de las mujeres se ha vuelto demasiado arriesgado. Siempre ha sido difícil.

Pero ahora me he propuesto dedicarme a otra cosa.

»Le pregunté si le diría eso mismo a Giraud; me sonrió.

«—No todavía; no antes de que usted haya recibido su dinero de manos de él.

»Con mucha suspicacia le repliqué que era muy amable esa actitud suya, pero Dimitrios sacudió la cabeza.

«—Giraud es un pelmazo —dijo—. De no haber estado usted de por medio, yo habría hecho otros arreglos en el negocio de las mujeres. Lo que ahora me importa es proponerle un trabajo conmigo. Y sería muy estúpido si, para empezar, le impidiera cobrar el dinero que invirtió en Le Kasbah. Usted se enfadaría conmigo. »Después me preguntó si sabía algo acerca del negocio de la heroína. Sí, sabía algo. Dimitrios me dijo que poseía capital suficiente para comprar veinte kilogramos cada mes y para financiar la distribución en París y que quería saber si yo estaba interesado en trabajar para él.

»Pues bien, míster Latimer: veinte kilogramos de heroína es como quitarse el sombrero. Cuesta muchísimo dinero. Le pregunté cómo se proponía distribuir una cantidad tan grande. Me respondió que, de momento, él mismo se encargaría de ello y me explicó que de mí sólo necesitaba que me ocupara de negociar las compras en el extranjero y de hallar el medio de introducir la mercancía en el país. Si aceptaba su proposición, tendría que ir a Bulgaria, en primer lugar, como representante suyo, para tratar allí con los abastecedores a quienes él ya había conocido. Después debía arreglar el transporte de la mercancía hasta París.

»Me ofreció el diez por ciento del valor de cada kilogramo que le entregara.

»Le respondí que debía pensarlo detenidamente. Pero, en realidad, ya había tomado una decisión. De acuerdo con el precio de entonces de la heroína, mis

ganancias mensuales podían ascender a unos veinte mil francos. No ignoraba yo, por cierto, que Dimitrios ganaría muchísimo más que eso.

»Aun en el caso de que, incluidos mis gastos y mi comisión, él tuviera que pagar quince mil francos por kilogramo, haría un buen negocio. De vender heroína desmenuzada en gramos en París, puedes obtener cien mil francos por kilo. Deducidas las comisiones para los vendedores que recorrían los cafés y para quienes conseguían más adictos, no podía ganar menos de treinta mil francos por kilo. Esto ascendería a más de medio millón de francos cada mes.

»Oh, sí, el capital es algo magnífico, si sabes qué hacer con él precisamente y si, además, no te importa tener que correr algún que otro riesgo.

»En septiembre de 1928 hice un viaje a Bulgaria para Dimitrios. Me había dado instrucciones precisas: en noviembre tendría que entregarle los primeros veinte kilogramos de droga.

»Por su parte, él ya había iniciado los contactos con los agentes y vendedores. Cuanto antes pudiera disponer de la mercancía, mejor para todos. »Dimitrios me había pedido, también, que viera en Sofía a un hombre, a quien él conocía, para que me pusiera en contacto con los abastecedores. »Aquel hombre lo hizo así y también se encargó de que yo dispusiera de crédito para hacer las compras de ese cargamento. Este hombre...

A Latimer se le ocurrió una idea. Interrumpió, pues, a su interlocutor:

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

Cogido de sorpresa por esa interrupción, Peters frunció el entrecejo.

—No me parece pertinente su pregunta, si he de serle sincero, míster Latimer.

—¿Se llamaba Vazoff?

La mirada acuosa de Peters se clavó en el rostro de Latimer.

—Sí.

—¿Y el crédito que le consiguió era del Banco de Crédito Eurasiático?

—Al parecer usted sabe mucho más de lo que yo hubiera pensado —dijo míster Peters con visible disgusto ante esa circunstancia—. ¿Puedo preguntarle...? —

Ha sido sólo una intuición. Pero no se preocupe, no puede ya comprometer a Vazoff: murió hace tres años.

—Ya lo sabía. ¿También ha sido una intuición lo de la muerte de Vazoff? ¿Ha intuido usted muchas otras cosas más, míster Latimer?

—No, eso es todo. Le ruego que continúe.

—La franqueza... —comenzó a decir Peters y se detuvo para tomar un sorbo de café—. Sí, míster Latimer, reconozco que fue así. Por medio de Vazoff obtuve la mercancía que Dimitrios necesitaba y pude pagarla con letras de cambio libradas contra el Banco de Crédito Eurasiático de Sofía. En ese aspecto no hubo problemas. Mi verdadera tarea consistiría en transportar la mercancía hasta Francia. Decidí que lo mejor era enviarla por ferrocarril hasta Salónica, y desde allí, por barco hasta Marsella.

—¿Como heroína?

—Por supuesto que no. Pero he de confesarle que me resultaba difícil hallar un buen medio para disimularla. Las únicas mercancías que llegan a Francia desde Bulgaria con regularidad y que, además, no están sujetas a una inspección especial por parte de las autoridades de la aduana francesa, son cosas como el trigo, el tabaco y el aceite de rosas. Dimitrios, en tanto, me presionaba para que hiciera el envío a toda prisa. Tenía que poner a prueba, pues, mis facultades.

Peters hizo una pausa dramática.

—Bueno, ¿y cómo pudo pasar la droga?

—En un ataúd, míster Latimer. Reflexioné sobre el punto débil de los franceses: sin duda, es una raza que profesa un enorme respeto por la solemnidad de la muerte. ¿Ha asistido alguna vez a un funeral en Francia? Pompe Funèbre, ya conoce usted la expresión. Es una ceremonia impresionante. De modo que llegué a la conclusión de que ningún oficial de la aduana francesa se atrevería a representar el papel de un vampiro.

»En Sofía compré un bonito ataúd: era un objeto precioso, con hermosas tallas. También compré ropas de luto: yo mismo acompañaría al féretro.

»Soy una persona fácilmente emocionable, míster Latimer, y le aseguro que me sentía conmovido ante las sencillas demostraciones de respeto por mi luto, que

dejaban traslucir los mozos de cordel que se ocuparon del ataúd en el puerto. En la aduana ni siquiera echaron una ojeada a mi equipaje personal.

»Dimitrios ya estaba advertido de mi llegada y una carroza fúnebre me esperaba, a mí y al ataúd, en el puerto.

»Mi contento por mi propio éxito se enfrió un tanto cuando vi a Dimitrios que, encogiéndose de hombros, me dijo que yo no podría llegar a Francia cada mes con un ataúd. Llevaba razón. Creo que consideró, en aquel momento, que todo ese asunto era poco apropiado para el negocio.

»En fin, estaba en lo cierto. Y me hizo una sugerencia. Existía una línea marítima italiana que despachaba cada mes un vapor de carga desde Varna hacia Génova. Se podía enviar la droga a Génova, en pequeñas cajas, declarando que se trataba de un cargamento de tabaco especial, destinado a Francia. De esa manera se evitaría que la aduana de Génova examinara el contenido.

»En Niza había un hombre que podía arreglar el transporte de la mercancía desde Génova. Sobornaría a los encargados de los almacenes del puerto para que le permitieran deshacer los bultos y los pasaría de contrabando por carretera.

»Al comprender que parte del negocio se haría sin mi intervención, quise saber en cuánto se verían afectados mis intereses económicos. Dimitrios me aseguró que no perdería nada, porque otra tarea me estaba aguardando.

»Era extraño ver cómo todos aceptaban el liderazgo de aquel hombre, sin discusión ninguna. Sí, por supuesto, él era quien tenía el dinero, pero no se trataba de eso solamente. Creo que nos dominaba porque sabía exactamente lo que buscaba y también sabía cómo obtenerlo, con el menor número de problemas posible y al coste más bajo.

»Y tampoco hay que olvidar que sabía descubrir a la gente que trabajaba para él. Cuando la encontraba, por supuesto, sabía manejarla provechosamente. »Éramos siete los que recibíamos instrucciones directas de Dimitrios y ninguno de nosotros era el tipo de persona que recibe instrucciones sin rechistar.

»Visser, el holandés, por ejemplo, había vendido armas alemanas a los chinos, había trabajado como espía para los japoneses y había cumplido una condena de prisión por haber matado a un coolie en Batavia. No era hombre fácil de manejar. Visser era el encargado de ponerse en contacto con los clubs y los bares de los que nos servíamos para obtener nuevos adictos.

»Verá usted: el sistema de distribución estaba muy bien organizado. Tanto Lenôtre como Galindo habían distribuido droga durante años. La compraban a un individuo empleado en los almacenes de una gran droguería francesa. Ese tipo de venta al por menor era bastante sencillo antes de las leyes promulgadas en el año 1931. Lenôtre y Galindo conocían muy bien a los compradores y sabían dónde encontrarlos.

»Antes de que Dimitrios apareciera en escena, estos dos hombres habían traficado con morfina y cocaína, en especial, pero siempre con el inconveniente de no tener un abastecimiento constante y adecuado.

»Cuando Dimitrios les ofreció suministrarles grandes cantidades de heroína, ambos se mostraron dispuestos a abandonar a su abastecedor y a vender heroína a sus clientes.

»Pero eso era tan sólo una mínima parte del negocio. Ya sabe usted que los drogadictos siempre ansían inducir a otras personas a que consuman drogas. De modo que el círculo de consumidores crece cada vez más y más.

»Tiene, pues, una importancia fundamental, como bien puede usted suponer, que los nuevos clientes que se acerquen al vendedor no resulten ser miembros de la División de Estupefacientes o cualquier otra clase de indeseables.

»En esto consistía el trabajo de Visser. El presunto futuro comprador acudía primeramente a Lenôtre, digamos, con la recomendación de un viejo cliente, conocido por todos. Pero, al oír un pedido de droga, Lenôtre tenía que mostrarse asombrado. ¿Drogas? El no sabía nada de eso. Personalmente, no tomaba. Pero quien quisiera conseguirla, según le habían dicho alguna vez, podía ir a un lugar que era el mejor en ese sentido: el bar Tal y Tal.

»En ese bar, que estaba dentro de la lista de Visser, el presunto futuro comprador recibía la misma respuesta. ¿Drogas? No. Allí no se traficaba con eso, pero si podía volver al día siguiente, por la noche tal vez se encontraría con alguien que le echaría una mano en el asunto. A la noche siguiente se encontraría con La Gran Duquesa.

»Era una extraña mujer aquella. Visser la había metido en el negocio y, según creo, fue la única de los Siete no reclutada por el propio Dimitrios. Era una dama muy inteligente. Su capacidad para valorar y juzgar a una persona totalmente desconocida era extraordinaria. Creo que era capaz de descubrir al detective mejor y más hábilmente disfrazado con sólo echarle una ojeada desde el extremo opuesto de un salón. Su tarea consistía en examinar a la persona que

quería convertirse en comprador o compradora y decidir si se le proporcionaría la droga y cuánto se le cobraría. Dentro de la organización, la Gran Duquesa ocupaba un puesto de enorme importancia.

»El otro hombre, Werner, era de origen belga. Su trabajo consistía en tratar con los vendedores de droga ya desmenuzada en pequeñas dosis. En otro tiempo había trabajado como químico y a menudo, creo yo, diluía la heroína con pegamentos u otras sustancias con el pretexto de comprobar su pureza.

»Dimitrios jamás hizo mención de esa parte del negocio dentro del Consejo.

»Al cabo de poco tiempo se hizo necesario diluir la droga. A los seis meses tuve que aumentar el suministro mensual de heroína a cincuenta kilogramos. Además, me vi embarcado en otro trabajo distinto.

»Lenôtre y Galindo, durante las primeras reuniones, habían informado que, para servir a todos los clientes que conocían necesitaban abastecerse de morfina y cocaína, además de la heroína que les proporcionábamos.

»Los adictos a la morfina no siempre se habitúan a consumir heroína y los adictos a la cocaína la rechazan, siempre que logran obtener su droga predilecta. De modo que me tocaba comprar morfina y cocaína.

»El problema de la morfina tenía una solución fácil, porque me la proporcionarían las mismas personas que me vendían la heroína y los embarques de ambas drogas se harían al mismo tiempo. Pero la cocaína implicaba entrar en otro campo de acción.

»Había que viajar a Alemania. De modo que tenía mucho trabajo entre manos.

»Teníamos nuestros problemas, por supuesto. Por lo general, provenían de mi área de acción. Para al cabo de un año de nuestro negocio, ya había planeado yo varios posibles conductos para introducir los suministros en Francia.

»Además de la carretera de Génova, atendida por Lamare y utilizada para la heroína y la morfina, contacté con un camarero del Expreso Oriente.

»Este hombre recibía la droga en Sofía y la entregaba cuando el tren se encontraba fuera de servicio en alguna vía muerta, en París. Esta vía no era verdaderamente segura y me vi obligado a adoptar muchas precauciones para quedar a cubierto en el caso de que se produjeran inconvenientes, pero era una manera rápida de enviar la droga.

»La cocaína, en cambio, llegaba dentro de las cajas de maquinaria que provenían de Alemania. También habíamos comenzado a recibir cargamentos de heroína enviados por una factoría de Estambul. Estos cargamentos llegaban por barco y quedaban flotando, en envases anclados, fuera del puerto de Marsella. Lamare los recogía por la noche.

»Se produjeron entonces, en el lapso de unos pocos días, varios desastres. Durante la última semana de junio de 1929, fueron descubiertos quince kilogramos de heroína en el Expreso Oriente y la policía arrestó a seis de mis hombres, incluido el camarero que trataba el negocio conmigo.

»Aquello, de por sí, constituía un grave problema. Además, durante esa misma semana, Lamare tuvo que abandonar un cargamento de cuarenta kilos de heroína y morfina cerca de Sospel. El pudo escapar.

»Nos encontrábamos, pues, ante serias dificultades, porque la pérdida de cincuenta y cinco kilos de droga significaba que no teníamos más de ocho kilos para servir un pedido de más de cincuenta. Durante muchos días, el barco proveniente de Estambul no trajo nada. Estábamos desesperados. Lenôtre, Galindo y Werner pasaron unos días terribles. Dos de los clientes de Galindo se suicidaron y en uno de los bares se produjo una pelea de la que Werner salió con una herida en la cabeza.

»Yo, por mi parte, hice todos los esfuerzos posibles. Viajé a Sofía y regresé con diez kilos escondidos dentro de un baúl. Pero esa cantidad no bastaba. Dimitrios, debo decirlo, no me reprochó nada. En realidad, hubiera sido injusto hacerlo. Pero parecía irritado. En ese momento decidiría que, en el futuro, mantendríamos reservas importantes de drogas.

»Poco tiempo después de aquella catastrófica semana compró estas casas. Hasta ese día nos habíamos reunido en un salón que estaba encima de un café cercano a la Porte d'Orléans. Pero a partir de la compra, nos dijo que estas casas serían nuestro cuartel general. Ninguno de los siete habíamos sabido nunca dónde vivía Dimitrios y no podíamos ponernos en contacto con él, a menos que él mismo decidiera telefonarnos, a uno u otro de los siete.

»Más tarde descubriríamos que esta ignorancia de sus señas nos ponía en una desastrosa situación de desventaja. Pero antes de que hiciéramos ese descubrimiento habrían de suceder muchas otras cosas.

»La tarea de hacer una reserva me correspondía aún. Y no era una tarea fácil. Si queríamos conseguir una reserva y seguir los pedidos al mismo tiempo,

debíamos aumentar la cantidad de droga en los cargamentos. Esto significaba que también aumentarían los riesgos de ser descubiertos y arrestados.

»Al mismo tiempo, necesitábamos hallar nuevos métodos para introducir los cargamentos en el país. Por otra parte, las cosas se complicaron aún más porque el Gobierno de Bulgaria había cerrado la factoría de Radomir, nuestra abastecedora de la cantidad más importante que negociábamos. Muy pronto esa misma factoría se abrió en otro lugar de Bulgaria; sin embargo, hubo demoras, inevitables. Y así nos veíamos obligados a depender, cada día más, de los embarques provenientes de Estambul.

»Aquellos días fueron una dura prueba. En dos meses nos fueron descubiertos y confiscados cargamentos que totalizaban noventa kilos de heroína, veinte de morfina y cinco de cocaína. Pero, a pesar de estos altibajos, nuestras reservas aumentaban considerablemente. A finales del año 1930, bajo las maderas de los pisos de estas dos casas contiguas, teníamos doscientos cincuenta kilos de heroína, algo más de doscientos de morfina, noventa kilos de cocaína y una pequeña cantidad de opio turco preparado.

Peters sirvió un último sorbo de café y apagó el infiernillo. Después cogió un cigarro, humedeció un extremo con la lengua, lo colocó entre sus labios y lo encendió.

—¿Ha conocido usted a algún drogadicto, mister Latimer?-preguntó de pronto.

—No, creo que no.

—Ah, usted cree que no. No lo sabe con certeza. Bueno, es posible que un adicto a las drogas pueda ocultar su debilidad durante un corto tiempo. Pero un hombre (y en especial una mujer) no puede ocultarlo por tiempo indefinido, sabe usted.

»En líneas generales, el proceso es siempre el mismo. En un principio se trata sólo de simple experiencia nueva. Tal vez se inhala medio gramo. Es posible que esa primera vez produzca un cierto malestar, pero la persona en cuestión lo probará una segunda vez y entonces todo resultará como debe resultar. Una sensación deliciosa, cálida, brillante. El tiempo se detiene; pero tu mente se mueve a pasos agigantados y te parece que lo hace con una eficacia increíble. Si te considerabas un estúpido, te conviertes en una persona de elevada inteligencia. Si eras desdichado, te liberas de todos los problemas. Lo que no te agrada, lo olvidas. Lo que te resulta placentero lo sientes con una intensidad tal que te hace alcanzar un goce jamás soñado antes. Tres horas de permanencia en el Paraíso.

»Lo que viene después no es tan malo; ni siquiera tan malo como la resaca después de haber bebido demasiado champaña. Sólo quieres estar en silencio; te sientes sólo un poco enfermo. Y eso es todo. Muy pronto vuelves a ser tú mismo. Nada te ha sucedido, pero has podido gozar, experimentar un placer muy intenso.

»Si la persona en cuestión no quiere volver a tomar la droga, se dice a sí misma que no necesitará hacerlo: tiene inteligencia suficiente para ser más fuerte que la droga. O sea, que no existe ninguna razón lógica para no volver a gozar de ese placer, ¿verdad? ¡Claro que no la hay! Y vuelve a tomarla. Pero esta vez la experiencia no es muy satisfactoria. Ese medio gramo ya no basta.

»Hay que luchar por las propias satisfacciones. Por esto, todos se dicen que vagarán una vez más por el Paraíso antes de decidirse a rechazar para siempre la droga. Un poco más, pues; casi un gramo, quizá. Otra vez el Paraíso y lo que sigue tampoco es tan malo. Y ya que no pasa nada malo, ¿por qué no continuar?

»De todo el mundo es sabido que la droga, a la larga, causa problemas graves. Pero en cuanto detectas algo de esto, te dices, dejarás de tomarla, tú dejarás de tomarla. Sólo los tontos se convierten en adictos. Un gramo y medio, pues. Es algo que te comunica con otro tipo de vida. Tres meses atrás eras una persona tan triste, pero ahora... Dos gramos.

»Como es lógico suponer, como cada vez tomas un poco más, te irás sintiendo poco a poco algo más enfermo, deprimido. Ya han pasado cuatro meses. Dentro de poco tiempo renunciarás a la droga. Dos gramos y medio. Tu nariz y tu garganta están resacas. Todo el mundo te cae mal, ahora, te pone los nervios de punta. Quizá es porque duermes muy mal. El ruido que hacen los demás es insoportable, hablan a gritos. ¿Y qué dicen? Sí, ¿qué? Van diciendo cosas acerca de ti, mentiras gordísimas. Si ya lo veo en sus caras, otros peligros. Tienes que tener mucho cuidado. La comida te sabe muy mal, no puedes recordar lo que debes hacer, por importante que sea. Y, aun en el caso de que logaras recordar todo eso, hay tantas otras preocupaciones que debes afrontar, aparte de lo asqueroso que resulta vivir.

»Por ejemplo, tu nariz gotea constantemente; es decir, en realidad, no gotea, pero te parece que así sientes la necesidad de cerciorarte de lo que pasa, palpándolo a cada instante. Y aún hay algo más: una mosca te molesta constantemente. Esa terrible mosca jamás te dejará tranquilo, en paz. Se posa sobre tu cara, sobre tu mano, sobre tu cuello. Tienes que espantarla, moverte. Tres gramos y medio. ¿Comprende usted, míster Latimer?

—Al parecer, usted no lo aprueba, no le parece bien el consumo de drogas.

—¡Aprobarlo! —Peters le echó una mirada desfavorida—. Es terrible, ¡terrible! Los drogadictos arruinan sus vidas. Pierden la capacidad de trabajo, aunque necesitan conseguir mucho dinero para pagar la droga. En tales circunstancias caen en la desesperación y son capaces de cometer un crimen para obtener el dinero. Ya veo qué ha pensado usted, míster Latimer. Le resulta extraño que yo me haya metido en el tráfico, que haya ganado dinero con un negocio que desapruébo absolutamente. Pero piénselo bien. Si yo no lo hubiera hecho, alguna otra persona se habría metido en el negocio. Ninguna de esas desgraciadas víctimas se habría beneficiado y yo habría perdido mucho dinero.

—¿Y qué hay del aumento constante de su clientela? Usted no me puede asegurar que todas aquellas personas a las que su organización proveía de drogas ya habían adquirido el hábito antes de que comenzaran el tráfico masivo.

—Por supuesto que no. Pero esa parte del negocio no era de mi incumbencia. De eso se encargaban Lenôtre y Galindo. También puedo asegurarle que Lenôtre, Galindo e incluso Werner eran drogadictos. Tomaban cocaína; aunque es una droga más fuerte, se corre menos peligro. Puedes convertirte en adicto a la heroína y llegar a dosis peligrosas en pocos meses, en tanto que con la cocaína te puedes pasar muchos años matándote lentamente.

—¿Qué droga tomaba Dimitrios?

—Heroína. Cuando lo supimos, todos nos llevamos una gran sorpresa. Cada tarde, a eso de las seis, nos reuníamos en esta misma habitación. Eso era lo dispuesto. Durante una de aquellas reuniones, en la primavera de 1931, fue cuando nos llevamos esa sorpresa.

»Dimitrios había llegado tarde. De por sí, este hecho era poco corriente. Pero hicimos poco caso. Era normal que durante las reuniones Dimitrios se sentara casi inmóvil, con los ojos entornados, como si tuviera jaqueca, de modo que, aunque estábamos acostumbrados a verle así, deseábamos constantemente preguntarle si se encontraba bien.

»Algunas veces, al observarle, yo me preguntaba, asombrado, por qué permitía que ese hombre me mandara. Pero siempre que veía su cambio de expresión al responder a las objeciones de Visser (Visser era el único que planteaba objeciones cada día), comprendía los motivos de mi obediencia.

»Visser era un hombre violento, ágil y astuto al mismo tiempo. Pero al lado de Dimitrios parecía un niño. En cierta ocasión en que nuestro jefe se había burlado duramente de él, al verse en ridículo, Visser había desenfundado una pistola, blanco de ira. Recuerdo haber visto su dedo temblando sobre el gatillo, presto para disparar: yo, de Dimitrios, me hubiera puesto a rezar. Pero Dimitrios se limitó a sonreír, con aquella sonrisa suya tan insolente, le dio la espalda a Visser y empezó a hablar conmigo acerca de nuestro negocio. Dimitrios siempre se mantenía sereno, aun en los momentos en que se sentía invadido por la cólera.

»Por eso nos quedamos tan sorprendidos aquel día. Dimitrios había llegado tarde y, tras cerrar la puerta, permaneció de pie, en silencio, observándonos durante más de un minuto. Luego se dirigió a su sitio y se sentó. Visser ya nos había adelantado algo sobre el dueño de un café y de los problemas que ese individuo nos podría acarrear y siguió con el tema. Nada de lo que decía era demasiado interesante. Creo que le advertía a Galindo que tendrían que dejar de utilizar ese café, porque ya no era un sitio seguro.

De pronto, Dimitrios se inclinó sobre la mesa y gritó: Imbécile! [43], y después escupió a Visser en la cara.

»Tan sorprendido como todos nosotros, Visser abrió la boca para decir algo, pero Dimitrios no le dio tiempo ni para decir una palabra. Antes de que lográramos comprender lo que estaba ocurriendo, nuestro jefe había comenzado a acusar a Visser con los más fantásticos cargos que se puedan imaginar. Las palabras fluían sin descanso de su boca y le vimos escupir varias veces, como si fuera un golfo.

»Visser había empalidecido; se puso en pie y se llevó una mano al bolsillo en el que llevaba la pistola. Pero Lenôtre, que estaba a su lado, se levantó también y murmuró algo a su oído. Aquellas palabras lograron que Visser sacara la mano de su bolsillo.

»Lenôtre estaba habituado a ver gente drogada; él, Galindo y Werner habían reconocido los síntomas tan pronto como Dimitrios entró en la habitación. Pero al ver que Lenôtre murmuraba algo al oído de Visser, Dimitrios se volvió contra él. Después nos llegó el turno a cada uno de nosotros.

»Nos dijo que éramos unos idiotas si pensábamos que ignoraba nuestra confabulación contra él. En griego y en francés nos aplicó un buen número de motes desagradables. A continuación empezó a vociferar que él solo era muchísimo más listo que todos nosotros juntos, que a no ser por él todos seríamos unos muertos de hambre, que sólo a él se podía atribuir el éxito que habíamos obte-

nido (lo cual era cierto, aunque no nos gustara oírsele decir) y que podía hacer de nosotros lo que mejor le pareciese. Prosiguió durante media hora alternando insultos y bravatas. Ninguno de nosotros dijo ni mu. De pronto, bruscamente, tal como había empezado su número, se detuvo, se puso en pie y salió de la habitación.

»Supongo que, después de aquella escena, hubiéramos tenido que pensar en la posibilidad de una traición. Los adictos a la heroína son a menudo traicioneros. Y sin embargo, no estábamos preparados para eso. Alguna vez he pensado que tal vez teníamos una idea demasiado exacta de la cantidad de dinero que Dimitrios ganaba. Recuerdo muy bien que, una vez se hubo marchado, Lenôtre y Galindo se echaron a reír y preguntaron a Werner si el jefe pagaba por la droga que consumía. El mismo Visser sonrió. Ya lo ve usted: el resultado fue un chiste.

»Cuando volvimos a ver a Dimitrios, su estado era normal y nadie aludió a su acceso de ira. Pero a medida que transcurrían los meses, a pesar de que no se produjeron escenas violentas, nuestro jefe se mostraba de mal talante y cualquier pequeño problema despertaba sus iras. También había cambiado su aspecto físico. Estaba delgado, enfermo, con los ojos apagados. Y ya no acudía a las reuniones con regularidad.

»Por entonces se produjo la que tendría que haber sido la segunda advertencia para nosotros.

»A principios de septiembre, Dimitrios anunció de pronto que se proponía reducir las compras durante los tres meses siguientes y echar mano de nuestras reservas. Esto nos sorprendió y presentamos objeciones.

»Uno de los impugnadores fui yo. Mis dificultades para reunir la mercancía de reserva habían sido grandes y no quería que se distribuyera esa droga sin una buena razón. Los demás le recordaron los inconvenientes que habían surgido con anterioridad, cuando carecíamos de reservas. Pero Dimitrios no quiso escucharnos. Le habían advertido, nos dijo, de que la policía estaba dispuesta a tomar medidas para dar un giro a la situación. Agregó que esa cantidad de droga podía llegar a comprometernos seriamente si era descubierta; y no sólo eso: la incautación de esas reservas representaría para nosotros una enorme pérdida financiera. También él lamentaba desprenderse de nuestras existencias, pero era lo mejor que se podía hacer para salvaguardar nuestra seguridad.

»No creo que ninguno de nosotros se nos haya ocurrido pensar que Dimitrios estaba liquidando, tal vez, sus haberes, antes de largarse de la organización.

Supongo que pensará que, por ser gente con experiencia, todos nosotros éramos demasiado confiados. No anda muy errado.

»Salvo uno de nosotros: Visser, que siempre parecía ponerse a la defensiva cuando hablábamos con Dimitrios. Incluso a Lydia, que tan bien conocía a la gente, la engañó. En cuanto a Visser, un inútil de tan engreído como era, era incapaz de pensar que alguien, ni siquiera un drogadicto, fuera a traicionarle. Además, ¿por qué sospechar de Dimitrios? Ganábamos dinero, todos, pero Dimitrios ganaba más, mucho más que nosotros. ¿Había algo razonable para que sospecháramos de él? ¿Quién hubiera sido tan sagaz como para pensar que se comportaría como un loco?

Peters hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Ya conoce usted todo lo demás. Se convirtió en soplón. Todos fuimos arrestados. Yo estaba en Marsella, con Lamare, cuando nos cogieron. La policía obró con mucha astucia. Nos vigilaron durante una semana entera antes de arrestarnos. Me figuro que esperaban sorprendernos con las manos en la masa. Por suerte, advertimos la vigilancia la víspera del día que debíamos recibir un importante cargamento proveniente de Estambul.

»Lenôtre, Galindo y Werner fueron menos afortunados. Llevaban algo de droga en sus bolsillos. La policía, por supuesto, trató de obligarme para que dijera lo que sabía sobre Dimitrios. Me enseñaron el dossier que él les había enviado. Habría sido igual si me hubieran preguntado por la luna.

»Tiempo después supe que Visser conocía más detalles que nosotros; pero tampoco quiso revelar nada sobre nuestro negocio. En realidad, tenía otra idea en la cabeza. Informó a la policía acerca de un apartamento que Dimitrios tenía, en el distrito decimoséptimo. En rigor se trataba de una mentira. Visser pretendía obtener, merced a su colaboración, una sentencia más leve que las nuestras. Pero no fue así. Murió hace un tiempo, pobre hombre.

Peters exhaló uno de sus profundos suspiros y se sacó un cigarro del bolsillo.

Latimer bebió un sorbo de su segunda taza de café. Estaba frío; cogió un cigarrillo y aceptó la lumbre del mechero de su anfitrión.

—Y bien —dijo cuando vio que el cigarro de Peters estaba ya encendido—. ¿Qué hay? Aún me falta saber cómo puedo ganarme aquel medio millón de francos. Peters sonrió como si estuviera presidiendo la merienda dominical de

una escuela y Latimer hubiera pedido que le sirvieran una segunda pasta de grosellas. —Eso, míster Latimer, forma parte de otra historia.

—¿Qué historia?

—La historia de lo que le ha sucedido a Dimitrios después de haber desaparecido de escena.

—Bueno, ¿y qué le ha sucedido?-preguntó Latimer con gran displicencia.

Sin responder, Peters cogió la fotografía que descansaba sobre la mesa y se la tendió por segunda vez.

Latimer la observó y frunció el ceño.

—Sí, ya la he visto. Era Dimitrios, lo sé. ¿Qué significa esto?

Peters le obsequió con una sonrisa llena de dulzura.

—Esa, míster Latimer, es una fotografía de Manus Visser.

—¿Qué demonios quiere decir usted?

—Ya le he explicado que Visser tenía ideas muy particulares acerca de cómo utilizar los datos que, con gran inteligencia, había obtenido sobre la vida de Dimitrios. Lo que usted vio sobre la mesa del depósito de cadáveres en Estambul, míster Latimer, era el cuerpo de Visser, después de que tratara de poner en práctica sus ideas.

—Pero si era Dimitrios. He visto...

—Usted ha visto el cuerpo de Visser, míster Latimer, después de haber sido asesinado por Dimitrios. El mismo Dimitrios, y me alegro de poder decírselo, está vivo y goza de buena salud.

12. Monsieur C.K.

Latimer se sentía paralizado. Tenía la boca abierta y era consciente de que su aspecto resultaba ridículo y de que nada se podía hacer ante este hecho.

Dimitrios, pues, estaba vivo. Ni siquiera se le ocurrió argüir contra esa aseveración. Instintivamente sabía que era verdad. Era como si un médico le hubiera dicho que padecía de una peligrosa enfermedad, de cuyos síntomas sólo se había enterado vagamente. Su sorpresa iba más allá de las palabras: se sentía agraviado, lleno de curiosidad y un tanto temeroso. Entretanto, su mente había comenzado a trabajar, afiebrada, para analizar e interpretar nuevos y distintos elementos. Cerró la boca para volver a abrirla y decir, con voz débil:

—No puedo creerlo.

Peters, sin ninguna duda, se sentía muy satisfecho por el efecto causado por su declaración.

—Apenas si he abrigado alguna esperanza de que usted no comprendiera la verdad. Grodek, por supuesto, lo ha comprendido todo —explicó Peters—. Le habían intrigado ya ciertas preguntas que le formulé un tiempo atrás. Cuando usted le fue a ver, su curiosidad aumentó. Y por ese motivo quería saber tanto sobre el asunto. Sin embargo, tan pronto como usted le dijo que había visto aquel cadáver, en Estambul, Grodek lo comprendió todo. Se percató de que lo único que lo convertía a usted en persona de incalculable valor para mí era el hecho de haber visto la cara del hombre que ha sido enterrado como Dimitrios. Era evidente. No para usted, quizá. Supongo que cuando ves a alguien totalmente desconocido en un depósito de cadáveres y un policía te dice que ese hombre se llama Dimitrios Makropoulos, aceptarás (si sientes el suficiente respeto hacia la policía) que ésa es la única verdad del caso. Yo sabía que usted había visto a alguien que no era Dimitrios. Pero... no podía probarlo. Por otra parte, usted podía hacerlo. Usted puede identificar a Manus Visser. —Peters hizo una pausa significativa y al ver que Latimer no hacía comentario alguno, agregó—: ¿Por qué lo identificaron como Dimitrios Makropoulos?

—Había un carnet de identidad, cosido en la parte interior del forro de la chaqueta, expedido en Lyon hace un año, a nombre de Dimitrios Makropoulos.

Latimer hablaba maquinalmente. Pensaba en el brindis de Grodek: a la salud de las novelas policíacas inglesas; pensaba también que el ex espía había sido incapaz de reprimir la risa con que celebró su propio chiste. ¡Cielos! ¡Qué tonto le había considerado Grodek!

—Un carnet de identidad francés —dijo Peters—. Eso me resulta divertido. Muy divertido.

—Había sido examinado y reconocido como auténtico por las autoridades francesas y, además, llevaba una fotografía también auténtica.

Peters le dedicó una sonrisa tolerante.

—Yo podría mostrarle una docena de carnets de identidad franceses auténticos, míster Latimer, cada uno de ellos a nombre de Dimitrios Makropoulos y cada

uno con una fotografía distinta. ¡Mire! —extrajo de un bolsillo un *permis de séjour*⁴³ verde, lo abrió y, cubriendo con sus dedos el espacio destinado a los datos de identificación, dejó ver la fotografía—. ¿Me reconoce usted aquí, míster Latimer?

Latimer sacudió la cabeza.

—Sin embargo —declaró Peters—, se trata de una verdadera fotografía mía, tomada hace tres años. No me he molestado en engañar a nadie. Simplemente ocurre que no soy fotogénico, eso es todo. Pocas personas lo son. La cámara es una mentirosa estupenda. Dimitrios pudo haber utilizado fotografías de cualquier persona con el mismo tipo de cara que la de Visser. Esta fotografía que le he mostrado hace unos instantes es de alguien parecido a Visser.

—Si Dimitrios vive todavía, ¿dónde está?

—Aquí, en París —Peters se inclinó hacia adelante y palmeó una rodilla de Latimer—. Ha sido usted muy razonable —dijo con tono amable—. Se lo contaré todo, míster Latimer.

—Es muy amable de su parte —replicó el escritor, con un gesto de amargura.

—¡No! ¡No! Usted tiene derecho a saberlo —protestó Peters calurosamente, antes de fruncir los labios y estirarlos hacia adelante, en ese gesto de las personas que saben muy bien distinguir lo justo de lo injusto—. Se lo contaré todo —repitió antes de encender otro cigarro.

»Tal como usted puede suponer —prosiguió—, todos estábamos enojados con Dimitrios. Algunos le prometieron vengarse. Pero yo, míster Latimer, jamás he

43 En francés en el texto original; «permiso de permanencia». (N. Del T.)

sido un hombre que me haya gustado darme de cabeza contra las paredes. Dimitrios había desaparecido y no había modo de encontrarle.

»Una vez olvidadas las vejaciones de la vida en prisión, purgué el odio de mi corazón y me dediqué a viajar, para recuperar así mi sentido de la proporción. Me he convertido en un vagabundo, mister Latimer. Algún pequeño negocio aquí, otro pequeño negocio allí, viajes, meditación... ésa ha sido mi vida. Hace un par de años, me encontré con Vissner, en Roma.

»Como supondrá, no le había visto durante los últimos cinco años. ¡Pobre hombre! Había pasado muy duras penalidades. Pocos meses después de haber salido de la cárcel, agobiado por apuros de dinero, había falsificado un cheque. Le condenaron otra vez: tres años de prisión; después, cuando cumplió la pena, le deportaron. No tenía siquiera un céntimo y no podía trabajar en Francia, donde conocía gente que le habría sido útil. Creo que no puedo reprocharle que se haya dejado vencer por una gran amargura.

»Me pidió que le prestara algún dinero. Nos habíamos encontrado en un café y me explicó que debía ir a Zurich para comprar un nuevo pasaporte, pero no tenía el dinero necesario. Su pasaporte holandés no le servía, porque en él constaba su verdadero nombre. Me hubiera gustado echarle una mano: aunque jamás me había caído muy bien, su situación me parecía deplorable. Sin embargo, me negué a prestarle dinero.

»Ante mi negativa se irritó y no hacía más que acusarme de no confiar en que él sabría pagar una deuda de honor; sin duda, era una tontería hablar de esa manera. Después comenzó a implorarme. Podía probar, me dijo, que podría pagar ese dinero y entonces me confesó algunas cosas interesantes.

»Ya le he dicho que Visser sabía algo más que nosotros acerca de Dimitrios. Sí, sabía bastante más. Había conseguido, a costa de no pocos problemas, averiguar ciertos detalles. Todo ocurrió después de aquella tarde en que él empuñó su pistola para amenazar a Dimitrios; aquella tarde en la que Dimitrios le había vuelto la espalda. Nadie había desafiado de ese modo a Visser antes y él quiso saber quién era aquel hombre que le había humillado. En fin, ésta es la explicación que yo me he hecho.

»Visser me aseguró que había sospechado que Dimitrios nos traicionaría, pero sé muy bien que eso no es más que una tontería. Fueran cuales fueran sus motivos, Visser decidió que seguiría a Dimitrios después de una de las reuniones en la Impasse.

»La primera noche en que lo intentó, no tuvo éxito. Junto a la entrada de la Impasse había un enorme coche aguardando y Dimitrios se alejó en él antes de que su seguidor lograra llamar a un taxi.

»La segunda noche, Visser había alquilado un coche y no asistió a nuestra reunión sino que esperó a Dimitrios en la rue de Rennes. Cuando el coche, enorme y cerrado, apareció en la rue, Visser lo siguió. Dimitrios se detuvo ante la puerta de un gran edificio de apartamentos, en la avenue de Wagram, y entró en la casa mientras el coche se alejaba.

»Visser anotó la dirección y una semana más tarde, cuando supo que Dimitrios estaba reunido con nosotros en esta misma habitación, fue al inmueble y preguntó por monsieur Makropoulos. Como era natural, el conserje no conocía a ninguna persona con ese nombre. Visser le dio dinero, le describió a Dimitrios y pudo averiguar que tenía un apartamento en aquel edificio, a nombre de Rougemont.

»Ahora bien, a pesar de su engreimiento, Visser no era tonto. Sabía que Dimitrios debía haber previsto la posibilidad de que le siguieran y supuso que el apartamento de Rougemont no era su única vivienda. De modo que se dispuso a observar las idas y venidas de monsieur Rougemont. No tardaría en descubrir que había otra salida en la parte trasera del edificio y que Dimitrios a menudo se marchaba de la casa por allí.

»Una noche, cuando Dimitrios abandonó el inmueble por aquella puerta trasera, Visser le siguió. No tuvo que andar demasiado para descubrir que nuestro jefe vivía en una gran mansión en la avenue Hoche. Esa propiedad pertenecía, según descubrió más tarde, a una dama muy elegante, dueña también de un título nobiliario. La llamaré *madame la Comtesse*⁴⁴. Más tarde, Visser vio que Dimitrios salía con aquella mujer, camino de la ópera. Dimitrios iba en *grande tenue*⁴⁵ y ambos subieron a un lujoso Hispano que les esperaba a la puerta.

»Tras obtener estos resultados, Visser perdió interés por el asunto. Sabía dónde vivía Dimitrios. Sin duda, en ese momento debió pensar que, en cierta medida, había cumplido con su venganza al descubrir este detalle. Además, también se había cansado de apostarse a la espera en las calles. Su curiosidad estaba satisfecha. Lo que había descubierto, después de todo, era lo que había querido descubrir. Dimitrios era un hombre que ganaba mucho dinero: lo gastaba tal como lo hacían otros hombres poseedores de gran fortuna.

44 En francés en el texto original; «la señora condesa». (N. Del T.)

45 En francés en el texto original; «con ropa de gala». (N. Del T.)

»Mis amigos me habían dicho que Visser, al ser detenido en París, había revelado muy pocas cosas sobre Dimitrios. Pero, a pesar de eso, creo que ya por entonces abrigaba malos propósitos, porque era hombre de naturaleza violenta y también estaba muy pagado de sí mismo. De todas maneras, hubiera sido inútil que él hubiese intentado algo para que detuvieran a Dimitrios. Sólo podía dar a la policía las señas del apartamento de la avenue de Wagram y de la casa de madame la Comtesse, en la avenue Roche, y Visser sabía que Dimitrios no estaría en ninguno de esos lugares. Como ya le he dicho, mister Latimer, ese hombre tenía otras ideas para sacarle partido a lo que conocía.

»Creo que, en un primer momento, Visser pensó en asesinar a Dimitrios tan pronto como le encontrara. Pero cuando comenzó a andar mal de dinero, su odio hacia Dimitrios dio paso a un sentimiento algo más razonable. Tal vez haya recordado el Hispano Suiza y el lujo de la mansión de madame la Comtesse, quizá la noble dama se quedaría preocupada al saber que su amigo obtenía una fortuna con la venta de heroína y quizá Dimitrios hubiera estado dispuesto a pagar una buena suma para evitarle semejante preocupación.

»Después de salir de la cárcel, a comienzos de 1932, durante varios meses, Visser se dedicó a buscar a Dimitrios. El apartamento de la avenue de Wagram ya no estaba ocupado. La casa de madame la Comtesse estaba cerrada y el conserje le dijo que la señora se había ido de viaje a Biarritz. Visser fue a Biarritz y averiguó que madame la Comtesse estaba allí con algunos amigos. Dimitrios no se encontraba entre ellos. Visser regresó a París. Entonces tuvo lo que considero una brillante idea. El mismo se mostraba orgulloso de ella. Por desgracia para él, esa idea se le ocurrió un poco tarde.

»Un día, Visser pensó que Dimitrios había sido adicto alguna vez y dio en pensar que, tal vez como lo hacen los adictos que disponen de mucho dinero, Dimitrios podía haberse internado en una clínica de rehabilitación. Sin duda, su adicción tenía que haber alcanzado un nivel muy alto.

»En los alrededores de París hay cinco clínicas privadas especializadas en este tipo de tratamiento. Con la excusa de averiguar precios y condiciones de la terapia, para un hermano imaginario, Visser visitó cada una de las cinco, diciendo que había sido enviado al lugar por un amigo de monsieur Rougemont. En la cuarta, la idea dio sus frutos. El doctor que habló con Visser preguntó por el estado de salud de Rougemont.

»Creo que Manus Visser sentía una baja satisfacción ante la idea de lo que habría sido el proceso de rehabilitación de Dimitrios.

»La cura es terrible, ya lo sabe usted. Los médicos siguen suministrando drogas al paciente, pero gradualmente reducen la dosis. La tortura que sufre el enfermo es casi insoportable; durante días y días no hace más que bostezar, sudar y temblar; no puede dormir ni comer. Anhela la muerte y balbucea incoherencias acerca del suicidio: no tiene siquiera fuerzas para poder hacerlo. Esa piltrafa gime y chilla por su droga, que le es restringida poco a poco. Esa piltrafa... Pero será mejor que no le aburra con estos horrores, míster Latimer. La cura exige un periodo de tres meses y cuesta cinco mil francos semanales. Cuando la terapia termine, tal vez el paciente olvidará sus torturas y comenzará a tomar drogas de nuevo. O quizá logre ser sensato y olvide el Paraíso. Dimitrios, al parecer, ha sido sensato.

»Rougemont se había marchado de la clínica cuatro meses antes de la visita de Visser, de modo que había que pensar en alguna otra brillante idea. Y, por cierto que la pensó, pero debía viajar de nuevo a Biarritz y no tenía dinero. O sea que falsificó un cheque, lo cobró y emprendió el viaje. El razonamiento de Visser era simple: Dimitrios y madame la Comtesse habían sido amigos; era probable que ella supiera dónde estaba Dimitrios en aquel momento. Pero Visser no podía presentarse ante la dama para preguntarle las señas de su antiguo amigo. Aun en el caso de que tuviera un buen pretexto, no podía hacerlo, porque ignoraba el nombre por el que ella conocía a Dimitrios.

»Ya ve usted: las dificultades eran muchas. Sin embargo, Visser encontró la vía para superarlas. A lo largo de varios días vigiló la villa de madame la Comtesse. Después, cuando conoció todos los detalles importantes del lugar, una noche se introdujo en la habitación de la dama, mientras los dos sirvientes dormían y los señores habían salido. Visser buscó entre los objetos personales de madame la Comtesse. Esperaba encontrar cartas.

»Dimitrios jamás había escrito informes en nuestro negocio, no era una tarea que le agradara, y jamás había mantenido correspondencia con ninguno de nosotros. Pero Visser recordaba que en una oportunidad Dimitrios había garabateado sobre un papel una dirección para dársela a Werner. Yo mismo recuerdo aquella ocasión. Me había llamado la atención su extraña caligrafía: una letra que revelaba pocos estudios, llena de rasgos desmañados, inseguros y de trazos vulgares que pretendían ser aiosos adornos. Visser había ido tras esa escritura. Y por cierto que la encontró.

»Había nueve cartas. Todas provenían de un hotel de Roma, muy distinguido. Perdón, míster Latimer, ¿qué me ha dicho?

—Puedo decirle qué estaba haciendo Dimitrios en Roma. Estaba organizando el asesinato de un político yugoslavo.

Míster Peters no se mostró muy impresionado.

—Es muy posible —comentó con tono indiferente—: no se encontraría donde se encuentra hoy de no haber poseído esa especial destreza para la organización.

¿Qué le estaba diciendo? ¡Ah!, sí, las cartas.

»Todas provenían de Roma y todas estaban firmadas con iniciales que, a los fines de mi relato, le diré que eran C.K. Las cartas en sí mismas no eran lo que Visser había esperado. Eran muy formales, pomposas y breves. La mayoría de ellas no decían más que eso: el remitente estaba en buen estado de salud, sus negocios iban muy bien y esperaba volver a ver a su querida amiga muy pronto. Nada de tuteos, ya sabe usted. Pero en una decía que había conocido a una persona emparentada con la familia real italiana gracias a un enlace matrimonial y en otra carta contaba cómo había sido presentado a un diplomático rumano, que tenía un título de nobleza. Al parecer, se mostraba sumamente complacido con aquellas relaciones. Todo eso era muy snob y Visser pensó que podía lograr que Dimitrios quisiera comprarle su amistad.

»Anotó, pues, el nombre del hotel y, después de dejar ordenado cuanto había tocado, regresó a París desde donde pensaba seguir a Roma. Llegó a París a la mañana siguiente. La policía le estaba esperando. Creo que como falsificador había resultado ser poco hábil.

»Figúrese usted lo que sentiría aquel pobre hombre... Durante los tres interminables años que pasó en la cárcel no hizo nada que no fuera pensar en Dimitrios, en lo cerca que había estado de él y en lo lejos que se hallaba en esos momentos. Por alguna extraña razón, consideraba que Dimitrios era el responsable de su nuevo encarcelamiento.

»Esa idea encendía más aún su odio contra el antiguo jefe y le afirmaba su decisión de hacerle pagar por el daño ocasionado. Creo que Visser estaba fuera de su sano juicio.

»Tan pronto como fue puesto en libertad, consiguió un poco de dinero en Holanda y marchó a Roma. Dimitrios le aventajaba en tres años, pero Visser estaba decidido a enfrentarse con él. Fue, pues, al hotel, se presentó como detective privado holandés y pidió ver los registros de las personas que habían permanecido en el hotel tres años antes. Las fichas habían ido a dar a los archivos de la policía,

por supuesto, pero en el hotel se conservaban los recibos del periodo en cuestión y así Visser logró descubrir el nombre que Dimitrios había utilizado. También supo que Dimitrios había dejado una dirección: era un número de apartado de correos de París.

»Visser se enfrentaba con una nueva dificultad. Sabía el nombre, pero de nada le serviría si no lograba entrar en Francia y seguir allí los pasos de aquel hombre. No tenía ningún sentido que enviara por escrito un pedido de dinero: Dimitrios no seguiría yendo aún a buscar correspondencia, al cabo de tres años, a ese apartado de correos. Además, Visser no podía poner los pies en Francia sin que lo llevaran a la frontera o lo metieran otra vez en la cárcel. En cierto modo se veía forzado a cambiar de nuevo su nombre y a conseguir un nuevo pasaporte, pero no tenía dinero suficiente para hacerlo.

»De modo que le presté tres mil francos. Y debo confesarle, míster Latimer, que me sentí estúpido al hacerlo; en fin, en realidad ese hombre me daba pena. Ya no era el Visser que yo había conocido en París: la prisión le había chafado. En otro tiempo, sus pasiones se reflejaban en sus ojos; ahora sólo emergían hasta su boca y sus mejillas. Vaya, que comprendes que te estás volviendo viejo.

»Le di el dinero por compasión y para desembarazarme de él. No había creído ni una palabra de su historia. Ya comprenderá usted cuál sería mi asombro, hace un año, al recibir una carta de Visser que contenía un giro por valor de tres mil francos.

»La carta era muy breve, sólo decía: “Le he encontrado, tal como dije que lo haría. Aquí le remito, con mi más profundo agradecimiento, el dinero que usted me había prestado. Bien vale tres mil francos la sorpresa que se llevará usted.” Eso era todo. Ni siquiera había firma. Tampoco dirección. El giro había sido librado en Niza y la carta llevaba un sello de correos de esa ciudad.

»Aquella carta me hizo pensar, míster Latimer, Visser había recuperado sus ínfulas, que le permitían darse el lujo de devolverme aquellos tres mil francos. Esto significaba que tenía mucho dinero, sin duda. Las personas engréidas sueñan con realizar gestos grandilocuentes, pero muy pocas veces los llevan a la práctica. Dimitrios debía haber pagado y, ya que no era ningún tonto, debía tener buenos motivos para hacerlo.

»Yo estaba sin trabajo entonces, míster Latimer, sin trabajo y un tanto intranquilo. De modo que pensé que bien podía ser interesante encontrar a Dimitrios, por mi cuenta, y compartir la buena suerte de Visser.

»No era la codicia lo que me impulsaba, míster Latimer, no quiero que piense eso. Me sentía interesado. Además, siempre he creído que Dimitrios ha quedado en deuda conmigo por los apuros e indignidades que me he visto obligado a soportar por él. Durante dos días jugué con esa idea. Después, al tercer día, adopté una decisión: me fui a Roma.

»Ya puede figurarse, míster Latimer, que pasé por muchas dificultades y desilusiones. Conocía las iniciales que Visser, en su empeño por convencerme, me había revelado, pero lo único que sabía acerca de aquel hotel de Roma se reducía a que era muy caro y elegante.

»Desgraciadamente, hay muchos hoteles caros en Roma. Comencé a visitarlos, uno tras otro. Pero cuando, en el quinto hotel, me dijeron que no podían permitirme ver los registros del año 1932, abandoné el intento.

»Sin embargo, a continuación acudí a un amigo italiano que trabajaba en un ministerio del gobierno. Este hombre puso su influencia a mi servicio y, tras algunos cabildos y no pocos gastos, recibí una autorización para inspeccionar los archivos del Ministerio del Interior, correspondientes al año 1932. Descubrí cuál era el nombre que Dimitrios había utilizado en aquella oportunidad y también descubrí algo que Visser no sabía: en 1932, tal como yo mismo lo había hecho, Dimitrios se había decidido a adoptar la nacionalidad de cierta república sudamericana que es muy comprensiva en estos casos, si tu bolsillo es suficientemente ancho. De modo que Dimitrios y yo nos habíamos convertido en compatriotas.

»Debo confesarle, míster Latimer, que regresé a París muy esperanzado. Pero me esperaba una amarga desilusión. Nuestro cónsul no se mostró comprensivo ni dispuesto a echarme una mano. Me aseguró que jamás había oído hablar del *señor*⁴⁶ C.K. Y aún me aguardaba otro inconveniente. La mansión de *madame la Comtesse*, en la avenue Hoche, permanecía deshabitada desde hacía dos años.

»¿Cree usted que era muy sencillo enterarse del lugar en que se encontraba una dama rica y elegante? No; era sumamente difícil. El anuario Bottin no revelaba nada. Al parecer, esta señora no tenía casa en París. Le confieso que estaba a punto de abandonar mi búsqueda cuando se me ocurrió cuál podía ser el camino para superar mis dificultades.

»Caí en la cuenta, en aquel momento, de que una dama de buen tono como *madame la Comtesse* por fuerza tenía que haber ido a practicar algún deporte de invierno durante la temporada que acababa de finalizar. Por lo tanto, pedí en

Hachette que me proporcionaran un ejemplar de cada revista francesa, suiza, alemana e italiana dedicada a los deportes de invierno y a las crónicas de sociedad, publicada en los tres últimos meses.

»Era, por supuesto, un recurso desesperado. Pero dio sus frutos. No puede hacerse usted una idea del número de revistas de esa clase que se publican. Me llevó algo más de una semana leerlas con gran cuidado, míster Latimer, y le aseguro que al poco casi me había convertido en un socialdemócrata. De todos modos, a finales de semana había recuperado ya mi sentido del humor. Si la repetición convierte las palabras en tonterías, convierte en tonterías mucho mayores las sonrisas, por muy ricos que sean quienes sonrían.

»Además, había encontrado por fin lo que buscaba. En una de las revistas alemanas del mes de febrero, leí una breve reseña que decía que madame la Comtesse había ido a St. Anton para practicar deportes invernales. En una revista francesa había una foto suya, en el apartado de modas, vestida con ropas de esquiar. Fui, pues, a St. Anton. No hay muchos hoteles en ese lugar, o sea que no me llevó mucho tiempo averiguar que monsieur C.K. había estado en St. Anton junto con madame la Comtesse y que había dejado una dirección de Cannes.

»En Cannes me enteré de que monsieur C.K. tenía una villa en Estoril pero que, en esos momentos, él estaba en viaje de negocios. Esto no me desilusionó. Tarde o temprano, Dimitrios regresaría a su villa. Mientras tanto, me dedicaría a averiguar algo más acerca de monsieur C.K.

»Siempre he sostenido, míster Latimer, que el modo de lograr el éxito en esta vida de hoy consiste en conocer a la gente que pueda resultarnos útil. En mis tiempos conocí a mucha gente importante e hice negocios con ellos: ese tipo de persona, ya me entiende usted, que siempre está bien informada de lo que ocurre y de por qué ocurren las cosas que ocurren. Siempre me he preocupado por ser condescendiente con esas personas. Y eso me ha reportado buenos dividendos.

»Mientras Visser debió de merodear y acechar en la oscuridad para obtener la información que necesitaba, yo conseguí la mía preguntándole a un amigo. Todo resultó mucho más sencillo de lo que yo había supuesto, porque, según me enteré entonces, Dimitrios se había convertido en una persona importante en ciertos círculos, bajo el nombre de C.K.

»Por cierto que al enterarme de lo importante que era, me llevé una agradable sorpresa. Y comencé a creer que Visser debía de estar viviendo del dinero que le sacaba a Dimitrios. Ahora bien: ¿qué sabía Visser? Sólo que Dimitrios había

traficado con drogas ilegalmente y era muy difícil que pudiese probarlo. Manus Visser no sabía nada del tráfico de mujeres. Yo sí. Por lo tanto, pensé, debían existir otras cosas que Dimitrios prefería mantener ocultas. Si antes de acercarme a Dimitrios yo lograba averiguar algunas de esas cosas, mi presión financiera podría llegar a ser muy fuerte. Decidí visitar a algunos amigos más.

»De entre todos ellos, dos me fueron de gran ayuda. Grodek era uno. Un amigo rumano el otro. Ya sabe usted que Grodek se había relacionado con Dimitrios cuando empleaba el apellido Talat. Mi amigo rumano me dijo que en 1925 Dimitrios había mantenido sospechosos tratos financieros con Codreanu, el lamentado jefe de la Guardia de Hierro rumana.

»En ninguno de esos asuntos había nada criminal. Y por cierto que las informaciones que me proporcionó Grodek llegaron a deprimirme un tanto. No era probable que las autoridades yugoslavas pidieran la extradición después de tantos años; en cuanto al gobierno francés, sin duda estaría dispuesto a ser tolerante con el tráfico de drogas y de mujeres, dado que Dimitrios había prestado algún servicio a la república en 1926.

»De modo que decidí ver qué podía averiguar en Grecia. Una semana más tarde llegaba a Atenas y cuando, sin obtener resultados positivos, aún trataba de localizar en los registros oficiales algo referente a Dimitrios, leí en un periódico ateniense una noticia sobre el descubrimiento de un cadáver de un griego oriundo de Esmirna, llamado Dimitrios Makropoulos; el cuerpo había sido hallado por la policía de Estambul. —Peters levantó los ojos y miró fijamente a Latimer—. ¿Comienza ya a comprender, míster Latimer, por qué me resultaba muy difícil de comprender su interés por Dimitrios?—Y luego agregó, en respuesta al gesto afirmativo de su interlocutor—: También yo, por supuesto, consulté los archivos de la Comisión de Socorro, pero le seguí a usted a Sofía, en lugar de ir a Esmirna. Me pregunto si usted querrá decirme ahora qué pudo averiguar allí en los archivos de la policía.

—Dimitrios era sospechoso de haber asesinado a un prestamista llamado Sholem, en Esmirna, en 1922. Después escapó a Grecia. Dos años más tarde, intervino en un atentado que se proponía asesinar al Kemal. Volvió a escapar, pero los turcos, con el pretexto del asesinato cursaron una orden de detención.

—¡Un asesinato en Esmirna! Eso lo aclara todo —dijo Peters sonriendo—. Nuestro Dimitrios es un hombre maravilloso, ¿no le parece? Tan pragmático. —¿Qué quiere decir?

—Déjeme terminar el relato y lo comprenderá. Tan pronto como leí aquella nota en el periódico, envié un telegrama a un amigo mío, que estaba en París,

preguntándole si sabía dónde estaba en ese momento monsieur C.K. Dos días más tarde recibía la respuesta, por la que supe que monsieur C.K. acababa de regresar a Cannes después de realizar un crucero por el mar Egeo, en compañía de unos amigos había navegado en un yate griego que dos meses antes él mismo había alquilado.

»¿Comprende ahora lo ocurrido, míster Latimer? Usted me ha dicho que aquel carnet de identidad, encontrado en el cadáver, ya tenía un año. Esto significa que había sido obtenido pocas semanas antes de que Visser me enviara los tres mil francos. Ya lo ve usted: desde el momento mismo en que encontró a Dimitrios, Visser estuvo sentenciado. Sin duda alguna, Dimitrios pensó rápidamente en asesinarlo. El motivo salta a la vista. Visser era un hombre peligroso, era una persona demasiado fatua, era capaz de irse de la lengua, de ser indiscreto en cualquier momento, con beber tan sólo unas copas y con la única intención de fanfarronear. Tenía que ser asesinado.

»¡Ya ve usted lo inteligente que ha sido Dimitrios! Pudo haber asesinado a Visser inmediatamente, por cierto. Pero no lo hizo. Su taimada mente elaboró un plan mejor. En vista de que se veía ante la necesidad de asesinar a Visser, ¿no sería posible utilizar provechosamente su cadáver? ¿Por qué no utilizarlo para salvaguardarse a sí mismo contra las posibles consecuencias de aquel anterior asesinato, en Esmirna? No era muy probable que aquel hecho tuviera nuevas consecuencias, pero allí se le presentaba una oportunidad para asegurarse de ello. El cuerpo de Dimitrios Makropoulos, el asesino, sería depositado en las manos de la policía turca. Dimitrios, el bandido, habría muerto y monsieur C.K. seguiría con vida, cultivando su jardín.

»Por supuesto que sería necesaria la propia cooperación de Visser. Había que conseguir que se sintiera seguro. De modo que Dimitrios sonrió y pagó, en tanto llevaba a cabo las diligencias necesarias para obtener un carnet de identidad que acompañara al cadáver de Visser. Nueve meses después, en junio, invitó a su buen amigo Visser: juntos harían un crucero por el Egeo.

—Sí, ¿pero cómo pudo haberle asesinado durante el viaje? ¿Se olvida de la tripulación? ¿Qué explicaciones pudo haber dado a los otros pasajeros del yate? Peters adoptó el aire de un experto conocedor de esas situaciones.

—Permítame decirle, míster Latimer, lo que yo hubiera hecho en el caso de Dimitrios. Para empezar, habría alquilado un yate griego. Por un motivo muy sencillo: Fondearía así en el puerto del Pireo.

»A mis amigos, incluido Visser, les diría que debían reunirse conmigo en Nápoles. Luego, después de un mes de navegación, volvería con ellos a Nápoles, puerto que, según he dicho hace un momento, sería el final del viaje.

»Una vez desembarcados, yo seguiría a bordo para llevar el barco hacia el Pireo. En ese momento, hablaría con Visser, en privado, para decirle que un negocio

muy importante y muy secreto me estaba aguardando en Estambul; le propondría que me acompañara en el yate, porque me interesaba sobremanera que él colaborara conmigo. Al mismo tiempo, le pediría que no se lo dijera a los demás integrantes del crucero, que podían molestarse al ver que no les invitaba también a ellos, y que subiera a bordo después de la partida de los demás, en secreto. Para el pobrecito y engreído Visser semejante invitación sería irresistible.

»En cuanto al capitán del yate, le diría que Visser y yo abandonaríamos el barco en Estambul, para regresar por tierra a París, después de solventar algunos negocios; él tendría que llevar el yate hasta el Pireo.

»En Estambul, Visser y yo desembarcaríamos juntos. La tripulación tendría orden de entregar nuestro equipaje a quien fuera a buscarlo, cosa que sucedería después de que hubiéramos decidido en qué hotel habríamos de hospedarnos. Después llevaría a mi compañero a un club nocturno, que está en una calle próxima a la Grande Rue de Pera. Esa misma noche, unas pocas horas más tarde, yo tendría diez mil francos menos en el bolsillo y Visser se encontraría en el fondo del Bósforo, en un lugar desde donde las corrientes llevarían su cuerpo, cuando estuviera en condiciones de flotar, hasta el cabo Seraglio.

»Acto seguido, iría a un hotel y alquilaría una habitación con el nombre y el pasaporte de Visser; enviaría a alguien hasta el yate para que retirara mi equipaje y el de Visser. A la mañana siguiente, siempre bajo el nombre de Visser, abandonaría el hotel en dirección a la estación. Después de haber registrado minuciosamente todo el equipaje de Visser, lo dejaría en la consigna de la estación. Y cogería el tren hacia París. Si alguna vez alguien hiciera averiguaciones acerca de Visser en Estambul, encontraría que ese hombre había marchado a París por tren. Pero, en realidad, ¿a quién se le ocurriría hacer averiguaciones? Mis amigos seguirían creyendo que Visser había desembarcado en Nápoles. El capitán y la tripulación del yate no estarían interesados en el asunto.

»Además, Visser tenía pasaporte falso, era un criminal: un individuo de esa clase siempre tiene un motivo muy determinado para desaparecer cuando le apetece. ¡Fin!

Peters extendió las manos a uno y otro lado.

—Así se me habría ocurrido a mí explicar una situación semejante. Tal vez Dimitrios lo haya hecho de un modo algo distinto; pero creo que es así como ha sucedido. Sin embargo, hay una cosa respecto a la que no estoy seguro del todo. Usted recordará que me dijo que, algunos meses antes de su llegada a Esmirna, una persona se mostró interesada por examinar los archivos de la policía de esa ciudad. Esa persona, tal vez, era Dimitrios. Siempre fue muy cauteloso. Estaría preocupado por saber cuánto sabían acerca de su apariencia física; debía enterarse antes de dejar el cadáver de Visser en manos de la policía turca.

—Pero el hombre del que yo le he hablado tenía aspecto de francés.

Peters esbozó una sonrisa llena de reproches.

—O sea que usted no fue completamente franco conmigo en Sofía, míster Latimer. Usted ha hecho averiguaciones sobre ese misterioso hombre —dijo,

encogiéndose de hombros—. Sí, por cierto que Dimitrios tiene ahora aspecto de francés. Lleva ropas francesas. —¿Le ha visto usted hace poco tiempo?

—Ayer. Aunque él a mí no me ha visto.

—Es decir que usted sabe con exactitud en qué lugar de París vive.

—Sí, con exactitud. Tan pronto como descubrí sus nuevos negocios, supe dónde debía buscarle.

—¿Y ahora que le ha encontrado, qué?

Peters frunció el ceño.

—Vaya, míster Latimer. Estoy bien seguro de que usted no es ningún tonto. Usted sabe y puede probar que el hombre enterrado en Estambul no es Dimitrios. De ser necesario, podría identificar la fotografía de Visser en los archivos policiales. Por otra parte, yo sé qué nombre ha adoptado en la actualidad Dimitrios y también sé dónde encontrarle. Para Dimitrios, nuestro común silencio bien vale una buena suma de dinero.

»Si tenemos en cuenta el destino de Visser, también sabremos cómo obrar en estas circunstancias. Le pediremos un millón de francos. Dimitrios pagará, aunque tenga la certeza de que acudiremos a él a por más dentro de un tiempo. Pero nosotros no seremos tan necios, arriesgando nuestras vidas de esa manera. Nos tendremos que contentar con medio millón cada uno (casi tres mil libras esterlinas, míster Latimer), y después nos daremos un punto en la boca.

—Le entiendo. Chantaje con dinero en mano. Nada de créditos. ¿Pero por qué quiere que me meta en este negocio? La policía turca podría identificar a Visser sin mi ayuda.

—¿Cómo? Ya le han identificado como Dimitrios y le han enterrado. Desde ese momento han visto docenas de cadáveres. Han transcurrido varias semanas. ¿Recordarán la cara de Visser con la precisión necesaria para iniciar un costoso proceso de extradición contra un rico extranjero, sólo porque durante catorce años ha sido el principal sospechoso de un asesinato ocurrido hace dieciséis años? ¡Mi querido míster Latimer! Si le contara esto, Dimitrios se reiría de mí. Haría lo mismo que ha hecho con Visser: me entregaría algunos miles de francos un par de veces, o tres, para mantener mi pico cerrado, para que no le ocasione problemas con la policía francesa. Después, para su propia seguridad, planearía la más adecuada manera de asesinarme. Pero usted ha visto el cadáver de Visser y lo ha identificado. Usted ha visto los archivos de la policía en Esmirna. Dimitrios ignora quién es usted. Tendrá que pagar o correr algún riesgo que escape a su previsión. Y es un hombre demasiado cauto para arriesgarse hasta ese punto.

»Escúcheme: en primer lugar, es esencial que Dimitrios no descubra nuestras identidades. Sabrá quién soy yo, desde luego, pero ignorará mi nombre actual. Para usted, inventaremos un nombre. Míster Smith, quizá, dado que es usted inglés. Me pondré en comunicación con Dimitrios con el nombre de Petersen y concertaremos un encuentro con él en un barrio bajo de París, en un lugar que elegiremos nosotros mismos. Allí deberá entregarnos nuestro millón de francos. Esa será la última vez que nos va a ver.

Latimer se echó a reír, aunque con desgana.

—¿Y usted cree de verdad que Dimitrios aceptara ese plan suyo?

—Si a su muy entrenada mente, míster Latimer, se le puede ocurrir un plan más ingenioso que el mío, le aseguro que me sentiré increíblemente feliz...

—Mi muy entrenada mente, míster Peters —interrumpió el escritor—, está pensando cuál puede ser el mejor modo de hacer llegar a la policía la información que usted acaba de proporcionarme con tanto detalle.

La sonrisa de Peters empalideció.

—¿La policía? ¿Qué información, míster Latimer?—preguntó con un tono suave.

—Pues... les diré que... —Latimer comenzó a hablar con cierta impaciencia, pero se detuvo casi de inmediato, con un gesto de perplejidad en el rostro.

—En efecto; así es —aprobo míster Peters con un movimiento de cabeza—. Usted no posee ninguna información verdadera que pueda transmitir. Si acude a la policía turca, logrará que pidan a la policía francesa fotografías de Manus Visser y que comprueben su identidad.

»¿Qué puede ocurrir después? Sabrán que Dimitrios Makropoulos esta vivo. Y eso será todo. Como usted recordará, no le he dicho el nombre que Dimitrios utiliza en la actualidad y tampoco le he dicho las verdaderas iniciales. Sería imposible que usted descubriera su pista en Roma, tal como Visser y yo lo hicimos. Tampoco sabe usted el nombre de madame la Comtesse.

»En cuanto a la policía francesa, no creo que se vayan a mostrar muy interesados por la suerte de un holandés criminal y deportado; y me parece que no les interesará demasiado saber que en algún lugar de Francia vive un griego que usa un nombre falso y que en 1922 mató a un hombre en Esmirna.

»Ya ve, míster Latimer: no puede hacer nada sin mí. Por supuesto que, si Dimitrios se mostrara poco accesible, será prudente poner todo esto en conocimiento de la policía. Pero no creo, por ahora, que Dimitrios crea ningún problema. Es un hombre de elevada inteligencia. Además, míster Latimer, ¿por qué desdeñar tres mil libras?

Latimer observó a Peters durante unos segundos. Después preguntó:

—¿Se le ha ocurrido pensar, míster Peters, que yo podría rechazar esas tres mil libras? Al parecer, amigo mío, su larga relación con criminales le impide seguir ciertas formas de razonamiento...

—Esa rectitud moral... —comenzó a decir Peters con una cierta preocupación, pero se interrumpió y, en apariencia, cambió de idea; tras un seco carraspeo, prosiguió—: Si usted lo prefiere, podríamos informar a la policía después de ha-

bernos asegurado el dinero —sugirió con aquella deliberada benevolencia que uno pone en su voz cuando ha de hablar con un amigo que se encuentra borracho—. Aun cuando Dimitrios pudiera probar que nos ha pagado el dinero, no podría decir a la policía nuestros nombres ni podría revelar nuestras señas, por muy desagradable que quisiera mostrarse.

»Vera usted, míster Latimer: creo que ésa sería una salida magistral por parte nuestra. Porque estaríamos segurísimos de que Dimitrios dejaría de representar un peligro. Quizá sería conveniente enviar un dossier a las autoridades policiales, en forma anónima; tal como lo hizo Dimitrios en 1931. Sería un justo desquite —al instante sus facciones se ensombrecieron—. Ah, no. Me temo que es imposible. Me temo que las sospechas de sus amigos de la policía podrían recaer sobre usted, míster Latimer. ¡No podemos correr ese riesgo, por supuesto!

Pero Latimer no le escuchaba. Comprendía que todo lo que había dicho era una tontería y, sin embargo, buscaba empeñosamente alguna justificación. Peters estaba en lo cierto: no podía hacer nada para llevar a Dimitrios ante la justicia. Sólo le restaba elegir entre dos posibilidades. Por un lado, regresar a Atenas y dejar que Peters hiciera el mejor trato posible con Dimitrios; por otro, permanecer en París y ver el último acto de esa grotesca comedia en la que, de pronto, se había visto representando un papel. En vista de que la primera opción se presentaba como imposible, estaba obligado a adoptar la segunda decisión. En realidad, no podía elegir. Para ganar tiempo había cogido y encendido un cigarrillo. Al cabo de unos instantes, alzó la cabeza.

—Pues bien —dijo con lentitud—, haré lo que usted quiera. Pero bajo ciertas condiciones.

—¿Condiciones?—los labios de Peters dibujaron un fino trazo en su obesa cara—. Creo que compartir la ganancia a medias es más que una generosidad de mi parte, míster Latimer. ¡Vaya, si sólo con mis molestias y los gastos...!

—Espere un momento, míster Peters. Le he dicho que pondré ciertas condiciones. La primera podrá aceptarla y cumplirla con toda facilidad. Simplemente tendrá que quedarse con todo el dinero que sea capaz de sacarle a los bolsillos de Dimitrios. La segunda... —comenzó a decir, pero se detuvo: gozaba del efímero placer de ver desconcertado a su interlocutor. De inmediato advirtió que sus ojos acuosos también se habían convertido en un trazo brillante.

Las palabras de Peters, al resonar en el silencio de la habitación, parecían cargadas de sospecha:

—Creo que no le entiendo bien, míster Latimer. Si esto no es otra cosa que una torpe trampa...

—Oh, no. No hay ninguna trampa, ni torpe ni de ninguna otra clase, míster Peters. «Rectitud moral», ha dicho usted, ¿no es cierto? Pues sí, está bien. Estoy

dispuesto como ha visto usted, a colaborar en el chantaje contra una persona, siempre y cuando esa persona sea Dimitrios. Pero no quiero recibir ni un céntimo por ello. O sea que será mejor para usted, desde luego.

Peters asintió, pensativo.

—Sí, ya lo entiendo. Es bastante lógico que usted se comporte de esa manera. O sea que será mejor para mí, como usted ha dicho. ¿Pero cuál es la otra condición?

—Es igualmente inofensiva. Usted ha hecho algunas misteriosas alusiones al hecho de que Dimitrios se ha convertido en una persona importante. Para que yo le ayude a obtener ese millón de francos, le exijo que me diga con exactitud en qué se ha convertido. Peters pareció reflexionar durante unos segundos; después se encogió de hombros.

—Pues bien. No hay ninguna razón para que no se lo pueda decir. Por más que lo piense no veo cómo le ayudaría ese dato a descubrir la actual identidad de Dimitrios. El Banco de Crédito Eurasiático está registrado en Mónaco y los detalles de su constitución no pueden ser conocidos ni inspeccionados. Dimitrios es miembro de la Junta de Directores.

13. «Rendezvous»

Eran ya las dos de la madrugada cuando Latimer abandonó la impasse des Huit Anges y comenzó a caminar, a paso lento, hacia el quai Voltaire.

En la esquina del boulevard St. Germain vio un café abierto. Se metió dentro; un camarero mudo y aburrido le sirvió una cerveza desde detrás de un mostrador de zinc. Latimer bebió unos sorbos de cerveza y dirigió una mirada vacía en torno suyo, como la persona que se ha extraviado y entra en un museo para protegerse de la lluvia.

Al cabo de unos instantes sintió que sólo quería estar en la cama. Pagó la cerveza y cogió un taxi para regresar a su hotel. Estaba fatigado, por supuesto: era la causa de todo.

Una vez en su habitación, Latimer se sentó junto a la ventana y contempló las luces que se reflejaban sobre la superficie negra del río y aquel débil resplandor que empalidecía el cielo, al otro lado del Louvre. Su mente padecía el acoso del pasado: la confesión de Dhريس, el negro, y los recuerdos de Irana Preveza; la tragedia de Bulic y el relato de aquellos blancos cristales que viajaban hacia el oeste, hacia París, para rendir beneficios al antiguo empacador de higos de Izmir.

Tres seres humanos habían muerto de una manera horrible y otros, muchísimos otros, habían vivido de una manera horrible para que Dimitrios consiguiera una situación de holgura. Si existía algo que pudiera recibir la denominación de Mal, pues entonces, ese hombre...

Pero no tenía sentido el intento de explicar a ese individuo en términos de Mal y Bien. Esos conceptos no eran más que complicadas abstracciones. Buenos Negocios y Malos Negocios eran el fundamento de la nueva teología.

Dimitrios no era el mismo diablo. Sólo lógico y consistente; tan lógico y consistente, dentro de la jungla europea, como el gas venenoso llamado lewisite y los cuerpos destrozados de miles de criaturas muertas durante los bombardeos de una ciudad indefensa.

La lógica del David de Miguel Ángel, de los cuartetos de Beethoven y de la física de Einstein había sido reemplazada por la del Anuario Comercial y del Mein Kampf, la obra de Hitler.

Sin embargo, reflexionaba Latimer, aunque no puedas impedir que la gente venda y compre lewisite, aunque no puedas hacer otra cosa que no sea «deploro-

rar» la matanza de un gran número de niños, existían por lo menos medios para evitar que un aspecto particular de esta expeditiva actitud llegara a ocasionar daños irreparables. La mayoría de criminales internacionales escapaban al alcance de las leyes dictadas por el hombre, pero Dimitrios, precisamente, se hallaba dentro del alcance de la Ley. Había cometido dos asesinatos como mínimo, y por lo tanto, había transgredido la ley como el pobrecito que está famélico y roba un trozo de pan.

Resulta muy fácil, por supuesto, decir que Dimitrios estaba al alcance de la ley; lo que no resultaba nada fácil era determinar cómo podía llegar esa información a oídos de la Ley. Tal como Peters se lo había señalado a las claras, él, Latimer, no poseía ninguna información que le fuera útil a la policía.

¿Pero era exacta esa pintura de la situación? Latimer poseía, ciertamente, alguna información. Sabía que Dimitrios estaba vivo, que era uno de los integrantes de la Junta de Directores del Banco de Crédito Eurasiático, que era amigo de una condesa francesa, una dama dueña de una casa señorial en la avenue de Hoche y que, años atrás, había tenido un lujoso Hispano Suiza, que ambos — Dimitrios y la condesa — habían pasado la temporada invernal de ese año en las pistas de esquí de St. Anton y que él había alquilado un yate griego durante el mes de junio, que tenía una villa en Estoril y que, en la actualidad, era ciudadano de una república sudamericana.

Sin lugar a dudas, se podía encontrar a una persona que reuniese todas esas características. Aunque los nombres de los directivos del Banco de Crédito Eurasiático fuesen imposibles de obtener, existía la posibilidad de averiguar los nombres de las personas que hubieran alquilado yates de bandera griega durante el mes de junio, los de los ricos sudamericanos dueños de una villa en Estoril y los de los sudamericanos que habían pasado la temporada invernal, el mes de febrero para ser exactos, en las pistas de esquí de St. Anton. Era cosa de conseguir aquellas listas y, simplemente, ver qué nombres (si había más de uno) aparecían en las tres.

¿Pero cómo conseguir esas listas? Además, aunque pudiera persuadir a la policía turca y lograra que se llevase a cabo la exhumación de Visser, con el fin de constatar la información obtenida, ¿cómo probar que el hombre señalado era realmente Dimitrios? Incluso, en el caso de que Latimer convenciera al coronel Haki sobre la objetiva veracidad de sus afirmaciones, ¿dispondría de las pruebas suficientes para iniciar, ante las autoridades francesas con una razón justificada, el proceso de extradición de un director del poderoso Banco de Crédito Eurasiático?

Si a Dreyfus se le había absuelto al cabo de doce años, bien podría transcurrir un período igualmente largo antes de que se probara la culpabilidad de Dimitrios. Presa de una oscura preocupación, Latimer se desvistió y se metió en la cama.

Al parecer, estaba amarrado sin remedio al plan de chantaje de Peters. Tendido en aquella blanda cama, con los ojos cerrados, comprendió que, al cabo de pocos días, se habría convertido en uno de los peores y más extraños criminales del mundo, hablando en términos apropiados.

Y del fondo de su mente surgía una incómoda sensación. Cuando comprendió el verdadero motivo de ese sentimiento, Latimer se sobresaltó un poco. La verdad desnuda era que tenía miedo de Dimitrios. Ese hombre era peligroso; ahora mucho más peligroso que en Esmirna, en Atenas y en Sofía: ahora tenía mucho más que perder. Visser le había extorsionado y estaba muerto. Y Latimer estaba a punto de extorsionarle, también. Dimitrios jamás había vacilado, ni por un segundo, en asesinar a un hombre en el caso de juzgarlo necesario. Si lo había juzgado necesario en el caso de un hombre que pretendía descubrirle como traficante de drogas, ¿vacilaría en el caso de dos hombres que le amenazaban con denunciarle como asesino?

Era muy importante tener presente que, vacilara o no vacilara, Dimitrios no dispondría de ninguna oportunidad. Peters había previsto adoptar las debidas precauciones.

El primer contacto con Dimitrios se establecería mediante una carta. Latimer había visto un borrador de la carta y le había parecido para su satisfacción similar, por su tono, a una carta que él mismo había escrito para un chantajista de una de sus novelas.

El comienzo de la carta era de una siniestra cordialidad: era de esperar que, después de tantos años, monsieur C.K. no hubiera olvidado al remitente y los agradables y provechosos momentos que ambos habían pasado juntos. La carta proseguía afirmando que resulta muy grato saber que él era un hombre de tanto éxito; por fin, le invitaba con la mayor cordialidad a reunirse con el remitente en el Hotel XX, a las nueve en punto de la noche del jueves de esa semana. La frase final subrayaba la expresión de la *plus sincère amitié*⁴⁷ del remitente. Una breve posdata, muy significativa, advertía que el destinatario tendría la ocasión de departir con alguien que había conocido muy bien a Manus Visser, aquel viejo amigo; además, señalaba que esa persona estaba ansiosa por ser presentada a

47 En francés en el texto original; «la más sincera amistad». (N. Del T.)

monsieur K. y que resultaría muy de lamentar para todos que monsieur K. no pudiera acudir a la cita del jueves por la noche.

Dimitrios recibiría la carta el jueves por la mañana. A las ocho y media de la noche del jueves, «míster Petersen» y «míster Smith» llegarían al hotel elegido para la entrevista. «Míster Petersen» pediría una habitación en donde aguardarían la llegada de Dimitrios. Una vez que se le explicara la situación, Dimitrios sabría que debería esperar las instrucciones para el pago del millón de francos, que le serían enviadas a la mañana siguiente. Y se marcharía del hotel. «Míster Petersen» y «míster Smith» harían otro tanto después.

A partir de ese momento tendrían que adoptar especiales precauciones para asegurarse de que nadie los identificara. Peters no había sido muy explícito en cuanto al tipo de precauciones, pero había dado toda clase de seguridades: no podía haber ningún fallo.

subrayaba la expresión de la «plus sincère amitié» del remitente. Una breve posdata, muy significativa, advertía que el destinatario tendría la ocasión de departir con alguien que había conocido muy bien a Manus Visser, aquel viejo amigo; además, señalaba que esa persona estaba ansiosa por ser presentada a monsieur K. y que resultaría muy de lamentar para todos que monsieur K. no pudiera acudir a la cita del jueves por la noche.

Esa misma noche remitirían una segunda carta a Dimitrios, ordenándole que enviara a un mensajero con el millón de francos, en billetes de mil, a un lugar determinado de la carretera del cementerio de Neuilly, a las once en punto de la noche del viernes. Allí le esperaría un coche de alquiler, con dos hombres dentro. Los dos hombres serían personas reclutadas por míster Peters para cumplir esa tarea. A ellos les correspondería recoger al mensajero y avanzar por el quai National, en dirección hacia Suresnes, hasta estar bien seguros de que nadie les estaba siguiendo. Después, se encaminarían hacia la avenue de la Reine y cerca de la Porte de St. Cloud «Míster Petersen» y «míster Smith» estarían esperando para recibir el dinero.

Los dos hombres contratados escoltarían al mensajero hasta Neuilly; la carta establecería, asimismo, que el mensajero debía ser una mujer.

Latimer había mostrado su perplejidad ante esta última disposición. Peters la había justificado: si el mismo Dimitrios se decidiera a ir, existiría la posibilidad de que fuera demasiado astuto para los hombres del coche; en ese caso, «míster Petersen» y «míster Smith» podían terminar tendidos en la avenue de la Reine con un par de balas en la espalda.

Las descripciones eran poco seguras y a aquellos dos hombres les resultaría imposible saber, en medio de la oscuridad, si el hombre que se presentaría ante ellos era o no Dimitrios. Con una mujer, ese peligro quedaba eliminado.

«Sí —pensaba Latimer—, es absurdo figurarse que Dimitrios pueda representar un peligro. Lo único importante para mí será el encuentro con ese extraño hombre, en cuyo camino me he cruzado sin proponérmelo.»

Sería una experiencia singular la de verle cara a cara, después de haber oído hablar tanto de él; le produciría una extraña sensación ver la mano que había empacado higos, la que había hundido el cuchillo en la garganta de Sholem; podría ver aquellos ojos que Irana Preveza, Władysław Grodek y Peters recordaban con tanta precisión. Sería como si una de las estatuas de cera de la cámara de los horrores volviese de nuevo a la vida.

Durante un largo rato, Latimer clavó sus ojos en la estrecha separación de las cortinas. Por ese intersticio comenzaba a filtrarse la luz del amanecer. Y por fin se durmió.

A eso de las once, le sobresaltó la campanilla del teléfono: Peters le comunicaba que la carta para Dimitrios ya había sido despachada y le preguntaba si podrían cenar juntos «para discutir los planes para mañana». Latimer tenía la vaga idea de que esos planes ya habían sido discutidos, pero asintió. Pasó la tarde en el zoológico de Vincennes, solo. La cena de esa noche le resultaba engorrosa. Poco quedaba por decir sobre los planes ya puestos en marcha y el escritor dedujo que mister Peters había hecho aquella invitación para continuar con sus medidas de precaución: quería cerciorarse de que su socio, que ya no tenía intereses financieros en aquel negocio, no cambiara de parecer en cuanto a su colaboración.

Con el pretexto de una fuerte jaqueca, Latimer se esfumó tan pronto como fueron las diez de la noche y se acostó de inmediato. Al despertar, a la mañana siguiente, la jaqueca era ya algo real y dedujo que la botella de borgoña, recomendada con tanto énfasis por su anfitrión, había sido de las baratas.

A medida que recuperaba la conciencia de su entorno, tomaba cuerpo en su mente la idea de que algo desagradable había ocurrido. Por fin lo recordó. ¡Sí, era eso! A esas horas, Dimitrios ya habría recibido la primera carta.

Se sentó en la cama, debía pensar. Al cabo de unos pocos minutos, llegó a la firme conclusión de que, si bien resulta muy sencillo odiar a los extorsionistas y despreciarles, cuando lees o escribes sobre el tema, el hecho en sí del chantaje

exige una mayor fuerza interior y una mayor firmeza que la que él mismo poseía, sin lugar a dudas.

Y no quería decir nada que se repitiera a sí mismo que Dimitrios era un criminal. El chantaje era el chantaje, tal como un asesinato era un asesinato. Tal vez en el último minuto, Macbeth hubiera vacilado ante la idea de matar a un Duncan criminal tanto como ante la idea de matar a un Duncan cuyas virtudes competían con las de los mismos ángeles. Por suerte o por desgracia, él —Latimer— tenía una lady Macbeth en la persona de míster Peters. Y decidió irse a tomar el desayuno.

El día le pareció interminable. Peters había dicho que debía ocuparse del alquiler del coche y de los hombres que lo conducirían; de modo que ambos se verían después de la cena, hacia las ocho menos cuarto. Latimer pasó la mañana vagando sin rumbo fijo por el Bois y por la tarde se metió en un cine.

A eso de las seis de la tarde, tras la salida del cine, el escritor comenzó a sentir una ligera sensación de ahogo que invadía su plexo solar. Era como si alguien le hubiera asestado un puñetazo, no muy potente, en ese lugar.

Lo pensó durante un rato y concluyó que era aquel borgoña corrosivo de Peters: el vino producía una reacción retardada. Se detuvo, pues, en uno de los cafés de los Champs Elysées para tomarse una infusión.

Pero aquella sensación persistía y comenzó a comprobar que a cada instante se volvía más intensa. Después, en el momento mismo en que su mirada se fijó durante unos segundos en un grupo de cuatro hombres y mujeres que hablaban y reían, excitados por algún chiste, comprendió qué le estaba sucediendo. No quería encontrarse con Peters. No quería participar en el chantaje. No quería enfrentarse con un hombre cuyo pensamiento predominante sería el de asesinarle tan pronto como le fuera posible y dentro de la mayor de las discreciones. No se encontraba mal del estómago. En realidad, sus pies estaban fríos.

Al comprender aquello se sintió anonadado. ¿Por qué tenía que temer? No había nada que justificara ese temor. Aquel hombre, Dimitrios, era un criminal inteligente y peligroso, pero estaba muy lejos de ser un superhombre. Y si un individuo como Peters podía... Aunque, en rigor, Peters era una persona habituada a ese tipo de embrollos. Y yo, pensó Latimer, no lo estoy.

Se dijo que hubiera debido acudir a la policía en el momento mismo en que supo que Dimitrios estaba vivo, aun a riesgo de que le tomaran por un molesto chiflado. Se dijo que mucho antes hubiera tenido que comprender que, a partir

de las revelaciones de míster Peters, aquel asunto había cambiado de aspecto por completo: ya no era un simple modo de satisfacer su curiosidad de criminólogo aficionado y de escritor de ficción.

No debía tomarse tan a la ligera esa situación; estaba en la pista de un verdadero criminal. ¿Y el trato que había cerrado con Peters, por ejemplo? ¿Qué diría un juez, en Inglaterra, al juzgar el caso? Casi podía oír las palabras que utilizaría el magistrado:

«En cuanto al individuo llamado Latimer, nos ha dado una explicación de los hechos difícil de creer. Según se nos ha dicho, se trata de un hombre inteligente, de un catedrático que ha ocupado cargos de responsabilidad en las universidades de este país y que ha escrito libros que sirven como textos de estudio. Además, es un conocido autor de aquella clase de ficciones que, aunque cualquier hombre normal no los considera más que como evasión para el espíritu de los adolescentes, tiene, al menos, la virtud de plantear un axioma inamovible: es deber de los hombres y de las mujeres de recta conducta asistir a la policía, siempre y cuando se presente la oportunidad, para evitar el crimen y para capturar a los criminales. Si aceptáis la explicación de Latimer llegaréis a la conclusión de que él ha tramado deliberadamente junto con Peters contra la justicia y así ha actuado como cómplice de un delito de chantaje, con la única finalidad de continuar con unas investigaciones que, tal como él lo ha planteado, no se proponían más que satisfacer una curiosidad personal. Podéis preguntaros a vosotros mismos si no sería ésta la conducta de una mente infantil y desequilibrada y no la de una persona inteligente y adulta. También tendréis que tener muy en cuenta la sugerencia del fiscal en cuanto a que Latimer ha participado de manera efectiva en el chantaje y a que sus explicaciones no constituyen otra cosa que un esfuerzo para que se considere que su participación en dicho plan ha sido mínima.»

Y, sin duda, un magistrado francés podía lograr que todo eso sonara peor.

Era todavía temprano, la hora de la cena estaba lejana. Salió del café y anduvo hacia la Opera. De todas maneras, reflexionó, ya era demasiado tarde para hacer algo. Estaba obligado a ayudar a Peters. ¿Pero de verdad era demasiado tarde? Si en ese mismo instante acudiera a la policía, algo se podría hacer, seguramente.

Latimer se detuvo. ¡En ese mismo instante! En la calle por la que acababa de pasar, había visto a un agente de policía haciendo su ronda. De modo que volvió sobre sus pasos. Sí, allí estaba el hombre, recostado contra un muro, haciendo oscilar en su mano la porra, mientras hablaba con alguien debajo de un portal. Latimer

se detuvo; dudaba. Después atravesó la calzada y pidió que le indicara la dirección de la comisaría. Estaba a tres calles de allí, dijo el agente. El escritor reemprendió su marcha.

La entrada a la comisaría estaba casi obstruida por tres agentes de policía que, enzarzados en una interesante conversación, apenas si repararon en él al dejarle paso.

Dentro, una placa esmaltada indicaba que para cualquier tipo de información se debía acudir al primer piso; una flecha señalaba un tramo de escaleras, con una delgada barandilla de hierro a su derecha; una pared dividida en dos por una larga mancha grasienta a su izquierda.

El olor predominante era el de alcanfor, aunque menos intenso, pero perceptible, se respiraba también un olor de excrementos. Desde una habitación que daba al vestíbulo llegaba un murmullo de voces y el tecleo de una máquina de escribir.

Mientras veía debilitarse a cada paso su entereza, Latimer subió hasta llegar a un cuarto dividido en dos por un mostrador de madera, bastante alto, cuyos bordes habían sido suavizados y abrillantados por el contacto de innumerables manos. Detrás del mostrador, un hombre, vestido de uniforme y con un espejo en la mano, trataba de observar algunos detalles de su cavidad bucal.

Latimer se detuvo una vez más: aún debía pensar lo que le diría. Podía decir: «Esta noche trataré de chantajear a un asesino, pero he reflexionado y he decidido que será mejor que la policía se haga cargo de él»; en ese caso, existía una razonable posibilidad de que el policía le tomara por un loco o por un borracho. A pesar de la urgente necesidad de que se debía actuar inmediatamente, tendría que mostrar la situación, comenzando por el principio del asunto. «Hace unas semanas, mientras estaba yo en Estambul, me hablaron de un asesinato cometido en esa ciudad en 1922. Por una extraña casualidad, me he enterado de que el hombre que cometió ese asesinato está aquí, en París, y de que será objeto de una extorsión.» Sí, una cosa por el estilo.

El policía uniformado vio reflejada en su espejo una parte de la cara de Latimer y se dio la vuelta bruscamente. —¿Qué desea?

—Quisiera ver a *monsieur le Commissaire*⁴⁸.

48 En francés en el texto original; «señor comisario». (N. Del T.)

—¿Para qué?

—Tengo cierta información que le interesará.

El hombre frunció el ceño, impaciente.

—¿Qué clase de información? Sea explícito, por favor.

—Se trata de un caso de extorsión.

—¿Le quieren chantajear?

—No, a mí no. Se trata de otra persona. Es un caso muy complicado y muy importante.

—Su documento de identidad, por favor.

—No tengo documento de identidad. Estoy aquí de paso. Llegué a París hace cuatro días.

—Su pasaporte, pues.

—Lo tengo en mi hotel.

Las facciones del hombre uniformado se endurecieron. La irritación desapareció de su rostro: en eso era él un verdadero entendido y su larga experiencia le había capacitado para tratar esos casos. De modo que habló con un tono de absoluta seguridad: —Esto es muy grave, monsieur. ¿Lo comprende usted? ¿Es súbdito inglés?

—Sí.

El agente exhaló un profundo suspiro.

—Comprenderá, monsieur, que debe llevar sus papeles con usted, siempre. Así lo ordena la ley. Si usted presenciara un accidente en la calle y se requiriese su testimonio, el agente de policía le pediría sus papeles antes de permitirle abandonar el lugar del hecho. Si usted no los tuviera consigo, el agente estaría autorizado a arrestarle, en caso de que lo juzgara necesario. Si estuviera en una *boîte de nuit*⁴⁹ y la policía se presentara para pedir documentos de identidad, sería usted

49 En francés en el texto original; «club nocturno». (N. Del T.)

detenido, sin ninguna duda. Así lo ordena la ley, ¿me comprende? Tendré que tomar nota de esto. Dígame su nombre y el de su hotel, por favor.

Latimer lo hizo. El hombre escribió los datos, cogió un teléfono y pidió que le pusieran con la *Septième*⁵⁰. Hubo una pausa, después el uniformado leyó el nombre y las señas de Latimer y pidió que le confirmaran si eran o no verdaderas. Hubo otra pausa, un par de minutos esta vez, antes de que el hombre comenzara a asentir con movimientos rítmicos de cabeza, mientras afirmaba: «Bien, bien.» Después de escuchar durante unos segundos más, dijo: «*Oui, c'est ça*»⁵¹ y depositó el auricular sobre la horquilla. De inmediato se volvió hacia Latimer.

—Todo está en orden —dijo—. Pero usted debe presentarse con su pasaporte, en la comisaría del Séptimo distrito en el plazo de veinticuatro horas. Y en cuanto a esa denuncia, podrá presentarla en ese momento. Le ruego que recuerde —prosiguió mientras golpeaba con un lápiz sobre el mostrador, para darle mayor énfasis a sus palabras— que tiene que llevar siempre encima su pasaporte. Es obligatorio hacerlo. Usted es un súbdito inglés, por lo que no tendrá mayores problemas por el momento; pero deberá presentarse en la comisaría de su distrito y, en adelante, recuerde que siempre debe llevar consigo su pasaporte. Au'voir, Monsieur.

Tras la perorata, el hombre uniformado sonrió con aquella actitud benévola de quien sabe que ha cumplido con su deber de manera irreproachable.

Latimer salió de la oficina abrumado por un profundo mal humor. ¡Estúpido entrometido! Pero el hombre llevaba razón, desde luego. Había cometido una tontería yendo a la comisaría sin el pasaporte. ¡Una denuncia, claro! En cierto sentido, se había salvado a duras penas, porque poco le faltó para verse obligado a contarle toda aquella historia al hombre de uniforme. Y bien podía haber sido detenido en ese momento. Tal como estaban las cosas, no había tenido que explicar su historia y todavía seguía siendo un chantajista en potencia.

Con todo, su visita a la comisaría le había aligerado del peso que cargaba sobre su conciencia. Ya no se consideraba un completo irresponsable, como antes. Se había esforzado para que la policía tomara cartas en el asunto. Y su esfuerzo había abortado. Pero, a menos que fuera a recoger su pasaporte al otro extremo de París y que comenzara todo de nuevo (cosa que, se dijo tranquilamente, estaba fuera de discusión), nada le quedaba por hacer.

50 En francés en el texto original. «*Séptima*». (N. Del T.)

51 En francés en el texto original. «*Si, así es*». (N. Del T.)

Se había citado con Peters a las ocho menos cuarto, en un café del boulevard Hausmann. Después de una frugal cena, aquella extraña sensación volvió a invadir su plexo solar; las dos copas de coñac que se tomó después del café tenían otra finalidad que la de pasar el tiempo de obligada espera. Es una pena, iba pensando Latimer mientras se dirigía al lugar de la cita con mister Peters, que no pueda aceptar ni una mínima parte de ese millón de francos. El precio que le exigía la mera satisfacción de curiosidad, en razón de su desgaste nervioso y de su intranquilidad de conciencia, comenzaba a resultarle prohibitivo.

Peters llegó al citado café con diez minutos de retraso y una maleta grande y barata en la mano. Tenía el aire decidido de un cirujano que está a punto de llevar a cabo una difícil intervención quirúrgica.

—¡Ah, mister Latimer! —exclamó el chantajista, mientras se sentaba a la mesa y antes de pedir una copa de licor de frambuesas al camarero. —¿Está todo en orden?

Latimer pensó que su pregunta podía parecer un tanto teatral, pero en realidad deseaba saber cuál era la respuesta.

—De momento, sí. Como es lógico, no me ha contestado porque no sabe mis señas. Ya veremos qué ocurre.

—¿Qué lleva en esa maleta?

—Periódicos viejos. Es mejor llegar a un hotel con una maleta. No quisiera verme obligado a llenar el registro del hotel, de modo que he elegido uno que está cerca de la estación de metro Ledru-Rollin. Es un lugar idóneo.

—¿Por qué no podemos ir en taxi hasta allí?

—Iremos en taxi. Pero regresaremos en metro —agregó Peters con un tono persuasivo—. Ya lo verá usted.

El camarero se acercó con la copa de licor. Peters se la zampó de un trago, se estremeció, se pasó la lengua por los labios y anunció que ya era hora de ponerse en camino.

El hotel elegido por Peters para la cita con Dimitrios estaba en una calle paralela a la avenue Ledru. Era un edificio reducido y mugriento. Un hombre en mangas de camisa que masticaba algo en su boca, surgió del vano de una puerta sobre

la que un letrado rezaba: «Despacho». —He reservado una habitación... por teléfono —dijo Peters.

—¿Monsieur Petersen?

—Sí.

El hombre escrutó a ambos de pies a cabeza.

—Es una habitación grande. Quince francos por persona. Veinte para dos. Doce y medio por ciento para el servicio.

—Este caballero no se quedará conmigo.

El hombre cogió una llave de un tablero que había dentro del despacho, cogió la maleta de Peters y se encaminó, escaleras arriba, para conducirlos hasta un cuarto del segundo piso. Peters echó un vistazo a la habitación y mostró su conformidad con un movimiento de cabeza.

—Una agradable habitación. Un amigo mío preguntará por mí dentro de media hora, probablemente. Dígale que suba, por favor.

El hombre desapareció al instante. Peters, sentado sobre la cama, recorrió la habitación con una mirada aprobatoria.

—Es una habitación agradable —repitió—. Y muy barata.

—Sí, lo es.

Era un cuarto estrecho, alargado, con una vieja alfombra extendida en el suelo, una cama de hierro, un armario, dos sillas de madera, una pequeña mesa, un biombo y un bidet de hierro enlozado. La alfombra era roja, pero al lado del bidet ostentaba una mancha oscura y brillante debida al roce. El empapelado lucía unos arriates que sostenían plantas trepadoras, cierto número de discos purpúreos y algunos objetos rosáceos, informes pero de un vago aire clínico. Las cortinas, azules y pesadas, colgaban de unas anillas de bronce.

Peters miró su reloj.

—Faltan veinticinco minutos para la hora acordada. Será mejor que nos pongamos cómodos. ¿Quiere echarse en la cama, mister Latimer?

—No, gracias. Supongo que usted llevará la conversación.

—Creo que será lo mejor.

Peters sacó la Luger del bolsillo superior de su chaqueta, la examinó para ver si estaba cargada y luego la hundió en el bolsillo exterior derecho de su abrigo. Latimer había observado esos movimientos en silencio. Comenzaba a sentirse realmente enfermo. De pronto exclamó:

—No me gusta esto.

—Tampoco a mí —aseguró Peters, conciliador—. Pero hemos de tomar precauciones. Creo que no será necesario utilizarla; no tiene motivos para sentir ningún miedo, míster Latimer.

El escritor recordó una película americana de gángsters que había visto alguna vez.

—¿Qué puede impedirle que entre aquí dentro y nos acribille a tiros?

Peters le obsequió con una de sus pacientes sonrisas.

—¡Un momento!, ¡un momento! No permita que su imaginación se desboque, míster Latimer. Dimitrios no es un hombre que actúe de ese modo. Proceder así sería demasiado ruidoso y le causaría más de un problema. Piense usted que el hombre que está en conserjería le verá entrar. Y por encima de todo, ésa no es su forma habitual de actuar.

—¿Y cuál es su forma habitual de actuar?

—Dimitrios es un hombre muy cauto. Siempre se lo piensa mucho antes de actuar.

—Ya ha tenido todo un día para pensarlo cuidadosamente.

—Sí, pero aún no sabe qué sabemos nosotros ni tampoco si hay alguien más que sepa lo que nosotros sabemos. Tiene que averiguar todo eso. Déjelo todo en mis manos, míster Latimer. Conozco muy bien a Dimitrios.

Latimer estaba a punto de señalar que Manus Visser, probablemente, había pensado lo mismo, pero prefirió callar en ese momento. Quería aclarar otro recelo, que le incumbía de un modo mucho más personal.

—Usted dijo que una vez que Dimitrios nos haya entregado el millón de francos no volverá a tener noticias nuestras. ¿Pero se le ha ocurrido pensar que tal vez

no quiera que las cosas queden así? Cuando advierta que no volvemos a pedirle dinero, quizá decida salir a darnos caza.

—¿Saldrá a la caza de mister Petersen y de mister Smith? Será difícil que nos encuentre con esos nombres, mi querido mister Latimer.

—Pero él ya le conoce a usted. Y hoy me conocerá a mí. Podría reconocer nuestras facciones, sea cual sea el nombre con que nos escondamos.

—Pero en primer lugar tendría que averiguar dónde estamos.

—Mi fotografía ha aparecido una o dos veces en los periódicos. Tal vez aparezca alguna que otra vez. O quizá mi editor se decida a imprimir mi fotografía en la contra-cubierta de alguna de mis novelas. No sería imposible que Dimitrios la viera. Pueden producirse numerosas coincidencias y muy extrañas.

Peters frunció los labios.

—Creo que exagera usted. Pero, en vista de que está tan nervioso, tal vez sea mejor que oculte su cara. ¿Lleva usted gafas?—preguntó Peters, después de reprimir un ligero encogimiento de hombros.

—Las uso sólo para leer.

—Póngaselas. Póngase el sombrero también y levántese el cuello y las solapas del abrigo. Puede sentarse en aquel rincón, allí hay menos luz. Al lado del biombo.

De ese modo se desdibujarán las líneas de su cara. Eso es, está bien.

Latimer había obedecido. Una vez hubo ocupado su puesto, con el cuello abotonado por debajo del mentón y el sombrero caído sobre sus ojos, Peters se acercó a la puerta, le observó y meneó la cabeza, con un gesto de aprobación.

—Es suficiente. A pesar de todo, sigo creyendo que es innecesario; pero así está bien. Después de tantos preparativos, nos sentiremos unos perfectos idiotas si Dimitrios no acude a la cita.

Latimer, que a esa altura de la situación ya se sentía un perfecto idiota, gruñó:
—¿Usted cree que existe la posibilidad de que Dimitrios no venga?

—¿Cómo puedo saberlo?—mister Peters había vuelto a sentarse en la cama—. Pueden haber surgido mil inconvenientes que le impidan asistir a esta cita. Por

algún motivo que ahora mismo no se me ocurre, podría no haber recibido mi carta. Tal vez salió ayer en viaje de negocios. Sin embargo, creo que vendrá, de haber recibido la carta. —Peters echó una ojeada a su reloj—. Las nueve menos cuarto. Si va a venir, muy pronto le tendremos en la puerta.

Ambos hombres guardaron silencio. Peters comenzó a recortar sus uñas con unas diminutas tijeras de bolsillo.

Salvo el ruido de las tijeras y del resuello de la pesada respiración del gordo, el silencio de la habitación era absoluto. Para Latimer, aquel silencio era algo casi palpable; un extraño efluvio gris que manaba de los rincones del cuarto. Incluso podía oír el tictac del reloj que llevaba en la muñeca. Antes de mirar la hora, el escritor dejó transcurrir lo que le pareció que bien podía ser la eternidad. Sin embargo, las nueve menos diez.

Transcurrió otra eternidad. Latimer intentaba pensar algo que decir, quería hablar con Peters, quería que el tiempo pasara de prisa. Trató de contar todos los cuadrados de entre el follaje del empapelado de las paredes que había entre el armario y la ventana. Por momentos creía oír el tictac del reloj de Peters. El ruido sordo de alguien que movía una silla y caminaba por el cuarto del piso superior parecía intensificar aquel gran silencio. Las nueve menos cuatro minutos.

A los pocos instantes, tan intempestivo que el ligero sonido le hizo pensar en el disparo de una pistola, Latimer oyó el crujido de uno de los peldaños de la escalera.

Peters dejó de recortar sus uñas y, tras tirar las tijeras encima de la cama, metió su mano derecha dentro del bolsillo de su abrigo.

Hubo una pausa. Rígido, estremecido por los dolorosos latidos de su corazón, Latimer tenía los ojos clavados en la puerta. Se oyó un golpe suave. Peters se puso en pie y con la mano metida dentro del bolsillo se acercó a la puerta y la abrió.

Latimer le vio escudriñar en la penumbra del rellano y, después, hacerse á un lado. Dimitrios entró en la habitación.

14. La máscara de Dimitrios

Las facciones de un hombre, la estructura ósea y los tejidos que la cubren son resultado de un proceso biológico; pero cada uno se crea su propio rostro: es el reflejo de su actitud emocional, la actitud de sus deseos exigen verse satisfechos y que sus temores requieren para permanecer a cubierto de ojos inquisidores. Llevará ese rostro como si fuera una máscara demoníaca, un artificio necesario para despertar en los demás las emociones que habrán de complementar las suyas propias. Si ese hombre tiene miedo, querrá ser temido; si el deseo le domina, querrá ser deseado. Y su rostro le servirá de pantalla tras la que poder esconder la desnudez de su mente. Tan sólo unos pocos hombres, los pintores, son capaces de desvelar una mente a través de un rostro. En sus juicios, los demás hombres tratarán de invocar el don de la palabra y de los hechos que expliquen la máscara que ven ante sus ojos. No obstante, aunque instintivamente sepan que la máscara no puede confundirse con el hombre mismo que hay detrás de ella, normalmente se sorprenden ante lo que ven de hecho. La duplicidad de los demás siempre causa una gran impresión cuando el sujeto no tiene conciencia de su propia duplicidad.

Así pues, cuando Latimer vio a Dimitrios y trató de leer en las facciones de aquel hombre que le miraba desde el extremo opuesto de la habitación la perversidad que intuía en él, tuvo la sensación de aquella duplicidad.

Con el sombrero en la mano, con sus oscuras y pulcras ropas, con su delgada y erguida figura y su pelo gris brillando bajo la tenue luz, Dimitrios era la personificación misma de la más distinguida respetabilidad.

Su distinción era la típica de un invitado de escasa importancia en una gran recepción diplomática. Daba la impresión de medir algo más de un metro ochenta y dos, la estatura que le adjudicara la policía búlgara. Su piel tenía esa palidez marfileña que en los adultos reemplaza a ese color amarillento de la juventud. Sus pómulos prominentes, su nariz delgada, su labio superior parecido al pico de un ave eran rasgos que le hubieran podido confundir con un miembro de una legación diplomática de Europa oriental. Pero la expresión de sus ojos se adecuaba con algunas de las ideas que con anterioridad se había formado Latimer de su aspecto.

Ojos de un intenso color castaño que uno hubiera dicho que miraba un tanto oblicuamente, como si de una persona miope o preocupada se tratara. Pero no se advertía ninguna contracción en su entrecejo y Latimer observó que la expresión de ansiedad de sus salientes pómulos y de sus ojos por su situación en el rostro no era más que una falsa ilusión óptica producida por la forma de la cabeza.

En realidad, aquella cara era absolutamente inexpresiva: tan impasible como la de un lagarto. Por un instante, sus ojos castaños se detuvieron en Latimer; después, cuando Peters cerró la puerta, Dimitrios volvió su rostro y, con marcado acento francés, dijo:

—Presénteme a su amigo. Creo que nunca le había visto.

Latimer estuvo a punto de dar un brinco. La cara de Dimitrios podía ser poco expresiva, pero su voz suplía aquella deficiencia, con creces. Su tono, áspero y contenido, poseía un dejo agrio que anulaba cualquier delicado matiz implícito en las palabras. Dimitrios hablaba muy suavemente y Latimer dio en pensar que ese hombre sabía que su voz era desagradable y que trataba de ocultarlo o disimularlo; pero se equivocaba, porque su pronunciación despertaba aquella amenaza mortal que se percibe en el ruido de una serpiente de cascabel.

—Este es monsieur Smith —dijo Peters—. Tiene una silla detrás de usted. Siéntese. Dimitrios hizo caso omiso de la invitación.

—¡Monsieur Smith! Un inglés. Tengo entendido que usted conocía a monsieur Visser. —Le vi.

—De esto queríamos hablar con usted, Dimitrios —intervino mister Peters.

—¿Sí?—Dimitrios se sentó en la silla que estaba a sus espaldas—. Hable, pues, y rápido. Tengo que asistir a una reunión. No puedo perder mi tiempo en tontearias. Peters meneó la cabeza con aire desconsolado.

—Veo que no ha cambiado en nada, Dimitrios. Siempre impetuoso, siempre poco cortés. Después de todos estos años, ni una palabra de saludo, ni de disculpa por todas las desdichas que me ha causado. Quiero que lo sepa: fue una crueldad por su parte entregarnos a todos a la policía de ese modo. Éramos sus amigos. ¿Por qué lo hizo?

—Usted sigue hablando demasiado —replicó Dimitrios—. ¿Qué quiere de mí?

Mister Peters se sentó con extrema cautela en el borde de la cama.

—En vista de que usted insiste en que esto no sea más que una reunión de negocios... queremos dinero.

Los ojos castaños dirigieron una fulgurante mirada a Peters.

—Ya veo. ¿Y a cambio?

—Nuestro silencio, Dimitrios. No tiene precio.

—¿Ah, sí? ¿Y qué precio le pone usted?

—Un millón de francos, aunque creo que es poco.

Dimitrios se arrellanó sobre la silla y cruzó las piernas.

—¿Y quién va a pagarles esa suma?

—Usted, Dimitrios. Y se sentirá muy dichoso de que le cueste tan poco dinero.

En ese instante, Dimitrios sonrió.

Fue un mohín pausado que estiró sus pequeños y delgados labios. Nada más. Pero había algo brutal, inexpressable en aquel rictus, algo que hizo que Latimer se sintiera feliz al ver que le tocaba en suerte a Peters afrontarlo. En ese momento, Dimitrios parecía preparado más para asistir a una reunión de tigres cebados con carne humana que para acudir a una recepción diplomática, por importante que fuese.

La sonrisa se desvaneció.

—Creo que tendrá que decirme con exactitud qué es lo que quiere —prosiguió Dimitrios.

Latimer comprendía que su mente había respondido de inmediato a la amenaza que latía en aquella voz; y las blandas vacilaciones de Peters le parecían una temeridad enloquecedora. Al parecer, el chantajista disfrutaba de aquella situación.

—Es muy difícil determinar dónde comienza todo.

No hubo respuesta. Peters estuvo a la espera durante unos segundos y prosiguió, tras encogerse de hombros:

—Hay muchas cosas que la policía querrá saber y sentirá un gran placer en enterarse de ellas. Por ejemplo: yo podría revelar quién fue la persona que envió aquel dossier, en el año 1931. Y para la policía supondría una enorme sorpresa saber que un respetable director del Banco de Crédito Eurasiático es, en realidad, el mismo Dimitrios Makropoulos que enviaba mujeres a Alejandría hace algunos años.

Latimer creyó observar que Dimitrios se tranquilizaba un tanto.

—¿Usted supone que le pagaré un millón de francos por eso? Mi buen amigo Petersen, no sea chiquillo.

Peters sonrió.

—Siempre el mismo, Dimitrios. Usted siempre ha despreciado la sencillez con que afronto los problemas de la vida cotidiana. Pero nuestro silencio respecto a esos temas tiene gran valor para usted, ¿no es verdad?

Dimitrios le observó unos segundos, antes de responder, y preguntó:

—¿Por qué no va al grano, Petersen? Aunque tal vez sólo esté preparándole el camino a su amigo el inglés. —Antes de seguir hablando, Dimitrios giró la cabeza:

— ¿Qué dice, míster Smith? ¿O es que ninguno de ustedes está seguro de sí mismo?

—Petersen habla por mí —farfulló Latimer, mientras anhelaba con fervor que Peters diera por terminada aquella conversación de negocios.

—¿Puedo continuar? —preguntó Peters.

—Siga.

—También la policía yugoslava podría estar interesada en usted. Si le dijéramos que monsieur Talat...

—¡Vaya! —Dimitrios se echó a reír con maliciosas carcajadas—. De modo que Grodek se ha ido de la lengua. Ni un céntimo por eso, amigo mío. ¿Algo más? —Atenas, mil novecientos veintidós. ¿Le dice algo eso, Dimitrios? El nombre era Taladis, creo que le recordará. El cargo, robo e intento de asesinato. ¿Le parece divertido?

La cara de Peters había adoptado el mismo semblante serio, vicioso y repugnante que Latimer había visto durante unos segundos, una noche, en un hotel de Sofía.

Dimitrios observaba a su interlocutor sin pestañear. En un segundo, la atmósfera del cuarto se había convertido en un fluido letal, revelador de un odio desnudo que horadaba el pecho de Latimer. Experimentaba la misma sensación que le

había invadido cierta vez, de niño, al ver una riña callejera entre dos hombres de mediana edad.

Peters había extraído la Lüger del bolsillo de su abrigo y la sopesaba entre sus manos.

—¿No tiene nada que decir, Dimitrios? Seguiré adelante, pues. Ese mismo año, unos meses antes, usted había asesinado a un hombre en Esmirna, a un prestamista. ¿Cómo se llamaba aquel hombre, monsieur Smith?

—Sholem.

—Sholem, sí, desde luego. Monsieur Smith ha sido lo suficientemente astuto para descubrir eso, Dimitrios. Un trabajo excelente, ¿no lo cree usted? Monsieur Smith es un gran amigo de la policía turca, sabe usted, casi se podría decir que es confidente de las autoridades superiores de la policía. ¿Aún piensa que pagar un millón de francos sería demasiado, Dimitrios?

Dimitrios no miró las caras de sus adversarios.

—El asesino de Sholem fue ahorcado —dijo con lentitud.

Peters alzó las cejas.

—¿Es cierto, monsieur Smith?

—Un negro llamado Dhri Mohammed fue ahorcado por el asesinato, pero firmó una confesión en la que acusaba a monsieur Makropoulos. En el año mil novecientos veinticuatro se publicó una orden de detención contra él. El cargo era asesinato, pero la policía turca estaba deseosa de detenerle por otro motivo. Había estado complicado en un complot para asesinar al Kemal, en Adrianópolis.

—Ya lo ve, Dimitrios. Nuestra información es contundente. ¿Puedo seguir?— Peters guardó silencio. Dimitrios tenía aún los ojos fijos en algún punto indefinible; ni un músculo de su cara se había movido; Peters echó una mirada a Latimer, para decirle—: Creo que Dimitrios está impresionado. Estoy seguro de que querrá que continuemos. —Y así lo hizo—: Monsieur Smith ya le ha dicho que vio a Manus Visser. Pues sí: le vio en Estambul, en un depósito de cadáveres. Como ya le he dicho, mi amigo mantiene estupendas relaciones con las autoridades de la policía turca, que le permitieron ver aquel cadáver. Allí, un oficial turco le aseguró que ése era el cuerpo de un criminal llamado Dimitrios

Makropoulos. Fue una tontería que se dejaran engañar de esa manera, ¿no es verdad? Aunque debo confesarle que también monsieur Smith lo creyó durante cierto tiempo. Por suerte, yo podía asegurarle que Dimitrios vivía aún. —Peters hizo una pausa—. ¿Quiere hacer algún comentario? Muy bien. ¿Le gustaría saber cómo descubrí dónde se encontraba usted y quién era?—Otro silencio—. ¿No? Tal vez prefiera saber cómo me enteré de que usted estaba en Estambul precisamente cuando el pobre tonto de Visser fue asesinado; o tal vez le importe saber que monsieur Smith ha identificado con gran facilidad una fotografía de Visser: el mismo individuo cuyo cadáver vio en el depósito de Estambul. —Otro silencio—. ¿No? Pues entonces quizá quiera que le expliquemos cómo podríamos despertar el interés de la policía turca, contándoles el curioso caso de un asesino muerto que aún sigue con vida. O tal vez no desdeñe nuestra simpática idea de comunicar a la policía griega qué sucedió con aquel refugiado de Esmirna que se esfumó de Tabouria tan inesperadamente. Me pregunto si no se estará diciendo que nos resultaría muy sencillo probarlo. Yo puedo identificarle como Makropoulos y también pueden hacerlo Werner, Lenôtre, Galindo o la Gran Duquesa. Sin duda, alguno de ellos estará vivo y a disposición de la policía. Y cualquiera de ellos se sentirá dichoso por contribuir a su ahorcamiento.

»Monsieur Smith podría jurar ante un tribunal que el hombre enterrado en Estambul es Manu Visser. Además, está la tripulación del yate de bandera griega que usted alquiló durante el mes de junio. Todos ellos saben que Visser desembarcó con usted en Estambul.

»Luego está aquel conserje de la avenue de Wagram, que puede identificarle como Rougemont.

»Su pasaporte actual no le servirá de protección, ¿verdad? Usted es una persona con demasiados nombres. Y aun en el caso de que saliera con éxito de alguna maniobra de chantaje y evitara la amenaza que representan la policía de Francia y la de Grecia, los amigos de monsieur Smith, las autoridades de la policía turca, no serían tan venales.

»¿Cree que un millón de francos es demasiado dinero para salvarse de la horca, Dimitrios?

Peters calló. Durante largos segundos, Dimitrios continuó con los ojos fijos en la pared. Por fin, estiró las piernas y observó una de sus pequeñas manos enguantadas. Al hablar, sus palabras resonaron como piedras que caen, una tras una, en un sosegado estanque.

—Me estoy preguntando —dijo—, por qué me piden tan poco dinero. ¿Sólo piensan pedirme un millón?

Peters dejó oír una risita despectiva.

—¿Quiere usted decir que si no iremos a la policía cuando hayamos obtenido nuestro millón de francos? ¡Oh, no, Dimitrios! Queremos ser justos con usted. Este millón es un gesto que demuestra de antemano nuestra buena voluntad, nada más. Ya se le presentarán nuevas ocasiones. Pero no tema, no nos dejaremos llevar por la codicia.

—Sí, de eso estoy seguro. Ustedes no querrán que yo acabe desesperándome, me figuro. ¿Sólo son ustedes quienes tienen esta curiosa teoría sobre el asesinato de Visser?

—Así es, nadie más que nosotros dos lo sabe. Mañana me entregará el millón de francos, en billetes de mil.

—¿Tan pronto?

—Recibirá instrucciones acerca de cómo hacernos llegar ese dinero, en el correo de la mañana. Si las instrucciones no se siguen al pie de la letra... no le ofreceremos una segunda oportunidad, Dimitrios. La policía recibirá todos los datos inmediatamente. ¿Me ha comprendido? —Perfectamente.

Dimitrios se puso en pie y, de pronto, pareció que le asaltara alguna idea. Se volvió hacia Latimer:

—Ha estado muy silencioso, monsieur Smith. Me acabo de preguntar si tal vez usted no sabe que su vida está en manos de su amigo Petersen. Por ejemplo, si él decidiera revelarme su nombre y decirme dónde podría encontrarle, bien podría yo ordenar que le mataran.

Peters dejó ver sus falsos dientes blancos.

—¿Por qué habría de privarme de la ayuda de monsieur Smith? Monsieur Smith es una persona de incalculable valor. Puede probar que Visser ha muerto. Sin él, usted podría volver a respirar en paz.

Dimitrios no hizo caso de la interrupción.

—¿Y bien, monsieur Smith?

Latimer fijó su mirada en lo más profundo de aquellos ojos castaños que parecían llenos de ansiedad y en sus oídos resonó una frase de madame Irana Preveza.

Eran los ojos de un hombre que está dispuesto a causarte algún daño, pero no eran los ojos de un médico. Esa mirada dejaba traslucir a un asesino. —Le aseguro que Petersen no tiene ningún motivo para querer que me maten —respondió el escritor—. Verá usted...

—Verá usted —intervino Peters rápidamente—, no somos unos pobres estúpidos, Dimitrios. Se puede ya marchar.

—Desde luego. —Dimitrios se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo junto al umbral.

—¿Qué ocurre?—preguntó Peters.

—Quiero hacerle un par de preguntas a monsieur Smith.

—Diga.

—¿Qué ropa llevaba cuando encontraron ese hombre al que usted ha tomado por Visser?

—Llevaba un traje de sarga azul, barato. Un carnet de identidad, expedido en Lyon hace un año, estaba cosido en la parte interior del forro de la chaqueta. El traje había sido comprado en Grecia, pero la camisa y la ropa interior eran de procedencia francesa. —¿Cómo había sido asesinado?

—De una cuchillada en el vientre y luego lo arrojaron al mar.

Peters sonrió.

—¿Está satisfecho, Dimitrios?

Dimitrios clavó sus ojos en él.

—Visser era demasiado codicioso —dijo pausadamente—. Usted no se dejará llevar por la codicia de esa manera, ¿verdad, Petersen?

Peters le devolvió la mirada.

—Ya me cuidaré de ello —dijo—. ¿Quiere hacerme alguna otra pregunta...? Muy bien. Mañana por la mañana recibirá nuestras instrucciones.

Dimitrios abandonó la habitación sin decir palabra. Peters cerró la puerta, aguardó durante unos segundos y después la volvió a abrir, con gran precaución. Con un gesto ordenó a Latimer que permaneciera donde estaba y de inmediato se hundió en la penumbra del rellano. Latimer oyó que algunos peldaños crujián. Un minuto más tarde, Peters estaba de regreso.

—Ya se ha ido —anuncio—. Dentro de unos minutos, lo haremos nosotros. —Se sentó sobre la cama, encendió uno de sus cigarros y saboreó el humo con delectación, como si se tratara de un cigarro recién salido de la cajetilla; su sonrisa dulzona volvía a florecer, brillante como una rosa después de la tormenta—. Pues sí, éste era el Dimitrios de quien usted ha oído hablar tanto en estos últimos tiempos. ¿Qué impresión le ha causado?

—No sé qué pensar de ese hombre. Quizá el desagrado hubiera sido menor si no supiera tantas cosas sobre él. No lo sé. Es muy difícil apreciar a un hombre que, sin lugar a dudas, se está preguntando en qué momento puede asesinarle... —Latimer vaciló antes de proseguir—: No me había percatado antes de cuánto le odia usted.

—Le aseguro que ha sido una sorpresa para mí comprobarlo, míster Latimer. Nunca me había gustado. Jamás he confiado en él. Y después de aquella traición, se comprende que sea así. Pero al verle aquí, en esta habitación, hace unos pocos minutos, he comprendido que le odio tanto como para matarle. Si fuera un hombre supersticioso, pensaría que el espíritu del pobrecito Visser se ha apoderado de mí. —Peters calló y al cabo de unos segundos, exclamó entre dientes—: *Salop!*⁶². — Volvió a producirse un silencio, a cuyo término, Peters alzó los ojos—. Míster Latimer, me veo obligado a confesarle algo. Aun en el caso de que hubiera aceptado mi oferta, usted no habría recibido su medio millón de francos. Yo no le habría pagado ese dinero.

Peters apretaba con fuerza su boca, como si en ese momento se preparara para recibir un puñetazo.

—Precisamente eso es lo que me había figurado —replicó Latimer con sequedad—. Y he estado a punto de aceptar su ofrecimiento sólo por darme el gusto de ver cómo iba a estafarme usted. He imaginado cuál sería su método: usted habría fijado que la entrega del dinero se hiciese a una hora determinada; a mí

me hubiese dicho que se haría una hora más tarde, y al llegar al lugar de la cita, yo me encontraría con que el dinero y usted ya se habrían esfumado. ¿No es así?

Peters dió un respingo.

—Ha sido muy sensato de su parte al no fiarse de mí, pero, al mismo tiempo, eso es una prueba de su poca cortesía. En fin, creo que no tengo derecho a reprocharle nada. Pero no he dicho que pensaba traicionarle para rebajarme ante sus ojos, míster Latimer. Lo he hecho para defenderme. Me interesaría poder hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Ha pensado... le ruego que me disculpe... ha pensado que yo le entregaría a Dimitrios y por ese motivo ha rechazado su parte del dinero?

—Eso no lo he pensado, no se me había ocurrido.

—Me agrada oírsele decir —declaró solemnemente Peters—. Me sabría muy mal que usted pensara tal cosa de mí. Está en su derecho de no sentir ninguna simpatía hacia mí, pero me sentaría muy real que me considerara un individuo carente de principios. Y le aseguro que ese pensamiento tampoco se me había ocurrido a mí. ¡Y ya ha visto a Dimitrios! Ya hemos discutido este tema usted yo; los dos hemos desconfiado el uno del otro y hemos tratado de protegernos de cualquier posible traición. Sin embargo, ha sido Dimitrios quien nos ha despertado esa idea. Ah, míster Latimer, he conocido a muchos hombres perversos y violentos, pero le podría probar que Dimitrios es un individuo único. ¿Por qué cree usted que le ha sugerido que yo podría traicionarle, míster Latimer?

—Me figuro que lo ha hecho con la idea de que la mejor manera de combatir contra un par de aliados es lograr que ambos se peleen entre sí.

Peters le obsequió con una de sus sonrisas.

—No, mi querido amigo. Esa argucia es demasiado ineficaz para que Dimitrios la utilice. De modo muy sutil, le ha sugerido que usted no necesitaba de mí en esta transacción y que podía eliminarme con facilidad: diciéndole dónde puede encontrarme.

—¿Pretende decir que se me ha ofrecido para asesinarle en mi favor?

—En efecto. Luego, sólo quedaría usted como contrincante. Claro que él ignora que usted desconoce el nombre que utiliza en la actualidad —dijo míster Peters

con expresión pensativa; acto seguido se puso en pie y cogió su sombrero—. No, míster Latimer. Dimitrios no me gusta. Pero le ruego que no me interprete mal. Yo no soy una persona moral; sin embargo, reconozco que Dimitrios es una bestia salvaje. Ahora mismo, a pesar de que sé muy bien que he adoptado todas las precauciones necesarias, le temo. Me apoderaré del millón y me iré. Si pudiera autorizarle a usted para que lo entregase a la policía cuando hayamos terminado con él, lo haría de buena gana. Dimitrios no vacilaría ni un segundo, si estuviera en nuestra situación. Pero eso es imposible.

—¿Por qué?

Peters le dirigió al escritor una mirada llena de curiosidad.

—Al parecer, Dimitrios le ha causado un extraño efecto. No, denunciarle a la policía después de cobrar el dinero sería demasiado peligroso. Cuando tuviéramos que justificar la procedencia de ese dinero (porque, desde luego, no podemos esperar que Dimitrios guarde silencio al respecto), nos veríamos en un apuro. Es una lástima. Será mejor que salgamos, ahora. Dejaré el dinero de la habitación sobre la mesa. Y la maleta de *pourboire*⁵³.

Bajaron por la escalera en silencio. Al dejar Peters la llave en el tablero, el conserje, siempre en mangas de camisa, apareció con unas fichas en la mano y le pidió que las rellenara con sus datos. Peters le respondió que lo haría más tarde, a su regreso.

Ya en la calle, el gordo de los ojos acuosos se detuvo y se encaró con Latimer.

—¿Le han seguido alguna vez?

—No, que yo sepa.

—Pues ahora le seguirán. No creo que Dimitrios confíe realmente en que ese hombre pueda descubrir nuestro paradero, pero siempre se ha mostrado precavido

—reflexionó mientras miraba por encima del hombro a Latimer—. Ah, sí. Estaba en ese mismo lugar cuando llegamos. No mire hacia atrás, míster Latimer. Es un hombre que lleva una gabardina gris y un sombrero oscuro, de fieltro. Ya le verá, dentro de un minuto.

53 En francés en el texto original; «propina» (N. Del T.)

La sensación de vacío, que había desaparecido después de la partida de Dimitorios, se apoderó una vez más del estómago de Latimer. —¿Qué haremos ahora?

—Regresaremos en el metro, como ya le dije.

—¿Y con eso qué arreglaremos?

—Dentro de un minuto lo sabrá.

La estación de metro Ledru-Rollin estaba a cien yardas de distancia. Mientras se dirigían allí, Latimer sentía que los músculos de sus piernas se tensaban y sentía unas ridículas ganas de echarse a correr. De pronto comprendió que caminaba con rigidez, aunque apenas lograba darse cuenta de lo que hacía.

—No mire hacia atrás —repitió Peters.

Bajaron por la escalera del metro.

—Ahora no se aparte de mi lado —ordenó Peters.

Compraron dos billetes de segunda clase y comenzaron a andar por el túnel, en dirección a la zona donde paraban los trenes.

Era un túnel muy largo. Cuando pasaron a través de las barreras, Latimer se dijo que en ese momento podía echar un vistazo atrás. Al hacerlo, captó la vaga imagen de un hombre joven y poco pulcro, vestido con una gabardina gris; iba a unos dos metros de distancia. El túnel se bifurcaba en dos; en uno de ellos un letrero que rezaba: «Dirección Pte. de Charenton». El otro, en cambio, anunciaba: «Dirección Balard». Peters se detuvo.

—Lo prudente, ahora, sería aparentar que cada uno va a coger una dirección distinta —explicó el chantajista; con el rabillo del ojo observó al hombre que les seguía—. Sí, se ha detenido. Se está preguntando qué haremos ahora. Hable, mister Latimer, por favor, pero en voz no demasiado fuerte. Quiero oírle.

—¿Oírme?

—Quiero oír el ruido de los trenes. Esta mañana he pasado media hora aquí, escuchándolos.

—¿Pero por qué diablos? No comprendo...

Peters le cogió del brazo y él se interrumpió. A lo lejos se oía el chirrido de un tren.

—Dirección Balard —murmuró Peters de pronto—. Venga, vamos. No se aparte de mi lado y no vaya demasiado de prisa.

Se metieron en el túnel de la derecha. El ruido del tren aumentaba a cada instante. El túnel describía una curva. Frente a ellos había unas puertas verdes automáticas.

—Vite! —gritó Peters.

En ese momento, el tren se encontraba ya dentro de la estación. La puerta automática comenzó a deslizarse lentamente hacia el centro de la entrada a la plataforma. Cuando Latimer la alcanzó, pudo pasar con cierta holgura; por encima de su cabeza, resonó el silbido de los frenos neumáticos y también pudo oír el ruido de unos pies presurosos.

Latimer miró a su alrededor; a pesar de que la barriga de míster Peters había sufrido cierta compresión, el gordo había logrado deslizarse por entre las hojas de la puerta y se encontraba ya en la plataforma. Pero el hombre de la gabardina gris, a pesar de su rápida carrera en los últimos metros, no la alcanzó a tiempo. Allí estaba, al otro lado de los cristales, roja de ira su cara, sacudiendo sus puños amenazadores.

Subieron al tren casi sin resuello.

—¡Excelente! —suspiró Peters, feliz—. ¿Ha visto, míster Latimer?

—Muy ingenioso.

El ruido del tren hacía imposible la conversación.

Peters tocó el brazo de su acompañante. Habían llegado a Chatelet. Bajaron y cogieron la *correspondance*⁵⁴ Porte d'Orléans, dirección St. Placide. Al llegar, mientras bajaban andando por la rue de Rennes, Peters canturreaba suavemente. Pasaron ante la puerta de un café. Peters dejó de canturrear.

—¿Quiere tomar un café, míster Latimer?

—No, gracias. ¿Qué hay de esa carta para Dimitrios?

54 En francés en el texto original; «enlace» (N. Del T.)

Peters dio unos golpecitos sobre su bolsillo.

—Ya está escrita. La hora, las once en punto. En avenue de la Reine, esquina boulevard Jean Jaurès: allí se hará la entrega. ¿Querrá ir usted también o se marchará de París mañana?—Antes de que Latimer tuviera tiempo para responder, Peters prosiguió: Lamento profundamente tener que decirle adiós, míster Latimer. Me ha encantado conocerle; en general, nuestra alianza ha sido muy agradable. Y también me ha dado buenos frutos. Sí —suspiró el chantajista—, me siento algo culpable, míster Latimer. Ha sido tan paciente y tan servicial conmigo que eso de marcharse sin ninguna compensación... ¿No aceptaría mil francos?—preguntó con un tono en el que vibraba la ansiedad—. Podría cubrir parte de sus gastos con ese dinero.

—No, gracias.

—No, desde luego que no. Pero, al menos, aceptará un vaso de vino, míster Latimer. ¡Sí, eso es! Vamos a celebrarlo. Venga, míster Latimer. Hay que saber disfrutar los pequeños placeres de la vida. Mañana por la noche recibiremos el dinero juntos. Usted tendrá la satisfacción de ver unas gotas de sangre de ese cerdo de Dimitrios. Y después lo celebraremos con un vaso de vino. ¿Qué le parece a usted?

Se habían detenido en la esquina de la manzana que contenía la impasse. Latimer miró con fijeza los ojos acuosos de míster Latimer.

—Me atrevería a asegurar —comenzó a decir subrayando cada una de sus palabras con especial énfasis— que usted se ha dicho que existe la posibilidad de que Dimitrios se decida a desafiar sus amenazas y que lo más sensato sería tenerme aquí, en París, hasta que el dinero esté en su bolsillo.

Los párpados se deslizaron lentamente sobre los ojos de Peters.

—Míster Latimer, no creo que... —empezó a decir el gordo, con amargura en la voz—. Jamás hubiera creído que usted fuera capaz de pensar semejante cosa de mí...

—Bueno, me quedaré en París —le interrumpió Latimer, irritado: había malgastado tantos días que uno más poco importaba—. Mañana iré con usted. Pero quiero ponerle ciertas condiciones: en vez de vino, champaña, y francés, no de Meknes; y tendrá que ser de las cosechas de los años mil novecientos diecinueve, veinte o veintiuno. Una botella —añadió vengativamente— le costará no menos de cien francos.

Peters abrió los ojos: encaraba la adversidad con valentía. —Tendrá su campaña, míster Latimer.

15. La extraña ciudad

Peters y Latimer ocuparon sus posiciones en la esquina de avenue de la Reine y del boulevard Jean Jaurès a las diez y media de la noche. A esa misma hora, el coche alquilado debía recoger al mensajero de Dimitrios, junto al cementerio de Neuilly.

La noche era fría y poco después de la llegada de ambos hombres al lugar de la cita comenzó a llover. Se refugiaron en el amplio portal de un edificio que se alzaba sobre la avenue, a pocos metros de la esquina, en dirección al Pont St. Cloud.

—¿Cuánto tiempo tardarán?—preguntó Latimer.

—Le he dicho que les espero hacia las once. Tienen media hora para recorrer el trayecto desde Neuilly. Podrían llegar en menos tiempo, pero les he pedido que se aseguren muy bien de que nadie les sigue y que, si sospechan algo al respecto, regresen de inmediato a Neuilly. No correrán ningún riesgo. El coche es un Renault, de dos puertas. Tendremos que tener paciencia.

Aguardaron en silencio. Cada vez que un coche se acercaba, proveniente de la parte del río, Peters se asomaba desde el portal para comprobar si se trataba del Renault alquilado.

El agua de lluvia que bajaba por la pendiente de la calle, entre los desniveles de las piedras de la calzada, formaba charcos junto a los pies de ambos hombres. De pronto, Peters emitió un gruñido:

—*Attention!*⁵⁵.

—¿Ya vienen?

—Sí.

Por encima del hombro de Peters, Latimer observaba la calle. Desde la izquierda se acercaba a ellos un Renault. A medida que se aproximaban al lugar, el coche disminuía su velocidad, como si el conductor desconociera el camino a seguir. El automóvil pasó junto a ellos; en los haces de luz de sus faros brillaron las gotas de la lluvia; el coche se detuvo a unos pocos metros de distancia. En medio de la oscuridad podía verse el contorno de la cabeza y los hombros del

55 En francés en el texto original. «Atención.» (N. Del T.)

conductor; los cristales posteriores estaban velados por sendas cortinillas. Peters metió su mano en el bolsillo de la gabardina.

—Espere aquí, por favor —dijo a Latimer antes de encaminarse al coche.

El escritor oyó que su compañero preguntaba en francés al conductor: *Ça va?*. La respuesta fue un *oui* apagado. Peters abrió la puerta y se inclinó hacia dentro del coche.

Casi de inmediato retrocedió un paso y cerró la puerta. En su mano izquierda sostenía un paquete.

—*Attendez*⁵⁶ —ordenó Peters al conductor antes de dirigirse hacia el lugar donde Latimer le estaba esperando.

—¿Todo en orden?—preguntó el escritor.

—Eso creo. ¿Puede encender una cerilla, por favor?

Latimer lo hizo. El paquete tenía el tamaño de un libro grande y un espesor de unos cinco centímetros; por fuera se veía un papel azul y un cordel. Peters rompió el papel en uno de los extremos del paquete; quedaron a la vista los apretados billetes de mil. El chantajista suspiró: —¡Estupendo!

—¿No los contará?

—Ese placer lo reservaré para la paz de mi hogar —respondió Peters con grave expresión.

El satisfecho gordo bajó a la calzada y alzó una mano, después de guardar el paquete en un bolsillo de la gabardina.

El Renault se puso en marcha de un brinco, describió un amplio círculo y emprendió el regreso a toda velocidad, bajo la lluvia. Peters lo veía alejarse con una sonrisa suave entre los labios.

—Una mujer muy bonita —dijo—. Me gustaría saber quién es. En fin, en realidad prefiero el millón de francos. Ahora cogeremos un taxi, míster Latimer. El champaña que usted me ha pedido nos está esperando. Y creo que nos lo hemos ganado.

56 Las expresiones que van en cursiva están en francés en el texto original. «¿Todo bien?» «Sí.» «Espere.» (N. Del T.)

Encontraron un taxi cerca de la Porte St. Cloud. Peters sólo quería hablar de su éxito.

—Con una persona como Dimitrios hay que ser firme y circunspecta. Nada más. Le hemos planteado la cuestión como había que hacerlo. Le hemos hecho ver que no tenía más alternativa que la de aceptar nuestras condiciones y ya está todo solucionado. Un millón de francos. ¡Estupendo! Casi me sentí tentado a pedirle dos millones. Pero hubiera sido una insensatez mostrarse codicioso. Tal como están las cosas, él cree que le seguiremos pidiendo dinero, que tendrá tiempo para disponer de nuestras vidas, como lo ha hecho con la de Visser. Ya comprobará que se ha equivocado.

»Todo esto me produce una enorme satisfacción, míster Latimer: una satisfacción enorme para mi orgullo y para mi bolsillo. En cierto sentido, creo que he vengado al pobre Visser. También yo he sufrido mucho. Ahora he conseguido mi recompensa —sentenció mientras acariciaba su bolsillo—. Sería divertido ver a Dimitrios cuando comprenda que ha sido engañado. Es una verdadera lástima que no podamos.

—¿Se irá de París en seguida?

—Eso tengo pensado. Quiero satisfacer un capricho: ver algo de Sudamérica. No iré a ese país de adopción, desde luego. Una de las condiciones que me impusieron para concederme la nacionalidad fue ésta: no pisar jamás esa tierra. Es una condición muy triste, porque por razones sentimentales me gustaría conocer mi país adoptivo. Pero no se puede hacer nada. Soy un ciudadano del mundo y seguiré siéndolo.

»Quizás compre una propiedad en algún sitio, un lugar donde pueda pasar el resto de mis días en paz. Usted es joven, míster Latimer. Pero cuando uno llega a mi edad, los años parecen más cortos y uno presiente que pronto va a llegar al final de su viaje. Se tiene la sensación de que te vas aproximando a una ciudad extraña, a una hora tardía de la noche y te lamentas porque tendrás que abandonar el tibio calorcillo del tren para ir a parar a algún hotel desconocido. En ese momento uno desea que el viaje prosiga eternamente. —Peters miró hacia la calle—. Ya llegamos. Su champaña favorito le está esperando. Es muy caro, tal como usted me dijo. Pero no puedo mostrarme tacaño ante un mínimo dispendio. A veces un poco de lujo resulta agradable y cuando no es así nos permite apreciar en su justo valor la sencillez. ¡Ah! —el taxi se había detenido ante la entrada de la impasse—. No tengo cambio, míster Latimer. Parece extraño, cuando llevo un millón de francos en el bolsillo, ¿no? ¿Le importaría a usted pagar, por favor?

Franquearon las puertas de hierro, siempre abiertas.

—Creo que venderé estas casas —dijo Peters— antes de irme a América del Sur. No hay ninguna razón para conservar una propiedad que no produce beneficio alguno.

—¿No será difícil venderlas? La vista que tienen esas ventanas es un poco deprimente, ¿no es cierto?

—No hay por qué mirar siempre hacia afuera. Estas casas pueden ser muy bonitas por dentro.

Comenzaron a subir por la empinada escalera. En el segundo rellano, Peters se detuvo para recuperar el aliento, se quitó la gabardina y enarboló las llaves.

—Attention! .

—¿Ya vienen?

—Sí.

Continuaron subiendo, hasta llegar a la puerta.

Peters abrió, encendió la luz y de inmediato se dirigió hacia el diván más grande. Cogió el paquete con el dinero y deshizo el nudo del cordel. Con amoroso cuidado fue desenvolviendo los billetes y alzándolos para observarlos. Por primera vez su sonrisa era sincera.

—¡Aquí está, míster Latimer! ¡Un millón de francos! ¿Ha visto antes tanto dinero junto? ¡Casi seis mil libras esterlinas! —exclamó con placer—. Ahora, nuestro pequeño brindis. Quítese la gabardina, traeré el champaña. Espero que le guste de verdad. No tengo hielo, pero he puesto la botella dentro de un cubo con agua; ya debe estar fresco.

Peters se encaminó hacia la parte de la habitación que estaba detrás de la cortina dorada.

Latimer se había apartado del diván, para quitarse la gabardina. De pronto se percató de que, a sus espaldas, Peters permanecía inmóvil, frente a la cortina. Echó una rápida mirada a su alrededor.

Por un instante creyó que estaba a punto de perder el sentido. La sangre huía de su cabeza y la convertía en una oquedad vacía. Una faja de acero le comprimía

el pecho. Creyó que iba a gritar, pero permaneció inmóvil, mudo, con los ojos fijos en aquella escena irreal.

De espaldas a él, Peters estaba de pie, rígido, con las manos levantadas a la altura de la cabeza. En los pliegues dorados de la cortina, se recortaba la figura de Dimitrios, con un revólver en la mano.

Dimitrios se adelantó, moviéndose de modo que Latimer no quedara protegido por el cuerpo de Peters. Latimer dejó caer su gabardina al suelo y levantó las manos. Dimitrios, casi sin mirarle, arqueó las cejas.

—No le resulta muy grata la sorpresa de verme aquí, ¿verdad, Petersen?-dijo—. ¿O prefiere que le llame Caillé?

Peters no respondió. Latimer no podía verle la cara, pero advirtió que la garganta del chantajista se movía como si estuviera tragando algo, espasmódicamente. Sus ojos castaños se clavaron en Latimer.

—Me encanta encontrar aquí también al inglés, Petersen. Me he ahorrado el trabajo de persuadirle para que me revele su nombre y el lugar en que podría buscarle. Pues sí: monsieur Smith, el hombre que sabe tantas cosas y que había mantenido bien oculto su rostro, ahora demuestra que es tan fácil de manejar como usted, Petersen.

»Siempre ha sido muy ingenioso usted, Petersen. Ya se lo dije antes, en otras ocasiones. En aquella en que usted me trajo un ataúd desde Salónica. ¿Lo recuerda? La ingenuidad jamás puede suplantar a la inteligencia, ya lo sabe usted. ¿De veras pensó que yo no comprendería cuáles eran sus intenciones?—Los labios de Dimitrios se torcieron en una mueca de desprecio—. ¡El pobrecito Dimitrios! Es un simple. Pensará que yo, el inteligente Petersen, volveré en busca de más dinero, como lo haría cualquier otro chantajista. No será capaz de advertir que le estoy engañando. Pero para asegurarme de que se engaña conmigo, haré lo que haría cualquier otro chantajista: le diré que más adelante le pediré de nuevo. El pobrecito Dimitrios es tan tonto que me creerá. El pobrecito Dimitrios carece de inteligencia. Aunque haya averiguado en los archivos de la propiedad del Ayuntamiento que, después de un mes de mi salida de la cárcel he logrado vender tres casas que nadie quería comprar a un individuo llamado Caillé, no se le ocurrirá ni en sueños la sospecha de que yo, el inteligente Petersen, soy también Caillé.

»¿Sabía usted, Petersen, que antes de que yo las comprara a su nombre, estas casas habían estado inhabitadas durante diez años? Usted es un perfecto idiota.

Hubo un silencio. Sus ansiosos ojos castaños se entornaron. La boca de Dimitrios se convirtió en una línea. Latimer comprendió que el griego estaba dispuesto a asesinar a Peters y también que nada podía hacer para evitarlo. Los latidos salvajes de su corazón estaban a punto de sofocarle.

—Suelte el dinero, Petersen.

Los billetes cayeron sobre la alfombra, desparramándose como un abanico.

Dimitrios alzó el revólver.

De pronto, Peters comprendió lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡No! Usted tiene...

Dimitrios disparó. Disparó dos veces y junto con el estampido del segundo disparo, Latimer oyó el ruido que producía uno de los proyectiles en el cuerpo de Peters.

El frustrado chantajista emitió un gemido que parecía el de un hombre a punto de vomitar, mientras caía inclinado hacia delante, hasta quedar apoyado en el suelo con las manos y las rodillas. De su cuello manaba un hilo de sangre. Dimitrios miró a Latimer.

—Ahora le ha llegado el turno a usted.

Y en ese instante, Latimer dio un salto.

Jamás supo por qué había elegido ese preciso momento para saltar. Jamás supo qué le había impulsado a saltar. Y siempre pensó que le había movido un fuerte instinto que le obligaba a cualquier cosa para salvarse.

Sin embargo, nunca pudo llegar a comprender por qué ese instinto de autoconservación le llevó a saltar hacia el revólver que Dimitrios estaba a punto de disparar. Sin embargo, así lo hizo, y aquel salto le salvó la vida: su pie derecho, al separarse del suelo una fracción de segundo antes de que Dimitrios apretara el gatillo, tropezó en alguno de los gruesos pliegues de las alfombras marroquíes de Peters y el disparo pasó por encima de la cabeza de Latimer, para ir a incrustarse en una de las paredes.

Consciente a medias y con la frente rasguñada por la punta del cañón del revólver, el escritor se precipitó sobre Dimitrios. Ambos se revolvieron con las manos

aferradas a la garganta del adversario, pero muy pronto Dimitrios asestó un rodillazo a Latimer, en el estómago, y se separó de él.

Antes había dejado caer su revólver y en ese instante se dispuso a recuperarlo. Jadeante, sin resuello, Latimer se arrastró para coger algún objeto contundente, el primero que estuviera a mano, y resultó ser aquel pesado cenicero de bronce que descansaba sobre una de las mesillas marroquíes. Lo arrojó con el resto de sus fuerzas a la cabeza del griego. Un borde del cenicero golpeó contra la sien derecha de Dimitrios, antes de que él lograra coger el revólver; el griego se tambaleó, pues el golpe apenas si le había detenido durante un segundo.

Entretanto, Latimer cogió la bandeja que había encima de la mesa y se la arrojó con todas sus fuerzas. Dimitrios, alcanzado en el hombro por la bandeja de bronce, se tambaleó una vez más. Un segundo después, Latimer empuñaba el revólver y retrocedía, con un dedo en el gatillo y tratando de recuperar su respiración.

Pálido, Dimitrios avanzaba lentamente hacia él. Latimer alzó el revólver.

—Si vuelve a dar un paso, dispararé.

Dimitrios se detuvo. Sus ojos castaños y ansiosos estaban fijos en los de Latimer; su pelo gris se había despeinado y el pañuelo de seda que llevaba alrededor del cuello se había salido de la chaqueta; tenía un aspecto deplorable. Latimer comenzaba a recuperar el aliento, pero sus rodillas temblaban, débiles, de una manera horrible; sentía un silbido casi insoportable en los oídos y el aire que respiraba, con su olor a pólvora, le estaba provocando náuseas. El siguiente movimiento le correspondía a él, sin duda, y se encontraba atemorizado y casi inerme.

—Si vuelve a dar un paso —repitió—, dispararé.

Vio que aquellos ojos castaños volaban hacia los billetes esparcidos en el suelo y luego hacia su rostro.

—¿Qué podemos hacer?—preguntó Dimitrios, inesperadamente—. Si la policía interviene, los dos tendremos que explicar varias cosas. Si usted dispara, sólo conseguirá ese millón de francos. Si me permite salir de aquí, le daré un millón más. Creo que usted necesita ese dinero.

Latimer hizo caso omiso de esas palabras. Se movió hacia un lado, hacia la pared, para llegar a un sitio desde el que pudiera echar una mirada rápida a Peters.

El herido se había arrastrado hacia el diván sobre el que estaba su gabardina y en ese momento se había apoyado sobre unos cojines, con los ojos entornados.

Respiraba ruidosamente por la boca. Uno de los proyectiles había abierto una herida, a un lado de su garganta, de la que manaba sangre casi sin cesar. El segundo se había hundido en mitad del pecho, chamuscándole la ropa. La herida era un círculo encarnado de cinco centímetros de diámetro. Esta segunda herida no sangraba. Los labios de Peters se movieron.

Con los ojos clavados en Dimitrios, Latimer se deslizó hacia un costado, hasta quedar de pie junto a Peters.

—¿Cómo se encuentra?—preguntó.

La pregunta era totalmente estúpida y él lo supo en el momento mismo en que las palabras terminaron de brotar de su boca. Con verdadera desesperación trató de pensar sensatamente. Un hombre había sido tiroteado y él tenía delante a quien le había disparado. Por lo tanto... —Mi pistola —murmuró Peters—, déme mi pistola. Gabardina —agregó algo más, en un tono inaudible.

Con gran cautela, Latimer recorrió el espacio que lo separaba de la gabardina y rebuscó en los bolsillos. Dimitrios le observaba con los labios plegados en una débil y amarga sonrisa.

Al encontrar la pistola, Latimer la tendió hacia Peters, que la cogió con ambas manos y soltó el seguro.

—Ahora —murmuró el herido— vaya a buscar a la policía.

—Ya habrán oído los disparos —respondió Latimer con ánimo apaciguador—. La policía llegará dentro de unos minutos.

—No nos encontrarán —susurró Peters—, vaya a buscar a la policía.

Latimer vaciló. Lo que Peters había dicho era verdad. La callejuela estaba como blindada por muros ciegos. Tal vez alguien hubiera oído los disparos, pero a menos que una persona se hubiese hallado en las puertas mismas de la impasse en el preciso instante en que se habían producido los disparos, nadie podía saber de dónde provenían.

—Muy bien —respondió el escritor—; ¿dónde está el teléfono?

—No hay teléfono.

—Pero... —vaciló una vez más: tal vez tardaría diez minutos en encontrar a un policía.

¿Era razonable que dejara a Peters, con aquellas heridas, custodiando a un hombre como Dimitrios? Al mismo tiempo, no había otra alternativa. Peters necesitaba la ayuda de un médico. Cuanto antes estuviera Dimitrios bajo siete llaves, mejor. Comprendía que Dimitrios se fiaba del temor que le despertaba su presencia y esa certidumbre desagradaba a Latimer.

Miró a Peters; había apoyado la Luger sobre una rodilla y apuntaba a Dimitrios. Aún fluía sangre de la herida de su cuello. Si un médico no le auxiliaba rápidamente, se desangraría por completo.

—De acuerdo —dijo—, iré tan de prisa como pueda.

Se dio la vuelta para encaminarse hacia la puerta.

—Un momento, monsieur.

El tono apremiante de aquella voz ronca hizo que Latimer se detuviera. —¿Qué?

—Si usted se va, él me matará, ¿no lo comprende? ¿Por qué no acepta mi ofrecimiento?

Latimer abrió la puerta.

—Sí, si quiere recurrir a alguna argucia, él le disparará —dijo, mientras echaba una ojeada al herido que se encogía sobre su Luger—. Volveré con la policía. No

dispare a menos que se vea obligado a hacerlo.

En el momento en que se disponía a trasponer el umbral, oyó la risa áspera de Dimitrios. En un movimiento involuntario, Latimer se volvió.

—En su lugar, yo me guardaría esa risa para el verdugo —exclamó—. La necesitará.

—Siempre he pensado que, al final, te vence la estupidez —dijo Dimitrios—. Si no la tuya, la de los demás. —La expresión de su rostro cambió—. ¡Cinco millones, monsieur! —vociferó irritado—. ¿No le bastan o es que quiere usted que esta carroña me mate?

Latimer le observó durante unos segundos. Ese hombre era capaz de convencerle, pero el escritor recordó a aquellos otros que se habían dejado convencer por Dimitrios. Y no esperó más. Oyó que el griego le gritaba algo en el instante mismo en que cerraba la puerta.

Había bajado hasta la mitad del segundo tramo de la escalera cuando oyó los disparos. Fueron cuatro. Los tres primeros se sucedieron rápidamente. Después se produjo una breve pausa y resonó un cuarto.

Con el corazón en la boca, el escritor se lanzó escaleras arriba, hacia la habitación. Sólo mucho tiempo después descubriría una circunstancia muy especial: mientras se precipitaba escaleras arriba, el pánico que ofuscaba su mente era por Peters.

Dimitrios no presentaba un aspecto muy agradable. Sólo una de las balas de la pistola Luger no había dado en el blanco. Dos habían penetrado en el cuerpo del griego; la cuarta, evidentemente, disparada después de que el cuerpo hubiera caído al suelo, se había incrustado en su entrecejo y casi le había volado la parte superior del cráneo. El cuerpo de Dimitrios se convulsionaba aún.

La Luger se había deslizado de las manos de Peters; el herido tenía la cabeza apoyada sobre el borde del diván: abría y cerraba la boca como un pez que se asfixiara. Cuando Latimer llegó a su lado, Peters soltó un gemido ahogado; un chorro de sangre escapó de entre sus labios.

Sin saber qué estaba haciendo, Latimer se tambaleó hasta llegar a la cortina. Dimitrios estaba muerto; Peters estaba agonizando y lo único que Latimer atinaba a hacer era esforzarse por no desmayarse o vomitar. Luchó para recuperar el dominio de sí mismo. Tenía que hacer algo. Peters necesitaba beber agua. Los heridos siempre necesitan agua. Allí detrás había un fregadero y algunos vasos. Llenó uno y lo llevó hacia donde yacía el herido.

Peters no se había movido. Su boca y sus ojos estaban abiertos. Latimer se arrodilló a su lado y vertió un poco de agua en su boca. El agua manó por las comisuras de los labios. El escritor dejó el vaso en el suelo y buscó el pulso de Peters. Ya no latía.

Se puso en pie rápidamente y observó sus manos. Estaban manchadas de sangre. Fue hasta el fregadero, se lavó y se secó con una pequeña toalla sucia que colgaba de un gancho.

Tenía que llamar a la policía en seguida. Lo sabía muy bien. Dos hombres se habían asesinado el uno al otro. Eso era asunto de la policía. Sin embargo, ¿qué podía decir él a los agentes? ¿Cómo podría explicar su presencia en aquel matadero? ¿Podía decir que había oído los disparos al pasar por la entrada de la impasse?

Pero era posible que alguien le hubiera visto en compañía de Peters. Por ejemplo, el taxista que les había llevado hasta allí esa noche. Y cuando averiguaran que ese mismo día Dimitrios había sacado un millón de francos de su cuenta bancaria... los interrogatorios serían interminables. Porque, sin duda, sospecharían de él.

De pronto lo vio claro: debía largarse de allí al instante, sin dejar ninguna huella de su presencia en aquel lugar. Lo pensó rápidamente. El revólver que llevaba en el bolsillo pertenecía a Dimitrios. Ahora tenía sus huellas dactilares. Latimer se puso los guantes, cogió el revólver, lo limpió cuidadosamente con su pañuelo.

Con los dientes apretados volvió a la habitación, se arrodilló junto al cadáver de Dimitrios, cogió su mano derecha y apretó los dedos muertos contra la empuñadura y sobre el gatillo. Separó los dedos, sostuvo el revólver por el extremo del cañón y lo depositó sobre el piso, junto al cadáver.

Observó los billetes de mil francos, esparcidos sobre la alfombra: una lluvia de papel inútil. ¿A quién pertenecía ese dinero? ¿A Dimitrios? ¿A Peters? Allí estaba el dinero de Sholem, el dinero robado después, en Atenas, en 1922. Y también la suma ofrecida por asesinar a Stambulsky y el dinero arrebatado a madame Irana Preveza. Y había que sumar el precio pagado por el mapa náutico que Bulic había robado y una parte de los beneficios obtenidos con la trata de blancas y con el tráfico de drogas. ¿A quién pertenecía ese dinero?

Sí, la policía tendría que decidirlo. Era mejor dejar todo tal como estaba. De esa manera tendrían algo que los mantendría ocupados, algo en que pensar.

Ah, pero se había olvidado del vaso de agua.

Tendría que vaciarlo, lavarlo, secarlo y ponerlo junto a los otros vasos.

Echó una escrupulosa ojeada a su alrededor. ¿Había algo más? No. ¿Ningún otro detalle? Sí, una cosa: sus huellas dactilares estaban impresas en el cenicero de bronce y en la bandeja. Limpió ambas cosas. ¿Nada más? Sí. Más huellas dactilares en el pomo de la puerta. Lo limpió por dentro y por fuera. ¿Alguna otra cosa? No.

Llevó el vaso a la fregadera. Una vez seco y guardado el vaso; Latimer se volvió, dispuesto a salir de allí. En ese mismo instante, advirtió algo: en un cubo le estaba aguardando la botella de champaña que Peters había comprado para celebrar el éxito. Era Verzy, de 1921: media botella.

Nadie le vio salir de la impasse. Latimer entró en un bar de la rue de Rennes y pidió un coñac.

Había empezado a temblar de la cabeza a los pies. Se había comportado como un estúpido. Debía haber acudido a la policía. Y aún no era tarde para hacerlo. ¿Qué pasaría si los cadáveres no eran descubiertos prontamente? Tal vez yacerían en ese lugar durante semanas... en esa horrible habitación, entre aquellas paredes azules con sus estrellas doradas, con sus alfombras baratas. Y la sangre se coagularía, se secaría y llegaría a mezclarse con el polvo del ambiente y la carne de aquellos cuerpos comenzaría a pudrirse.

Era terrible pensar en eso. Si hallara una manera de comunicárselo a la policía... Una carta anónima podía ser demasiado comprometedor. Las autoridades policiales deducirían de inmediato que una tercera persona había estado complicada en el asunto y no aceptarían la simple explicación de que esos dos hombres se habían asesinado mutuamente.

En ese momento se le ocurrió una idea. Lo fundamental era hacer que la policía registrara aquella casa. El motivo poco importaba.

Vio un periódico sobre una mesa cercana. Lo llevó a su mesa y comenzó a leerlo con ansiedad. Entre las noticias policiales encontró dos que convenían a sus propósitos. Una era una nota acerca del robo de unas valiosas pieles, cometido en un almacén de la avenue de la République. La otra era el relato de un asalto a una joyería: los ladrones habían roto los cristales del escaparate, cerca de la avenue de Clichy; habían sido dos hombres y habían huido con un muestrario de anillos.

Decidió que el primer robo convenía más a sus necesidades. Llamó al camarero para pedirle otro coñac y algo con que escribir una carta.

Bebió el coñac de un solo trago y se puso los guantes.

Cogió un folio y lo examinó con especial atención. Era papel barato, del que se usaba para pasar los pedidos de los clientes. Convencido de que no había ninguna

clase de marca que lo diferenciara de otros papeles, Latimer escribió en el centro del folio, con letras mayúsculas:

FAITES DES ENQUÊTES SUR CAILLE. 3, IMPASSE DES. HUIT AN-
GES⁵⁷.

A continuación recortó la nota referente al robo de las pieles de la página del periódico y puso los dos trozos de papel dentro de un sobre. Lo remitió al comisario de policía del Séptimo Distrito.

Latimer salió del bar, compró un sello en el primer estanco que vio a su paso y echó la carta en un buzón.

Sólo a las cuatro de la madrugada, cuando ya hacía dos horas que estaba echado sobre su cama, sin poder conciliar el sueño, el nudo de nervios que estrangulaba su estómago se distendió por completo.

Dos días después apareció una breve nota en tres de los periódicos parisinos de la mañana. En las notas se decía que el cuerpo de un súbdito sudamericano llamado Frederik Peters, junto con el de otro hombre aún no identificado —pero del que también se pensaba que sería sudamericano— habían sido hallados en un apartamento, cerca de la rue de Rennes. Ambos hombres —continuaba diciendo la nota— habían recibido heridas de bala y se creía que se habían disparado mutuamente durante un tiroteo que habría sido el desenlace de una pelea por asuntos de dinero. Una importante suma había sido hallada en el apartamento.

Esa era la única referencia al caso. La atención pública, en aquellos momentos, estaba dividida entre las circunstancias de una crisis internacional y las andanzas de un asesino que operaba en los suburbios, valiéndose de un hacha.

En realidad, Latimer no leyó aquellas notas hasta varios días después de aquel en que fueron publicadas.

Poco después de las nueve de la mañana del día en que las autoridades policiales recibieron su anónimo, el escritor se había marchado de su hotel, hacia la estación del Este. Allí cogería el Orient Express.

⁵⁷ En francés en el texto original. (*Investiguen a Caillé. Callejón de los Ocho Ángeles, número 3.*) (N. Del T.)

Con el primer correo de la mañana había llegado a su poder una carta. El sello era búlgaro, había sido despachada en Sofía y, sin duda alguna, la había escrito Marukakis.

Sin leerla, Latimer la guardó en uno de sus bolsillos. No volvió a pensar en ella durante toda la mañana.

Horas más tarde, cuando el expreso corría a través de las colinas que se alzan al oeste de Belfort, Latimer recordó que había recibido aquella carta. La buscó, abrió el sobre y comenzó a leerla:

«Mi querido amigo:

Su carta me ha encantado. He sentido un gran placer al recibirla. Y he sentido no poco asombro (le ruego que me disculpe) al enterarme de que ha triunfado en la difícil tarea que se había propuesto. En realidad, no esperaba que usted la llevara a cabo.

Los años consumen tanto de nuestra sensatez que inevitablemente hacen desaparecer al mismo tiempo buena parte de nuestras locuras. Espero saber algún día por usted de qué modo una locura enterrada en Belgrado pudo ser desenterrada en Ginebra.

Me han parecido de interés los datos sobre el Banco de Crédito Eurasiático. En pago le voy a contar algo que tal vez le resulte interesante.

Como quizá ya sepa, hace poco tiempo se produjo una situación diplomática tensa entre este país y Yugoslavia. Como también sabrá, los serbios tienen motivos para sentirse molestos. Si Alemania y sus aliados los húngaros, atacaran el territorio serbio desde el norte; si Italia atacara desde Albania, por el sur, y por el oeste, desde el mar, y si Bulgaria se lanzara contra Serbia desde el este, esa región sería conquistada en poco tiempo.

La única alternativa de salvación que se le presenta al país serbio estriba en que los rusos desvían las fuerzas alemanas y húngaras, lanzando sus tropas a través de Rumania, a lo largo del ferrocarril de la Bukovina.

Pero, ¿qué puede temer Bulgaria frente a Yugoslavia? ¿Pone en peligro este país la soberanía búlgara? La idea, en sí, es absurda. No obstante, durante los tres o cuatro últimos meses se ha esparcido un mar de propaganda en este sentido; se dice que Yugoslavia planea un ataque contra Bulgaria. “La amenaza al otro lado de la frontera” es la frase clave. Si este tipo de cháchara no fuera tan peligroso, cualquiera se echaría a reír. Pero la técnica ha sido siempre la misma.

Todo comienza con palabras que muy pronto se convierten en realidades concretas. Cuando no existen hechos que puedan servir de base a las mentiras, todo es cuestión de crear esos hechos: de la nada.

Hace dos semanas se produjo el inevitable incidente fronterizo. Unos campesinos búlgaros han sido tiroteados por algunos súbditos yugoslavos (se dice que eran soldados) y uno de los campesinos ha muerto.

La indignación popular ha sido enorme; ha habido manifestaciones callejeras contra los demontiacos servios. Las redacciones de los periódicos se han visto con una sobrecarga de trabajo.

Una semana después de esos hechos, el gobierno anunció nuevas compras de cañones antiaéreos, destinados a reforzar las defensas de las provincias del Oeste. Estas compras han sido hechas a una firma belga, mediante un préstamo negociado en el Banco de Crédito Eurasiático.

Y ayer mismo ha llegado a esta oficina una noticia sumamente extraña.

Como resultado de una investigación especial abierta por el gobierno de Yugoslavia, se ha podido comprobar que los cuatro hombres que han disparado contra los campesinos búlgaros no eran soldados yugoslavos, y lo que es más, tampoco eran súbditos yugoslavos. Proviene de distintos países y dos de ellos han cumplido, en Polonia, diversas penas por actividades de índole terrorista.

Estos hombres habían sido pagados para ocasionar el incidente. Al parecer, el dinero les fue entregado por un individuo al que ninguno de ellos conocía y del que no saben nada, excepto que había viajado desde París para contratarles.

Y todavía más. Esa noticia fue transmitida a París. Al cabo de una hora, el jefe de mi periódico me dio instrucciones precisas: había que eliminar la noticia y enviar un «démenti»⁵⁸ a todos los suscriptores.

Divertido, ¿verdad? Pocas personas serían capaces de figurarse que una organización tan poderosa como el Banco de Crédito Eurasiático puede llegar a demostrar que posee una sensibilidad tan exquisita.

¿Qué decir de su Dimitrios?

Un escritor de teatro dijo una vez que hay cierto tipo de situaciones que no pueden ser llevadas a escena. Son situaciones frente a las cuales el público no puede sentir ni aprobación ni desaprobación, simpatía o antipatía: situaciones de las que sólo se puede salir avergonzado o sumido en la zozobra y de las que no se puede sacar ninguna lección moral, por muy amarga que sea.

Creo que sería posible definir a ese escritor como una persona perteneciente a ese grupo de hombres desdichados que, con gran confusión, no distinguen las diferencias entre las estúpidas vulgaridades de la vida real y la existencia ideal de la imaginación. Es posible.

A pesar de todo, me he sorprendido a mí mismo preguntándome si no simpatizo con él. ¿Sería posible hallar una explicación que defina a Dimitrios o debemos abandonar esa idea, disgustados y vencidos?

Me resulta tentadora la idea de considerar razonable y justo el hecho de que haya muerto tan violenta y desagradablemente como ha vivido. Pero también éste es un camino demasiado ingenuo para huir del problema. Así no lograremos explicar el porqué de la conducta de Dimitrios: sólo encontraremos una disculpa para no hacerlo.

Es necesario que se den ciertas condiciones especiales para que se produzca un cierto tipo de criminales que esas mismas condiciones tipifican. He intentado definir esas condiciones... pero no lo he logrado con éxito.

Cuanto sé es que mientras la fuerza ejerza sus derechos, mientras el caos y la anarquía, enmascarados bajo el lema del orden y la sensatez, se impongan, aquellas condiciones existirán.

¿Cómo remediarlo? En fin, voy a dejarle: creo verle bostezando y me digo que, si le aburro, jamás volverá a escribirme y nunca sabré si está disfrutando de su estadía en París, si ha encontrado allí nuevos Bulic, otras madame Preveza y si nos volveremos a ver pronto por Sofía.

De acuerdo con mis últimas informaciones, la guerra no estallará hasta la primavera; o sea que aún nos queda un tiempo para dedicarnos a esquiar. Aquí, estos últimos días de enero son propicios para hacerlo. Las carreteras están en pésimo estado, pero las pistas (si logras llegar hasta ellas) son magníficas. Esperaré con ansiedad sus noticias y su promesa de venir a visitarme.

Me despido con mis más sinceros recuerdos.

N. MARUKAKIS.»

Latimer dobló la carta y la guardó en uno de sus bolsillos. ¡Excelente persona ese Marukakis! Ya le escribiría en cualquier momento, en cuanto tuviera algo de tiempo libre. Porque, de momento, debía dedicarse a solucionar varios problemas de gran importancia. Necesitaba, con mucha urgencia, un método perfecto para cometer un crimen y una multitud de sospechosos que sirvieran como cortina de humo y como entretenimiento.

Sí, los sospechosos tendrían que resultar muy entretenidos. Su último libro era algo pesado. En esta nueva novela inyectaría un poco de humor.

Desde luego que el motivo sería el dinero, que siempre seguía siendo la base más sólida.

Qué pena que los testamentos y los seguros de vida hubieran pasado ya de moda. Podía pensar en el tema de un hombre que mata a una anciana dama para que su esposa adquiriera un capital privado gracias a la herencia. Tal vez valiese la pena hacerlo.

¿El escenario? Pues bien, de una aldea inglesa de campo siempre se podía obtener algún buen partido, por cierto. ¿Época del año? El verano. Partidas de criquet en el parque de una casa de campo, reuniones en el jardín de la vicaría,

el tintineo de las tazas de porcelana, el dulce aroma de la hierba cortada, en las tardes de julio. Esas eran las cosas que la gente quería ver a su alrededor. También a él le resultaban agradables esas cosas.

Latimer observó el paisaje, a través del cristal de la ventanilla. El sol se había puesto y las colinas se alejaban lentamente, sumergiéndose en el cielo nocturno.

Dentro de unos minutos el expreso haría una parada en Belfort. ¡Dos días más de viaje! A lo largo de esas horas ya conseguiría elaborar la trama de su novela. El tren penetró en un túnel.

FIN